

# **FICCIÓN Y CIENCIA** **EN LA UNIVERSIDAD**

**Los mejores relatos del I Concurso 'Ficción y Ciencia'**

Universidad de Málaga

# **FICCIÓN Y CIENCIA EN LA UNIVERSIDAD**

**Los mejores relatos del I Concurso 'Ficción y Ciencia'**

# **FICCIÓN Y CIENCIA EN LA UNIVERSIDAD**

**Los mejores relatos del I Concurso 'Ficción y Ciencia'**

UNIVERSIDAD DE MÁLAGA  
2015

© UMA editorial. Universidad de Málaga  
Bulevar Louis Pasteur, 30 (Campus de Teatinos) - 29071 Málaga  
www.umaeditorial.uma.es

Dirección y coordinación: Rosario Moreno-Torres Sánchez

Corrección y edición: Javier Sánchez Relinque

Diseño y maquetación: Aurora Álvarez Narváez

ISBN: 978-84-9747-923-3



Esta obra está sujeta a una licencia Creative Commons:

Reconocimiento - No comercial - SinObraDerivada (cc-by-nc-nd):

<http://creativecommons.org/licences/by-nc-nd/3.0/es>

Cualquier parte de esta obra se puede reproducir sin autorización pero con el reconocimiento y atribución de los autores.

No se puede hacer uso comercial de la obra y no se puede alterar, transformar o hacer obras derivadas.



Esta editorial es miembro de la UNE, lo que garantiza la difusión y comercialización de sus publicaciones a nivel nacional.


Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

## Índice

<b>Presentación</b> .....	7
<b>Sobre el Tribunal</b> .....	8
<b>Relato ganador</b> .....	9
<i>Las pequeñas cosas</i> . Alicia Fernández García .....	10
<b>Relatos seleccionados</b> .....	24
<i>Una ventana al infinito</i> . Tomás Castellanos Díaz .....	25
<i>El efecto Pigmalión</i> . Mesod Hazán Amar .....	39
<i>Generaciones</i> . Mario Daniel Martín.....	56
<i>Música en las venas</i> . Juan José Tapia Urbano .....	68
<i>Parábola</i> . Kisko Melguizo.....	83
<i>Fangurn</i> . Isabel María Martínez Martos .....	99
<i>Agua y Luz</i> . Mónica Cansino Navas.....	110
<i>El nudo</i> . José Antonio Cano del Río.....	123
<i>Anonymous</i> . Manuel Turnes Fernández .....	138
<i>Con Dios y con el Diablo</i> . Luis Enrique Maciel Delmás .....	158
<i>Las ineludibles y catastróficas consecuencias del Proyecto Paulownia</i> . Elena Marqués Núñez .....	166
<i>Servicio maquinal</i> . Gerard Moreno-Torres Bertran .....	177
<i>Lo paranormal de una tesis</i> . Rocío Rubio Garrido.....	192
<i>Secreto a voces</i> . Erick Jorge Mota Pérez .....	204
<i>Los marcianos somos verdes</i> . Román Emiliano Martínez García .....	219
<i>Astarté</i> . Javier Pavía Fernández .....	234
<i>El pequeño robot</i> . Manuel Navarro Sánchez.....	246
<i>Comportamiento universal</i> . Ángel Nepomuceno Fernández .....	261

<i>21:00.</i> Sandra Calvente Barrero.....	275
<i>Muerte en Los Andes.</i> Julia González Calderón .....	285
<i>Una extraña oscuridad.</i> Alba Cristina Benesiu Pueyo .....	300
<i>Confesión.</i> Daniel Merayo Pérez.....	315

## Presentación

 En julio del año 2011, con el número 7 de la revista *Uciencia*, se inauguran las ediciones del Concurso de relatos ‘Ficción y Ciencia’ de la Universidad de Málaga. Esta iniciativa, ya por su cuarta convocatoria, ha conseguido sumar más de 300 textos de ciencia ficción, fantasía o terror sobre tecnologías, investigaciones y patentes desarrolladas en la universidad o que contextualizan la trama en su entorno.

En este volumen presentamos 24 relatos seleccionados de entre los más de cien títulos recibidos en la primera entrega. Abre la edición “Historia de las pequeñas cosas”, de Alicia Fernández, un acercamiento a la enfermedad de Alzheimer centrado en la crisis interior de una hija. La trama, primer premio del certamen, plantea el debate entre retirar la asistencia médica que mantiene a su padre orgánicamente vivo y la posibilidad de restaurar la copia de seguridad a la que fue sometido cuando tenía 45 años. Junto a esta, en las páginas siguientes encontraremos una amplia gama de maravillosas ficciones: fantasmas literarios en la Facultad de Filología que se aparecen a un doctorando tras más de una década rastreando datos de la bohemia intelectual del XX; «gafas» capaces de registrar los datos neuronales de un cerebro vivo desarrolladas por el CIMES (Centro de Investigaciones Médico Sanitarias) gracias a técnicas de resonancia funcional; la OTRI (Oficina de Transferencia de Resultados de la Investigación) colaborando en un proyecto en el que los Zombis son los protagonistas; y estudiantes de biología sometidos a una espeluznante —a la vez que feliz— metamorfosis al investigar la *Posidonia* púrpura. Es la ficción, la literatura, la que nos permite romper las barreras de la realidad y alcanzar escenarios inimaginables. ¿Quién sabe si estos mundos imaginados que ahora presentamos nos ayudarán a alcanzar otras realidades?

## **Sobre el Tribunal**

*P*ara evaluación de estos trabajos se ha contado con un comité de expertos heterogéneo en el que destaca, por un lado, la relación de sus miembros con el ámbito de las letras, la literatura, la ciencia y la tecnología, y por otro, su bagaje profesional en el campo de la divulgación científica. El jurado de esta primera edición, presidido por la vicerrectora de Investigación y Transferencia, María Valpuesta, estuvo integrado por Miquel Barceló, escritor de ciencia ficción y catedrático de la Universidad Politécnica de Cataluña; Carlos Elías, catedrático de Periodismo Científico de la Universidad Carlos III; Salvador Oropesa, catedrático de Lengua y Literatura Españolas en la Universidad Estatal de Kansas (Estados Unidos); Isabel Ruiz de Elvira, subdirectora adjunta de Promoción del Libro, la Lectura y las Letras Españolas del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte; y Jesús Zamora, catedrático de Filosofía de la Ciencia y director del Máster en Periodismo y Comunicación Científica en la UNED.



**Relato ganador**

## Las pequeñas cosas

*Alicia Fernández García*

*«Uno se despide insensiblemente de pequeñas cosas  
lo mismo que un árbol que en tiempo de otoño  
se queda sin hojas». Canción. Cesar Isella.*

Conduzco en silencio por un intestino de asfalto. Abismos marinos se abren a un lado de la carretera, simas vegetales al otro. Alternan ante mis ojos sus tentadoras propuestas de descanso eterno, al ritmo que balanceo el volante para adaptarlo a los requisitos de la carretera. Y me sueño a sí misma en el interior de este todoterreno a vista de pájaro, en un contrapicado espectacular que bien podría pertenecer a cualquier anuncio de coche de alta gama. Un potente vehículo que se desliza con la seguridad de una serpiente entre imposibles carreteras que zigzaguean al borde del precipicio. Pero de repente algo se revuelve en mi interior y deseo intensamente acabar con aquellas repugnantes historias perfectas de la pequeña pantalla tan alejadas de mi vida real. Así que vuelvo a la maravillosa escena de mi spot imaginario y hago que el coche se despeñe por el acantilado. Así de sencillo... Un crudo y bellissimo desgarró a cámara lenta en el que aquel todoterreno se va destripando lentamente en su descenso. Deja a su paso un reguero de piezas sobre las puntiagudas rocas. Jirones de chatarra brillante se adhieren al acantilado como húmedas lapas que permanecen eternamente inmóviles bajo un sol blanquecino. El gélido azul del océano ofrece un marco salpicado de destellos que titilan burlones antes de un desenfoque progresivo de la cámara y un fundido a negro final. El sueño de venganza contra las mentiras del mundo concluye cuando el pedregoso desvío se abre ante mí. La bajada por la ladera del peñasco permite ver el edificio de vanguardia encajado al fondo del barranco, contrastando con el abrupto paraje como una perla en su costrón. Una paradoja arquitectónica de inexpugnables muros translúcidos. Un castillo de cuento de última generación.

Una vez pasados los controles biométricos en la zona de accesos, las puertas del vestíbulo principal se abren como las fauces de algún dios primitivo de cuyo interior emana un etílico aliento. En su interior, la majestuosidad catedralicia del edificio me hace experimentar un cierto temor reverencial, como si realmente alguna ubicua divinidad estuviera presente. Mis pasos reverberan ajenos en aéreas bóvedas al tiempo que avanzo por el pasillo de mármol, hasta que llego a una zona ajardinada, preludio de la zona de internos. Esta es una construcción más antigua que ha sido engullida por la vanguardia tecnológica del edificio. De techos bajos, revestimientos de madera y cortinas estampadas de flores, resulta algo más parecida a un hogar.

Al alcanzar la 401, de nuevo aquel médico... Me llama repetidas veces resquebrajando la quietud del lugar. ¡Valeria! Quiero pasar desapercibida pero la insistencia del hombre me hace imposible continuar el intento sin evidenciar que se trata de una huida en toda regla. Al llegar hasta mí, algo sofocado por unos pulmones de fumador, siento que me aprieta el brazo con excesiva fuerza. O quizás solo se trata de que el rechazo que me produce este hombre hace que mis sentidos se focalicen en el estímulo táctil. Me pregunta cómo estoy.

—Algo cansada, sinceramente. Venir hasta aquí cada día me está agotando.

El médico parece percibir la sutil hostilidad de mi rostro, quizás el timbre de mi voz algo más agudo de lo habitual, y suelta mi brazo del mismo modo espontáneo que lo había sujetado.

—¿Por qué lo hace? Quiero decir... ¿Por qué es necesario que venga todos los días? Aquí está sobradamente atendido, puede monitorizarlo desde su terminal siempre que lo desee y, después de todo, él no sabe ya quién es usted...

—Parece que el olvido se contagia en este lugar, pues olvida usted que yo aún si sé quién es él. Discúlpeme... —cerré la puerta de la habitación interrumpiendo toda posible respuesta.

Apoyada de espaldas a la puerta tomo aire. Creo que he perdido la práctica en todo lo social y, con ella, se esfumó el interés. ¿O fue al revés? En cualquier caso, el resultado fue que el contacto con otros me resulta incómo-

do. En cambio, en esta habitación, me siento a salvo de nuevo mientras la densa penumbra se va deshaciendo. Las primeras formas dan perspectiva al espacio, aún poco definido. Irreal. Allí, al fondo, se va dibujando de nuevo la cama cubierta de cables y ortopedias. Y en su centro, ensartado como un pequeño pez enroscado expirando en una red, ¿mi padre?

Me acerco despacio, como si acaso fuera a despertarse, pero un haz de luz se cuela por un resquicio de la cortina y delata aquel cráneo recubierto de piel en cuyas cuencas flotan unos ojos abiertos de par en par. Su mirada vacía se pierde en algún punto del espacio entre la cama y la pared. Ni aun cuando cojo su mano, parece poder enfocarme a pesar de que él gira levemente la cabeza hacia donde me encuentro. Me siento sobre la cama y apoyo mi cabeza en un pecho carcomido cuya vida se limita a un leve latido.

—Papá, ¿estás ahí?

Tan solo el sonido emitido por el monitor me ofrece una respuesta en forma de pitido ralentizado, pero la duda pende en el aire. ¿Queda algo de mi padre dentro de esta frágil carcasa humana?

Levanto de nuevo la cabeza y le observo. Su mirada continúa perdida y empieza a temblar como un animalillo asustado. Probablemente la palabra «papá» ya no tenga significado para él. El lenguaje quizás se le antoje un ruido extraño y terrorífico... Acaricio sus manos trémulas mientras tatareo lo primero que me viene a la cabeza. El sísmico movimiento cesa y quiero interpretar una sonrisa en la mueca del rostro frente a mí. No sé continuar la canción, así que, por hacer algo, rebusco en mi bolso aquel tocho de papel manchado con las huellas del tiempo.

—Mira, he apuntado más cosas en nuestra lista. ¿Te acuerdas de la lista? Querías que guardáramos juntos nuestros recuerdos...

La mirada de mi padre sigue ahora la señal lumínica del monitor.

—Papá, mírame...

—...

—Lo del «cerebro de papel» fue idea tuya, ¿recuerdas? Siempre me dijiste que todos los alquimistas fueron unos fracasados, todos menos aquel

que inventó el papel. Insistías en que una simple hoja en blanco ofrecía la vida eterna. Y eso te servía de excusa para hablarme de tus filósofos y escritores favoritos que, según tú, seguían vivos en las páginas que habían escrito.

—...

—«¡Scripta manent!», —pronuncio en voz alta simulando la voz de mi padre, por si el estímulo provoca alguna reacción en él— «¡Nada de copias de seguridad! Yo soy un hombre y mi espíritu será mío mientras sea libre, no encerrado en una máquina arrinconada a la que alguien le quitará el polvo alguna vez».

—...

—Mira, he apuntado más cosas, voy a leértelas. Estas son antiquísimas... Me dijo el doctor que los recuerdos más remotos son los últimos en olvidarse. Es curioso, ¿eh? Los últimos recuerdos... Son como los escasos objetos que quedan en una casa abandonada durante largo tiempo. Cuando sucesivos expoliadores los van retirando, un desierto de polvo rodea la superficie aún brillante donde han estado. La huella de la ausencia aún nos lleva a esforzarnos por recordar el objeto que había estado justo ahí. La memoria de la memoria... Al principio permanece una imagen clara del objeto ausente. Pero pasa el tiempo y el polvo vuelve... Comienza a caer despacio. Imperceptible. Silencioso. Como una nieve cenicienta. El contraste entre la superficie brillante y el olvido empieza a ser cada vez más leve. Necesariamente empiezan a desvaírse los detalles y, al final, las cenizas del tiempo lo cubren todo...

—...

Carraspeo y me concentro en el sucio atajo de papel que sostengo en el regazo. Acaricio los primeros párrafos, aún escritos con la caligrafía ya torpe de mi padre, y voy hasta las últimas páginas donde ayer por la noche me esforzaba en recoger, como si llevara un cazamariposas, ideas huidizas que pretendían escaparse de mi recuerdo.

—«*Te apostabas conmigo 4 pesetas la partida de parchís*». — Le miro por si consigo activar a golpe de electroshock memorístico su mirada inteligente y socarrona. Pero no encuentro atisbo de ella en esos ojos.

—«Me regalaste el cuento de Charolín y Mediasuela, las dos botitas gemelas. Fue mi primera lectura «seria» después de la cartilla Palau, cuyos signos me enseñaste a descifrar».

—...

—«Me cogías en tu regazo mientras sorbías el café de la merienda. Yo era una glotona y te pedía las galletas del plato. Entonces mamá me regañaba desde la cocina y tú me las dabas a escondidas mientras nos reíamos en silencio, cómplices en aquella pequeña aventura».

—...

—«Dabas explicación, con eterna paciencia y sin que tu amable sonrisa desfalleciera, a todas mis absurdas preguntas sobre el destino del alma de las hormigas, la vida nocturna de los objetos o el trabajo de los enanos de Blancanieves que ilustraban tus papeles secantes Pelikan». —¿Te acuerdas de aquellas ilustraciones de enanitos tan bonitas, papá?

—...

—«Empezaste a escribir unas memorias cuyo fin se diluyó en alguna sinapsis interrumpida. “Bienvenida, Valeria”». ¿Acaso preveías un final feliz con mi nacimiento? Un final de libro, claro...

—...

—Sanchoooooo ¡Quijote! Quijoteeeeeee ¡Sancho!... —Canto con la sonrisa que emana del feliz recuerdo— «La banda sonora de la serie de dibujos que veíamos juntos los sábados nos ponía el corazón a mil» ¿Recuerdas? Pues sí, nos gustaba a los dos aquel Don Quijote. A mí, porque me flipaban todos los dibujos. A ti, porque parecía que te gustaba ver mi cara regordeta desencajada mirando al noble hidalgo de triste figura, con la ilusión bruta emanando a borbotones.

—Cuando entraba corriendo por la cancela del patio, entonces rebosante de plantas, tronchaba con mi maleta las flores de mamá. Aunque no me veía, me sentía, y desde la cocina gritaba malhumorada al escucharme entrar revoloteando y llamándote, pues era síntoma de que mi ímpetu destrozaría algún que otro esqueje. Mientras, tú escribías con tu maravillosa

*caligrafía entre ecos de transistor. Soltabas el bolígrafo y, con torpeza, te girabas en la silla para verme entrar como un abejorro por el cancelín mientras sonreías y me decías: «¿Qué hace mi lucerito?». —Yo soy tu lucerito, papá. ¿Te acuerdas?*

—...

No quiero rendirme. Sigo empeñándome en inocular nuestros recuerdos (o los míos) en su cerebro como si de un trasplante capilar se tratase.

*—Te daba el besito de rigor y, con el sincero interés infantil, te preguntaba si tenías algún regalo para mí. Entonces hurgabas entre tus papeles con parsimonia desmedida para exasperar mi paciencia, hasta que finalmente me hacías entrega de algún mágico secreto».*

—...

—Mira, aquí te traigo la muñequita presumida. La recortaste del cartoncillo de los botes de pintalabios de chicle. El que pediste a Manolo el del kiosco para mí. ¿Te acuerdas? Guardo todos nuestros secretos, papá. Yo también necesito soportes externos en los que albergar los recuerdos. Parte de mí está en esta muñeca y en tantas otras cosas...

—...

Sé que mi padre no volverá a hablarme... Sé que su imagen frente a mí es una alquimia, un holograma, una proyección en 3D.

—¿Sabes? El doctor y algunos colegas están guardando información en la materia. El doctor dice que cualquier cuerpo inerte puede albergar una cantidad enorme de información al ordenar su estructura atómica. Una piedra de un kilo podría albergar todo el conocimiento adquirido por la humanidad hasta ahora. ¿Te imaginas? Parece brujería, ¿verdad? Bueno, ahora lo llaman ciencia... Pero, al fin y al cabo, no es algo tan novedoso, ¿no crees? Fíjate cuántos recuerdos y emociones contiene esta simple muñeca de cartón.

—...

Conducir es mi droga... Las carreteras comarcales de madrugada me producen un cierto efecto ansiolítico. El vacío de nuevo, más allá de la línea tenue de los focos del coche. El olor húmedo de la vegetación intuida,

los sonidos atávicos de la noche... Quisiera conducir siempre, sin tener que llegar a ningún sitio concreto que desate una marea de recuerdos. Flotar por siempre en ese espacio purpúreo ausente de significados. Podría hacerlo... Podría dirigir las ruedas del coche hacia el negro infinito, donde se presupone el océano, y quedar suspendida en aquel vacío aséptico, indoloro, sedante... La imagen de mi propia lápida me viene a la mente como un significativo vacío de mi paso por el mundo, última estación de tránsito entre el ser y el olvido. Pienso en su padre con tantas cosas por recordar... Y pienso en mí misma, con tantas por olvidar... Paradojas de un cerebro que nos es tan extraño, potentísima herramienta en manos de un primate que apenas acaba de alzarse, tembloroso, despegando sus patas delanteras de la tierra. Un animal que despieza a sus presas con rudas herramientas y, apenas unos segundos después en la escala de tiempo cósmica, escudriña los secretos del universo con sofisticado instrumental. Si se trata de sobrevivir, ¿para qué entender los límites de la existencia? ¿Para qué comprender? ¿Para qué sentir? ¿Para qué recordar? El dolor o el olvido. A este simple binomio se reduce toda elección humana. Y en cambio, esa tendencia a la transcendencia inherente a todo lo humano...

Recuerdo las palabras de aquel insistente médico que había acabado por colarse en la habitación. «Por el momento no existe tratamiento curativo en fases tan avanzadas. La utilización de células nerviosas a partir de células cepas, en combinación con el uso de la vacuna contra las proteínas tóxicas resulta eficaz cuando ha habido una detección precoz. Las conexiones sinápticas en el caso de su padre son prácticamente inexistentes y su cerebro carece de mecanismos para tejer una red operativa cognitiva. Hasta ahora la monitorización permanente y la reparación paliativa de los daños con nanoproteínas nos han permitido mantenerlo orgánicamente vivo pero las funciones básicas no se mantendrían ya sin asistencia. No podemos arriesgarnos, Valeria, las inspecciones del Comité de Ética son cada vez más frecuentes, no olvide que este centro está en el ojo del huracán ahora mismo. Por otra parte, hemos comprobado que su visión está gravemente afectada y no hemos conseguido restablecerla aún».



Aferrada al volante, revivo en voz alta mi respuesta como si repitiera la escena ante espectadores imaginarios.

—Usted sabe tanto como yo que él jamás quiso someterse a ese tipo de «tratamientos». Yo me he limitado a respetar su decisión cuando su voluntad pasó a ser responsabilidad mía como un relevo que usted me cedió. Y aunque me diga que él ya no está, yo le veo ahí... a veces me mira y balbucea... ¿Cómo sé que ya no hay nada de mi padre en él? ¿Cómo sé si no le estoy matando si decido que dejen de mantenerlo «orgánicamente vivo»?

Recuerdo que el médico volvió a cogerme del brazo. Pero esta vez interpreté su aproximación física como un afán protector de aquel hombre.

—Valeria, no tiene que decidir algo así. —me dijo mirándome a los ojos—. Hemos hablado en anteriores ocasiones de otras posibilidades de recuperar a su padre. Aún no es tan tarde. Recuerde que le hablé de la copia de seguridad que se le hizo a los 45 años... Él podrá recordarlo todo hasta esa edad... En cuanto a los sucesos posteriores, podrán implantarse recuerdos sintéticos que incluso no tendrían por qué ser tan traumáticos como los reales. La muerte de su madre... En fin... sería diferente... Su vida ahora sería mucho más agradable. Nada cambiaría en relación con usted y, además, tendría un cuerpo correspondiente a su edad... La enfermedad estaría controlada, sería como volver a empezar...

El médico se sentó en el banco de aquel pasillo extrañamente iluminado a aquellas horas. Una luz lechosa y refulgente bañaba la estancia y me recordó el estado de tránsito entre la vida y la muerte representado por la filmografía universal.

—Ya lo hemos hecho y está funcionando, Valeria, aunque usted no quiera admitirlo. ¿Acaso piensa que un primitivo marcapasos hacía que una persona dejara de ser humana? ¿Cuántas prótesis harían falta para que un hombre dejara de ser un hombre, para que se convirtiera en una máquina? Está en el ser humano el deseo de ir más allá de sus limitaciones; aunque cambiemos y mejoremos nuestro sustrato biológico, seguiremos siendo humanos, Valeria —cansado y mirándome desde aquel banco parecía que estuviera sentado en una iglesia hablando con Dios—. Piense en usted... Tendría una segunda oportuni-

dad para hacer o deshacer esas cosas de las que se arrepentirá toda la vida con respecto a su padre. Dígame... ¿para qué hemos de aprender de nuestros errores si no vamos a tener una segunda oportunidad? ¿No se arrepiente realmente de nada? ¿De haberle mentado en alguna ocasión? ¿De haber renegado de él? ¿Acaso no le reprendió cuando aún no sabía que tan solo era un enfermo y no un viejo egoísta? Valeria, la he escuchado... Su padre nunca volverá a saber cuánto le ha querido, cuánto le quiere, por mucho que se lo repita una y otra vez. Su padre ya no está. Su padre era el cúmulo de recuerdos, experiencias, emociones, sentimientos... que había en su cerebro. Y su cerebro está muerto. Tan solo queda un cuerpo «orgánicamente vivo» de manera asistida.

Al entrar en la vieja casa familiar el eco de la frase reverberó en el recuerdo. «Su padre ya no está». El viejo sillón vacío donde él permanecía horas sentado vino a confirmarlo. Sentí frío y me apresuré a cerrar la puerta. El espejo del antiguo aparador me devolvió la imagen de mi padre ante el que un día preguntó señalando a su reflejo, ¿quién es ese señor? Mientras me cepillo los dientes, observo el viejo peine de carey de mi padre, el que en algún momento miró sorprendido, como si jamás lo hubiera visto antes. Parecía preguntarse qué demonios se suponía que debía hacer con aquel chisme.

Este lugar es un insostenible hervidero de recuerdos y la cabeza no para de darme vueltas. Tal vez una pastilla conseguiría hacerme dormir, pero mi maldito cerebro seguiría funcionando de forma autónoma, indiferente a mi voluntad de desconectarlo. Y entonces soñé... Soñé que volvía a una casa antigua, vacía, de alguna forma extrañamente familiar. Era mi casa, aunque no lo pareciera. Una casa de paredes blancas y artesonado de madera. Era muy espaciosa. El suelo crujía mientras avanzaba, pues la madera parecía ser vieja. En las paredes había cabezas de ciervo... pero no, un momento... me acerqué despacio y entonces pude comprobar sin alterarme por el sorprendente descubrimiento que eran cabezas de personas conocidas. Mamá. Manuela, la vecina... El tío Pedro... Los muebles permanecían tapados por sábanas blancas, como si sus dueños los hubiera cubierto con la intención de deshabitar el hogar durante largo tiempo. Decidí abrir las ventanas para que el aire fresco de un bosque que se entreveía por ellas entrara en la casa.

Y empecé a retirar las sábanas y a limpiar el polvo. Comencé a canturrear entretenida, ajena en la simple tarea y sentía la felicidad pura, esa que deriva de los momentos breves, aparentemente insignificantes, de las pequeñas cosas... Me dispongo a quitar otra sábana más que reposa sobre un mueble alto, como un fantasma cansado de vagar. Al quitarla descubro bajo ella dos sillones apilados. Uno estaba invertido encajando el respaldo sobre el asiento del otro. Retiré el sillón superior con intención de colocar la pareja de forma simétrica frente a una vieja chimenea y entonces me percaté de que, sobre el asiento del sillón inferior, está sentado mi padre. Descansan sus manos relajadas sobre el reposabrazos. Su sonrisa... Sus ojos verdes, velados por cataratas, emanan una paz que inundaba la estancia. Me mira con ternura.

—¡Papá! ¿Por qué no me habías dicho que estabas aquí? —Le pregunto con un trono apacible, como quien regaña a un niño que no es consciente de haber hecho una pequeña trastada.

—Pero si yo llevo aquí mucho tiempo... —Contestó con su voz tranquila.

Entonces me derrumbo en el suelo despacio, como si mis piernas fueran de nieve y comenzaran a derretirse bajo el sol. La paradoja me abruma... La tristeza me oprime la garganta porque ahora me doy cuenta de que mi padre había estado tan cerca todo este tiempo mientras yo no fui capaz de verle, pensando que él ya no estaba conmigo. En cambio la alegría rebosa del cuenco de mi sonrisa porque he descubierto que todo había sido un mal sueño, una mentira. Ahora sé que él está aquí conmigo. Mi padre está dentro de mí. Lo llevo conmigo donde quiera que voy ¡Lo había entendido todo al revés! Apoyo mi cabeza sobre las rodillas de papá y cierro los ojos. Él empieza a revolverme el pelo suavemente, como cuando era pequeña y le ponía los auriculares del transistor para que escuchara aquella canción que tanto le gustaba a él...

*«volveeeerrr; con la frente marchita,  
las nieves del tiempo, platearon mi sieeeennn».*

Mientras escucho aquella melodía, la mano de mi padre sobre mi nuca me hace flotar. El dolor se diluye y siento que no puedo ser más feliz en ningún otro lugar.

El doctor Tamayo abre el compartimento del depósito. G. Somoza. El apellido de su padre rotula el frontal de aquel archivador humano. El médico aparta la funda que recubre el cuerpo y lo observan en silencio. Un hombre de 45 años que duerme. Sin duda es idéntico a mi padre a esa edad. Por un momento me resultó chocante que mi padre fuera a tener 5 años más que yo... Tan solo unas leves patas de gallo y unas arrugas de expresión algo marcadas cruzan aquel rostro recio y atractivo. No puedo evitar recordar la tupida tela de araña que cubre la cara del hombre que aún habita en otra ala de aquel mismo edificio.

—La copia de seguridad podrá volcarse en cuanto sea restaurada —dice el médico mientras vuelve a cubrir el cuerpo y empotrarlo en aquella colmena metálica—. Se hizo en equipos más antiguos y es necesario realizar algunos ajustes. También tendrá que rellenar la documentación que le entregarán en el mostrador. La mayor parte del proceso es un mero trámite administrativo. Lo que sí debe cumplimentar con más atención es el formulario que definirá los nuevos recuerdos que serán implantados. Está todo detallado. Si tiene cualquier duda, consúltemela personalmente.

—El médico apoya su brazo sobre mi espalda y me empuja suavemente hacia el pasillo. Es evidente que tiene un poco de prisa. A pesar de ello, se esfuerza por no resultar brusco. Coge mi mano y habla con cierta inseguridad.

—Valeria... —me dice mientras pierde la mirada en el ajeteo diurno del fondo del pasillo— he de recordarle que ha de autorizar la retirada de la asistencia integral a su padre antes de que activemos su nueva entidad.

Retiro mi mano de entre las del médico con un movimiento súbito y desvío la mirada hacia el jardín.

—Estaré en la habitación. —murmuro al echar a andar sin mirar atrás.

En la oscuridad estigia de la 401, deposito un último beso en la frente de mi padre. Siento los pliegues de su piel en los labios. Me parece besar la corteza de un roble centenario. Me dirijo hacia la puerta y, tras de mí, cierro la tapa del ataúd. Me marcho hacia la luz dejando a mi padre dentro, enroscado como un pequeño feto, conectado por un tejido de cables a aquel inmenso útero.

A las tres de la mañana el doctor Tamayo se levanta del sillón de su despacho restregándose los ojos y bostezando. Apaga el pad mural donde había estado trabajando y se aproxima hacia la pared de cristal. Una inflamada luna se disuelve como una inmensa pastilla efervescente en el mar zahíno. El ritual es acompañado por la danza silenciosa de árboles de brea mecidos al compás de alguna música inaudible. Un dolor en la espalda consigue sacarle del hipnótico espectáculo y cuelga el batín blanco en la percha de su despacho. Tendría que volver a casa, aunque no le encuentra el sentido a desplazarse más de 40 kilómetros para dormir solo. Bien podría quedarse en aquel sofá. Después de todo, aquel sí era su hogar. No obstante, una nueva punzada de dolor le recuerda el cómodo colchón del apartamento y se encamina al área de accesos.

Antes de llegar al mostrador del vestíbulo una auxiliar se le acerca agitando unos papeles con pasos pequeños y apresurados como una geisha ¡DOCTOR TAMAYO!

—Disculpe que le interrumpa, doctor —le dijo con una tímida sonrisa. Mirando aquellos ojos verdes su firme intención de volver al destartalado apartamento vuelve a tambalearse—. La señora Somoza ha firmado la autorización para retirar la asistencia a su padre.

El médico no entiende la preocupación de la chica. Quizás es de nueva incorporación, pues no la había visto antes por allí. Puede que tan solo muestre un exceso de cuidado propio en los puestos recién estrenados. Además es una chica joven... También bonita, quizás por ello muestra una condescendencia inusual en él que no se hubiera dado en otro caso a aquellas horas.

—No se preocupe —le dijo con una sonrisa— ya estaba previsto. Por favor, entréguela mañana mismo a su responsable para que proceda con el trámite. Muchas gracias.

Intenta reanudar sus propósitos de marcharse a casa tras echar un último vistazo a aquellos cálidos ojos pero la chica se adelanta interceptando su paso.

—Perdóneme pero es que NO ha firmado nada más... No hay autorización para hacer el volcado, ni para activar la nueva entidad...

Durante unos segundos, la frase de la chica parece verter un hechizo paralizante en toda la estancia. Ni el sonido de una voz lejana, ni el ligero roce de las ruedas de un carro auxiliar por el piso esmaltado. Nada...

—¿Cuál es su nombre, señorita?—Pregunta el médico tras salir del letargo.

—Virginia, doctor. —murmuró la auxiliar con cierto estupor.

—Virginia, este es un centro de gran reputación y prestigio. Se supone que hacemos grandes cosas... —La chica lo mira algo asustada, esperando una bronca de las graves, de esas que se sueltan sin gritos—. Aquí hemos resuelto enigmas sobre la materia de la que estamos hechos. Y hemos obtenido respuestas que nos han dado claves para entender en gran medida la vida y la muerte, para seguir comprendiendo... Pero a veces olvidamos que los seres humanos no existimos en vacío. Estamos insertos en un tiempo y un espacio, como si estuviéramos adheridos a una cinta transportadora que avanza hacia... ¿el futuro? El cerebro humano puede conseguir cosas inimaginables. Pero tal vez ha de existir una sincronía entre el ser y sus circunstancias. Y ese proceso de acople tiene un tiempo y un tempo de adaptación que necesariamente han de ser humanos.

El médico mira la cara absorta de la chica. No sabe si había entendido lo que él había querido decir. En cualquier caso, tampoco tiene claro si su monólogo de madrugada soñolienta había sido para ella... Le desea buenas noches y se encamina a su apartamento vacío.

Ya las había pelado, quitado el corazón y cortado en cuartos. A papá siempre le gustaba que fueran reinetas porque se hacen antes y son más harinosas. Después les rociaba un poco de limón para que no se oscurecieran y las colocaba en la cazuela.

Así... Les puso azúcar, agua y la cáscara de un limón del patio que había cogido esa misma mañana. Finalmente, tapó la cazuela y en seguida el olor se extendió por toda la casa como una presencia omnipresente y entrañable. *Voilà!* Compota de manzana.

Durante el proceso de cocción sonó el timbre. El camión de MRW se veía desde la ventana de la cocina. Valeria salió a la puerta y firmó el albarán

donde aparecía el remitente: Centro Internacional de Investigación Neurológica, CEIIN (Universidad de Málaga). Al coger la tijera del pescado para romper la cinta adhesiva, echó una ramita de canela en la cazuela.

Una estampita de su comunión, el transistor, fotos con mamá, con los tíos en la playa, el llavero de la suerte, el rosario de la abuela, la libreta rotulada con su preciosa letra: ¡Bienvenida Valeria! Abrió la libreta y aspiró el olor del viejo papel. Cayó un papel secante en el que Cascarrabias llevaba un tintero Pelikán en su carrillo de manos. Echó un vistazo a las primeras líneas:

*Cuando mi hija Valeria murió en aquel horrible accidente de coche, me volví viejo y débil. Todas mis firmes creencias se desplomaron. Sentí un miedo atroz ante la idea de que el olvido, la nada que se cernía sobre mí... arrasaría con los recuerdos que conservaba de mi hija, todo lo que me quedaba de ella, o todo lo que me quedaba, sin más... Si desaparecían mis recuerdos, ella se iría para siempre... su cara llorosa enmarcada por sus rizos dorados mientras se acercaba a la verja del colegio, la leve presión de sus pequeñas manos aferradas a mi cuello cuando las balas acribillaban a King Kong en aquel cine de verano, su melódica vocecilla cantando en el coro, hinchando mi orgullo de padre hasta sentir que el corazón iba a elevarse como un aerostato hacia los confines del cielo. ¿Quién se ocuparía de mantener vivos aquellos pequeños milagros que constituían la esencia de una vida cualquiera como había sido la mía? No podía permitir que cayeran en aquel pozo de infinita oscuridad, aquella muerte definitiva, más allá de la muerte física, que es el olvido, el olvido de las pequeñas cosas, que es la peor de las pérdidas que un hombre puede soportar...*

**Relatos seleccionados**



## Una ventana al infinito

*Tomás Castellanos Díaz*

Una señal de socorro es emitida por un pequeño barco de pesca al Este de Florida en pleno triangulo de las Bermudas.

—Mayday, mayday, aquí Alfa, Tango, Bravo tres uno cinco, a bordo del Esperanza, barco pesquero Esperanza, repito Alfa, Tango, Bravo tres uno cinco para guardacostas, navegamos sin instrumentos y envueltos en una densa niebla, mayday, mayday, por favor si alguien puede oírnos necesitamos ayuda, somos cinco personas a bordo y estamos a merced del mar, no sabemos dónde estamos ni hacia dónde vamos.

Al mismo tiempo a unos siete mil kilómetros de allí e ignorantes de este caso concreto y particular se desarrolla una serie de situaciones que sin saberlo tienen un nexo común. En la Universidad de Málaga, en el Departamento de Lenguajes y Ciencias de la Computación una conversación tiene a nuestros protagonistas algo alterados. Andrés es el ayudante del laboratorio, una persona muy extrovertida y dedicada por completo a su trabajo. De familia humilde, le costó tanto llegar a este puesto que lo quiere aprovechar al máximo, lo que le hace tener un celo profesional algo exagerado que ya le ha costado en alguna ocasión algún disgusto académico, aunque, por ende, el reconocimiento de muchos de los profesores de la Universidad.

—Profesor la «mascota» arroja un resultado peculiar.

—¿Cuántas veces te he dicho que no lo llames así?

—Lo siento, pero es simpático y más corto que su nombre.

Se referían al Programa de Estimación de Tormentas Solares, que como podéis ver sus siglas, «P. E. T. S.», en inglés significan mascota. Este programa está desarrollado en la Universidad de Málaga por el profesor González, Iker González. Una persona dedicada totalmente a la investigación, de hecho seguía soltero a sus 49 años y no se le conocía pareja alguna. Su vida social se limitaba a la Universidad, estaba totalmente volcado en su trabajo. El

programa se basa en una serie de algoritmos matemáticos que «predice» con bastante exactitud las tormentas de protones solares que el sol arroja.

—¿A qué te refieres, con lo de «resultado peculiar»? Ya sabes que las últimas cifras hay que desecharlas.

—No profesor, bueno digo sí, sí sé que hay que desecharlas, pero es que esta lectura tiene 14 caracteres desechables y además tiene letras.

—Vaya, otra vez, esto no es bueno. Llevamos 15 meses de trabajo y en este tiempo hemos tenido 2 falsas alarmas y 14 predicciones válidas. Esa proporción podría ser asumible, está dentro de los parámetros normales, casi necesarios. Para saber que el programa funciona, necesitamos algún error para poder hacer la comparación y ver que es fiable, pero 3 me parecen demasiadas para darle alguna fiabilidad.

—¿Cómo sabe usted que se trata de falsas alarmas y no de otra cosa?

—Es el mismo resultado que las otras 2 veces, sabes que ha habido 2 falsas alarmas de predicción en el pasado sobre 14 aciertos, ¿no?, pues esas 2 falsas alarmas específicas también reflejaron caracteres de más y letras. Al principio creímos que era una secuencia en sistema hexadecimal, pero no se correspondía.

—Pero profesor, el patrón viene a ser el mismo, a excepción de esas letras y números de más, los 12 primeros caracteres son números, ¿si hacemos lo de siempre no resultará?

—No, ya lo hemos intentado y no. Cuando han aparecido las letras el evento no se ha generado, no ha habido tormenta, además las secuencias suelen variar algo.

—¿Está seguro profesor? Puede tratarse de una numeración que nos indique otra cosa, no sé, una explosión repentina de gases, o una erupción de metales pesados sobre la base del sol, podríamos investigar al margen esas secuencias por separado, sacarlas del contexto del programa.

—Sí, podría ser pero el programa está diseñado con un objetivo muy concreto y no para otra cosa como explosiones o erupciones, además sería perder el tiempo. Necesitamos una referencia, un punto de partida, algo en

que basar el estudio, algo con lo que comparar. Si no tenemos eso, será como buscar una aguja en un pajar. Deberíamos empezar por saber qué son los números que desechamos a la hora de verificar. Sabemos que los 12 primeros corresponden a la hora y fecha pero, ¿y los otros 12? Seguro que tienen su lógica, una razón de por qué aparecen. No creemos que sean números al azar, pero haciéndolo así, hasta ahora nos ha ido bien.

—Profesor, ¿es posible que sean simplemente decimales de la ecuación?

—Sí, así los tratamos ahora, por eso los despreciamos y nos quedamos con lo que llamamos parámetro entero. Ya sabes, los tomamos como si fuera un único número y lo desglosamos en grupos de 4, 2, 2, 4. El resto es como si fueran decimales y simplemente no los tenemos en cuenta, ¿Qué parámetro ha dado?

—Vamos a ver... 072203032012283316N781246O.

—Lo ves, debe estar mal, si fuera un dato válido, los cuatro primeros números deberían ser... —mirando el reloj que había en la pared del laboratorio le contestó a Andrés:

—122203... etc., etc.

—Teniendo en cuenta que los grupos empiezan con la hora, que corresponde a los cuatro primeros, los dos siguientes al día, seguidos de los dos del mes y para terminar los cuatro del año, este evento se debería de haber producido hace cinco horas. ¿Lo ves?, 07:22 horas del 03, que es hoy, del 03 marzo, mes en el que nos encontramos y año 2012. Ahora son las doce y veintidós, lleva una diferencia de varias horas, aunque este fallo es casi un acierto, los otros dos fueron mucho más dispares.

—Profesor, ¿podría darme los datos para estudiarlos en mi tiempo libre?

—Andrés, tranquilo, déjalo estar, ¿que te hace suponer que tú podrás descifrarlo? Yo llevo varios meses y no lo he conseguido, claro que tampoco le he dedicado mucho tiempo. Tú llevas aquí tan solo unas semanas.

—Pero profesor, yo le dedicaría tiempo a esto, no interferirá en mi trabajo, se lo prometo, déjeme intentarlo, no perdemos nada.

—Está bien, las otras numeraciones las tengo en una carpeta negra que hay sobre la mesa de mi despacho, ve a por ella por favor.

Andrés se dirigió raudo a por la carpeta, sin saberlo estaba a punto de descubrir una serie de hechos que serían decisivos para el futuro de la humanidad. Una vez en el laboratorio, el profesor González le dio las secuencias de números extraídas del programa. Andrés los apuntó en un trozo de papel que encontró sobre la mesa de trabajo en la que se encontraban. Contaba con tres series de números, no era mucho, pero él creía que sería suficiente para ver un patrón, una secuencia concreta con un mensaje específico, aquellos números se deberían a algo, no creía que fuera algo para despreciar, pero ¿qué? Eso sería lo que a partir de ahora debería descubrir en su tiempo libre.

La tarde pasó sin más hasta que llegó la hora de marcharse. Eran más de las ocho y Andrés al igual que los demás se fue a casa, en su caso no para descansar, pues tenía en mente empezar a trabajar sobre las secuencias que el profesor le había facilitado. Una vez en su casa se dispuso para seguir su jornada particular, se preparó un par de sándwiches y un gran vaso de leche, se sentó en su mullido sofá, estiró los pies sobre un pequeño reposapiés que tenía delante y se colocó un ordenador portátil sobre sus muslos disponiéndose a trabajar. Empezó por descargarse un programa de internet que encontraba relaciones entre secuencias numéricas, mientras decía las secuencias en voz alta.

—La primera en fallar fue 1541300111511044N014934O.

—la segunda 130717082011402019N116229E.

—y la tercera ha sido la de hoy: 072203032012283316N781246O.

Tenía la televisión encendida delante de él pero no la miraba, el simple sonido del aparato le hacía sentirse acompañado, vivía en un antiguo edificio con pocos vecinos y prefería tener una distracción, aunque fuera acústica y no le prestara atención.

Empezó por tomar las numeraciones del principio, las que utilizaban para ver las estimaciones. Comenzó con las horas, el programa tras unos segundos de cálculos tan solo encontró un factor común y dio una secuencia, bueno, más que una secuencia, era un número, el dos concretamente. Sumando todos los dígitos de las horas nos daba ese resultado, esto se utiliza en numerología, ¿era casualidad? Pocos datos para revelar algo concreto. Le

introdujo los datos de las fechas, esta vez parecía que al programa le costaba más sacar una conclusión, es posible que no la hubiese, pero había que probar con algo. Mientras el programa «jugaba» con números aparentemente inconexos, un ruido hizo a Andrés salir de ese medio trance en el que se encontraba mirando fijamente la pantalla del ordenador. Algo parecía haberse caído en la cocina, un poco extraño, había pocas cosas que pudieran hacer aquel ruido. Aun así, dejó el ordenador encima de la mesa que tenía delante suyo y se dirigió hacia la cocina. Temeroso pasó con sigilo, encendió tímidamente la luz y miró por todas partes, no había mucho donde mirar, ya que el espacio era sumamente pequeño. Tan solo vio la ventana abierta, probablemente el viento la había abierto y estaba batiéndola.

—Sí, probablemente —pensó—, mientras cerraba la ventana y se aseguraba que lo estaba.

Se sentó en el sofá adoptando de nuevo su postura. Mientras se colocaba el portátil sobre las piernas vio que el programa había terminado su trabajo dando otra referencia. Había un dato en común, las secuencias o eventos distaban lo mismo de una fecha a otra, exactamente 199 días. Esto tomaba forma, no era nada concluyente, pero de nuevo había un patrón. Aunque la casualidad podría jugar un papel importante decidió centrarse en esos valores para empezar a entender lo que tenía entre manos.

Era ya bastante tarde y necesitaba descansar, sin ningún otro dato relevante se fue a la cama, eso sí, dándole vueltas a una posible conexión y cuál podría ser el enigma que escondían esas cifras, un 2 y el 199. Vaya, para un día eran demasiadas emociones y al menos era algo que llevarle al profesor. A ver si él tenía alguna teoría que pudiera utilizar como punto de partida o conociera esos números como algo propio de la «mascota».

La mañana llegó en un suspiro, apenas tuvo la sensación de haber cerrado un ojo, pero las prisas que tenía por llegar a la Universidad para contrastar los datos que había descubierto le podían más que el sueño.

Cuando Andrés llegó al laboratorio ya se encontraba allí el profesor González revisando los datos del programa, esos datos eran remitidos a numerosos estamentos oficiales de otros países. Entre ellos se encontraba la

N.A.S.A. que consultaba de forma habitual la información que les hacía llegar la Universidad. Estos datos les eran muy valiosos, hasta el punto que en una de las misiones de la lanzadera espacial no hubo una incidencia grave gracias a la estimación de tormenta solar, ya que pudieron poner a salvo a los astronautas que se encontraba en el exterior de la nave realizando unas tareas rutinarias de mantenimiento cuando una de las tormentas arrojó escoria y micrometeoritos al espacio en la dirección que estos se encontraban. Por eso el proyecto liderado por el profesor González tenía que basarse en realidades y esas falsas alarmas no favorecían en nada el trabajo, de acuerdo que la gran mayoría de veces acertaba, pero no era suficiente, debían tener un cien por cien de efectividad para que la comunidad científica le diera su aprobación definitiva, además, ¿de qué vale algo que solo funciona a medias?

Andrés le enseñó y empezó a relatarle sus descubrimientos. El profesor lo miró y escuchó a Andrés comentarle sus teorías, pero que todo se redujera a un par de números con algunas coincidencias no le decía mucho. Pero lejos de desilusionar al joven, le animó a que siguiera con las pesquisas, cosa que el ayudante agradeció.

—¿Ha habido alguna otra estimación profesor?

—No, ya sabes que no son periódicas, las da cuando hay algún indicio, o al menos, así debería de ser, de todas formas Andrés supongo que tú agradecerías más una falsa alarma que una estimación real, ¿verdad?

—Entienda profesor... ya que he empezado me gustaría llegar hasta el final, y para eso, cuantas más series de números tenga, más posibilidades tengo de saber lo que es. Por otro lado no quisiera que su trabajo fuera improductivo, creo que es un proyecto muy importante para toda la humanidad, sabemos que estamos, un poco, a merced de nuestra «bombilla» particular, el sol, y pensándolo bien, eso es más importante que una sucesión de números que seguro que no tiene nada que ver con lo misterioso o lo macabro.

—Andrés, te elegí entre bastantes candidatos y sabes ¿por qué?

—No profesor, no tengo ni idea, supongo que por mis resultados académicos.

—No seas presuntuoso. No, fue por algo muy concreto, fuiste el único que hizo una pregunta a mi explicación. ¿Te acuerdas cuando tuvimos la reunión personal para acceder al puesto?

—Sí claro, estuvimos hablando un rato, pero no recuerdo que me evaluara de forma alguna.

—Pues sí Andrés, te puse nota en esa reunión y aunque no lo sepas fue bastante alta. ¿Sabes cuál es la principal condición para ser un buen investigador?

—Supongo que cualidades para el estudio.

—No amigo, no. Curiosidad. Si eres curioso, eso, te llevará a querer conocer más.

—Pero eso no contesta a mi pregunta profesor.

—¿Te acuerdas en qué se basó la reunión?

—Sí, usted me explicó cómo funcionaba la «mascota», perdón, el programa de estimaciones y en qué consistiría mi trabajo.

—Así es, esa reunión fue exactamente igual para todos los aspirantes y cuando yo preguntaba que si lo habíais entendido, todos dijeron que sí, pero hubo uno que me dijo... «¿Por qué?». Esa es la actitud, no dar por hecho los acontecimientos sino tener la inquietud de por qué son así. Ese fuiste tú Andrés. Hoy por lo que veo tendremos el día tranquilo, puedes seguir si quieres haciendo cábalas con los números.

—Gracias profesor, entonces esos números, ¿no le dicen nada?

—Bueno, una cosa está clara, que disten lo mismo uno de otro en el tiempo ya da que pensar. Prueba a combinarlos entre sí, a ver si eso arroja algún resultado. Eleva el 199 al cuadrado o el 2 a 199, súmalos, hazles las raíces cuadradas, no sé, algo que te dé un valor identificable, pero ten en cuenta que el resultado, sea el que sea, no te dirá nada por si mismo. Bueno, a no ser que sea un número claramente definido o un algoritmo al uso como ya te he dicho, ya sabes el número pi, el número áureo, la curva de Koch. Prueba si pertenecen a alguna secuencia como la de Fibonacci, ten en cuenta que las posibilidades son casi infinitas.

Andrés, con un gesto de resignación, apoyó los dos brazos sobre la mesa de trabajo y empezó a darles vuelta a esos dos números. Los escribía en folios de mil formas posibles, pero a simple vista no significaba nada. ¿Sería lo más simple?, es decir, una fecha, 1992, un año concreto. Con esa teoría empezó a buscar en internet. Datos, datos y más datos pero esa fecha no arrojaba nada significativo. Cogió una calculadora que tenía a mano y comenzó a hacer cuentas al azar, primero con el 2 y luego con el 199, hacía combinaciones con el número pi y nada. Empezó a darle vueltas a la teoría del número perfecto, pero tampoco tenía sentido, ninguno de ellos lo era.

Tal vez el profesor tenía razón y esos números eran producto de una casualidad, la última prueba fue tomar el 199 y dividirlo entre dos hasta que le diera algún resultado conocido. Cuando llevaba 7 reducciones, se fijó en el número que la calculadora marcaba, 1,5546... Le sonaba a algo, pero ¿a qué?

—Profesor ¿Le suena el número 1,5546?

—Se aproxima al número áureo – le contestó.

Entonces recordó, buscó el valor de dicho número y este lo copió en la calculadora, con seis decimales. Comenzó a doblarlo sucesivamente, hasta que apareció. Ahí estaba el 199 con algún decimal, pero insignificantes. Vio que era la posible solución, una secuencia de fechas con una diferencia de 199 días que era el número áureo, es decir 1,618033, elevado a once, el dos no era tal, era el resultado de  $1+1$ , o sea, tomar las dos cifras por separado y aplicarlas como un único número. ¿Qué mejor número que el que marca la proporcionalidad?

—Profesor, profesor, lo tengo.

—Pues mañana me lo explicas ¿No has visto la hora que es?

—Pero profesor...

—Andrés, la paciencia también es una virtud de los científicos y el resultado seguirá estando ahí mañana.

—Está bien profesor, hasta mañana.

Una vez en casa, Andrés hizo su rutina habitual, se preparó algo para cenar y se dispuso a ver un rato la televisión. No era muy tarde, de hecho



estaban dando en el canal que estaba puesto las noticias, las estaba viendo, pero sin prestarle mucha atención hasta que algo le hizo sobresaltarse, sobreimpresionado en el aparato se encontraba una de las secuencias de números con las que había estado trabajando. Concretamente la última, la serie de números formaba parte de la noticia que estaban dando en ese instante, se incorporó, y mientras cogía un papel de su maletín que tenía junto a él, subió el volumen del televisor. La noticia en cuestión era la de la desaparición de una embarcación pesquera en el triángulo de las Bermudas, un hecho casi surrealista, hacía bastante tiempo que no se sabía nada al respecto sobre ese sitio. Los números que aparecían eran la hora y fecha del último contacto. Tras eso, ni rastro del barco. Pero eso no era todo, además aparecía la localización exacta  $28^{\circ} 33' 16''$  Norte  $78^{\circ} 12' 46''$  Oeste, increíble. Eso era la secuencia entera que el programa daba, la hora, fecha y coordenadas de un evento, eran muchos datos replicados con total exactitud. Números y letras se correspondían a la perfección, por eso la hora no se correspondía, porque era la hora local del suceso. Claro, cinco horas menos. ¿Coincidirían las otras dos lecturas? Rápidamente cogió el ordenador y le introdujo los datos. Primero la localización, tenía un programa que poniendo las coordenadas le daba el sitio al que correspondían,  $51^{\circ} 10' 44''$  N  $01^{\circ} 49' 34''$  O. Increíble, esas coordenadas son las de la construcción megalítica de Stonehenge. Tomó esos datos, los introdujo en el buscador de internet y...

Parecía imposible otra coincidencia, en este caso la noticia era sobre una desaparición que se produjo de una turista cuando su grupo se encontraba visitando el monumento. La noticia no da muchos más detalles porque no los hay. Tan solo eso, desapareció y nunca más se supo de ella. ¿Qué estaba pasando? Aquellas secuencias se correspondían a desapariciones, esto no podía quedar así tenía que probar la otra secuencia, ¿qué sería esta vez? Los nervios hacían mella en él, le temblaban tanto las manos que casi no podía tocar una tecla sin pulsar varias a la vez. El ritual fue el mismo que el anterior, primero introdujo la localización  $40^{\circ} 20' 19''$  N  $11^{\circ} 62' 29''$  E pero esta vez no había resultados, el programa no reconocía la secuencia de latitud y longitud. No se dio por vencido e introdujo la fecha por si había alguna noticia relevante al respecto.

La búsqueda le llevó, entre un sinfín de curiosidades, a una que no pasó desapercibida y que incluso recordaba por extravagante: era la supuesta aparición de un antiguo guerrero chino cerca del templo Shifo en Pekín. Al parecer hablaba un antiguo dialecto que costó mucho descifrar, lo poco que se logró entender al supuesto guerrero es que era un antiguo guardián de la muralla china, que de pronto se vio en la actualidad, y que era un guerrero descendiente de la dinastía Qin, por lo que el «viajero» venía del año 200 antes de Cristo.

Se dio cuenta de que había cometido un error al introducir los datos de localización, al parecer había desplazado el signo de grados un lugar más de lo que era en realidad, quedando en 116° y 2' y no 11° y 62'.

No podía dar crédito a su hallazgo, una casualidad, como una noticia en la televisión había desencadenado la solución de sus incógnitas. De momento aquel programa estaba arrojando fechas y localizaciones exactas de apariciones y desapariciones extrañas a lo largo del planeta. Esto le llevó a hacer una cuenta sencilla, averiguar el siguiente evento que partiendo de los datos que tenía descifró que ocurriría el 18 de septiembre de 2012. Pero otra pregunta mucho más relevante se le presentó ante todos aquellos sucesos. Estaba claro que el programa desarrollado por el profesor González estaba vinculado a aquellos eventos, pero este los notificaba o los ocasionaba, ¿podía él por sí solo provocar esos hechos? Había que averiguarlo por todos los medios, sin más dilación llamó por teléfono al profesor, era algo tarde, pero el hallazgo merecía tal molestia.

—¿Profesor?, soy Andrés, ni se imagina lo que he descubierto.

—Pero es muy tarde, ¿no puede esperar?

—No profesor, óigame un momento por favor.

Andrés le relató todos los detalles mientras al otro lado del teléfono el profesor escuchaba embelesado, una vez finalizó, el profesor le dijo:

—Está bien mañana quedaremos temprano en el laboratorio y revisaremos todos los datos, los cotejaremos hasta que descubramos a qué se debe, gracias y hasta mañana.

—Hasta mañana profesor.

La mañana pareció tardar más en llegar que de costumbre. Andrés no pudo pegar ojo en toda la noche, por fin llegó la hora. Ambos se vieron a la hora señalada, empezaron a cotejar datos a cruzarlos con las noticias a que correspondían y no podían creer que aquellos no fuera más que una casualidad. Pero tenían delante la prueba de fuego; si todo era como Andrés decía el próximo evento se daría en septiembre el día 18, pero ¿dónde? Eso no habría manera de saberlo, deberían esperar para localizarlo. El tiempo pasó y llegó el día que los dos hombres estaban expectantes. Eran más de las cuatro de la tarde y no había ni rastro de la secuencia, pero hasta las doce de la noche había tiempo. De pronto el pitido clásico del programa, que informaba de una estimación o ¿sería de un evento temporal? Rápidamente los dos se abalanzaron sobre el ordenador y descubrieron el resultado, 183818092012295833N310749E, ahí estaba, los dos hicieron el mismo gesto mirar al reloj de la pared, había dos horas de diferencia, por lo tanto la localización sería al este, además, la letra de la secuencia así lo afirmaba.

Introdujeron las cifras en un programa que localizaba el lugar y los llevó hasta Egipto, concretamente a la meseta de Giza donde se encuentran las grandes pirámides. Allí se había producido algún evento, pero ¿cómo enterarse? Tendrían que esperar a que el dato se revelase, podría tardar minutos o días, o simplemente, nunca se enterarían por ser un evento de poca importancia. En fin, ahora tocaba esperar.

El profesor, mientras tanto, empezó a buscar la relación entre los distintos lugares. ¿Cuál podría ser? ¿Serían aleatorias las localizaciones? Sabían cuando se producían, pero no controlaban dónde. Ese sería el gran paso.

El profesor recordó que cuando hizo la programación tuvo que poner unas coordenadas para que el motor de la antena que recibía los datos del satélite para hacer sus cálculos la colocara en posición correcta. ¡Eso era! La posición de la antena estaba justo en esas coordenadas cada vez que se generaba un evento. Eso le dio una idea. ¿Y si ponía unas coordenadas concretas, si situase la posición de la antena en un punto concreto? Andrés, mientras el profesor elucubraba sobre sus teorías, se desesperaba buscando en internet alguna noticia al respecto.

—Andrés, te das cuenta de lo que está pasando, esto puede ser el mayor descubrimiento de la historia.

—Sí profesor, es sorprendente.

Se dieron cuenta lo tarde que era y decidieron dejar sus indagaciones hasta el día siguiente. Era difícil despegarse de la mesa, pero poco podían hacer hasta tener certeza de que aquello era lo que esperaban. Se despidieron y cada uno tomó su camino.

Una certeza sí tenían: que en 199 días se volvería a producir el hecho, pero ¿cómo controlarlo? Esa era una de las cuestiones en las que divagaban y en lo que su próximo trabajo se basaría. Ambos estaban deseosos de volver al trabajo.

El nuevo día se levantó con grandes expectativas cuando en las noticias de la mañana el profesor vio en televisión la desaparición misteriosa de un arqueólogo que se encontraba trabajando junto a la pirámide de Giza. Ese era el dato que les faltaba, ya sabía que no se trataba de una casualidad, era algo que se generaba por motivos específicos y eso es lo que debían de empezar a intentar controlar.

Como si estuviesen sincronizados, ambos llegaron juntos al laboratorio y lo primero en decirse, mas allá de los buenos días, fue la noticia con la que se habían levantado, la desaparición de ese arqueólogo.

—A ver Andrés, lo primero será intentar comprender cómo poder focalizar esos eventos. Creo que si cambiamos los parámetros de alineación de la antena podríamos generar esos hechos en un sitio concreto.

—Profesor, tenemos 198 días para comprobar si funciona nuestra teoría, tenga en cuenta que si hacemos las modificaciones ahora, es posible que el programa deje de hacer las estimaciones habituales de las tormentas.

—Tienes razón, haremos una cosa, mantendremos el programa intacto mientras estudiamos si puede funcionar, aunque sea en teoría.

Dicho esto, los dos se pusieron a trabajar en las distintas opciones que se podían presentar a la hora de hacer que el programa generara la situación en un lugar concreto. Si pudieran conseguir esto podrían dominar ese evento. Al cabo de algún tiempo les surgió una duda, ¿de qué se trataba aquello?, ¿un

halo de energía que volatilizaba lo que tocaba? ¿Una puerta temporal?, ¿una interdimensional? Muchas dudas que dentro de poco tendrían una respuesta. Lo más probable es que fuera una puerta en el continuo espacio-tiempo, la aparición de ese guerrero chino apuntaba a ello. Si así fuera, ¿podrían estar ante una máquina del tiempo?

Llegó la hora de probar todas sus teorías. Era el día antes del evento tenían todo dispuesto para ello, como no sabían la superficie que se vería afectada decidieron hacer la prueba en el campo de deportes de la Universidad, que se encontraba esos días sin actividad. Colocaron todo lo necesario sobre una mesa que habían dispuesto a la altura de la pista de atletismo que circundaba el campo de fútbol y poniendo el centro de este como epicentro del evento.

La tensión estaba en el ambiente como si de una bruma de espesa niebla se tratase, la única incógnita era que no sabían la hora exacta por lo que tendrían que hacer noche en el lugar. Pero eso no suponía ningún problema, harían relevos hasta que llegara el día, si es que no se hubiera producido antes.

La mañana llegó y los dos hombres comentaban la situación, estaban seguros que algo pasaría, ¿pero qué? ¡Atención!, el pitido del ordenador indicando la secuencia. De pronto en el centro del estadio una especie de ola circular visible como de aire apareció, ondulaba desde el centro hasta los bordes, no era muy grande de unos dos metros de radio, mientras los hombres miraban atónitos el espectáculo pasó algo sorprendente. De ese círculo salió a gran velocidad un balón de fútbol que se alejaba votando hacia la portería del fondo norte del campo. Se dirigieron hacia él y delante del balón se miraron, el profesor lo cogió, pudo ver claramente que se trataba de un balón antiguo, pues se le veían las costuras y no estaba muy trabajado, estimó que se trataba de un balón de los años 40 ò 50.

¿De dónde había salido? Pero esa no era la pregunta, la pregunta era: ¿de cuándo había venido? El profesor decidió hacer un experimento, tomó un rotulador que tenía en el bolsillo de la bata y escribió una palabra, «Mascota», en honor un poco al nombre cariñoso que los estudiantes le habían puesto al programa. Cuando terminó de escribir se dirigió hacia el centro del campo y lanzó el balón dentro de la onda, automáticamente este desapareció, tras lo que la onda se cerró.

—Profesor, ¿por qué ha hecho eso?

—Lo he mandado otra vez a su sitio, tal vez algún día sepamos dónde ha ido.

Empezaron a recoger todos los utensilios mientras comentaban el éxito de la prueba.

—Se da cuenta profesor, ¿sabe lo que hemos conseguido? Esto puede ser el principio de algo increíble.

—Sí Andrés, y gracias a ti, a tu obstinación. A ti te debemos este descubrimiento. Ahora hay que pensar cómo desarrollarlo y exponerlo, ten en cuenta que puede ser muy peligroso si cae en malas manos, quién sabe lo que podrían hacer con ello.

Mientras hablaban iban caminado por uno de los pasillos de la Universidad en la que se encontraban expuestos todos los logros de esta. Diplomas, menciones, trofeos... al pasar junto a ellos el profesor se paró frente a una vitrina. En ella había una fotografía de un equipo de fútbol y un cartel donde ponía «Campeones del año 1947 de futbol entre Universidades» y debajo, sobre una peana un balón de futbol, viejo, ajado y sucio con unas letras descoloridas, en ellas se podía leer una palabra. La palabra era... «Mascota».

## **El efecto Pigmalión**

*Mesod Hazán Amar*

### **I**

—Y... ¿qué podría usted decirnos sobre los mecanismos neuronales del aprendizaje y su relación con la Teoría de la Adicción al Conocimiento de Biederman?

Esta fue la pregunta que desencadenó toda la serie de acontecimientos que les detallo a continuación y odio reconocerlo, pero fue también la primera...y la última que me formularon en la entrevista de trabajo de aquel día. Pero ahí estaba yo, Eva Sanz, bióloga titulada por la Universidad de Málaga y aspirante a un puesto de investigadora en los prestigiosos Laboratorios Thontertras, recientemente instalados en el Parque Tecnológico de Andalucía.

Huelga decir que desconocía la respuesta y por más que repetía mentalmente la pregunta, tan solo un «¡Ay, Dios mío!», perfectamente sustituible por un «¡tierra trágame!», fue lo único que se me vino a la mente. Pero al menos conseguí mantener la sonrisa... no por cortesía, sino porque imaginaba a mis pobres neuronas gesticulando y mirándose incrédulas las unas a las otras como en la serie de Barillé<sup>1</sup> mientras destellaban sus dendritas a modo de cortocircuito, lo que resultó suficiente para agotar la escasa paciencia del examinador.

—¿Señorita? ... ¡Señorita!

—¡Ah! sí, disculpe, ¿me puede repetir la pregunta? (frase muy manida, lo sé, pero resulta útil cuando de lo que se trata es de ganar tiempo para que la adrenalina generada en este tipo de situaciones tenga alguna utilidad).

—¡Vamos a ver, señorita! —señaló el examinador con un cierto tono paternalista—. Estamos convencidos de que es usted una bióloga con mucho

---

1 Albert Barillé, cineasta francés, creador y guionista de la serie de dibujos animados *Érase una vez...* (El Cuerpo Humano. 1987).

futuro, pero para este puesto necesitamos a una persona experta en Neurobiología y solo disponemos de un tiempo limitado para entrevistar a todos los candidatos, así que le rogaría que si no se ajusta usted a este perfil, no lo demoremos más y lo intente usted en otra ocasión.

¡Y adiós muy buenas!, así se acabó mi decimosexta entrevista de trabajo.

Creo que fue Hill el que dijo que «cada fracaso lleva consigo la semilla de un éxito equivalente», pero a mí esta situación me recordaba cada vez más a Diógenes cuando entrenaba su fracaso pidiéndole limosnas a las estatuas.

Símil aparte y con el fin de extraer, al menos, algo positivo de aquella calamitosa experiencia, me dispuse a analizar los que podían haber sido mis principales puntos débiles. Para empezar no tenía ni idea de la existencia de más de un mecanismo de aprendizaje aparte del de poner los codos delante del libro y lo del inefable Biederman tampoco me sonaba de mucho, pero es que ya se sabe que nuestro cerebro retiene lo que consideramos más importante y para mí conocer su «Teoría sobre la Adicción al Conocimiento» no era precisamente una tarea prioritaria, sobre todo si la comparamos con la de averiguar la forma en la que iba a pagar mis facturas a final de mes.

Al menos esperaba que mi hermana pequeña hubiera tenido un poco más de suerte aquella mañana. Ese iba a ser su primer día de trabajo en el Departamento de Terapia Celular del IBIMA<sup>2</sup>, un centro de investigación inaugurado en el marco del proyecto Andalucía TECH<sup>3</sup>, lo que como bióloga había sido siempre una de sus mayores aspiraciones.

Aún recuerdo cuando recibió la carta de la Universidad concediéndole la beca de investigación en el área de Biología y Biomedicina. Parecía como

- 
- 2 Instituto de Investigación Biomédica de Málaga. Auspiciado por la Universidad de Málaga y las Consejerías de Salud y de Economía, Innovación y Ciencia de la Junta de Andalucía, desarrolla una investigación básica y aplicada en el área de Biomedicina.
  - 3 Campus científico-tecnológico promovido por las Universidades de Málaga y Sevilla.



si le hubiera tocado el premio gordo de la lotería de Navidad y es que la medicina regenerativa siempre le había llamado poderosamente la atención. Poder curar a los enfermos mediante técnicas de reposición o regeneración de células de tejidos u órganos dañados, en lugar de extirparlos o trasplantarlos, parecía cosa de ciencia ficción, pero era sin duda el objetivo al que debía tender la medicina del futuro.

De cualquier forma, si algo me había quedado claro después de aquella entrevista era que esa situación no iba a volver a repetirse y que los Laboratorios Thontertras se iban a acordar de quién era Eva Sanz...

## II

La recepcionista me despidió agitando la mano mientras invitaba al siguiente candidato a pasar a la sala de reuniones donde se estaban celebrando las entrevistas de aquel día. Me dirigí a la salida y abandoné las instalaciones de los Laboratorios Thontertras con toda la entereza de la que pude hacer gala y con la firme idea de reparar lo antes posible mi maltrecho estado de ánimo y para eso, nada mejor que «La Casa de la Fortuna».

Carlos me recibió como siempre con una gran sonrisa y a pesar de su avanzada edad no dudó en hacer gala de su buen humor y vitalidad. La Casa de la Fortuna era un establecimiento dedicado al comercio tradicional de hierbas medicinales, pero a diferencia de otros tenía un cierto toque rústico que lo hacía muy acogedor y a la vez alegre, con las paredes pintadas de color frambuesa oscuro, estanterías de Sapelli y una cenefa de papel en la parte superior con motivos botánicos muy adaptados al caso.

Con la confianza que da la habitualidad me dirigí directamente al estante de las plantas medicinales relajantes. Todos los preparados e infusiones estaban perfectamente alineados y agrupados por familias: Melisa, Amapola, Lavanda, Valeriana, Flores de Tonga, Tila... ¡Un momento! ¿Flores de Tonga? No me suena...

—¡Oye Carlos! ¿la Tonga qué planta es?

—¿Perdón?, preguntó Carlos observándome por encima de sus gafas.

—La tonga ... aquí tienes un cofrecito azul que pone «Flores de Tonga» y no tengo ni idea de qué planta se trata.

—¡Ah, sí! Me llegó ayer, pero he debido ponerlo en ese estante por error. La verdad, querida, es que yo tampoco he oído hablar de esa planta ni conozco sus propiedades, pero ya sabes que cada año se descubren mil especies nuevas y resulta imposible catalogarlas todas. Muchos colegas me envían sus muestras para que les asesore sobre su posible salida comercial, pero a mi edad ya no doy abasto con todo.

—Pues si tú no lo sabes que eres el experto, ya me dirás... —repliqué con un cierto tono de decepción.

—¡Mira quién fue a hablar! —contestó el herbolario— mañana me voy de vacaciones a Brasil, pero conozco a alguien que puede ayudarte. ¡A ver, a ver...! Sí, aquí está. Toma, esta es la dirección de correo electrónico del proveedor que me envió la muestra. Es un viejo aficionado a la botánica que, desde que se jubiló, se dedica de lleno a viajar por todo el mundo para dar rienda suelta a su hobby. Seguro que él puede aclararte lo que quieras saber.

—De acuerdo Carlos, ¡todo sea por la ciencia!

Diez minutos más tarde estaba en casa abriendo el pequeño cofre y analizando su contenido; un sobrecito de papel conteniendo una especie de mezcla de semillas y pétalos previamente molturadas, y un diminuto prospecto enrollado a modo de pergamino con la frase: «Las Flores de Tonga le ayudarán a mejorar su capacidad intelectual, memoria y creatividad, mejorando su agilidad mental incluso más allá de los límites normales del individuo».

¿Más allá de los límites normales del individuo? ¡Qué tontería!, pensé. Sin embargo, mi subconsciente no debió estar muy de acuerdo conmigo, porque inmediatamente me asaltó una duda, ¿sería posible desarrollar las facultades del cerebro más allá de los límites que hasta ahora conocemos?

«¡Buena pregunta!» Hubiera dicho sin duda mi profesor de Fisiología. Desde luego no podía descartar esa hipótesis sin verificarla, más aún cuando existía la posibilidad de convertirme en una superdotada intelectual. Me senté ante el ordenador y sin más preámbulos escribí: CHigh.brazilco@distribution.br

*Estimado Sr. High:*

*Me llamo Eva Sanz, soy bióloga y vivo en Málaga (España). Le remito el presente correo para solicitarle información sobre un producto de su compañía que he adquirido recientemente, en concreto «Las Flores de Tongo o Tonga», no recuerdo muy bien (un poco de sarcasmo nunca viene mal en estos casos...).*

*En particular quisiera saber qué tipo de planta es la tonga, si es seguro tomarla y si conoce usted sus posibles efectos (sobre todo los secundarios, pensé). Gracias por anticipado.*

A ver, ¿dónde era esto? ¡Ah, sí! «OPCIONES»«ACUSE DE RECIBO»«ENVIAR».

### III

El timbre del teléfono me pilló totalmente desprevenida. Sobresaltada y como si hubiesen interrumpido al mismísimo Indiana Jones a punto de descubrir la piedra filosofal, respondí con un malhumorado «¡sííí!».

—¡Hola hermanita! ¿Qué tal te fue con tu entrevista de trabajo?

—¡Hola Raquel!, disculpa, estaba un poco distraída. La verdad es que la cosa no ha ido muy bien. No sé cómo me las apaño, pero siempre me preguntan lo que no sé. ¿Y tú, qué tal?, ¿cómo te ha ido?

—Pues de momento muy bien, estoy colaborando en varios experimentos relacionados con los mecanismos que controlan los procesos de fusión entre células madre de la médula ósea y neuronas, buscando algo así como un mecanismo neuroregenerativo<sup>4</sup>.

—¡Vaya suerte! Por cierto, y hablando de neuronas, ¿tú no conocerás por casualidad alguna forma de aumentar mi capacidad intelectual de un día para otro, verdad?

---

4 La fusión celular es un fenómeno biológico por el que dos células diferenciadas son capaces de fusionarse permitiendo la transferencia de material genético y dando lugar a células híbridas con características de ambas células fusionadas.

—¡Ja, ja!, ¿pretendes convertirte en un Einstein o en un Leonardo de la noche a la mañana?

—No, en serio, alguna historia tendrán todos esos genios en su cabeza que les hace ser diferentes a los demás, ¿no?

—Bueno, —respondió Raquel— la verdad es que no se sabe mucho al respecto. En principio parece que las diferencias encontradas en la estructura física del cerebro no son determinantes, así que probablemente todo se reduzca a que los genios tienen un funcionamiento más flexible de su cerebro.

—Pero yo he leído en alguna parte que hay sustancias que pueden mejorar nuestro rendimiento intelectual, ¿no?

—Sí, supongo que te refieres a los nootrópicos. En principio parecen tener un cierto efecto sobre determinadas áreas del cerebro, pero no se sabe a ciencia cierta cuál es su mecanismo de acción, ni se han obtenido resultados concluyentes. Quizá a nivel teórico si pudieras encontrar una sustancia capaz de mejorar el suministro de neuroquímicos<sup>5</sup> dentro tu cerebro, ya sean neurotransmisores, enzimas u hormonas, y que además te facilite un aporte adicional de oxígeno o que consiga regenerar tus neuronas, tal vez podrías convertirte en la próxima Marie Curie o Rosalind Franklin.

—Ya, ¿pero esas opciones son viables?

—Bueno, tendríamos dos problemas. Por una parte la capacidad de regeneración del cerebro, que es muy limitada, y por otra, si lo que buscas es mejorar tu memoria, tu capacidad de aprendizaje y de paso tu creatividad, tendrías que actuar sobre varios neurotransmisores a la vez, como la dopamina, la adrenalina o la acetilcolina. Pero si te pasas con los niveles del primero podrías tener alucinaciones o ideas paranoides y si aumentas demasiado los de los otros dos, podrías causarte una depresión de caballo. En el mejor de los casos tus neuronas podrían descontrolarse y empezar a enviar señales

---

5 Los neuroquímicos son moléculas orgánicas que participan en la actividad neuronal.

cada vez a mayor velocidad, hasta que acabaras totalmente agotada física y mentalmente.

—O sea que para ti todo esto sería cosa de ciencia ficción ¿no?

—No, no, en absoluto. Un descubrimiento así abriría la puerta a la curación de enfermedades como el alzhéimer, el párkinson o la epilepsia, y de hecho algunos están más que convencidos de su posible existencia.

—¿Convencidos? ¿De quién hablas?

—Pues, por ejemplo, de la Corporación Thontertras

—¡Anda ya! Me estás tomando el pelo.

—No, en serio, en el mercado de la industria farmacéutica, Thontertras es la mayor distribuidora a nivel mundial de principios activos de origen biológico. ¿Quién te crees que suministra la salicilina con la que se sintetiza el principio activo de la Aspirina? Thontertras controla prácticamente todo el mercado, incluso fue durante muchos años el principal proveedor de nuez de cola para Pemberton.

—¿Pemberton?, ¿el de la Coca Cola?

—El mismo. Thontertras lleva años detrás de un descubrimiento como ese y su división DV, integrada por biólogos, genetistas y botánicos, es la encargada de la obtención de esos principios activos. Por cierto, ¿tienes alguna idea de para qué han montado los laboratorios de Málaga?

—Pues no, solo sé que buscaban expertos en Neurobiología, pero nada más.

—La división Thontertras NB de Málaga va a ser la encargada de experimentar directamente en modelos animales los principios activos que le facilite su división DV, y a su frente va a estar el doctor Wisemith Doshold, que se encarga personalmente de todo el trabajo de campo.

—¿Wisemith? me suena... ¿No será David Wisemith?

—El mismo, ¿lo conoces?

—¿Que si lo conozco? Fue el que me entrevistó esta mañana.

**IV**

Acababa de colgar el teléfono cuando llegó la respuesta de High:

*Querida señorita Sanz:*

*Las «Flores de Tonga» están elaboradas a partir de la combinación de diversas plantas pertenecientes a la familia de la Cordylina Terminalis, si bien su denominación hace referencia exclusivamente a su origen, el Reino de Tonga. Puedo garantizarle que sus efectos cuentan con el aval del Ha'amonga á Maui. Un saludo afectuoso. Charles High. Naturalista.*

¿El Reino de Tonga? ¡En mi vida había oído hablar de algo parecido! Menos mal que el buscador de Google disipó mis dudas:

*«Archipiélago situado en la Polinesia Occidental, a unos 650 Km. de las Islas Fiji, descubierto en 1616 por los holandeses Willem Schouten y Jacob Le Maire. Conocido inicialmente como el Imperio de Tonga, su historia se remonta hasta aproximadamente el año 4000 a.C., siendo considerado como la cuna de la cultura y civilización polinesia».*

Un poco más abajo la página de Google hacía una remisión a un enlace sobre la expedición científica de Bustamante y Malaspina. Pulsé sobre él y ¡voilà!:

*«Expedición científica de circunnavegación organizada durante el reinado de Carlos III e iniciada el 30 de julio 1789 al mando de los Capitanes de Navío Alejandro Malaspina y José Bustamante y Guerra. Sus principales objetivos eran incrementar el conocimiento de la época en materia de Ciencias Naturales, Astronomía y Cartografía, y contrarrestar las ventajas estratégicas obtenidas por Francia e Inglaterra en su exploración del Pacífico».*

Al parecer un comerciante español, Francisco Mourelle, había tropezado por error con esas islas en 1781 al desviarse de su ruta habitual y fueron precisamente sus informes los que resultaron decisivos para que la expedición Malaspina decidiera recalar en ellas.

El texto incluía, por otra parte, diversos fragmentos del diario de navegación escrito por el cronista Tomás de Suria, en el que, curiosamente y citando al botánico de abordo Luis Néé, se hacía referencia a una sustancia obtenida a partir de la maceración de varias plantas autóctonas, cuyo consumo estaba reservado a los sacerdotes de aquellas islas y que, en palabras del propio Suria, les dotaba de una «gran sabiduría y extraordinario entendimiento, merecedores de alabanzas y poderes».

A su regreso a España, Malaspina presentó un informe sobre la expedición bajo el nombre de «Viaje político-científico alrededor del mundo», en el que tuvo la desgraciada idea de incluir un apartado crítico con las instituciones coloniales de la época, lo que le valió una condena de diez años por conspiración. Durante su proceso, llevado a cabo en 1795, fue destruida gran parte de la colección de especies botánicas y minerales que había conseguido reunir. Entre ellas y por orden expresa de la Inquisición, la muestra que trajo consigo de aquella extraña sustancia, al considerarla «atentatoria al recto saber y entender», quedando desde entonces prohibido su consumo bajo pena de galeras.

Respecto al Ha'amonga á Maui, tan solo conseguí averiguar que era un trilito descubierto en 1643 por Abel Tasman en la isla de Tongatapu, formado por dos pilares de unas cuarenta toneladas unidos por un dintel de otras nueve, pero del que poco más se sabía.

Las sucesivas búsquedas que hice en Google no me aportaron ninguna información adicional que resultase relevante, así que decidí acudir a la mejor «Fuente del Saber»... la biblioteca de mi querida Universidad.

## V

La Universidad de Málaga dispone de 14 bibliotecas adscritas a las distintas facultades y escuelas universitarias, donde se recopilan todos los recursos disponibles al servicio del aprendizaje, la docencia y la investigación. Sin embargo, aquel día solo me interesaba la Biblioteca General situada en el Campus de Teatinos.

Me aproximé directamente a la bibliotecaria. Junto a ella un escueto letrero de sobremesa: «Dori Sánchez. Auxiliar de Biblioteca».

—Buenos días, quería consultar algún libro sobre la civilización polinesia  
—¿Polinesia? —preguntó extrañada la bibliotecaria sin levantar la vista—.  
¿Es usted estudiante de Historia?

—No, solo aficionada

—Comprendo. ¿Y busca algo en particular?

Pues sí, algo sobre El Reino de Tonga y un monumento llamado *Ha'amonga á Maui*.

—¡Ah, el *Ha'amonga*! Lo conozco muy bien, sin duda uno de los más enigmáticos de la Polinesia.

—¿Y eso?

—Bueno, soy doctora en Historia del Arte y lo he visitado en varias ocasiones. Como resto arqueológico no tiene más valor que nuestros dólmenes de Antequera, pero su peculiaridad radica en el bajorrelieve que figura en su base, algo totalmente inusual en la época. Según la leyenda, contiene una combinación de símbolos que detallan la forma en la que se preparaba el *iA'hakofi*, una especie de pócima sagrada que tomaban los antiguos sacerdotes de Tonga y que era la base de su poder, aunque desgraciadamente aún no ha podido ser descifrada.

—Tal vez sí— pensé.

La bibliotecaria siguió con mucho interés el relato de lo sucedido y no dudó en facilitarme varios libros sobre el tema. Incluso me regaló un pin con el logotipo de la Universidad que acepté encantada. Me disponía a tomar asiento para revisarlo todo cuando alguien llamó mi atención...

—Hola Eva ¿me recuerdas?

—¡Profesor! Me alegro mucho de verle. ¿Qué tal van sus investigaciones? Recuerde que si le dan el Premio Nobel tiene que invitarme a la ceremonia.

—No te preocupes, estoy en ello. Y tú, ¿qué haces por aquí? ¿no habías terminado tus estudios?

—Pues sí, terminé hace tres años, pero la cosa de trabajo está muy mal.



—¡Archipiélago de Tonga! —exclamó el profesor mientras señalaba los libros que tenía sobre la mesa—. ¡Bonito sitio para ir de vacaciones!

—Ya quisiera yo profesor, pero solo los estoy ojeando.

—Pues si quieres saber algo más sobre el tema, Dori es una experta.

—Ya me he dado cuenta, pero ¿cómo es que toda una Doctora trabaja aquí como auxiliar de Biblioteca?

—La misma pregunta me he hecho yo muchas veces y de hecho la Universidad le ha ofrecido un puesto como profesora colaboradora, pero lo ha rehusado. Dori es una de esas personas a las que no les gusta hablar de su pasado y de ella solo sabemos que ocupó un alto cargo de responsabilidad como documentalista en unos Laboratorios, Thonter...no sé qué...

—¿Thontertras? —pregunté con el corazón latiéndome a mil por hora.

—Ese mismo —respondió el profesor— sus credenciales y su currículo eran excelentes, así que no tuvo ninguna dificultad a la hora de obtener el puesto.

Seguimos hablando durante un buen rato y la conversación derivó finalmente hacia sus últimas investigaciones sobre los mecanismos de adicción a los opiáceos. Al parecer, cuando una persona consume una droga y esta llega al cerebro a través del torrente sanguíneo, se estimulan una serie de receptores que producen una liberación de dopamina, la cual a su vez actúa sobre el llamado «Núcleo Accumbens», que es algo así como nuestro «centro del placer», dando origen a la sensación de bienestar que se experimenta en el primer contacto con las drogas.

Sin embargo, su uso continuado causa cambios adaptativos en el cerebro y ese proceso se instala en forma de adicción, caracterizada por fenómenos como la dependencia física, el consumo compulsivo o la tolerancia a la sustancia estupefaciente, lo que lleva a los toxicómanos a necesitar cada vez dosis mayores con las que conseguir el mismo efecto.

Curiosamente, ese mismo proceso es el que se desencadena cuando los ratones se suben a una noria y no paran de dar vueltas, o cuando nos volvemos adictos al trabajo o al deporte, e incluso cuando afrontamos tareas o problemas de una gran complejidad y conseguimos resolverlos, obteniendo esa

sensación de satisfacción que todos hemos experimentado alguna vez, pero que puede conducirnos a una búsqueda incesante de nuevos conocimientos o de desafíos intelectuales, lo que, ¡mira tú por dónde!, el dichoso Biederman denomina «Adicción al Conocimiento».

Estaba tan entusiasmada con sus explicaciones que no pude evitar hacerle mención al producto adquirido en la herboristería de Carlos y a lo sucedido con High, aunque con el convencimiento de que no le prestaría ninguna atención. Sin embargo el profesor permaneció unos instantes en silencio y para mi sorpresa me hizo un ofrecimiento que cambiaría el curso de los acontecimientos: estaba dispuesto a analizar en su laboratorio una muestra de las Flores de Tonga.

## VI

—¡Vaya historia! —exclamó mi hermana cuando le relaté lo sucedido—. Con lo que me has contado podrías escribir una novela y presentarla en algún concurso de ciencia ficción. ¿Pero tú te crees que si alguien hubiera descubierto un producto así, no habría vendido ya la patente a algún laboratorio?

Pues sí —contesté— supongo que tienes razón, pero mi intuición me dice lo contrario.

Y motivos había para pensar así. Unos minutos antes había recibido un mensaje del profesor:

*«Estoy en el laboratorio. Necesito verte urgentemente. El guarda está avisado para que te deje pasar. Tráeme otra muestra de tu producto lo antes posible.»*

Eran casi las seis y media de la tarde cuando llegamos a la Universidad. El profesor nos hizo pasar a su laboratorio y sin muchos preámbulos dijo:

—Observad la rata de control, la que tiene una marca blanca en su lomo, ¿qué veis de raro en ella?

—Lo siento profesor —señaló Raquel— pero no veo nada anormal.

—Efectivamente, actúa igual que las demás, pero tiene dos cosas que la

diferencian del resto. Todas han pasado la prueba del laberinto, pero esta lo ha superado en la mitad de tiempo. Fue como si ya conociese de antemano el camino que debía recorrer.

—Bueno profesor, tal vez solo se trate de la típica alumna aventajada —repliqué— ¿Y cuál es la otra diferencia?

—Pues que ayer recibió una dosis de 6-OHDA.

—¡Pero eso es imposible! —exclamó Raquel.

—¡Un momento, un momento! —interrumpí— ¿de qué estáis hablando?

—La 6-OHDA es una neurotoxina capaz de atacar de forma selectiva a las neuronas dopaminérgicas, aquellas que utilizan la dopamina como neurotransmisor —aclaró mi hermana—. Cuando se aplica mediante inyección intracerebral causa una lesión que produce síntomas muy similares a los del Parkinson, ya sabes, rigidez, movilidad reducida, etc. No lo entiendo profesor, ¿qué es lo que ha ocurrido?

—Lo ignoro —contestó— esta mañana a primera hora introduce una dosis de tu producto en su comida y fíjate la evolución que ha tenido, ¡es increíble! Pero eso no es todo, fijaos en el comportamiento de las demás ratas.

—¡Qué curioso! —advirtió Raquel—. ¡La siguen a todas partes!

—¡Pobrecitas! —dije para disminuir la tensión— me recuerdan al pobre Pigmalión.

—¿Pigmalión? —preguntaron al unísono los dos.

—Pigmalión, el griego enamorado, ¿no conocéis la historia? Pigmalión era un escultor que se enamoró de una de sus obras, Galatea, una escultura que representaba su ideal de mujer, pero lo hizo hasta tal punto que la trataba como si fuese una mujer real y solo vivía para ella. Según el mito, la diosa Afrodita, conmovida por tanta pasión, hizo que finalmente cobrara vida.

—Bueno —señaló el profesor— enamoradas o no, ese comportamiento no parece normal y menos aún la capacidad de regeneración que ha demostrado.

—Es cierto —asintió Raquel— pero sabemos que además de la médula ósea existen otras fuentes de células madre, como el propio cerebro. Quizá

hayamos dado con una sustancia capaz de activar un proceso de autorrenovación que haga que se multipliquen y que luego evolucionen a células neuronales mediante algún tipo de mecanismo de fusión celular.

—Sí, en teoría es posible, pero ese proceso nunca sería tan rápido.

—También se me ocurre que podamos estar ante un nuevo neurotransmisor o ante una sustancia capaz de modificar la estructura de las propias células gliales, las que se encargan de la reparar las lesiones del sistema nervioso —añadió Raquel intentando no darse por vencida.

—O todo es más sencillo y actúa como un puente —apunté.

—¿Qué dices? —exclamó el profesor.

—En serio, tal vez se hayan reestablecido las conexiones dañadas mediante una reestructuración del propio cerebro.

—Ya, pero te olvidas de que en este caso la 6-OHDA ha destruido los receptores de dopamina —apuntó el profesor.

—Es cierto, pero ¿estamos seguros de que los destruyó todos?

—Bueno, al menos en un 80 o 90% sí.

—Pues a eso voy, tal vez se haya conseguido optimizar el rendimiento de ese 10 o 20% restante mediante la reorganización de las conexiones entre las neuronas que no se han visto afectadas por la neurotoxina.

—Bueno, desde luego no podemos descartar ninguna hipótesis —señaló el profesor, intentando dar por cerrado el debate— pero ahora lo que necesitamos es otra muestra de ese producto para seguir analizándolo.

—No se preocupe, profesor —contesté— de eso nos encargamos nosotras.

## VII

Eran cerca de las dos de la tarde hora local, cuando aterrizamos en el Aeropuerto Internacional Fua'amotu de la isla de Tongatapu. Tras casi treinta horas de vuelo casi ininterrumpido y escalas en Madrid y Los Ángeles, habíamos alcanzado al fin nuestro destino. El Sr. High se encontraba allí en su residencia de vacaciones, pero estaba dispuesto a recibirnos e incluso nos envió a su chofer para que nos recogiera. Sin embargo, aquel no iba a ser un buen día.

—Adelante, el Sr. High les espera en el salón —señaló el mayordomo.

—Buenos días Sr... ¡Wisemith! ¿Qué hace usted aquí?

—Saludos señoritas, bienvenidas a la sede central de la Corporación Thontertras, les presento al Sr. High.

—¿Carlos?... ¿tú eres el Sr. High?

—Sí Eva, siento mucho toda esta situación, pero me obligaron. Te envié una carta desde Brasil advirtiéndote de todo esto, pero supongo que la interceptaron.

—Entonces ¿las Flores de Tonga?...

—Sí, es un producto de nuestra Corporación —contestó Wisemith— pero estábamos en un punto muerto de la investigación y necesitábamos la «colaboración» de un experto.

—¡Ya!, y ahí entra en juego nuestro profesor, ¿verdad?

—Efectivamente, sabíamos que por su perfil ético jamás trabajaría para nosotros, así que decidimos involucrarle en nuestras investigaciones a través de usted.

—¿Pero cómo supieron que coincidiría con él en la biblioteca de la Universidad?

—Bueno, Carlos puso el envase de Flores de Tonga en el estante que usted suele consultar y sabíamos que su curiosidad haría el resto. Cuando acudió a la biblioteca, Dori avisó a su profesor con una excusa y a partir de ahí todo fue mucho más fácil —contestó Wisemith señalando el pin de la Universidad que estaba en la solapa de mi chaqueta— estos micrófonos cada vez los hacen más pequeños.

—¿Pero por qué la biblioteca?

—Las bibliotecas son los «centros neurálgicos» de las universidades. Desde ahí controlamos las líneas de investigación que sigue cada departamento y las consultas de textos que efectúan sus investigadores, lo que nos permite obtener ventajas competitivas en el mercado.

—¿Y todo este lío para conseguir una patente? —preguntó Raquel.

—¡Ja, ja! —rió Wisemith—. Ustedes los investigadores, tan idealistas como siempre. Nunca ven la otra cara de la moneda. Por supuesto que nos interesa esa patente y de hecho llevamos años siguiendo los trabajos de su profesor sobre los mecanismos de la adicción, pero que lo realmente nos interesa es llegar a controlar el mecanismo en sí. Si controlamos la adicción, controlamos a la persona. Solo nos faltaba la llave y su profesor nos la va a proporcionar.

El poder regenerativo de las Flores de Tonga es incuestionable, pero produce un «Efecto Pigmalión» indirecto realmente sorprendente. El sujeto que las ingiere toma inmediata conciencia de las pautas y normas de comportamiento del grupo social en el que se le inserta y adopta su mismo rol, pero lo hace con tal perfección que se alza en un referente para el grupo, en un auténtico líder. Es el estímulo visual del líder el que hace que se desencadene a nivel cerebral un proceso similar al de la adicción, consiguiendo que el sometimiento sea absoluto. Por eso las demás ratas seguían a la de control en todo momento.

—Entonces lo que ustedes buscan es controlar la conducta de las personas.

—Algo más —sonrió Wisemith—. Buscamos el poder absoluto en manos de un gran líder ... y ahora, respire profundamente...

No recuerdo muy bien lo que ocurrió después, la mente se me nubló y caí en un profundo sueño.

—¡Eva, Raquel!... ¡Vamos señoritas! ¡Ya es la hora!

—¡Uhhmmm! ¡Qué sueño! ¡Un poquito más, por favor!

—No, vamos, que se hace tarde...

—¿Sabes mamá?, cuando seamos mayores vamos a descubrir algo muy importante.

—¿Ah sí, cariño? ¿Y qué va a ser?

—Vamos a descubrir las Flores de Tonga

—¿Flores de Tonga? Muy bien hija, ahora lávate la cara y a desayunar que nos tenemos que ir al cole... ¡Qué imaginación tiene esta niña!

*Riiiiing ....*

—¡Vaya! ¿Quién será ahora? ¿Eva Sanz? Sí, es mi hija.

—Cartero, le traigo una carta urgente procedente de Brasil...

## Generaciones

*Mario Daniel Martín*

*«¿De qué sirve una casa si no se cuenta  
con un planeta tolerable donde situarla?».*

Henry David Thoreau.

*A* la tercera generación de los nacidos en el espacio les fascina la Tierra. Han escuchado tantas historias de sus progenitores o parientes, han tenido tantas lecciones de historia de lo que funcionó mal, que invariablemente quieren ver el planeta por sí mismos. En parte, eso es producto de todas las restricciones para viajar, los mitos, las leyendas, y la censura que no muestra la realidad sobre el planeta que dio origen a nuestra confederación. Pero en el grupo a mi cargo lo que más los motiva es haberse graduado en la primera Escuela de Administración Interplanetaria de la Universidad del Espacio Exterior en Walden III, lo que les confiere un estatus especial y un futuro promisorio en la sección de inmigración de nuestra compañía. Son la promoción 2251, la segunda de la escuela, y la primera que se ha especializado en capital humano y administración de inmigrantes. Para mí es también un orgullo haber sido designado para guiarlos. Si bien he nacido en la Tierra, toda mi vida adulta ha transcurrido en las distintas colonias que orbitan el Sol entre Venus y Marte, trabajando como agente de selección de colonos. Es un trabajo ingrato. Hay tanta gente que merecería un futuro promisorio en el espacio, pero solamente se puede elegir a una pequeña minoría. También es un área llena de arbitrariedades. Por eso me parece formidable que la universidad finalmente haya considerado brindar una formación integral y profesional, y sobre todo práctica en inmigración interplanetaria.

La nave es principalmente un carguero para llevar los productos producidos en las condiciones de gravedad cero en la sección de ingeniería de la universidad, especialmente las aleaciones superconductoras para las antenas



rectificadoras de transferencia de electricidad en los paneles solares. Pero nos dieron una sala con toda la tecnología de punta que normalmente se reserva a los VIP empresariales de las colonias atlánticas para llevar a los ocho graduados. Eso es claramente una evidencia de la importancia que le dan las autoridades a este proyecto.

Al partir, los dejé que admiraran la arquitectura de la colonia Walden III y sobre todo su recién instalado telescopio cuántico para medir la densidad de materia oscura, del que recibimos algunas imágenes que no habían sido previamente difundidas, enfocadas hacia la zona más opaca de nuestro horizonte estelar, la más cercana al big bang.

Cuando nos internamos en la geodésica gravitatoria, y nos acercamos a las granjas satélites de Walden III para ganar un poco de asistencia gravitacional, me presentó. Podían verme como un holograma repetido entre sus asientos, un poquito más alto y delgado que en la realidad. Les aclaré que no era un académico de la escuela, pero que el director me había confiado su entrenamiento práctico en su viaje de estudios por mis años de experiencia entrevistando potenciales colonos terráneos. Repasé brevemente mi historia laboral, haciendo explícito que había trabajado tanto para las compañías-colonias más grandes como para las colonias de inmigración igualitaria o las mal llamadas utópicas, y que no mezclaba la ideología con mi trabajo. Yo, y esperaba que ellos también en sus carreras, simplemente seleccionaba los mejores solicitantes de acuerdo a los requerimientos del cliente. Volví a repetir que después del entrenamiento quizás no todos iban a ser seleccionados para trabajar en nuestra compañía, pero que, seguramente, todos iban a estar de una forma u otra vinculados a nosotros en sus futuras carreras, porque cada vez más colonias delegaban la selección de su capital humano a Pool Genético.

Aclaré también que este no era un tradicional viaje de estudios, y mucho menos un viaje turístico. Íbamos con una misión muy específica, reclutar potenciales colonos para la expansión de la colonia experimental Therien, una subsidiaria de Walden IV que intentaría en los próximos treinta años colonizar el cinturón de asteroides entre Marte y Júpiter. Las colonizaciones fuera de la órbita de Marte requerirían personal dispuesto a embarcarse

en una misión potencialmente sin retorno al cinturón co-terráqueo, y por lo tanto los criterios de selección eran muy distintos a los que debieron cumplir sus padres o abuelos antes de inmigrar. Nuestra selección, en la que cada uno tomaría una parte activa entrevistando a los potenciales colonos, difería en gran medida de los estudios de casos que habían revisado en su entrenamiento. Apenas estuviéramos fuera de rango para la comunicación videofónica sincrónica con las colonias en la órbita de Marte, les daría más instrucciones sobre las regiones que visitaríamos y los requerimientos específicos. Esa era una precaución legal de la compañía. Les recalqué que toda la información que le suministraríamos era propiedad legal de Pool Genético, y que no podrían retransmitirla ni comentarla con nadie fuera del grupo de trabajo, incluyendo sus profesores de la universidad.

Mi holograma desapareció y los estuve observando por un rato cuando conversaban entre ellos. Eran muy competitivos, como se esperaba. Todos habían nacido en distintas colonias y tenían perfiles muy diferentes. Pero la ventaja es que habían sido compañeros en las clases de la universidad y se conocían. Había dos bisexuales masculinos, una heterosexual femenina, dos homosexuales masculinos y tres bisexuales femeninas. De acuerdo a sus declaraciones, casi todos habían interactuado sexualmente entre ellos, lo que los hacía un grupo compacto en términos emocionales. Los perfiles psicológicos eran bastante estables, y todos, salvo la heterosexual femenina, provenían de colonias laicas. Su ascendencia era predominantemente de colonos rasos, con dos excepciones. La heterosexual femenina era hija de una obispa en la colonización Paradise II de la Iglesia Anglo-Sueca, y uno de los homosexuales masculinos era hijo de un ingeniero espacial que ostentaba ahora un puesto en el directorio de la confederación Bolívar-Sucre.

La nave empezó a acelerar para entrar en la órbita de transferencia que nos llevaría a la Tierra. El viaje duraría cerca de 278 horas, así que esperé a que cenaran antes de darles la clase magistral obligatoria que imponía su contrato. Después de una cena en donde seguramente los graduados pudieron probar carne vacuna traída de la Tierra por primera vez, el altavoz del piloto nos previno que si nos poníamos los anteojos para conectarnos con las cá-

maras exteriores, podríamos observar las ruinas de Kěng-Juāng, la inmensa colonia agrícola de expansión intermedia que colapsó en 2197 por la introducción accidental de roedores de crecimiento acelerado. No podíamos acercarnos demasiado por la cantidad de escombros sueltos en su alrededor, pero podíamos observar con el zoom del telescopio 7 el cilindro principal. Hacía ya 54 años que la colonia estaba deshabitada, pero se sospechaba que todavía había actividad biológica no-humana, principalmente plantas e insectos, en las granjas automatizadas de abastecimiento de emergencia en los cilindros exteriores, que operaban automáticamente un ecosistema cerrado basado en el centeno imperial. Inmediatamente llegaron las preguntas de los graduados, que habían hecho un estudio de caso sobre la ecología de la colonia. El piloto respondió lo mejor que pudo, pero yo tuve que intervenir un par de veces para aclarar que el centeno imperial estaba provisto con cromosomas B supernumerarios, y semillas auto-dispersivas. También tuve que intervenir para aclarar por qué habían tenido que evacuar y dejar escapar la atmósfera para controlar la plaga de roedores cuando falló el control biológico de los predadores naturales. En el telescopio 9 se podían ver los edificios del sector histórico de la colonia. Les señalé la ubicación del edificio del rectorado de la Universidad de Málaga, transportado allí durante su fundación. El edificio había sido transportado en pedazos y reconstruido en Shangai cuando las aguas del mar amenazaban inundarlo. Luego había sido transportado por la corporación China-Cola al sector histórico de Kěng-Juāng, junto con otros edificios de esa universidad dedicados a la investigación alimentaria, y algunos sectores de la biblioteca basada en papel. Había también edificios de la Universidad Tongji en Shangai, la que había hospedado antes de la expansión a las estrellas el edificio del rectorado; un tercio de los edificios históricos del Tyskebyrggen, un sector histórico del puerto de la antigua ciudad de Bergen, también sumergida; y el edificio completo del museo arqueológico de Aqaba, rescatado por el programa de preservación de los bienes históricos de la humanidad de China-Cola. Inmediatamente la hija de la obispa me preguntó cuál había sido el criterio para elegir los edificios. Les expliqué que durante la segunda ola térmica en la Tierra se sorteaba las ciudades que proveerían inmigrantes para las colonias agrícolas entre aquellas que habían sido toma-

das por las aguas. En el caso de Kěng-Juāng, las ciudades beneficiadas en el sorteo incluyeron a Shanghai, Málaga, Bergen y Aqaba, así como Faro, una ciudad parcialmente inundada en un antiguo país llamado Portugal, hoy una provincia en las Republicas Unidas de Eurasia Meridional, y Galveston, el antiguo puerto principal en el Reino de Texas. Se habían elegido edificios representativos de esas ciudades en el centro histórico de la colonia.

Tomé control del anteojo y los senso-simuladores de recorrido in situ para mostrarles el edificio del rectorado. Les mostré primero la fachada del edificio, donde eran claramente visibles las tres plantas de las que consistía. Luego los hice entrar en una simulación hologramática del edificio. Cuando visitamos la sección administrativa, los graduados se sorprendieron porque no había robots y todo el trabajo era realizado por humanos. Bajamos luego al subsuelo, donde se había rescatado una pared del primer puerto de la ciudad, de origen fenicio, y piscinas para el procesamiento de salsa de pescado del período romano. No sabían mucho sobre las civilizaciones pre-tecnológicas, pero les expliqué sobre las embarcaciones marítimas que habían usado los fenicios para colonizar la cuenca de lo que se llamaba el Mar Mediterráneo, el equivalente de nuestros primeros traspordadores espaciales. También hablamos sobre las proto-leyes inventadas en el Imperio Romano, precursoras lejanas del Código Universal del Espacio Exterior. Previsiblemente, estaban más interesados en la época en el que el océano inundó las ciudades, y en la estructura de las universidades prehistóricas. Aproveché que tenían los anteojos puestos y estaban deseosos de saber más para anunciarles que entraríamos a un circuito privado en unos veinte minutos, y que la clase magistral, de cerca de una hora, les sería impartida a continuación. En esa clase podrían ver las imágenes de las inundaciones sobre las que tanto habían oído hablar. Esta era la parte más desagradable del proceso de entrenamiento. Todos los mitos con los que habían crecido acerca del planeta Tierra iban a derrumbarse cuando vieran las imágenes censuradas en el espacio exterior, sobre todo las de las guerras y los campos de refugiados. Seguramente habían tenido acceso a textos que explicaban los acontecimientos, pero las imágenes tridimensionales mostraban el caos imperante en el planeta en toda su dimensión.

Mientras nos alejábamos de la fallida estación, les di control del telescopio 10 para que exploraran los edificios del sector de las bibliotecas, ubicadas cerca del edificio del rectorado. Una era una réplica de la Biblioteca de Industriales y Politécnicas de la Universidad de Málaga, y otra la Biblioteca Central de la Universidad de Tongji. Como la biblioteca de Bergen había sido trasladada al asteroide Mondragón antes de la construcción de Kěng-Juāng, se había elegido trasladar allí la biblioteca de la ciudad de Tromsø, con su característico techo en forma de paraboloides hiperbólicos. Les expliqué que la civilización pre-estelar estaba basada en el papel y les mostré hologramas de libros físicos. También les dije que el edificio del rectorado que antes habíamos visitado virtualmente fue, inicialmente, al ser construido, la sede de correos y telégrafos de la ciudad. Les expliqué con todo detalle cómo era el mundo de la comunicación en papel, lo que los sorprendió grandemente. Finalmente, los dejé que exploraran por sí mismos copias holográficas de libros, cartas, telegramas, postales y otros artefactos primitivos de comunicación.

Cuando la colonia dejó de ser visible en los telescopios, y en el exterior solamente se podía observar uno que otro planetario-faro, comencé la clase magistral. Empecé por darles una visión global a partir de la primera ola térmica. Les presenté un mapa de los continentes terráqueos, y les expliqué que antes de la creación de la primera colonia espacial, el planeta Tierra estaba dividido en secciones territoriales gobernadas por los llamados estados nacionales. Estos eran gobiernos con una estructura similar a los de las colonias espaciales, pero en una escala inmensa, conteniendo millones de personas en vez de miles. En vez de producir electricidad con paneles solares como nosotros, estos estados consumían toda su energía de combustibles fósiles, hidrocarburos formados naturalmente a lo largo de miles de años que residían en el subsuelo. La producción de hidrocarburos por cultivo de algas y plantas, que parecía tan natural en nuestras colonias, no había sido perfeccionada todavía. Comprobé que sabían de esto, y que lo habían estudiado, así que me concentré en los efectos de la primera ola térmica censurados oficialmente. La consecuencia física fue que una cantidad considerable de los hielos de las regiones polares se derritieron, y se produjo una subida del

nivel del mar de alrededor de 38 centímetros que creó más de 35 millones de refugiados. La principal consecuencia política fue el inicio de la desintegración de los estados en 2093, con la guerra entre lo que se llamaba el Imperio Norteamericano y la Federación Asiática Oriental. Eurasia Meridional y la recientemente creada Confederación de Repúblicas Unidas de América del Sur se mantuvieron neutrales durante el conflicto. Al mismo tiempo, dos desarrollos tecnológicos independientes, cruciales para la expansión al espacio se iniciaron en ese período. El primero fue la creación de grandes ciudades flotantes en el mar, con un número limitado de pioneros-ciudadanos, lo que permitió la experimentación con formas de gobierno local independiente de los estados nacionales, muy parecidas a los de nuestras ciudades-estados. El segundo fue una carrera espacial para crear paneles solares que enviarían electricidad a la Tierra a través de microondas. En este segundo desarrollo, los estados nacionales fueron pioneros.

A partir de ahí la historia empezó a complicarse por la cantidad de desarrollos paralelos ocurridos en menos de treinta años. En 2122, después del fin de la guerra, se produjo la última reunión de lo que se llamaba la Organización de Naciones Unidas, un intento de gobierno planetario, lo que fue reemplazado por lo que se llamó el Consenso de Beijing, la hegemonía de la compañía China-Cola, con sede en esa ciudad, la que organizó la primera convención de estados nacionales, compañías-países y ciudades-estados en 2124. Allí se discutió la difusión de partículas reflectoras de la energía solar en la atmósfera del planeta, para retardar el acelerado efecto invernadero. Pero no se pudo llegar a ningún acuerdo. Entonces un grupo de estados nacionales y ciudades marítimas, que estaban siendo gravemente afectados por el aumento de la temperatura global y no aceptaban las reglas mínimas establecidas hasta entonces, empezaron a difundir en la atmósfera partículas reflectoras de la radiación solar por su propia cuenta. Eso produjo una pequeña glaciación, sobre todo en el hemisferio norte del planeta, donde se distribuyeron las partículas en primera instancia. La glaciación fue muy rápida, y para el 2128, el norte de Eurasia y Norteamérica estaban cubiertos de hielo. Para contrarrestar eso, unos ingenieros planetarios en lo que entonces

se llamaba la República Liberal Siberiana, emitió a la atmósfera un agente que coagulaba las partículas reflectoras y las hacía caer en forma de lluvia. Esas dos sucesivas intervenciones de geoingeniería crearon una segunda ola térmica que hizo subir drásticamente la temperatura global, generando un acelerado derretimiento de los hielos polares, una catástrofe ecológica planetaria y, aproximadamente, unos 90 millones de refugiados adicionales en todo el planeta. En este momento los vientos alisios se movieron de 30 grados de latitud a 38 grados de latitud, generando el inicio de una irrefrenable tropicalización del planeta. Las tensiones generadas por estos eventos llevaron a una guerra mundial, donde el uso de armas nucleares y armas biológicas atacando específicos grupos etno-biológicos redujo la población terrestre en un 40%. Las armas biológicas, en particular, presentaban gran interés para nuestra misión. Sobre todo porque determinados subgrupos, especialmente los llamados anglosajones, los tutsis, los vascos y los árabes, fueron diezmados por ellas. Pero lo que destruyó completamente las posibilidades de regeneración después de la guerra fueron tres hechos independientes que redujeron la producción de alimentos. El primero fue el colapso del transporte intercontinental barato, basado en hidrocarburos naturales. La segunda, fue la escasez de fósforo para crear fertilizantes, ya que este se transportaba de una región a otra usando esos combustibles. Y la tercera, fue la casi universal extinción de las abejas, y por consiguiente, la falla del 70% de las cosechas en la Tierra.

Es a partir de esta época en que la tecnología de las imágenes tridimensionales tomadas por pequeñas cámaras en robot-moscas fue desarrollada. Les presenté imágenes de los campos de refugiados en Holanda, una zona de Eurasia, el saqueo de ciudades creado por las hambrunas en Australia, y las drásticas imágenes del océano entrando en las ciudades de Buenos Aires y Río de Janeiro durante los nuevos monzones suratlánticos. A esta altura, los únicos lugares en donde se podía hablar de ley y orden eran las ciudades marinas, las que formarían luego la base de las llamadas colonias espaciales utópicas. El pánico de mediados de la década del 2130 produjo la creación de las primeras estaciones espaciales permanentes en la Luna y el punto de

Lagrange L1 de la Tierra, ambas construidas por China-Cola. El restablecimiento de la economía mundial terráquea en 2152 permitió una expansión de los viajes espaciales, la creación de las primeras compañías mineras de asteroides, el establecimiento de muchas compañías de producción satelital de electricidad y un asentamiento permanente en la Luna. La necesidad de mantener personal en el espacio para expandir y mantener las estaciones de energía solar, así como una creciente preocupación sobre la viabilidad de la supervivencia de la vida en la Tierra permitió la creación de colonias de ecología experimental, ensambladas combinando materiales extraídos de los asteroides y la Luna. Coincidiendo con la fragmentación de los estados nacionales en regiones nucleadas alrededor de plantas de recepción de energía solar, se vio la creación de la primera colonia espacial de la confederación Walden en 2164, Walden I, con una réplica de la estructura social de la ciudad marítima rebautizada Atlántida. Para esta época una confederación de ciudades-estados flotantes en el llamado Mar de los Zargazos, ubicada en el centro del Océano Atlántico para minimizar la llegada de refugiados en embarcaciones precarias. Las primeras universidades-estados en plataformas marítimas empezaron a operar en este momento. Es entonces cuando los edificios de las bibliotecas flotantes que luego fueron transportadas al espacio comenzaron a ser comunes. En particular, algunos de los edificios que vieron en la colonia fallida de Kěng-Juāng, como el de la Biblioteca de Industriales y Politécnicas, fueron rescatados en ese momento.

El electro-dólar se convirtió entonces en la divisa mundial. La primera ciudad marítima en el Mar Ártico, ya completamente libre de hielo, se creó en ese tiempo. China-Cola-Espacio-Exterior, más conocida por sus siglas CCEE, la compañía pionera en las granjas espaciales individualistas, fue también formada en este período. Solamente en lugares donde los estados eran lo suficientemente avanzados para poner el planeamiento a largo plazo por encima de las necesidades inmediatas, como en lo que hoy es la isla de Noruega y la Confederación Sudamericana, el concepto de estado, un estado benefactor como el de nuestras colonias, logró mantenerse hasta el nuevo milenio. Desde entonces, en el resto del planeta reina el caos. Aquellos que



aspiran a una vida mejor tratan de solicitar ser aceptados como ciudadanos de las ciudades-estados marítimas o como pioneros de las crecientes colonias espaciales. Los que no logran ser aceptados en estos lugares siguen moviéndose a las nuevas zonas templadas, como la Antártica, Groenlandia, o lo que hoy son las selvas tropicales de la antigua Tundra septentrional soviética.

Habíamos llegado a la zona fuera de comunicación videofónica sincrónica con las colonias en la esfera de Walden III. Nuestro sistema de comunicaciones podía ya monitorear todas las interacciones con el exterior de la nave, incluyendo los mensajes privados mente-mente. Fue en ese momento en el que pude develar los verdaderos objetivos de la misión.

Oficialmente, nuestro objetivo era reclutar personal para grupos mineros que iban a explotar los asteroides en el cinturón de asteroides entre Marte y Júpiter. Cada grupo iba a tener una planta nanotecnológica de conversión de asteroides. Primero, iba a adosarse a un asteroide tipo-Xh, compuesto principalmente de hierro y desarrollar el esqueleto de una porción del cilindro exterior de la proyectada colonia espacial. Luego, iba a adosarse a un asteroide carbonoso tipo-C3 y sacar todo el oxígeno, los hidrocarburos y los otros componentes químicos para formar suelo cultivable, combustibles, agua y gases para la atmósfera. Los desechos de este proceso se iban a acumular en la parte exterior del cilindro, para proteger a la futura colonia de los rayos cósmicos. Hasta ahí, todo era normal, un contrato de minería espacial, que incluía el estatus de ciudadano en la nueva ciudad-estado cuando fuera terminada. Ese era el tipo de contrato estándar de colonización que habían firmado la mayoría de sus padres y abuelos.

Un segundo objetivo, secreto para todos, era tratar de recoger una gran cantidad de muestras de poblaciones humanas que estaban desapareciendo en el planeta Tierra. El proceso de selección mismo serviría para recolectar el material genético de poblaciones no representadas en la configuración genética de aquellos que habían sido enviados al espacio. Análisis genéticos de las tendencias históricas de emigración realizados por nuestra compañía advertían la rápida disminución de rasgos presentes en ciertos subgrupos, como los serbios y los bantúes, y un predominio casi exclusivo de genes asiáticos

del grupo chino-coreano. La causa de la extinción de estos rasgos no era clara, pero lo que sí era claro era que necesitábamos rescatar la mayor cantidad posible de genes de los subgrupos tibetanos, aimaras y esquimales para la colonización del cinturón de asteroides, aún en casos en donde se encontraban en híbridos. Y debíamos hacer esto al mismo tiempo que respetábamos las políticas inter-coloniales de no discriminación genética. Eso era lo que necesitábamos discutir extensamente durante el entrenamiento en el resto de nuestro viaje, para que pudieran pasar el examen de aptitud obligatorio de Pool Genético. Este tendría lugar en nuestro centro de Atlántida, adonde los alojaríamos los primeros días, para que se acostumbraran a la gravedad natural. Había muchas preguntas, sobre todo sobre las leyes de las políticas antidiscriminatorias, y les dije que examinaran los senso-videos que aclaraban los detalles legales de la misión antes de que volviéramos a discutir las condiciones de su entrenamiento en detalle.

El comandante de la nave me envió un mensaje personal. Necesitaba ir a su cabina inmediatamente. Cuando llegué, el piloto me presentó un noticiero tridimensional. La estación Atlantis había sido atacada por un grupo terrorista. Un grupo de supuestos colonos a Sigma 3, en la órbita de Venus, había tomado la cabina del transbordador que los llevaría allí desde la Tierra, y lo habían estrellado contra el centro de Atlántida, destruyendo gran parte del área comercial. Por suerte, los edificios de nuestra compañía no habían sido afectados, aunque el caos reinante en la megaciudad hacía inoperable nuestro Centro de Reclutamiento de Inmigrantes. La noticia sostenía que los rebeldes eran posiblemente fundamentalistas evangélicos presbiterianos apoyados por una de las numerosas teocracias del medio oeste norteamericano, y que el atentado se había producido exactamente 250 años después de un atentado con similares características en la hoy sumergida ciudad de Nueva York. Tenía que ver en la enciclopedia electrónica la historia de ese atentado anterior, para entender la ideología detrás del acto, y las repercusiones políticas que tendría en la confederación de colonias espaciales. Pero esto auspiciaba buenas noticias para nuestra misión. Seguramente todos los canales de senso-video de la Tierra, donde era rara la censura de la pren-

sa, estarían transmitiendo las imágenes. Esto nos permitiría expandir el área de reclutamiento a las zonas marginales, pero estables, como Sudamérica, Groenlandia, México, Siberia y Nueva Zelanda, donde la guerra biológica no había tenido tanto efecto y la diversidad biológica de la población se había preservado. Ahora, gracias a esos fanáticos, todos querrían dejar ese caótico cascote, lo que elevaría la calidad y diversidad genética de los potenciales colonos-mineros.

El piloto me dijo que, seguramente, haríamos una escala en Walden I antes de saber si nos permitirían aterrizar, ya que todos los vuelos interestelares con destino Tierra estaban siendo cancelados. Si lográbamos entrar a la Tierra, con mucha suerte nuestra misión iba a ser desviada a la subestación antártica Atlantis IV, adonde se había trasladado recientemente el Taj Mahal.

Volví lleno de energía a enfrentar las preguntas de los graduados.

## **Música en las venas**

*Juan José Tapia Urbano*

**E**ran el tono empleado, y la agitación que había podido percibir en la voz del arquitecto, los que llevaban al investigador a pisar el acelerador de un modo desacostumbrado en él; quien solía ser objeto de más de una pitada por parte de conductores exasperados por su lentitud, se había hecho acreedor de varias sanciones por exceso de velocidad en el trayecto que le separaba de la oficina del hombre sobre quien había recaído la responsabilidad de acometer las obras de reforma de la catedral malacitana.

Cierto era que se habían cruzado en alguna ocasión en el interior de la basílica, cada uno entregado a sus propios menesteres, y que habían llegado a ser presentados, pero se había tratado de unos contactos tan faltos de contenido, que el experto universitario seguía sin encontrar un motivo para que Gabino Muñiz hubiese requerido su presencia con semejante vehemencia.

—Buenas tardes, soy...

—Don Alberto Martín, de la Universidad de Málaga —dijo la secretaria, concluyendo la frase en un tiempo en que el visitante no habría podido pasar de su nombre de pila. Resultaba evidente que le estaban esperando.

La chica abandonó su puesto tras la mesa, y tras anunciar la llegada del visitante a su jefe, invitó a aquel a que entrase en el despacho de este con un simple gesto de su mano.

Tras atravesar el umbral de la puerta, Alberto dudó si presentarse o sí, por el contrario, bastaba con la introducción realizada por la eficiente secretaria.

—¡Pasa Alberto, no te quedes ahí en tierra de nadie! —El arquitecto abandonó su cómodo sillón para recibir al profesor universitario, tendiéndole la mano e invitándole a tomar asiento al otro lado de la mesa—. Antes que nada, quería agradecerte la prisa que te has dado en acudir a mi llamada, a una hora a la que muchos ya están cerrando el chiringuito, como quien dice.

—No te preocupes por eso, Gabino, ambos sabemos que en nuestras profesiones no existen los horarios.

Alberto se sentía extraño hablándole de tú a alguien a quien apenas conocía, pero dado que su interlocutor había tomado la iniciativa en ese sentido, no sería él quien se lo reprobase. Ambos habían pasado ya de los sesenta años, por lo que tampoco podía decirse que les separase la edad.

—Como no quiero abusar de tu amabilidad más de lo necesario, no me andaré por las ramas —dijo el único de los dos que aún conservaba todo su pelo—: como bien sabes, y si no aquí estoy yo para ponerte al corriente, estoy al frente del Plan Director de la Catedral de Málaga; se ha hablado mucho de que estamos aquí tan solo para dotar al templo de una cubierta a dos aguas, pero no es más que el típico detalle con el que se queda el reportero de turno; lo cierto es que nuestra intención es ir más allá, y en estos momentos estamos realizando un estudio exhaustivo de todo el edificio para tratar de realizar un mantenimiento adecuado del mismo. Supongo que te preguntarás qué tiene todo esto que ver contigo; yo también me lo preguntaría, no te preocupes —el profesor se esforzó por evitar que un gesto suyo sirviese para confirmar las palabras del arquitecto—. La cosa es que ha tenido lugar un hecho extraordinario con el que nadie contaba, y la naturaleza del mismo requiere de alguien con tus conocimientos para tratar de arrojar algo de luz sobre él.

—¿Y de qué se trata?

Alberto era consciente de que su pregunta estaba de más, pues aquel hombre habría seguido hablando de todos modos; no obstante, le pareció apropiado mostrar su interés, aunque solo fuese con una frase de aquel tipo.

—Si mi memoria no me falla, diriges un proyecto de investigación en la universidad, dentro del Departamento de Didáctica de la Expresión Musical, Plástica y Corporal, ¿no es así?

Alberto pudo ver que Gabino Muñiz tenía abierta la página Web de dicho proyecto en su monitor, y acababa de leer el nombre de su departamento mientras hablaba, por lo que su pregunta tan solo podía ser retórica.

—Así es, se llama Música Malacitana, y realizamos una labor poco menos que arqueológica, indagando en los archivos de la catedral, entre otros, a la caza y captura de esas obras que de otro modo quedarían en el olvido.

—Es lo que yo pensaba, de modo que no me he equivocado al llamarte. Verás Alberto, lo que voy a contarte debe quedar entre tú y yo. Nadie en la diócesis lo sabe aún, y así ha de permanecer durante un tiempo. —El gesto de extrañeza del investigador motivó que Gabino hablase con mayor claridad—: En el fondo, esos periodistas están en lo cierto, y el verdadero objetivo de mi equipo es emprender la construcción de esa cubierta para evitar las filtraciones a través de las cúpulas que cubren la catedral. Un hallazgo como el que ha tenido lugar no haría más que dilatar los plazos; ¿quién te dice que el obispo no decida emprender una búsqueda minuciosa en pos de nuevos descubrimientos? Algo así es de todo punto inaceptable para mi equipo, te lo digo ya.

—No termino de comprenderlo, discúlpame. Quizás si me hablastes de eso que habéis sacado a la luz pueda serte de más ayuda, porque hasta ahora no te sigo.

—¡Es cierto! Perdóname, pero a veces se me va el santo al cielo; ¡aún no te he mostrado lo que encontrado! Déjame que te haga una pregunta: ¿conoces la capilla de San Francisco de Asís?

—Hombre, si he de serte sincero, por el nombre no caigo. La verdad es que cuando voy por la catedral me centro más en los archivos que en la arquitectura.

—¿No te suena haber visto los sepulcros de dos obispos que aparecen recostados sobre sus tumbas?

—¡Ah, sí, ya sé a qué capilla te refieres! No sabía que respondiese a ese nombre.

—Estupendo. Pues ya que estamos situados, te diré que se estaban haciendo unos trabajos de restauración en la placa con inscripciones del sepulcro de don Luís de Torres, el que fuera arzobispo e incluso secretario del Papa, y al retirarla nos encontramos con la sorpresa de que tras ella había un hueco, ¿puedes creerlo?

—¿Una especie de escondite secreto?

Gabino se limitó a asentir con la cabeza, con una sonrisa que le llegaba de oreja a oreja. Abrió un cajón de su escritorio, y depositó sobre la mesa una vieja carpeta de piel, de la que extrajo unos legajos.

—Esto es lo que había en su interior. Ahora entenderás por qué te he llamado a ti, y no a otro. Eres la única persona que podría encontrarle sentido a lo que tienes delante.

A Alberto le bastó un vistazo para reconocer que se trataba de partituras musicales en su mayor parte, y a juzgar por la grafía y el estilo empleado, pertenecientes al Renacimiento. No obstante, había otro tipo de documentos que le resultaban extraños, pues parecían antes algún tipo de planos, que obras musicales. Podía ver diseños mecánicos que no terminaba de comprender, con anotaciones en latín que no podía descifrar.

—Imagino que lo encontrarás fascinante, ¿no es cierto? —Alberto estaba demasiado ensimismado en la contemplación de los papeles como para atender a las palabras de su acompañante—. Yo de música no entiendo, la verdad, pero no me cabe duda alguna de que esos otros papeles son los planos para construir algún tipo de artefacto, no me preguntes qué.

—Un instrumento musical, de eso se trata.

—¿Un instrumento? ¿Cómo has podido saberlo? —preguntó Gabino, sorprendido por la seguridad que acompañaba a las palabras del profesor universitario.

—Por algunas anotaciones... y por estas partituras. Me habían resultado extrañas a primera vista, pues aparecen en ellas algunas notas, o demasiado graves, o demasiado agudas, que no pueden ser reproducidas con los instrumentos actuales, y mucho menos con los que tenían en aquella época. Es evidente que esta música ha sido compuesta para ser interpretada con este otro instrumento.

—Debo entender entonces que se trata de todo un hallazgo.

—Así es —asintió Alberto sin entender el sutil cambio en el tono de voz del arquitecto.

—Y supongo que te interesaría estudiarlo...

—Claro —respondió el estudioso de la música con la seguridad de que a continuación Gabino pondría su precio.

—Pues es tuyo si eres capaz de mantener la boca cerrada —concluyó el dueño del despacho terminando con el suspense que había venido manteniendo—. Ya te he explicado los motivos que me mueven, y creo que coincidirás conmigo en pensar que no hay nada malo en ocultarlo, al menos hasta que la cubierta de la catedral haya sido completada.

—Entiendo lo que quieres decir, pero supongo que no habrá impedimentos en que estudie estas partituras, siempre a nivel personal, sin que su origen trascienda.

—Confío en tu buen juicio en ese sentido. De otro modo, te arriesgarías a perder la exclusividad de acceso a cualquier nuevo documento que pueda salir a la luz; sin ir más lejos, en la propia capilla de San Francisco hay otro mausoleo, ¿quién nos dice que no hay allí más información?

Tras recibir aquel inesperado regalo del destino, Alberto dejó en un segundo plano las obras en cuya catalogación venía trabajando, y dedicó todos sus esfuerzos a desentrañar los secretos que podían esconder unas partituras que habían pasado más de cinco siglos ocultas. Tal como le había hecho saber al arquitecto, ni siquiera con la amplia tesitura de un piano podía llevarse a cabo la interpretación de aquellas obras, pero ahí es donde entraban en escena los ordenadores, que no contaban con ese tipo de limitaciones. La transcripción de aquellas partituras al medio digital le llevó más de una semana, pero finalmente pudo oírlas tal y como había deseado desde el mismo momento en que habían llegado a sus manos. Aún así, su felicidad no era completa, pues era consciente de que la sonoridad con la que habían sido ideadas no tenía por qué responder a la que él oía a través de los altavoces del ordenador. Desconocía el timbre y los registros que debían caracterizar al instrumento cuyos esquemas acababan de salir a la luz, y esto le suponía un contratiempo al que estaba dispuesto a poner remedio.

Se había esforzado por imaginar cientos de veces el aspecto que podría tener el instrumento descrito en aquellos viejos papeles, pero en todas las ocasiones había tenido que capitular frente a sus limitaciones en lo relativo a la visión espacial, y al diseño mecánico. No obstante, era evidente que



aquella máquina poco o nada tenía que ver con todo cuanto conocía. Había identificado unos teclados, dispuestos de manera similar a los de un órgano, pero por otro lado había engranajes y manivelas, incluso una suerte de fuelle en los gráficos apenas inteligibles, y todo ello formaba un *totum revolutum* que no hacía más que darle dolores de cabeza.

Tampoco ayudaba que todas las anotaciones hubiesen sido escritas en latín, lengua que Alberto no dominaba hasta el punto que la empresa requería. Con el tiempo, lo que había empezado siendo una necesidad se convirtió en una obsesión, y aunque ello supondría hacer partícipes a otras personas de los documentos que le habían sido confiados, decidió que precisaba contar con un colaborador que le ayudase a desvelar los secretos que se ocultaban tras la lengua de Virgilio.

Alberto no lo había dudado un instante a la hora de elegir a la persona que habría de echarle una mano en su investigación, pues conocía a Isidoro Alba desde hacía años; de hecho, no era la primera vez que acudía a él para traducir el texto de alguna composición musical que se le resistía. Después de todo, la traducción de textos latinos era una de las ocupaciones del departamento de Filología Latina de la Facultad de Filosofía y Letras, dentro del que Isidoro dirigía el proyecto Retórica Medieval. No obstante, en aquella ocasión la naturaleza de su consulta era distinta, dado que eran unos esquemas constructivos los que centraban su atención.

—¿Se trata de una tomadura de pelo?

Cuando Alberto contestó a la llamada de teléfono de su compañero en la universidad había esperado escuchar un tono que no se hallase tan próximo al reproche.

—No entiendo a qué refieres, Isidoro. ¿Cuál es el problema?

—¿El problema? Debes contar con algunos estudiantes la mar de chistosos, porque solo se me ocurre que semejante estupidez haya sido obra de una mente que aún no ha superado los duros años de la pubertad.

—Isidoro, te pediría que me lo explicases como si no supiera nada de lo que me estás contando.

—¿Tienes a muchos seguidores de *Crepúsculo* entre tus colaboradores? Lo digo porque con eso de la sangre humana se han superado, ¡y conste que aún no puedo creer que estos documentos no sean auténticos! Diles que si no les gusta el mundo académico, tienen su futuro asegurado como falsificadores.

—No entiendo una palabra de lo que tratas de decirme.

—De acuerdo Alberto, voy a suponer que también tú eres víctima de esta broma, y no uno de sus instigadores, y que sabías tan poco de ella al meterte en esto como yo. Te lo voy a decir de un modo que no deje lugar a la duda: tal como me indicaste, en esos papeles se detalla la construcción de un artilugio cuyo cometido no podría imaginar de no ser porque me dijiste que debía ser algún tipo de instrumento musical. No soy ningún entendido en ese campo, pero puedo asegurarte que jamás había visto nada parecido. Eso sí, me entró la risa tonta cuando leí la anotación donde se advertía de la necesidad de derramar sangre humana entre los engranajes que lo componen, no sé, como si se tratase de algún tipo de lubricante de última generación. No me negarás que es de chiste, ¿verdad?

Alberto no había revelado a su colega el lugar y el modo en que aquellos documentos habían salido a la luz, pero tras escuchar sus palabras, entendió que su ocultación podía no carecer de sentido después de todo. Lo que Isidoro le dijo a continuación terminó de confirmárselo:

—Pero lo más gracioso es que no acaba ahí la cosa. Me costó entender esta parte, más que nada porque no la ubicaba en un contexto musical, pero creo no equivocarme si te digo que alguien diseñó ese instrumento como un medio para abrir las puertas del infierno. Según he podido leer, ese artefacto tiene la capacidad de abrir un portal que conectaría nuestro mundo con el inframundo. Como idea para una película de serie B no está nada mal, pero no creo que dos hombres como nosotros deban perder su tiempo con estupideces de este calibre.

Alberto agradeció encontrarse sentado en el momento de escuchar aquellas palabras, pues aquella revelación le confería al hallazgo un valor aún mayor. Ya no albergaba ningún tipo de dudas acerca del motivo que debió

llevar a alguien a esconder aquellos legajos; ¿qué mejor lugar que la casa de Dios para poner a buen recaudo algo así por los siglos de los siglos? Por supuesto, era consciente de que era absurdo dar por ciertas las palabras allí escritas, que no podían atribuirse más que a una mente de una época donde los misterios de la fe y el ocultismo se vivían de un modo diferente al actual. Alberto carecía de profundas creencias religiosas, pese a moverse la mayor parte del tiempo en ambientes impregnados de misticismo, por lo que las menciones al infierno no causaron en él mayor impacto.

Lejos de hacerle olvidar el tema, y llevarle a desecharlo como algo inútil y falto de sentido, la traducción de aquellas palabras le animó a ir más allá, pues necesitaba saciar su curiosidad de un modo que nunca antes había sentido. Aunque frente a Isidoro actuó como si efectivamente se tratase de la elaborada broma de alguien que disponía de demasiado tiempo libre, su obsesión por ver aquel instrumento con sus ojos y poder tocarlo le llevó a dejar cualquier otra consideración en un segundo plano. Quienes le conocían veían algo extraño en él, un comportamiento que se salía de aquel al que estaban habituados, pero él trataba de quitarle importancia, hablándoles de lo absorbente de su trabajo, y de un nuevo proyecto que había llamado su atención especialmente. Incluso la relación con su familia se resintió a causa de sus ausencias, pues verle por casa se convirtió en la excepción.

Alberto contactó con profesionales de la mecánica y artesanos de la más diversa índole, encargándoles la fabricación de los distintos elementos que precisaba para llevar a cabo la empresa en que se había embarcado, aunque siempre tenía la prudencia de suministrarles una información fragmentada, asegurándose de este modo de ser la única persona con conocimiento del todo al que pertenecían los distintos elementos. Cada vez que llegaba a sus manos una nueva pieza del rompecabezas sentía cómo la excitación hacía que su corazón latiese con más fuerza, pues suponía hallarse un paso más cerca de lograr su objetivo.

Fueron meses duros trabajando en la sombra, desviando la atención de todos cuanto le rodeaban, preocupados en su mayoría por su esquivo comportamiento, pero nada de lo que pudieran hacer o decir pudo modificar la fir-

me resolución del investigador universitario, cuya voluntad se había mostrado inquebrantable pese a las dificultades a las que tuvo que hacer frente. Toda esta dedicación tuvo su fruto cuando se encontró frente a frente con aquel extraño artilugio, completo finalmente. Aunque en un principio comenzó a ensamblarlo en las instalaciones de la universidad, pronto comprendió que su tamaño no le permitiría pasar desapercibido, por lo que alquiló un cubículo en una nave industrial que funcionaba principalmente como guardamuebles.

Alberto no veía el momento de escuchar los sonidos que saldrían del mecano que había construido, por lo que, tras situar los distintos selectores en la posición indicada en los esquemas y colocar las levas del modo adecuado, se sentó frente a los teclados y comenzó a interpretar un fragmento de los *Conciertos de Brandenburgo*.

Silencio.

Alberto dejó su asiento para asegurarse de que lo había dispuesto todo correctamente, realizando algunas comprobaciones con los esquemas en la mano. No obstante, el resultado tras presionar algunas teclas fue el mismo. Salvo algunos sonidos mecánicos provenientes del interior, nada hacía pensar que aquel engendro tuviese la capacidad de generar música. La desesperación más profunda comenzó a apoderarse del profesor; había invertido demasiado tiempo en aquel proyecto, demasiadas ilusiones y sueños que ahora se veían truncados. Estaba seguro de haber seguido el procedimiento adecuado, y no dudaba que sus proveedores le habían suministrado en todos los casos elementos que respondían con precisión a sus necesidades.

No dispuesto a darse por vencido frente al primer obstáculo, Alberto retiró la cubierta que protegía los dispositivos que componían el alma del instrumento, y con un destornillador y una llave en las manos dio comienzo a un exhaustivo ajuste de todas sus partes, tratando de no pasar por alto el apriete de un solo tornillo, ni la tensión de las correas que unían diversas coronas dentadas entre sí. Le habría gustado comprender el funcionamiento de lo que para él era poco menos que un galimatías mecánico, pues ello le hubiera ayudado a la hora de afinar su funcionamiento, pero era consciente de sus limitaciones en ese campo.

Desconocedor de las mínimas normas de seguridad en la manipulación de elementos mecánicos, tan solo cayó en la cuenta de lo inapropiado de las mangas holgadas de su vestimenta cuando su camisa quedó atrapada entre los piñones, impidiéndole retirar el brazo. Sus esfuerzos por liberarse a base de tirones tan solo consiguieron empeorar las cosas, pues romperse la tela de la camisa y hacerse un profundo tajo en la mano tras golpeársela fue todo uno.

Se apresuró a envolver su mano ensangrentada con un pañuelo que llevaba en el bolsillo, pero no necesitaba haber estudiado la carrera de medicina para saber que aquella herida precisaría de varios puntos de sutura para cerrarse. Buscó las llaves del coche en sus pantalones, pero estas habían caído al suelo al sacar el pañuelo del mismo bolsillo, de modo que se apoyó en los teclados del instrumento para agacharse a recogerlas. El sobresalto al oír los sonidos procedentes de los tubos que formaban parte del instrumento a punto estuvo de llevarle a dar con sus huesos en el suelo. Dio unos pasos hacia atrás instintivamente, y sin esperar a que su respiración recuperase su cadencia habitual, acercó su mano hasta el teclado superior y pulsó una tecla al azar. Una vez más el instrumento cobró vida, dando lugar a una nota perfectamente definida, con una sonoridad que podía asemejarse a la de un acordeón, pero con una personalidad propia que la hacía única.

Alberto ocupó su lugar frente a los teclados, colocó las partituras halladas en la catedral sobre un soporte que a modo de atril coronaba el instrumento, y respiró profundamente antes de comenzar a ejecutar aquella obra. Los primeros compases comenzaron a sonar cargados de resonancias que al investigador le resultaban completamente desconocidas, pero cuando se disponía a pasar al segundo pentagrama, el sonido procedente de los tubos comenzó a apagarse hasta que todo quedó nuevamente en silencio. Alberto se detuvo y volvió al comienzo de la pieza, pero el silencio se mantuvo. Miró la sangre que empapaba su pañuelo y se quedó allí, inmóvil mientras la lluvia caía sobre la cubierta de chapa de la nave.

La tormenta que aguardaba fuera al investigador, pese a sus proporciones bíblicas, no llegaba a igualar la desazón que le embargaba, incapaz como era de dar por cierto lo que sus ojos, y sus oídos acababan de experimentar.

Mientras conducía de vuelta a casa por una carretera que apenas podía adivinarse, no conseguía que la imagen de aquellos engranajes ensangrentados se le fuera de la mente, obligándole a redoblar sus esfuerzos por mantener su atención sobre la calzada. Con la cabeza en otro lado y una visibilidad casi nula, apenas pudo dar de lado al obstáculo que inesperadamente se cruzó en su camino. Sin saber bien cómo, consiguió detener su todoterreno en la cuneta después de tener que vérselas y deseárselas para dominar el volante.

Cuando se hubo recuperado del susto inicial, pudo ver por el retrovisor que aquello a lo que había conseguido dar de lado seguía en medio de la carretera. Se trataba de una vía poco utilizada, pero sabía que tenía que apresurarse si quería evitar que el siguiente en pasar por allí no tuviese la misma fortuna que él. Una vez fuera del vehículo, la manta de lluvia no tardó en calarle hasta los huesos, pero en su estado no era consciente de ello. Cuando se acercó hasta el obstáculo, pudo distinguir que se trataba de una motocicleta, aunque su lamentable estado bastaba para comprender que había sufrido las consecuencias de un accidente. Alberto la arrastró fuera de la calzada, y comenzó entonces a buscar a su propietario, a quien no le arrendaba las ganancias.

Tal como había temido, cuando dio con el conductor de la moto, poco podía hacer ya por él. Trató de encontrarle el pulso, pero fue en vano. Viajar sobre dos ruedas con semejante tiempo había sido una temeridad de la que aquel desconocido ya no podría arrepentirse. Alberto marcó el teléfono de emergencias en su móvil, pero jamás llegó a escuchar las palabras de la operadora, que insistía una y otra vez al otro lado de la línea. La visión del charco de color rojo que la lluvia se esforzaba por arrastrar colina abajo, sobre el que reposaba el cadáver del motorista, hacía que Alberto no fuera consciente de cuanto sucedía a su alrededor.

El todoterreno se hallaba estacionado frente a la nave nuevamente. No sin esfuerzo, el experto musical logró arrastrar el cuerpo sin vida hasta el interior del cubículo. Ya había caído la noche, y con un tiempo tan desapacible, los elementos de la naturaleza eran sus mejores aliados; nadie en su sano juicio podía andar por allí a aquellas horas. El profesor apenas era consciente de sus propios actos, o cuando menos no deseaba pararse a meditar acerca de

sus consecuencias. Tan solo sabía que tenía que aprovechar la oportunidad que el destino le había brindado, sin entrar en otro tipo de consideraciones.

Aunque sentía repugnancia por lo que se disponía a hacer, sabía que el momento de echarse atrás había pasado. De ese modo, se sirvió de un *cutter* para hacer que el fluido que tanto ansiaba conseguir brotase del cuerpo sin vida que los hados habían puesto en su camino. Llenó con él el primer recipiente apto para tal fin que encontró, y aunque dudó unos instantes antes de verterlo, impregnó de sangre los mecanismos que daban vida al instrumento que con tanto esfuerzo había construido.

Tal como hiciera hacía menos de una hora, volvió a ocupar su puesto frente a los teclados, y se dispuso a interpretar la obra que con tal fin había sido compuesta.

Silencio.

La desesperación nubló el entendimiento de Alberto, que trató de tomar de aire en un lugar donde sentía que le faltaba, y volvió a pulsar las notas que componían el primer acorde.

Silencio de nuevo.

La mirada del investigador se posó sobre el cuerpo que yacía a solo unos metros de él. Hasta ese momento no se había percatado de que aún tenía el casco puesto. Quizás se lo había dejado de un modo inconsciente, como si supusiese algún tipo de barrera psicológica, que le impedía tomar conciencia de que se trataba de una persona, como él. En aquel momento supo que había cometido un error, y que había dejado que aquella situación llegase demasiado lejos. Alberto no podía creer que hubiera hecho algo así; jamás se lo perdonaría. Cerró los ojos, y al abrirlos fue consciente por vez primera del problema en que se había metido.

—¿Alberto, estás ahí?

Isidoro llegó antes de lo que Alberto había pensado.

—¡Sí, por aquí!

Al abrir la puerta de su cubículo, la luz procedente de él sirvió para guiar los pasos del profesor de latín, que a su llegada a la nave industrial lo

había encontrado todo a oscuras. Aunque la llamada de su colega no había resultado muy clarificadora, su evidente estado de nerviosismo y su insistencia habían llevado a Isidoro a presentarse allí, tal como le había pedido.

—¿Qué lugar es este, y qué...? —Isidoro vio el extraño instrumento—. ¡Dios mío, finalmente lo hiciste! ¡Lo has construido!

—Así es.

El recién llegado se aproximó al instrumento para verlo con detalle, aunque el estado de su colega no le había pasado inadvertido:

—¡Estás empapado! ¿Se puede saber dónde has estado metido? Pero... ¿qué te ha pasado en la mano? —se percató de las manchas oscuras que había en su ropa y en el suelo— ¿Y eso?, ¿de qué son esas manchas?

—Necesito tu ayuda, por eso te he hecho venir.

Isidoro vio entonces el interior del instrumento, completamente ensangrentado. Un gesto de horror acudió a su rostro, y se alejó instintivamente de la fuente de sus temores.

—¡Es sangre, Alberto, eso es sangre! ¿De dónde la has sacado? —Isidoro volvió a fijarse en la mano ensangrentada de su compañero—. ¿Acaso te has cortado para conseguirla? ¡Estás loco, Alberto, loco de remate! Jamás imaginé que pudieras llegar a hacer algo así, ¡me sorprendes!

—Te equivocas amigo, esa sangre no es mía.

—¿Cómo que no...? ¿De quién es entonces? ¿No habrás hecho ninguna tontería, verdad?

—Yo no he hecho nada, te lo aseguro. Cuando lo encontré ya estaba...

—¿De quién me estás hablando, a quién encontraste?

Alberto pasó junto a Isidoro, que se echó a un lado, como si el mero contacto pudiera transferirle la locura que aparentemente sufría su colega; retiró unos cartones de una esquina del cubículo, y bajo ellos apareció el cuerpo del motorista, que seguía conservando su casco.

—¡Dios mío! ¿Está muerto, ese hombre está muerto?

—Ya te he dicho que lo encontré así. Fue un accidente.



—Esos cortes no parecen fruto de un accidente, Alberto. Este hombre ha sido acuchillado.

—Ya estaba muerto, te lo puedo asegurar.

—¿Me estás diciendo que tú le hiciste esos cortes? —Isidoro volvió la vista una vez más hacia el extraño artefacto mecánico— ¿Y todo para conseguir sangre para... eso?

—Sé que fue una estupidez, ahora me doy cuenta —dijo Alberto bajando la cabeza, avergonzado.

—Al menos me alegro de que no te tomaras las indicaciones al pie de la letra, porque...

Alberto levantó la cabeza súbitamente e interrumpió al experto en lenguas antiguas:

—¿De qué estás hablando? ¿A qué indicaciones te refieres?

—Ya sabes, a las que hablaban de emplear la sangre de un vivo para hacer funcionar ese maldito chisme.

Alberto no recordaba que Isidoro hubiese mencionado con anterioridad que la sangre debía provenir de alguien con vida, pero tal revelación hizo que se le iluminase la cara.

—Buenos días, soy José María Gallego, el jefe de bomberos. ¿Es usted el agente al mando?

—Sí, Pablo Fernández —respondió el policía mientras estrechaba la mano del jefe.

—Nos han dicho que han encontrado dos cadáveres ahí dentro, pero supongo que habrá algo más, ¿no?, porque de esos temas ya se encargan ustedes.

—Sí, se trata de un motorista cuyo vehículo ha aparecido a veinte kilómetros de aquí, y de un profesor de universidad, el propietario de ese vehículo. No obstante, estamos buscando a una tercera persona, quien alquiló ese cubículo, y a su vez dueño de este todoterreno, en el que al parecer fue transportado el cuerpo del motorista. La verdad es que no entendemos nada de lo que ha podido pasar aquí.

—¿Y donde entramos nosotros en todo esto?

—Pase usted mismo y véalo. Espero que hayan traído un equipo de escalada, porque les va a hacer falta.

El jefe de bomberos se abrió paso hasta el interior de la estancia, de la que procedía un molesto olor a azufre. Para su sorpresa, se encontró con que la mayor parte del suelo de había desaparecido, y en su lugar aparecía un agujero, que más bien podría calificarse de sima, pues resultaba imposible realizar un cálculo de su profundidad. El bombero se cubrió nariz y boca con un pañuelo por el olor insoportable y, tras agacharse, dejó caer una piedrecita. Puso el oído, pero no llegó a percibir ningún sonido que le indicase que había llegado al fondo. Cuando ya se disponía a levantarse, le pareció escuchar un lejano murmullo procedente del abismo que se abría a sus pies. Tuvo que pestañear varias veces, pero estaba por jurar que una miríada de puntitos rojos se aproximaba a la superficie.

## Parábola

*Kisko Melguizo*



El eco de las pisadas del doctor Fresno resuena por los pasillos semidesérticos del área 11 del hospital madrileño 12 de Octubre. Desde que se aprobara en el congreso, meses atrás, el Real Decreto-ley 10/2013 para la evacuación de los enfermos españoles infectados de S.A.R.A. (Síndrome Asociativo de la Realidad Alternante), el hospital se ha ido convirtiendo poco a poco en un recinto fantasma. Las habitaciones para los enfermos están vacías; los celadores han sido derivados a otros centros; y únicamente el área 11 permanece activa. El doctor Fresno y su ayudante, la enfermera Rico, escoltados por dos agentes de la policía nacional, mantienen aún vivo el hospital, antes de que comiencen los trabajos de renovación.

—¿Qué tenemos?

—Un caso rezagado de S.A.R.A. —responde Rico, alzando la mirada por encima de sus gruesas gafas de pasta—. Varón, 23 años. Diagnosticado en los pabellones de Toledo, pero sus padres quieren una segunda opinión.

—¿Cómo han conseguido escabullir al chico?

—No lo sé.

—¿Les has dicho que deben llevarle a los campamentos de traslado?

—Sí, pero la madre se resiste. El chico es fumador habitual de Marihuana y ella se empeña en que su hijo solo sufre *delirium* por intoxicación de cannabis. Lo leyó en Internet.

Fresno abre ligeramente la puerta de la consulta y echa una ojeada. El joven paciente está sentado completamente inmóvil y con la mirada fija en la pared.

—Dame su ficha y diles a sus padres que esperen.

La enfermera Rico le entrega un par de folios grapados al doctor y se marcha hacia la sala de espera. Fresno entra en la consulta, cierra la puer-

ta y se sienta en el lado de la mesa contrario al paciente. «David García Cano. Nacido en Toledo en Mayo de 1990», lee en la ficha. Luego se acaricia parsimoniosamente la barba por encima de la mascarilla y observa la reacción del enfermo. La observación pasiva por parte del médico revela, en la mayoría de los casos, las primeras pistas acerca del tipo de enfermedad a tratar. Muchos de los pacientes que ingresan de urgencias en salud mental se encuentran en un estado de crisis avanzada, y al no ser capaces de reprimir su ansiedad, suelen manifestar, por sí solos, los primeros indicios de delirios o alucinaciones. Sin embargo, en pacientes afectados de S.A.R.A. nunca se han hallado comportamientos nerviosos y es el médico el que acaba formulando la primera pregunta.

—¿Cómo te llamas?

—Xaman Ek, Estrella Polar —responde el paciente con voz pausada y profunda.

—¿Dónde naciste?

—En Parábola.

—¿Qué es Parábola?

—Nuestro planeta.

—¿Quieres decir el tuyo y el mío?

—Sí. El de todos.

—¿Y no es posible que estés algo confundido? ¿No recuerdas cuando en el colegio te enseñaron los nombres de los planetas? ¿Mercurio, Venus, Tierra...?

El paciente guarda silencio. Los intentos por traer de vuelta a la realidad a los enfermos de S.A.R.A. nunca han dado resultado. Ni siquiera suministrándoles *Zarcolia*, un nuevo medicamento desarrollado exclusivamente para enfermos de S.A.R.A., que mantuvo viva la esperanza de curación antes de que La Gran Evacuación se tornase como la única medida razonable para salvaguardar el futuro de la humanidad. Que el S.A.R.A. sea definitivamente una enfermedad incurable es algo que toda la población conoce, pero la obligación profesional del doctor Fresno es intentar razonar, al menos una vez, con cada nuevo paciente.

- ¿Cómo se llaman tus padres? —continúa el doctor.
- Mis padres son los árboles.
- ¿Y esas dos personas que han venido contigo? ¿Sabes quiénes son?
- No.
- ¿Sabes quién soy yo?
- No.
- ¿Sabes por qué te han traído aquí?
- No.
- ¿Te gusta estar aquí conmigo?
- No.
- ¿Dónde te gustaría estar?
- En los campos.
- ¿Por qué quieres marcharte a los campos?
- Es allí donde está mi hogar.

Los síntomas son concluyentes. El paciente sufre amnesia retrógrada y responde a todas las preguntas según el patrón S.A.R.A. Todas las personas afectadas de S.A.R.A. —sin excepción— adoptan nombres ancestrales originarios de América, llaman a su mundo *Parábola*, e insisten en su voluntad de retirarse a las zonas rurales. Cuando se detectó la pandemia, los médicos psiquiatras no daban crédito a lo que estaba sucediendo. Personas de todo el mundo, aisladas entre sí, compartían, con asombrosa similitud, una misma fantasía. Se barajó la posibilidad de que se estuviese originando una especie de *folie à plusieurs* (trastorno psicótico compartido), extendido, fundamentalmente, a través de Internet. Se hablaba de una secta secreta *online* o algo por el estilo. Sin embargo, el hecho de que no todos los enfermos eran usuarios de Internet y de que además, la fantasía siempre iba acompañada de una extraña y devastadora amnesia —mucho más severa de la que pudiera presentarse en un cuadro psicótico ordinario—, descartó este tipo de trastorno, abriendo paso a la teoría vírica. Expertos en neurología plantearon la idea de un extraño y sofisticado virus que afectaba directamente al hipocampo,

borrando la memoria del sujeto y depositando, asimismo, su contenido genético, de modo que al decodificarse mediante el pensamiento, generase una misma realidad alternativa para todos los infectados.

Como era de esperar, no todos aceptaron esta idea como válida, y una creciente corriente apocalíptica ganó bastante peso entre los medios de comunicación. La pandemia se extendía con rapidez y en todas las televisiones se multiplicaron los debates espirituales relacionados con el Juicio Final. Algunos de los más importantes templos religiosos y otros tantos lugares clásicos de peregrinación saturaron su aforo. Y Google Chrome experimentó un exagerado aumento en el tráfico de información relacionada con los movimientos *New Age*.

En cualquier caso, si la pandemia continuaba extendiéndose a aquella velocidad —ya fuese por la transmisión de un virus o por castigo divino—, llegaría un día en el que no habría suficientes recursos para atender y alimentar a los enfermos. Los trabajadores aún sanos escasearían de un modo alarmante y el sistema socioeconómico podría desmoronarse. La situación requería, por tanto, de la actuación rápida y coordinada de los grandes mandatarios del planeta. Y así fue como el G-20 elaboró en secreto un plan último de extrema emergencia que posteriormente se daría a conocer como La Gran Evacuación.

Pero aún quedaba un detalle muy importante que resolver. Si a la humanidad no le quedase otra que ampararse a La Gran Evacuación, era más que probable que saltasen las protestas por todos lados. El dilema ético que plantearía esta medida generaría tal polémica, que muchos se negarían a colaborar. El porcentaje de éxito de la operación se reduciría notablemente y ya no quedaría ningún otro “plan B” al que agarrarse. Por supuesto, nadie quería correr ese riesgo. ¿Qué hacer pues? Educar antes de actuar.

Pocos días después de la reunión del G-20, se convocó un simposio extraordinario bajo un telón de secretismo aún mayor si cabe que el anterior, en un palacete a las afueras de Londres, propiedad de la corona británica. A él acudirían representantes de las religiones mayoritarias —entre los que se encontraban el cardenal Marconi, el Dalai Lama y algunos líderes musulmanes de la franja árabe—, junto con un grupo formado por directivos de los

lobbies más poderosos de la esfera económica. Por motivos de seguridad, ninguno de ellos fue informado del motivo real de aquel simposio, pero todos sabían muy bien que algo gordo se estaba cocinando.

Una vez finalizados los pertinentes saludos, los asistentes al simposio se sentaron alrededor de la gran mesa del salón. Después, el recientemente investido secretario general de las Naciones Unidas, Howard Robinson, apareció en escena, custodiado por un alto cargo del FBI y un agente del Mossad. El secretario Robinson desplegó sobre la mesa un mapamundi de dos metros de largo por uno de ancho, en el que todo el continente americano había sido rallado con un rotulador negro de punta gruesa. «Señores, estoy seguro de que, al igual que yo, ninguno de ustedes desea que ocurra lo que a continuación les voy a contar, pero todos sabemos que el S.A.R.A. amenaza con destruir nuestra civilización, y necesitamos, al menos, una medida real de prevención». Y con estas palabras, Howard Robinson dio comienzo al simposio.

Poco después de que anocheciese, una densa y grisácea neblina cubría los jardines de aquel palacete londinense. Y tras las amarillentas ventanas del salón, del mismo modo que la niebla, cierta reflexión ondeaba entre las cabezas de los allí presentes: «Tendremos que esforzarnos mucho en generar un fuerte clima de unidad y colaboración planetario si queremos que esta animalada de La Gran Evacuación funcione».

Al salir de la consulta, el doctor Fresno se dio de bruces con la madre del paciente. Sus ojos, húmedos y excesivamente maquillados, vibraban de miedo.

—Lo siento señora, su hijo está infectado.

—¡No! Por favor doctor, denos el beneficio de la duda. Usted puede cambiarle el diagnóstico, ¿verdad? Ponga lo que sea, esquizofrenia, ansiedad... lo que sea. Pero por favor, salve a mi hijo.

—No estoy autorizado —miente Fresno.

—¡Por favor! Se lo ruego.

—Lo siento. Y póngase una mascarilla, por el amor de Dios.

Fresno retira de su camino a la señora empujándola con la mayor suavidad posible, y se va hacia su despacho.

—¡Hijo de puta! ¡Cabrón insensible! —grita la madre.

Uno de los agentes de policía acude rápidamente para retener a la señora y los gritos acaban diluyéndose en la lejanía del frío y largo pasillo del hospital. «Solo hago mi trabajo», se justifica Fresno en silencio.

Cuando la teoría vírica cobró fuerza, los gobiernos se vieron obligados a organizar una estructura de atención médica bien delimitada. Los enfermos de S.A.R.A. debían ser tratados por separado, alejados de los demás enfermos, para evitar contagios. Se habilitaron pabellones de aislamiento, se levantaron campamentos e incluso algunos hospitales, como el 12 de Octubre de Madrid, tuvieron que ser reconvertidos en colosales psiquiátricos dedicados exclusivamente a los enfermos mentales de S.A.R.A. Todas estas instalaciones se declararon en cuarentena y se obligó a la población a evitar el contacto directo con los enfermos, al menos hasta que detectasen el virus y estudiaran sus vías de transmisión. Pero hallar este virus era difícil. Debían rajar el cerebro de algún infectado; y ninguno de ellos parecía estar por la labor de morir.

El 18 de Agosto de 2013, los telediarios nacionales abrieron portada con la siguiente noticia: «El virus S.A.R.A. ha sido localizado y estudiado. Se transmite vía respiratoria, al contacto con la piel y a través de todo fluido corporal. De ahí que su R-O, es decir, su ratio de contagio, sea tan alto. La Organización Mundial de la Salud ha anunciado que, debido a su sofisticada estructura del virus y al desconocimiento de su origen, los científicos tardarían meses e incluso años en encontrar una posible vacuna. La nota positiva, si es que la hay, es la notable tasa de inmunidad natural que se ha observado entre las personas que estuvieron en contacto directo con afectados de S.A.R.A. antes de que éstos fuesen ingresados. Si usted ha padecido la enfermedad a través de algún amigo o familiar y no está infectado, es muy posible que su genética le haya servido como escudo de protección, aunque también es cierto que no es una garantía, ya que este tipo de virus mutan con gran facilidad». Aquella misma tarde, Said Salim Hakme fue informado del fallecimiento de su padre, debido a un paro cardíaco. Su padre, era un paciente más de S.A.R.A.



Al día siguiente los presidentes de cada país subieron al atril para apaciguar a sus conciudadanos. La declaración ofrecida por la ONU el día anterior había generado mucho revuelo. Podría decirse que el mundo entero acababa de verle las orejas al lobo. Fue entonces cuando se escuchó por primera vez hablar de La Gran Evacuación en televisión. «Les entregaríamos todo el continente americano. Una gran tierra rica en bosques, frutos y animales. Vivirían en libertad, cerca de los ríos. Y además, garantizaríamos la remisión de nuevos contagios, hasta que diésemos con la vacuna. Solo así, podríamos equilibrar nuestra capacidad de producción con nuestras necesidades básicas de consumo. Solo así evitaríamos la mayor hambruna jamás conocida por la humanidad. No queremos tener que llegar a esto, aún nos queda margen, pero si la pandemia no se frena a tiempo y empezamos a perder eslabones de importancia en la cadena de trabajo, no nos quedará alternativa».

Desde la fecha en la que se celebró el simposio de Londres, los medios de comunicación emprendieron una agresiva campaña de concienciación para tratar de unificar los intereses de todos en pos de defender la sociedad moderna. La población debía tener muy claro que la amenaza del S.A.R.A. concernía a todos por igual. Con este fin, se organizó un espectacular encuentro espiritual televisado, encabezado por las religiones más influyentes, del que nació un asombroso sentimiento de hermandad. Los textos sagrados quisieron ser reinterpretados para acercar posturas e incluso se especuló sobre la aparición de una nueva religión que aunara a todas. Se perdonaron errores, se olvidaron rencillas y se pasó página. Por otro lado, las relaciones gubernamentales entre los países tradicionalmente enemigos, y en general, entre todos los países, mejoraron hasta tal punto que se asentaron las bases para la creación de una futura moneda única. La televisión fue limpiada de basura y la programación se focalizó en su tendencia más esperanzadora. Los moderadores hicieron un sensacional trabajo en Internet. Los periódicos y los telediarios se agarraron, en la medida de lo posible, a las buenas noticias. Y en definitiva, se generó una corriente de positivismo casi absoluta, oscurecida tan solo por el elíptico slogan de «El S.A.R.A. puede acabar con todo esto», debidamente recordado cada día, en todas las portadas informativas de última hora.

La sociedad ya estaba suficientemente preparada para aceptar daños colaterales; es más, los daban por sentados. Sin embargo, la presentación pública de La Gran Evacuación no obtuvo una buena acogida. El plan era demasiado drástico para asimilarlo tan pronto. Se necesitaba tiempo y, sobre todo, tener la certeza de haber agotado todas las opciones. Curiosamente, dos días después de aquella presentación, los laboratorios Lilly anunciaron el descubrimiento de la retrilanfagina (lograda mediante la síntesis de la olanzapina y la guanfancina), como posible tratamiento para el S.A.R.A., y ofrecieron su producto al mercado bajo el nombre de Zarcolia. La noticia levantó los aplausos de la población. Si aquel novedoso fármaco conseguía devolverle la cordura y la memoria al enfermo de S.A.R.A, este recuperaría su identidad social y podría reinsertarse en campamentos de trabajo protegidos. Así, se mantendrían los niveles de producción y se ganaría tiempo para el desarrollo de la ansiada vacuna.

Pero la esperanza se diluyó en poco menos de un mes. Entre los casi mil pacientes tratados con Zarcolia no hubo ni el más mínimo atisbo de éxito. Al mismo tiempo, el virus aumentó repentinamente su R-0 y muchas de las personas consideradas inmunes se infectaron. Los hospitales se vieron desbordados, las principales bolsas bursátiles caían en picado, y el miedo se apoderó de la población. El estado de sitio comenzó a declararse en todos los países, como en una caída de fichas de dominó.

El 21 de Octubre de 2013, el G-20 aprobó por unanimidad la puesta en marcha de La Gran Evacuación. Comenzaba así, una extraña y nueva etapa para la humanidad, a la que algunos denominaron «El Otoño Evolutivo». Hoy se recuerda aquel día con mucha tristeza, pero después de estos últimos meses, ya no hay nadie que dude de que aquella decisión salvó a la humanidad del caos absoluto.

El doctor Fresno entra en su despacho, cierra la puerta de un golpe y suspira. Luego se quita la mascarilla para poder masajearse toda la cara y cae desplomado sobre el acolchado y reclinable sillón de su despacho. Su rostro pálido y ojeroso denota una severa falta de sueño. Lleva demasiado tiempo lidiando con esta maldita epidemia y ya está hartó. Necesita olvidarse de

todo, retirarse a algún pueblecito y descansar. Se lo merece. Pero al doctor nunca le ha gustado fantasear, y antes de que sus deseos le turben demasiado, menea la cabeza como si estuviese sacudiéndose de sus propios pensamientos, pesca de la mesa el mando a distancia y acciona el botón de encendido. El pequeño televisor de pantalla plana, anclado a la esquina izquierda superior del despacho, arranca su rezo: «Vivimos los últimos días de la historia más difícil y conmovedora jamás presenciada por el hombre. Los últimos españoles infectados abandonan nuestro país, entre lágrimas y aplausos, en busca de una nueva oportunidad. Nuestro corazón viaja con ellos». Antena3 intercala en su reportaje distintas vistas aéreas de una gigantesca aeronave de Iberia a la que una larga fila de infectados de S.A.R.A. embarca rumbo a América. En Telecinco, uno de los invitados al debate reflexiona: «¿Es que ya no nos acordamos de que nuestro sistema financiero estaba al borde de la quiebra antes de que apareciese el S.A.R.A.? En cierto modo, la tremenda despoblación que hemos sufrido a este lado del mundo, ha servido para oxigenar nuestros mercados. Hoy a nadie le falta trabajo y por fin podemos decir que es un buen momento para traer nuestros hijos al mundo. Yo creo que debemos estarles eternamente agradecidos». Una multitudinaria misa en honor a «Los Mártires» ofrecida por el Papa en la Plaza de San Pedro, se televisa en directo por TVE1 y Telemadrid. Y La2 continúa emitiendo ininterrumpidamente fotografías y rodajes de los parajes naturales más bellos que puedan encontrarse en todo el continente americano, enmarcados siempre bajo el sustantivo de PARÁBOLA.

La enfermera Rico entra en el despacho sin llamar a la puerta. Fresno, se ve sorprendido y apaga rápidamente el televisor.

—Aún no lo has digerido, ¿verdad? —dice Rico. —Pero, ¿qué otra cosa podíamos hacer?

—Los estamos tratando como ganado sobrante.

—No seas tan dramático. Al fin y al cabo, esos eran sus deseos. Les enviamos a sus campos.

—¿Y cómo sobrevivirán?

—Cazarán, recolectarán, y los ríos les darán de beber. No tendrán teléfonos móviles de última generación, pero sobrevivirán.

—¡No digas tonterías Rico! Sabes de sobra que han perdido la memoria. No tienen conocimientos de ningún tipo. Son como sonámbulos en medio de la selva. ¿Sabes que harán? Yo te lo diré: se volverán caníbales y se comerán los unos a los otros hasta que no quede ninguno.

—Imposible. No son violentos. Se asociarán. De algún modo, colaborarán.

—¿Tú has visto alguna filmación en todos estos meses de lo que está pasando allí? ¿Diariamente vemos cómo se llevan a las nuevas andanadas de enfermos? Pero, ¿y los primeros que llegaron? ¿Qué ha sido de ellos? ¿Qué sabemos de ellos?

—Sabemos que por alguna extraña razón, todos ellos usan nombres de nativos americanos. Y sabemos que América fue conquistada y masacrada por los imperios europeos. ¿No le encuentras la poesía? Es como les estuviésemos devolviendo la libertad que en su día les robamos. Siempre me he considerado una persona muy racional pero, ¡qué diablos! ¿No parece que Dios nos está poniendo a todos en nuestro sitio?

Fresno resopla, se endereza en su asiento hacia la enfermera Rico y, señalándole con el dedo, le dice:

—¿Te gustaría que te lobotomizasen el cerebro? ¿Que olvidases a tus padres, a tus hermanos, a tus amigos, a ti misma? ¿Y que después te soltasen de una patada en un continente abandonado junto con millones y millones de hombres y mujeres e igual de locos que tú? ¿Es así como Dios nos pone a todos en nuestro sitio?

—¡Carlos! ¡Ya está bien! ¿Habría sido mejor quedarnos sentados en el sofá sin hacer nada y esperar a que reinase la anarquía en todo el mundo?

—Quién sabe...

—Anda, anda, siéntete agradecido e intenta descansar un poco. Tienes mala cara.

La enfermera Rico se acerca delicadamente al doctor. Se agacha hasta su altura y le da un beso en la mejilla.

—¿Sabes? —susurra Rico—. Ya es oficial. América ha pasado a llamarse Parábola.

Son las dos de la mañana y la Universidad de Málaga permanece cerrada, pero una lejana ventanita aún se ve encendida. Hugo Salas, doctor en Neurología e Ingeniero Informático por la Universidad Complutense de Madrid, trabaja incansablemente en su despacho. Desde que fue contratado por el Centro de Investigaciones Médico-Sanitarias, su enorme sentido de la responsabilidad y su eficiencia en el trabajo le han servido para escalar posiciones hasta convertirse, a mediados de 2012, en el coordinador-jefe de la Unidad de Imagen Molecular y director del proyecto S.L.C. (Sistema de lectura del Pensamiento).

En el año 2008, la Unidad de Imagen Molecular del CIMES inició, en colaboración con la empresa Jardín de Junio, un proyecto de investigación destinado al estudio del cerebro humano. Un grupo de expertos, entre los que se encontraba Hugo Salas, fueron llamados para esta labor. Años más tarde, el CIMES había logrado desarrollar, mediante técnicas de resonancia funcional, unas «gafas» capaces de registrar los datos neuronales de un cerebro vivo, de modo que pudieran ser monitorizados para su posterior análisis. Este ejercicio sería de enorme ayuda para tratar de averiguar cómo se comportaba la red neuronal del cerebro mientras realizaba cualquier acción, como leer o hablar.

En mayo de 2012, Hugo Salas propuso darle una vuelta de tuerca al proyecto y presentó los planos de un prototipo con el que aseguraba poder decodificar los datos neuronales recogidos mediante las gafas y traducirlos, a través de un computador, en pensamiento puro. El ordenador reproduciría las imágenes, las palabras y los sonidos, del cerebro pensante, como si de él mismo se tratase. Por primera vez, la ciencia sería capaz de leer el pensamiento de cualquier persona. La empresa Jardín de Junio apoyó férreamente esta ambiciosa idea y Hugo Salas logró los fondos necesarios para materializar su prototipo. Poco después, Hugo fue nombrado coordinador-jefe de la Unidad de Imagen Molecular, lo que le serviría de gran ayuda para acelerar el desarrollo del S.L.P.

Hace dos semanas, la última versión del S.L.P. funcionó. Hugo lo había conseguido al fin, pero eso nadie lo sabía aún.

Las noches son cada vez más difíciles para el doctor Fresno. Y por más que lo intenta, apenas consigue superar su media de sueño, de unas tres o cuatro horas. El resto de la noche, lo pasa dando vueltas en la cama; a veces, sin poder quitarse a Julia de la cabeza.

Poco después de aprobar el MIR, muchos daban por sentado que Carlos Fresno acabaría muy pronto codeándose con los mejores psiquiatras del país. Su impecable expediente académico y su gran ambición le llevarían todo lo lejos que él quisiera. Fresno tenía una curiosa manía por aquel entonces. Solía jugar por las concurridas calles de Madrid, a «cazar» a los enfermos mentales. Se creía capaz de localizarlos con solo mirarlos a los ojos. Y en cierto modo podía llevar razón, ya que los ojos están directamente conectados al cerebro y siempre se han considerado las ventanas del alma. Nunca le había hablado a nadie de esta práctica; no era muy ética. Pero a él le encantaba y seguía perfeccionándola.

En una fiesta de amigos, Fresno conoció a Julia, una preciosa joven vasca que acababa de llegar a Madrid en busca de trabajo. Se enamoraron de un flechazo y empezaron a salir. Todo iba muy bien al principio. Se querían, se reían y estaban pensando en alquilar un piso para vivir juntos. Era la primera vez que Fresno mantenía una relación seria con una mujer, y ya estaba pensando incluso en pedirle matrimonio. Pero un día, Julia desapareció sin avisar. Fresno se quedó deshecho, no entendía nada... Hasta que recibió la noticia: Julia había sido ingresada de urgencias en el hospital psiquiátrico de Vitoria.

Al parecer, padecía trastorno bipolar desde hacía años y acababa de sufrir una crisis. La encontraron paseando descalza por el bosque, en medio de la noche. Rápidamente, Fresno viajó a Vitoria para verla. «No quería decírtelo, tenía miedo de que me rechazases. Entonces dejé de tomarme las pastillas. Creí que podría controlar mi enfermedad sin ellas», decía Julia entre llantos. Luego le pidió perdón y le prometió que en pocos días volvería a Madrid con él.

A partir de entonces todo cambió. Julia seguía siendo la misma chica, pero Fresno empezó a sentir vergüenza de ella. ¿Qué le diría a sus padres? ¿Que su futura esposa podría ser una de sus pacientes? ¿Y qué sería de sus hijos? ¿Quién podría garantizarle que no heredarían la enfermedad de su madre? Fresno había sido siempre el número uno. Y Julia, definitivamente no estaba a la altura. «Lo siento, me he enamorado de otra mujer», le dijo una mañana. Pero Julia siempre supo que aquella excusa era una soberana mentira.

Al año siguiente, Julia se suicidó dejando escrito en un papel: «Siempre te amaré».

Justo cuando Fresno está a punto de coger el sueño, suena la estrepitosa melodía de llamada del teléfono.

—¿Qué pasa Hugo? —gruñe Fresno.

—¡Carlos! ¡Tienes que venir! ¡Ahora!

—¿Ahora?

—¡Sí! ¡Ahora!

El avión procedente de Madrid finaliza su aterrizaje a las 9:45 a.m. en el aeropuerto de Málaga-Costa de Sol. Fresno agarra su equipaje de mano y camina hacia la salida. Su viejo amigo y compañero de facultad le espera fuera, en su Nissan Pathfinder.

—Me alegro de verte —dice Hugo—. Venga, monta en coche, no hay tiempo que perder.

—¿A dónde vamos?

—A la sierra.

El todoterreno arranca poderoso en dirección a las montañas.

—Toma —Hugo le lanza un iPad a Fresno, sin desviar su mirada de la carretera— Entretente un rato con esto mientras llegamos.

Fresno presiona la pantalla táctil de la tableta electrónica y un vídeo aparece en ella.

—¿Qué es? —pregunta Fresno intrigado.

—Fíjate bien.

El vídeo muestra diversas escenas de gentes cultivando la tierra, pescando, construyendo herramientas... También pueden verse algunas rutas naturales como si estuviesen siendo recorridas a pie. Y una serie de imágenes nocturnas de un cielo profuso en estrellas.

—¿Qué significa? —insiste Fresno.

—Son lecturas de pensamiento... de infectados de S.A.R.A.

—¡Has conseguido que tu S.L.P funcione!

—Eso es lo de menos.

Pasada media hora, el todoterreno asciende por la A-7000 hasta una zona boscosa. Hugo aparca en un área de descanso y sale del coche. Luego agarra del maletero un extraño artilugio, parecido a una videocámara, y se encamina hacia los árboles. Fresno sale tras él.

—¿Qué hemos venido a hacer aquí?

Hugo acciona algunos botones de su artilugio y lo deposita con cuidado en el suelo.

—Tenemos que esperar a que se cargue el sistema operativo.

—¿Qué es eso?

Hugo se sienta en el suelo con las piernas cruzadas y se enciende un cigarro.

—Siéntate conmigo —le pide a su amigo.

Fresno acepta.

—Carlos, ¿alguna vez has tratado a algún político infectado de S.A.R.A.?

—Pues... no. ¿Por qué?

—Pues porque los políticos nunca escuchan a las personas, y claro, no van a ponerse a escuchar a los árboles.

Hugo agarra su extraña videocámara y la proyecta hacia el bosque. Una pantallita, comienza a emitir imágenes similares a las que Fresno vio antes en el iPad.



—¡Lo sabía! Son ellos —exclama Hugo.

—¿Qué pasa?

—¿No lo ves? Estoy leyéndoles el pensamiento.

—¿Qué dices? ¿Que los árboles también piensan? —Fresno se desternilla de risa.

—Los árboles son la causa. Ellos han hipnotizado a más del 60% de la población. Aquí tienes la prueba.

—¿De qué estás hablando?

—Telepatía, bioenergía.

—¿En serio? —Fresno no puede evitar las carcajadas.

—¿Te alegras? ¿Aún no te has dado cuenta? ¿No ves la pantalla? Los árboles nos han estado impartiendo todo este tiempo, el más sofisticado manual de supervivencia. Nos han enseñado a cazar, a reconocer las plantas, a orientarnos mediante las estrellas y muchas otras cosas más que he podido leer en las mentes de los supuestamente infectados.

—¡No! Me estás tomando el pelo. Los árboles no hablan. La telepatía es un cuento, y solo un virus puede enloquecer a tanta gente.

—El virus no existe. Los gobiernos lo inventaron para calmar a la gente. Parece paradójico, pero es así. Las personas se sienten más tranquilas cuando comprenden lo que ocurre. Y además, era la excusa perfecta para expulsar a todos esos «nuevos jubilados».

—Vale, pongamos que es verdad lo que dices. Y ahora, aquí sentados en medio del bosque, explícame por qué no estamos recibiendo ningún mensaje telepático.

—Para que funcione la telepatía, tu cerebro debe producir un número suficiente de ondas Alfa. Estas ondas adecúan las conexiones neuronales para la absorción de la bioenergía de los árboles. ¿Y sabes cuándo se emiten más ondas Alfa? Durante la meditación. Es decir, cuando tu pensamiento es pausado y sereno. O dicho de otro modo, cuando tu conciencia está tranquila. ¿Tú tienes la conciencia tranquila, Carlos?

—No te pases, Hugo —Fresno sabe muy bien que ambos están pensando en Julia.

—Lo siento, pero es así.

—Ya, bueno. Ojalá lleves razón, sería lo mejor. Así toda esa gente que hemos enviado a América podría sobrevivir perfectamente.

—Eso no lo dudes, sobrevivirán. La pregunta es, ¿sobreviviremos nosotros?

—No veo por qué no.


—Te contaré algo. Hace unos años, el Departamento de Lenguajes y Ciencias de la Computación de mi Universidad desarrolló un modelo matemático para predecir las tormentas solares. Ayer, uno de mis colegas corrigió aquel modelo para tratar de incrementar su porcentaje de acierto, que estaba en torno al 80%. Después se reunió conmigo y me dijo: «Si no ocurre un milagro, el próximo domingo —justo el día en el que La Gran Evacuación se dará por finalizada—, el sol estallará de tal modo que todo aparato electrónico de la Tierra quedará calcinado, devolviéndonos a todos a la Edad de Piedra». ¿Y esto? ¿También te hace gracia? Y te recuerdo que en este lado del planeta no se generan demasiadas ondas alfa.

—No puede ser...

—Y ahora, contésteme a una pregunta doctor, ¿quiénes son los locos de esta película?

## **Fangurn**

*Isabel María Martínez Martos*

ran las nueve de la mañana del primer día lectivo del año. La llamada del conserje de la Facultad de Ciencias de la Universidad de Málaga alertaba a los servicios de emergencias de un trágico suceso. Tras varios minutos de angustiosa espera dos ambulancias, provenientes del Hospital Clínico, se detenían en una explanada cerca de la puerta principal de la facultad, al lado de una gran esfera plateada que se erigía sobre una semiesfera emergente del suelo. Centenares de jóvenes universitarios se agolpaban tras la valla de seguridad establecida por la policía, aguardando conocer alguna noticia sobre el misterioso acontecimiento. Un par de coches patrulla efectuaban también su entrada en escena. Del primero de ellos se bajó un policía rechoncho, de unos cincuenta años, con el pelo grisáceo, que con paso cansino se dirigió al interior del edificio. Tras cruzar el umbral de la puerta, y dejando a la derecha la pequeña habitación del conserje, se encaminó pasillo adelante y tomó las escaleras hacia la primera planta. El policía subió con seguridad los escalones de terrazo claro, agarrándose con firmeza a la barandilla color azul azulete que, junto con decenas de columnas del mismo tono, daban cierta calma y armonía al interior del edificio. Otro par de policías siguieron sus pasos.

—Buenos días —dijo el policía al entrar al laboratorio de biología celular, lugar donde había ocurrido el fatídico acontecimiento. Se trataba de una sala diáfana, iluminada por amplios ventanales, cuyo mobiliario había sido amontonado en uno de los laterales de la estancia. En el otro extremo un equipo de la UVI móvil practicaba los primeros auxilios a un hombre de unos cuarenta años, bajito, delgado, con una descuidada perilla entrecana, una nariz prominente y una bata amarillenta. En el centro de la habitación había una mesa de madera color canela, sobre la cual se habían dispuesto, entre otros aparatos, varios monitores, teclados, osciloscopios, multímetros, tabletas digitalizadoras y un sinfín de artilugios electrónicos. Al lado de la

mesa, y volcada en el suelo, se encontraba una camilla manchada con restos de sangre, acompañada por un llamativo casco metálico con electrodos, a cuyo alrededor, desperdigados, se hallaban varios tubos de ensayo y una jeringuilla con restos de un líquido verde pastoso.

—Señor —dijo la voz de uno de los policías que recogían pruebas aquí y allá— hemos encontrado este folio en el edificio.

El inspector tendió la mano, cogió el folio, le dio la vuelta y comenzó a leer.

*A quien lo encuentre:*

*Le suplico que ponga —con la máxima rapidez posible— el contenido de esta nota en conocimiento de cualquier equipo de investigación científica del país. Lo que esta noche hemos visto en este laboratorio ha sido la imagen más tenebrosa de un formidable hallazgo. Remita también a dicho equipo de investigación la información contenida en el disco duro del ordenador del laboratorio, así como el casco TTC de electrodos y un cuaderno de tapas rojas titulado Transtempocorporización que podrá encontrar en el despacho del profesor Vicente Burgos. Por último decir que el propósito de nuestro trabajo ha sido el de iluminar una parte de la ciencia hasta ahora desconocida y que, aun a sabiendas del alto porcentaje de fracaso que marcaba a nuestro proyecto, nunca sospechamos sus nefastas consecuencias.*

*Mis más sinceras disculpas:*

*Cristóbal.*

¿Cómo adivinar que ese sería mi último viaje en tren? Después de haber pasado las vacaciones de navidad en casa de mis padres, la rutina volvía a asaltarme. Esperaba en la estación al tren que me llevase de vuelta a la Universidad de Málaga. El enorme reloj marcaba las cinco con un acompasado tictac que se diluía entre las lágrimas y sollozos provenientes de los familiares de varios jóvenes que, como yo, esperaban su traslado. El incesante deslizar de maletas fue creciendo conforme se acercaba la llegada del tren. Sin duda era una tarde fría. Hacía rato que había dejado de sentir los dedos de los pies y me notaba

hormigues también los de las manos. Alcé la vista al frente para divisar en el horizonte el destello de una luz que, entre silbidos, aminoraba su marcha sobre los chirriantes raíles para detenerse definitivamente en el andén 2. Pasados unos segundos las puertas se abrieron con un silbido neumático y los pasajeros comenzaron a entrar y salir del tren. Obligada por la situación salí de mi estatismo y avancé hasta la puerta de mi vagón, percibiendo las piernas que me sostenían tan extrañas a mi ser como aquella pesada maleta abarrotada de comida. Busqué con impaciencia la plaza 23, estaba vacía, al lado de la ventana. Depositó con cuidado el equipaje en el suelo, entre mis pies, y me senté en la butaca. El tren reanudó su marcha. Un cansino traqueteo, acompañado de una cálida temperatura que sonrojó mis mejillas al instante, fueron los únicos compañeros de una pequeña parte de mi viaje. Pasados unos minutos se nos unió Morfeo.

No sé el tiempo que pasé en aquella incómoda postura, pero cuando anunciaron por megafonía el nombre de la estación dónde debía bajarme, me pareció que apenas hubiesen pasado unos minutos. De un brinco y bastante desorientada tanteé la maleta hasta hallar el asa que me había estado estrangulando los dedos de la mano. Mi vista se fijó inamovible en el cristal de aquel vagón que me devolvía mi propia imagen. Tras él, la noche me acechaba silenciosa, tranquila. Salí del tren con la grata sensación que ofrece la calidez de una bufanda de lana abrazando mi cuello. Comencé a andar. Me esperaba una larga caminata hasta Teatinos, pero me apetecía recorrer las calles de la ciudad, respirar el aire fresco de aquella noche impregnado de olor a mar. Con la estricta compañía del ruido de mis tacones, mi mente comenzó a volar. Recordé el correo que me había mandado, hacía unos días, uno de los coordinadores. En él se pedía a los alumnos ir aclarando sus ideas con respecto al trabajo de fin de máster. Mis ideas no podían estar más enredadas. Sin lugar a dudas las festividades navideñas no eran el mejor momento para ordenar nada; el azúcar del turrón, el calor de la lumbre y el barullo en casa no lo permitían. Un agudo silbido me devolvió a la realidad. Como perro que acude a la llamada de su amo, mi cabeza se giró automáticamente para divisar más allá de la mediana la familiar figura de Cristóbal. Movidos por la misma fuerza que me había hecho girar la cabeza, mis pies comenzaron a

dirigirse hacia él. Hacía un par de semanas que lo conocía y, a pesar de ello, tenía la extraña sensación de haber compartido toda una vida con él. Cruzé la calle a la carrera evitando ser atropellada por la estampida de coches iniciada tras divisar el cambio de semáforo que les daba luz verde.

—Deja que te ayude con eso —dijo Cristóbal, dando rienda suelta por fin al caudal de sangre que, con síncronas sacudidas, no dejaba de recordarme el peso de aquella maleta — ¿qué tal el viaje?

—Bien. Me ha resultado más corto que de costumbre, pero a decir verdad, me he pasado más de la mitad durmiendo —respondí mientras observaba cómo introducía mi equipaje en el maletero de su Opel Astra.

—Vamos, sube al coche antes de que se abra el semáforo y algún conductor nos deleite con el sonido de su claxon por estar aparcados en doble fila.

Hice lo que me decía. Entré al cálido habitáculo tapizado de tela con motivos de patas de gallo. Él entro a mi par y rápidamente se incorporó a la circulación.

—Me vas a permitir que hagamos una parada en la universidad antes de dejarte en casa —dijo con una mueca, dejando entrever el comienzo de una sonrisa— tengo que ver a un profesor por un asunto que tenemos entre manos.

Yo asentí con la cabeza, sin decir palabra. Parecía como si estando ante su presencia fuese incapaz de negarle nada por atroz que pareciese.

—Estamos trabajando en un nuevo proyecto, algo... ¿cómo decirlo?... extra-académico. Además, ahora que lo pienso, tu presencia nos va a venir muy bien.

El tráfico era fluido. Después de escasos diez minutos estábamos entrando en un aparcamiento entre el Jardín Botánico, el aulario Severo Ochoa y la Facultad de Ciencias —un edificio de color rojo pardusco ribeteado por un llamativo color azul azulete—. Cristóbal apagó el motor y quitó la llave del contacto. Lentamente se posicionó frente a mí, mirándome a los ojos.

—Ariadna —dijo alargando su mano hasta rozar la mía— necesito que hagas algo por mí. Pero antes déjame que te cuente algo, necesitas conocer la historia desde el principio.

Cristóbal comenzó a hablar pronunciando, como buen vallisoletano, cada palabra con la modulación exacta. Sus grandes ojos claros brillaban en la penumbra de la noche sin apartarse de mi rostro. Nerviosamente se pasaba la mano por sus oscuros cabellos una y otra vez, como si con esas toscas caricias hiciera afluir los conceptos a su mente. Tuvieron que pasar varios minutos hasta que la mía comenzó a entender aquellas nociones por entonces desconocidas para mí. De todo aquello tan solo me quedaron claras varias cosas: que estaba trabajando con una máquina que era capaz de transportar a mí «yo» a través del tiempo y del espacio y que esa era la noche perfecta para hacerlo ya que, tan solo utilizando las descargas eléctricas de la tormenta que se avecinaba, podrían poner en práctica el experimento. Sin saber muy bien si lo hacía para contribuir con la ciencia, con la causa de Cristóbal o con cualquier otra, comprobé que estaba aceptando la proposición más nefasta que me habían hecho nunca.

La noche se dejó transportar centenares de años atrás, observando con una gélida humedad cómo el pasado se convertía en presente. Se respiraba un denso olor dulzón proveniente del serrín que cubría el suelo, mojado una y otra vez por decenas de manos rudas y torpes. Una puerta de madera carcomida se abrió seguida de una fría ventisca que cortaba como cuchillos. La estancia se iluminó retumbando con el sonido de un trueno que parecía resquebrajar la cúpula celeste. Un golpe seco resonó en una de las muchas tabernas de un barrio de Málaga, un antro plagado de carcajadas sordas, palabras hirientes y malsonantes, y caras que ocultaban los secretos de una vida que nadie podría imaginar, ni siquiera a través de una buena historia. Un individuo de unos 30 años de edad, alto, bien construido, elegante, —o al menos eso parecen sus ropas si hacemos el esfuerzo de obviar las numerosas manchas de vino y barro— se derrumbaba medio desfallecido sobre una mesa de madera.

—¿Don Alonso?... ¿oiga? —dijo la voz cansada del tabernero.

Pascasio, el tabernero, era un hombre castigado por una alopecia burlesca que le dejaba entrever, para diversión del que lo miraba, una cabeza descubierta de todo rastro de pelo a excepción de una coronilla de hirsuto

y rizado cabello rojizo. A lo largo de toda su vida como tabernero en aquel antro había visto casi de todo lo que se puede esperar en un ser humano con una combinación inadecuada de alcohol.

—¿Oiga?...¿me oye?... «por el amó de Dió ¡contehnte!» —pero ni las insistentes palabras de Pascasio ni las numerosas sacudidas de las que era objeto su cuerpo, fueron capaces de espabilar lo más mínimo a aquel saco de huesos decaído, que se dejaba caer pesado como el mismo plomo sobre la hinchada mesa en la que el tabernero, llenaba y rellenaba de vino las jarras de sus ansiosos clientes.

—«¡Encahna, Rosario! Ayudahme con Don Alonso. ¡Trae una harra con agua niña! Hay que dehpertalo».

Rosario cogió una jarra de loza, deformada y carente de algo parecido a un asa, la llenó de agua, que al parecer por su aspecto, y a su escasa demanda en la taberna, llevaba varias semanas en la tinaja, y la sacó a la calle.

—«¡Creo que no rehpira padre! Y... tócalo, ehtá frio y pálido» —vociferó Encarna.

—«¿Ehtá...muerto padre?» —preguntó la otra, que ya había soltado la jarra de agua en el suelo e iba a verificar si tal y como decía su hermana, aquel hombre estaba tan frio como la escarcha de aquella noche.

—«¡Deharos de cuentos! ¡Tú! Trae el agua niña, y la otra pa fuera... ¡Pa fuera lah dó he disho!» —aulló el malagueño con voz firme e imponente— «¡Señor hah que se dehpierte este hombre!... por amó de Dió... ¡Rosario ve a buhcá médico, dile que eh urhente!, ¡corre!».

Cristóbal se apretujaba las manos, nervioso, impotente. Sus ojos miraban de un lado a otro, desconcertados por la situación.

—¡Ha fallado! ¡Hemos perdido su localización en el monitor! —gritó el joven mirando fijamente al doctor Burgos.

—No comprendo...todo estaba preparado. Tan solo debía entrar —repetía el doctor Burgos sin ser capaz de entender por qué había fallado la *transtempocorporización*.— Sus constantes vitales siguen estables pero su *fangurn* no ha entrado en el cuerpo.



—¿Quiere decir que la hemos perdido? —preguntó Cristóbal sin apartar la vista del doctor—. Estaban arriesgando demasiado. Por encima de aquel experimento estaba la vida de Ariadna.

—No lo creo —contestó el doctor— prepárate para darle las coordenadas de regreso desde el ordenador a mi señal.

El profesor se giró hacia la mesa de instrumental adosada a uno de los lados de la camilla, donde, cubierta la cabeza por terminales electrónicas, se encontraba el cuerpo de Ariadna. Tomó la misma jeringuilla que había usado minutos antes y la volvió a rellenar de aquel plasma electrónico, denso, verdoso.

—¿Va a inyectarle otra vez eso profesor? —inquirió el muchacho que, intuyendo cual sería la respuesta del profesor, sujetaba el gotero para facilitarle el trabajo.

—Es necesario para traerla de vuelta. El plasma electrónico nos permite controlar su cerebro, solo así podremos darle orden a su *fangurn* para que se *transtempocorporice* —explicó el profesor mientras inyectaba el contenido de la jeringa a través de una de las vías intravenosas conectadas al cuerpo de la chica.

Cristóbal no apartaba la vista del profesor Burgos. Se trataba de un hombre de unos cuarenta años, bajito, delgado, con una descuidada perilla entrecana y una nariz prominente rematada por un lóbulo regordete. Sin duda era uno de esos genios en su trabajo pero que, observado fuera de él, podría ser catalogado por cualquiera como un auténtico despistado, un desequilibrado rozando a veces la demencia. Una raída bata amarillenta por el tiempo era su atuendo por excelencia y no solo le acompañaba durante su jornada laboral, a veces era su mejor consejera en el súper, dando un paseo por la calle o incluso leyendo un libro en un banco del jardín botánico.

—¡Es el momento! —dijo mirando al gotero a falta de unas gotas para acabarse— introduce las coordenadas—.

Cristóbal tecleó decenas de comandos. Sus dedos se deslizaban con soltura, apenas rozando las teclas de un teclado casi a estrenar. Un sudor frío

cubría su blanca frente, formando una húmeda capa de microperlas cristalinas que se deslizaban, confluyendo unas con otras, hasta ir a empapar sus cejas.

—No es suficiente profesor —se quejó el muchacho sin dejar de producir aquel repiqueteo dactilar— he introducido las coordenadas pero no soy capaz de dar con su *fangurn*. El ordenador no lo localiza, me da error al introducir los comandos de orden.

El profesor permaneció inmóvil a las palabras de Cristóbal. Miraba fijamente los ojos color caramelo de Ariadna, abiertos de par en par, mirando al infinito, asomándose a la realidad de un mundo más allá de las paredes de aquel laboratorio.

—Rastrea su *fangurn* primero, no debe haber ido muy lejos. Hemos debido hacer algo mal, pero, ¿qué? —no hubo respuesta. Solo el síncrono pitido del monitor que reflejaba las constantes vitales de Ariadna era capaz de pronunciarse en aquella desconcertante situación.

—A ver...reparemos los pasos —murmuraba el profesor dando pequeños pasos alrededor de la camilla— primero conectamos el casco TTC en la cabeza del sujeto, revisamos uno a uno el funcionamiento de los electrodos craneales y sus conexiones con el ordenador central. Supervisamos que el monitor de signos vitales controlaba con rigor la frecuencia respiratoria, la presión arterial, la temperatura corporal, la saturación de oxígeno, la presión intracraneana, la frecuencia cardíaca... y por último le inyectamos el plasma electrónico. A partir de ahí...

—Se olvida de la sedación por vía inhalatoria con óxido nitroso —interrumpió Cristóbal.

—Cierto, muy cierto, la mascarilla con el gas sedante. Sí, sin duda eso fue lo último. De lo demás, si no recuerdo mal, te encargaste tú. Teletransportaste su *fangurn* a través del tiempo para corporeizarlo en otro sujeto— dijo el profesor clavando sus diminutos ojos en Cristóbal. El joven se dispuso a exponer con detalle su parte de la intervención cuando un traqueteo que emanaba del cuerpo de Ariadna comenzó a sacudir la camilla, arrancándole

la vía intravenosa del brazo. En el monitor del ordenador comenzó a parpadear un punto rojo que lucía en una ventana en la esquina superior derecha de la pantalla.

—¡Ha vuelto profesor! —vociferó Cristóbal.

Hacía varias horas que había comenzado a llover. La noche caía oscura y silenciosa, tan solo las gotas y el ulular de unos búhos rompían su tétrico silencio. La lluvia caía con insistencia, los goterones rebotaban en el camino de barro, formando aquí y allá enormes charcos que dificultaban aún más el ascenso del muchacho. Era un campesino de unos veinte años de edad, con el pelo castaño y ondulado y unos enormes ojos oscuros, que transportaba una voluminosa carga de leña sobre una mula parduzca y vieja. El muchacho y el animal subían la escarpada cuesta con dificultad, las pezuñas de la mula resbalaban en el lodo del camino, y el joven, haciendo un gran esfuerzo para no escurrirse y caer al fango, tiraba de la cuerda que el animal llevaba atada al robusto cuello. Un relámpago iluminó la noche, seguido por un trueno que parecía desgajar los cielos. El zagal cayó al suelo. Ni siquiera sus manos hicieron el esfuerzo de evitar el impacto de su cara contra el embarrado camino. Aturdido, como víctima de un desmayo, permaneció varios minutos sin moverse, petrificado. Las falanges de su mano derecha se movían, recordando el movimiento de unas piernas que luchan por no hundirse en el fango. Lentamente y con torpeza, el muchacho levantó la cabeza, para divisar a lo lejos una construcción que parecía ser una casa. Como un potro recién alumbrado se incorporó hasta ponerse a cuatro patas. Las manos y las rodillas se le hundían en aquella pasta húmeda y fría, dificultando su propósito de ponerse en pie. Sin percatarse de que había dejado atrás a su compañera de viaje, el chico se encaminó hacia su objetivo. Se trataba de una casona de un metro y medio de alta, de piedra gris mal colocada y aspecto abandonado y pobre.

El joven tocó insistentemente la puerta con los nudillos.

El persistente traqueteo retumbaba por todo el laboratorio. El cuerpo de Ariadna convulsionaba, sacudido por espasmos que recorrían todos sus miembros. El monitor que controlaba sus constantes vitales aceleró su acompasado pitido. Cristóbal miraba de reojo cómo el profesor intentaba contener

aquellas sacudidas que amenazaban con desequilibrar la camilla. De repente el ordenador emitió un sonido de alerta.

—Ha logrado corporeizarse profesor. ¡Su *fangurn* ha entrado en otro cuerpo con éxito! —exclamó Cristóbal con satisfacción— Lo verdaderamente sorprendente es que parece «transtempocorporeizarse» sin hacer caso a mis indicaciones. Su *fangurn* viaja sin control a las órdenes de la tormenta eléctrica.

—Eso no me gusta, intenta traerla de vuelta —dijo el profesor— ¡Date prisa chico, algo está fallando! —vociferó.

Cristóbal introdujo las coordenadas que guiarían el *fangurn* de Ariadna de vuelta a su cuerpo. La luz roja que indicaba su localización seguía parpadeando en la pantalla, lo que hacía que aquella situación fuese aún controlable. Cristóbal presiono con decisión la tecla Enter, y se acercó hasta el cuerpo de Ariadna, ayudando a sujetar la camilla al profesor Burgos.

—Está en camino profesor —anunció Cristóbal.

—Espero que no sea demasiado tarde chico. Su pulso está fallando.

El huesudo golpeteo sobre la madera de la puerta inundaba toda la casa. Dentro, el sobresaltado pulso de una mujer hizo desviar el afilado instrumento, con el que de verde bordaba una pieza de lino. Una brillante gota de sangre brotó de su dedo corazón, roja, ardiente a la luz de un fuego que renacía con cada chisporroteo, alimentando con fantasmales sombras la imaginación de la que atemorizada se preguntaba quién sería a esas horas de la fría noche. La muchacha apretó con fuerza su dedo, haciendo crecer aquella gota fruto de su torpeza. Sus ojos miraban a la nada, pensativos, mientras las paredes resonaban por el ruido, otra vez, de unos huesudos nudillos impactando contra la carcomida y húmeda madera de la puerta. En posición erguida y limpiando su dedo con un pañuelo, la joven se preguntaba si sería prudente abrir aquel portón, precisamente aquella noche, que ni su hermano, ni su padre se encontraban allí para dar consuelo a su atemorizada alma. Por tercera vez sonó la puerta, y en un golpe de valentía o acobardada por aquel sonido que retumbaba dentro de sí, se abalanzó hacia ella, apoyando sus manos en la reblandecida madera.

Una bocanada de aire frío rozó su mejilla mientras acercaba, entrecerrado, uno de sus almendrados ojos azules a la grieta que separaba dos de los cuarterones de la puerta. La luna iluminaba la noche con su pálida y tétrica luz, dejando entrever la figura embarrada que conformaba al ser que aguardaba fuera. La muchacha buscó con nerviosismo un rostro, algo que le hiciese pensar que no era un demonio surgido de los infiernos la imagen que ahora atormentaba su alma. La luz de un relámpago le iluminó el rostro, mostrando a un joven cubierto de barro.

—Abre la puerta —dijo una voz cansada, al otro lado.


La mujer levantó el grueso listón de madera que mantenía la puerta cerrada. Al chirriante sonido de los oxidados pernios sucedió el de un trueno cuyo eco titánico retumbó en el interior de la casa, haciendo vibrar incluso la llama de la hoguera.

Como afectados por la onda expansiva fruto de una explosión, los dos individuos cayeron al suelo. En ese mismo momento, en el laboratorio, el diafragma y los músculos intercostales de Ariadna se contrajeron violentamente, elevando las costillas. El volumen de su caja torácica aumentó, disminuyendo su presión, provocando una entrada de aire por las vías respiratorias hasta el interior de los pulmones. La joven parpadeó reiteradas veces antes de mirar al mundo a través de sus profundas pupilas azules. Poseída por un *fangurn* que no era el suyo, se incorporó en la camilla y con violentas sacudidas logró desprenderse de toda la parafernalia que le habían adosado al cuerpo. Dotada de una fuerza sobrenatural, propinó una patada al profesor Burgos que lo hizo elevarse del suelo unos cuantos centímetros para ir a impactar contra uno de los muros del laboratorio de biología celular. Cristóbal permaneció inmóvil; la sangre parecía habersele congelado en el interior de las venas. Desencajado, no dejaba de mirar con terror a aquellos nuevos y extraños ojos azules. Solo el tiempo se encargaría de traer una explicación coherente a todo lo sucedido.

## **Agua y Luz**

*Mónica Cansino Navas*

### **Día 1**

 ran las 11:30 de la mañana y acabábamos de tomar nuestro desayuno para volver de nuevo a nuestra tarea. Estábamos a mediados de enero de 2.012, año del fin del mundo para unos y año en el que esperaba acabar al fin mi tesis para otros, como yo. Nadie me advirtió por aquel entonces que este segundo final, el de mi tesis, nunca llegaría a suceder.

Andábamos planeando la siguiente salida para recoger muestras e ir a hacer mediciones dentro de dos días. La verdad es que estaba bastante emocionado. El mar me asustaba y atraía a partes iguales.

¡Qué maleducado! Ni siquiera me he presentado, no he contextualizado... pensaréis ¿Y quién es éste?, ¿de qué me está hablando?, ¿por qué debería seguir leyendo? Os haré una breve introducción:

Mi nombre es Víctor Collado, acabé hace dos años la carrera de Biología por la Universidad de Málaga, y cuando todo esto ocurrió, me encontraba realizando un doctorado en el departamento de Biología Animal de esta misma Universidad, con un grupo de trabajo que me fascinaba: «Posidonia sur».

Entre otras líneas de trabajo, yo me dedico al seguimiento, recolección de muestras y posteriores análisis de dichas muestras, de la planta *Posidonia oceánica*, como bioindicadora de unos pequeños crustáceos que acaban de descubrirse por nuestras costas. Como sabéis (si es que aún quedan ejemplares en estado salvaje) se trata de una fanerógama marina que se extiende por todo nuestro litoral mediterráneo y que se encuentra protegida... de nosotros mismos, y del deterioro progresivo al que estamos sometiendo con nuestra actividad a su ecosistema.

Como parte importante de nuestra labor, debíamos realizar en unos días una inmersión para poder recoger algunos especímenes de *Posidonia* y valo-

rar la situación de la zona costera que estábamos estudiando, pues gran parte de nuestro trabajo consistía en caracterizar, evaluar y ofrecer planes de manejo de áreas marinas del Mediterráneo, para saber cómo estaba afectando la actividad humana, y poder hacerla sostenible para con los procesos naturales del ecosistema marino de nuestro mar.

A mí, personalmente, me encantaban las inmersiones. Es la parte del trabajo que más me gustaba, pues el fondo marino ofrece regalos a la vista que en ningún otro sitio pueden observarse.

Además de todo el protocolo de preparar los trajes, las botellas, el instrumental, el compañerismo... es por esto que yo era biólogo. Por esto estudié durante casi siete años una carrera preciosa, pero dura a la vez. Había merecido la pena.

Mientras pudiera seguir buceando, viendo animales hermosos moverse lentamente bajo el agua con sus vestidos multicolor; a las algas mecerse bajo la claridad del sol, necesario para su supervivencia; mientras pudiera seguir experimentando esa sensación de flotar en el agua y sentir que nada más importaba, había merecido la pena, y mucho, todo el esfuerzo de años, pues podía dedicarme y trabajar en lo que realmente me apasionaba. Aunque esto solo fuese una parte pequeña de todo el trabajo que debíamos realizar.

Quizás penséis que le estoy dando demasiadas vueltas al solo hecho de una inmersión para la recogida de muestras de un alga, pero quiero hacerlo poco a poco, pues fue este hecho el comienzo de todo, fue justo después de esto cuando todo comenzó a cambiar, después de esto, nuestras vidas sufrieron un cambio radical, ya nunca serían las mismas. Nunca nada sería lo mismo para mí y mis compañeras.

## **Día 2**

Era lunes por la mañana y la verdad es que hacía un día precioso y con muy poco oleaje, así que esperábamos que no hubiese demasiada turbidez para poder registrar más meticulosamente cada detalle que observáramos. Virginia, una de mis compañeras iba a ser la encargada de filmarlo todo para luego poder revisar el material y que sirviese de testigo de la situación de nuestras costas.

Y es que sabíamos que íbamos a encontrarnos ante una situación que quizás no nos gustase, pues hacía tiempo que nadie se sumergía por aquella zona, y ya el pasado año se había escuchado incluso en la prensa la regresión que las praderas de nuestra *Posidonia oceánica* estaba experimentando a causa de anclajes ilegales, pesca de arrastre, etc. Así que debíamos ir preparados para cualquier cosa.

Eran las 8 de la mañana y hacía bastante frío, sobre todo con el viento que nos pegaba de cara en el pequeño barquito que habíamos alquilado para poder desplazarnos más cómodamente, al ir avanzando hacia la zona de praderas que pretendíamos estudiar.

Nuestro equipo estaba formado por Virginia, quien se encargaría de grabarlo todo en vídeo; Verónica, que se quedaría en el barco por si necesitábamos algo; y Daniela, la más experimentada en cuestiones de buceo e inmersiones, y yo, Víctor, nos encargaríamos del trabajo propiamente dicho, tomar las muestras de *Posidonia*.

Allí estábamos preparados para saltar al agua, equipos preparados, maletines y bolsitas listas para recoger los especímenes que luego estudiaríamos en el laboratorio.

Una vez en el agua, todo parecía ir bien al principio, la mar se encontraba calma, así que no tuvimos que lidiar con turbulencias, y la visibilidad era muy buena. Lo único que me extrañó fue aquella zona con el color del agua algo más verde de lo normal, pero no le di importancia, sería alguna nube densa de fitoplancton.

Conforme nos íbamos acercando a la zona de la pradera nuestra congoja y sorpresa iban creciendo a partes iguales. Ya habíamos escuchado eso de que las praderas no estaban en buen estado, pero lo que allí vimos no era, para nada, lo que nos imaginábamos. Yo había visto fotos de años antes, justo de aquel emplazamiento y al comparar con la situación actual daban ganas de echarse a llorar.

Las praderas escuálidas, poco ramificadas, apenas observábamos vida animal por entre sus hojas y tallos. Algunas zonas se mantenían con buen



aspecto e incluso pudimos observar algún que otro pulpo escabullirse por entre los tallos para intentar, inútilmente, esconderse.

Pero el panorama general dejaba mucho que desear en contraste con la vasta pradera que fuera antaño. Aún así, no era tiempo de lloriqueos, pues teníamos mucho y muy delicado trabajo que hacer, ya que tampoco podíamos arramplar y coger una gran cantidad de ejemplares, a ver si al final íbamos a terminar de destruir nosotros lo poco que quedaba de la pradera.

Nos dividimos las zonas, y yo me quedé con un área donde se hallaba aquella zona de un color más verde del habitual y que me llamaba tanto la atención que decidí comenzar por ahí. Al ir acercándome pude darme cuenta enseguida de que aquella parte de la pradera albergaba algo diferente a las demás.

La morfología aparente de la *Posidonia*, la forma de tallos, hojas, incluso los estolones, diseñados para abarcar más terreno, era la misma que en las demás zonas de la pradera, quizás parecía formar conjuntos más densos y espesos. Sin embargo, pude observar el fruto que exponía cada uno de los ejemplares allí dispuestos, y enseguida tuve que acercarme más para ver si era cierto lo que estaba viendo o era un efecto óptico.

Los frutos de la *Posidonia*, que conocemos como «olivas de mar» no eran, para nada, como yo siempre los había visto. No eran carnosos, eran más bien como pasas, reseca, de color morado y con un líquido pegajoso. Bastante pegajoso. Estuve mucho rato observando, tocando y tratando de pensar que era aquello, cuando de repente me di cuenta de que me había quedado enredado. Pude observar cómo comenzó a aumentar el oleaje y a disminuir la cantidad de luz entrante, oscureciéndose bastante todo mi entorno. Tuve que encender mi linterna.

No podía aletear, pues mis piernas, desde la rodilla hacia abajo se habían quedado enredadas. De repente no podía encontrar a mis compañeras y no podía salir de aquella trampa.

Mi cuchillo estaba guardado en uno de los bolsillos que justo quedaba en la zona del enredo, así que me era imposible acceder a él. La angustia empezó a invadirme por momentos, ¿y si se habían olvidado de mí o habían tenido algún problema?

El aire no duraría mucho rato más.

De repente vi a las chicas aparecer, viniendo hacia mí. Les hice señas y cuando estuvieron cerca les indiqué que no podía salir de allí, que hiciesen lo posible por desenredarme, pues estaba agobiándome cada vez más y necesitaba salir de allí. Necesitaba aire. Aire y sol. Luz y aire, y nada más.

Virginia no llevaba cuchillo. Odiaba las armas.

Aquella estúpida manía casi me cuesta la vida, es algo que me costó tiempo perdonarle.

Así que Daniela tuvo que ayudarme, pero con los nervios el cuchillo cayó entre el enredo de hojas y tallos y arena de la zona de suelo justo bajo nuestros pies. Tuvo que casi meterse de lleno entre aquel extraño espécimen de *Posidonia*, se llenó por completo de la misma sustancia pegajosa de la que me había impregnado yo, y Virginia la ayudó a buscar con la linterna de la cámara.

Mi agobio crecía por momentos. No conseguían desenredarme, y el aire se agotaba, pues llevábamos más tiempo del esperado allá abajo. Finalmente pudimos desprendernos, no sin gran esfuerzo, y pringados completamente de aquella sustancia mucilaginosa, que al contacto parecía como caramelo líquido y que era muy difícil limpiarse de ella.

Subimos al bote, y le contamos a Verónica lo sucedido. Menos mal que todo había acabado ya. Fuimos a la Facultad a dejar las muestras en frío y los trajes y equipos; y de vuelta a casa. Había sido una mañana ajetreada y yo solamente quería descansar.

### **Día 3**

Aquella noche apenas pude conciliar el sueño. Notaba la piel de las manos tensa, y, como palpitante. No le di importancia y al fin, a las 5 a.m. pude dormir durante 3 horas hasta que sonó el despertador.

Al abrir los ojos, seguía teniendo esa sensación extraña en las manos, de hecho se había extendido a lo largo de los dos brazos. Luego me enteraría de que mis dos compañeras de inmersión mostraron esa misma reacción.

Ya en el laboratorio Daniela y yo sacamos las muestras del refrigerador para hacer un recuento total del material del que disponíamos, mientras Virginia se encargaba de terminar de enjuagar los equipos completos y guardarlos.

Antes de continuar con el trabajo tuve la necesidad de abrir todas las persianas y cortinas. ¿Por qué estaba todo a oscuras? Así que abrí de par en par todas y cada una de las ventanas, ante la mirada un poco atónita de los demás compañeros de otros proyectos que andaban por allí también. De hecho, uno de ellos me pidió que las cerrase un poco. En esa época del año hacía un poco de frío. A lo que respondí que sí, que cerraría las ventanas, pero que de echar las cortinas o persianas ni hablar. Necesitábamos toda la claridad posible para trabajar, además, me encantaba el sol de aquel día.

Contábamos con varias decenas de ejemplares pequeños de *Posidonia*, también hojas de diferente tamaño, pequeños trozos de estolones y además unos diez pedazos de la *Posidonia* en la que quedamos atrapados, que segregaba aquella sustancia tan extraña para nosotros y que más tarde tendríamos tiempo de investigar. Fue de hecho, a esto último, a lo que dedicamos la mayor parte del día.

Nadie en el Departamento había visto algo similar jamás. Ni siquiera María Altamirano, gran experta en todo tipo de algas de la zona del Mediterráneo, supo respondernos que era aquello. Misma forma y tamaño que la *Posidonia* normal. Lo raro era el color y esa sustancia superpegajosa, de color púrpura intenso. Ningún libro ni referencia o artículos en internet hablaban de una especie de *Posidonia* con unas características ni remotamente parecidas.

Mientras, seguía sintiendo ese cosquilleo en el brazo, y más que desaparecer, parecía que aumentaba según pasaba el día. Estábamos en la hora del café en la explanada de la Facultad, –la hora del café es un decir, pues yo nunca lo había tomado–, aprovechando el sol más intenso del mediodía. Daniela me confirmó que había pasado la noche igual que yo, sin apenas poder dormir, y con ese hormigueo intenso y cada vez más extendido por los brazos. Lo mismo nos contó Virginia. Cuando quisimos darnos cuenta se había ido el sol. Eran las 18:40 y nos acordamos de que debíamos haber subido

hace bastante al laboratorio para continuar investigando sobre nuestros nuevos especímenes. Se nos había ido el santo al cielo. Deberíamos recuperar el tiempo perdido mañana mismo. Pues en cuanto el sol hubo desaparecido sentí la necesidad de irme a casa y dormir.

#### **Día 4**

La situación había empeorado, pues mi brazo además de seguir presentando esos cosquilleos tan incómodos y cada vez más acentuados, comenzaba a tornarse de un color verdoso, nada saludable.

Aquel día el sol brillaba espléndido, al salir a la calle no podía parar de observarlo, notar su calor, y simplemente cerrar los ojos y disfrutar de aquello. No quería hacer nada más que quedarme disfrutando de aquella maravillosa situación, parecía que no necesitaría nada más para vivir. Además de comida y agua, claro. Entre ayer y hoy, podía haber bebido tranquilamente entre 8 y 10 litros de agua. Mi sed había aumentado mucho, y desconocía el motivo.

Cuando llegué al laboratorio las chicas no habían aparecido aún. Abrí de par en par todas las ventanas. Los compañeros del Departamento volvieron a mirarme mal, pero me dio igual. Necesitaba el calor de aquel sol tan gigante y amarillo, notar como sus rayos penetraban en la sala y lo inundaban todo, era un espectáculo grandioso para mí. Casi quedaba hipnotizado.

Al mirar por una de las ventanas vi a las chicas paradas en mitad de la explanada, (cargando con sendas garrafas de agua), justo igual que yo aquella mañana cuando me dirigía hacia acá. Simplemente de pie, con los ojos cerrados en dirección al sol. No parecían necesitar nada más.

Juan Marín, el director de proyecto llegó de súbito. Estaba muy cabreado, pues nuestra investigación no estaba dando los frutos esperados, llevábamos retraso y aún nada interesante había sido hallado. Debíamos ponernos las pilas, me dijo, si no, deberían buscar otro grupo de trabajo. Al final de la conversación se despidió haciéndome saber que tenía muy mal color de piel, algo enfermizo, y que ni se me ocurriera dejar de ir por allá aunque estuviese desfalleciendo, porque había presentar los resultados de esta parte de la investigación a final de mes en una reunión importante.

Cuando regresaron Virginia y Dani noté algo raro en ellas. Todo el laboratorio lo notó. No estaban igual que siempre. Apenas hablaron, se movían muy lentamente, no paraban de beber agua, y únicamente podían trabajar junto a la ventana, bien iluminadas por el sol. Seguían con las tareas del proyecto, pero en este extraño contexto parecía algo surrealista. Cuando quise darme cuenta, estábamos los tres con los ojos cerrados mirando hacia el sol por la ventana de la esquina de nuestro laboratorio.

No sé cuánto tiempo llevaríamos así, solo sé que el resto de compañeros no paraba de observarnos desde la otra esquina de la estancia, completamente mudos.

Debíamos continuar con nuestro trabajo. Las chicas observaban algunas muestras al microscopio en busca de anomalías, pequeños animales, restos de otras algas, etc. Junto a la ventana, claro. Yo, mientras tanto, revisaba algo de literatura intentando encontrar solución al enigma de la *Posidonia* púrpura.

### **Día 5**

No sé cuantas horas transcurrieron. Me desperté notando un cosquilleo por el calor del sol.

Al día siguiente amanecimos en el laboratorio. Ninguno de nosotros tres habíamos pasado por casa, ni siquiera a cambiarnos de ropa. Tampoco es que oliésemos excesivamente mal, pero bueno. A algunos compañeros les resultó un tanto extraño, pues pusieron expresión de aterrada sorpresa cuando nos los cruzamos por el pasillo.

Fui al baño a refrescarme un poco, Virginia y Daniela hicieron lo mismo. Y al mirarme en el espejo,

¡Terror! Mis manos, mis brazos, mi estómago... toda mi piel estaba cambiando de color. De mi moreno natural a un anormal verde oliva a parches, con pequeñas protuberancias aquí y allá, como pequeñas verrugas de la misma tonalidad. Ya no había cosquilleo u hormigueos. Estos síntomas fueron sustituidos por el cambio de color, las protuberancias y unas pequeñas palpitaciones un tanto angustiosas que parecían ayudar a que fluyeran mis líquidos internos.

Un grito vino de la habitación de baño contigua. Enseguida supuse que las chicas habían descubierto lo mismo que yo.

Mi boca estaba reseca, así que bebí agua allí mismo, del grifo del cuarto de baño. Bebí mucho, no sé cuantos litros pude ser capaz de ingerir, solo sé que mi barriga se hinchó considerablemente tras hacerlo. Estaba asustado, no sabía lo que me estaba ocurriendo, y enseguida fui a buscar a las demás.

Al salir me topé de frente con Juan Marín. Su cara reflejó una especie de consternación y asco a la vez. Sin embargo, las palabras que salieron de su boca, fueron casi una repetición de las de ayer, pero esta vez enfatizando que debíamos trabajar más duro, que le estaban presionando, que llevábamos mucho retaso y que quería resultados cuanto antes. Me llamó vago, me preguntó si venía de alguna fiesta de disfraces, a lo que yo contesté que no, que no sabía lo que me estaba ocurriendo, y que quizás debiera ir al hospital; a lo que él me objetó que ni hablar, que ni se me ocurriera faltar ni un solo día a menos que fuera algo de vida o muerte, pues era muy importante que agilizáramos el proyecto todo lo posible para acabar cuanto antes. Me lanzó una mirada despreciativa, se dio media vuelta y se marchó.

Aquel día me di cuenta del cambio tan brutal que se estaba produciendo en las chicas y en mí. La lentitud con que nos movíamos era exagerada, pero me era imposible (y de aquí en adelante, esta sería la tónica) moverme más deprisa. Un simple giro de cabeza para atender cuando nos llamaban se hacía eterno. Y no podíamos dejar de beber agua.

De repente me di cuenta de que hacía tres días que no ingería ninguna clase de alimento sólido. Tampoco me lo había pedido el cuerpo; de hecho, me producía asco el solo hecho de pensar en meterme a la boca cualquier cosa que no fuese algo más que agua.

Aquella noche me quedé dormido de nuevo junto a la ventana en el mismo lugar de la noche anterior.

### **Día 6**

Me levanté con el estridente sonido de mi móvil. Alguien se había molestado en ponerlo junto a mi cabeza, pues al parecer llevaba toda la noche sonando.

Era mi madre. Estaba muy preocupada, pues habían pasado días y no sabía nada de mí. Mi hermano había pasado por casa y no me había encontrado. La tía y los abuelos habían intentado contactarme con igual resultado. Le dije que estaba ocupado con el proyecto de la Universidad, que ya la llamaría luego con más tiempo. Nunca llegaría a hacerlo.

La situación había empeorado. Me enteré de que Daniela y Virginia habían pasado la noche aquí también cada una pegada a una de las ventanas del pasillo, donde las vieran por última vez ayer antes de ponerse el sol; habían estado allí toda la tarde.

La lentitud de mis movimientos apenas me permitía hacer una oscilación de brazo sin tardar menos de 2 minutos.

Notaba la inquietud del personal del Departamento, como preguntándose qué demonios nos pasaba, puesto que los tres nos encontrábamos en iguales condiciones. Decían que estábamos enfermos que debían sacarnos de allí. De repente Juan Marín apareció ante mí, supuse que para una nueva charla «alentadora» sobre trabajo en grupo y puntualidad en los informes. Estuvo un rato delante de mí, vi como movía la boca, gesticulaba y hacía algún aspaviento, pero extrañamente no podía entender nada de lo que decía.

No escuchaba nada de lo que decía. Lo único que hice fue asentir con la cabeza varias veces. A lo que él prosiguió haciendo muecas un tanto exageradas. Yo no pensé que la situación fuese para tanto, solo estábamos retrasándonos un poco en el análisis de las muestras y la elaboración del informe para la reunión, no había por qué preocuparse, pues enseguida lo terminaríamos.

Aunque no fue aquel el día en que lo acabamos. De hecho ese día nunca llegó. Y la ventana donde más daba el sol era el único lugar donde yo quería estar.

Mi piel había tomado ya un color verde oliva, algo menos evidente por la zona del rostro, pero que despertaba un gesto de asombro fatal en cualquiera de nuestros compañeros que se acercaba a intentar sacarnos alguna palabra. El hecho de hablar me requería enormes esfuerzos, así que dejé de hacerlo.

**Día 7**

De nuevo pasamos la noche en el laboratorio. Esperando con ansias la mañana para poder simplemente estar ante nuestro hermoso y gigante sol y tomar de su calor.

Gente de otros departamentos y otras facultades venía a observarnos.

Pues habían oído de tres biólogos que llevaban cuatro días durmiendo en el laboratorio, sin comer, solamente queriendo tomar el sol y bebiendo desmedidas cantidades de agua del grifo que tenían justo al lado de donde reposaban todo el día. La verdad es que dicho así sonaba raro. Y en realidad lo era.

Yo no sabía que me estaba ocurriendo, pero tampoco me importaba. Mientras pudiese tomar y sentir el calor del sol cada día un rato, y beber algo de agua, me sentía satisfecho.

Quizás debería haber llamado a mi madre.

Debería haber dejado más comida para el gato, quien sabe cuando volveré por casa.

No podía comunicarme con Daniela y Virginia, aunque podía observar que se encontraban en el mismo estado que yo. Podía confundirse con el típico estado catatónico que diagnosticaría un psiquiatra, pero yo no me sentía así para nada.

Yo estaba feliz. Tenía todo lo que quería a mi alcance. Sol y agua. Luz y bebida abundante.

No como hace una semana, cuando estaba preocupado de mil cosas. Debía pagar el piso, pero me encontraba inquieto porque habían anunciado una bajada de sueldo. Además con el trabajo, al abandonar la vida de estudiante, apenas tenía tiempo para hacer vida social, y disfrutar con mis amigos y mi familia. Tenía mil proyectos inacabados desde hacía años. No me sentía realizado como persona, pues no podía ser excesivamente creativo en el trabajo. Me preocupaba cada noticia del telediario, todo eran guerras, violaciones de derechos y mil cosas desagradables más. Estaba harto. El mundo me impedía ser feliz. Un nivel de exigencias tan elevado le impide ser feliz a cualquiera.



No como ahora. Desde hace pocos días había conseguido ser feliz únicamente teniendo agua y luz. No necesitaba nada más.

### **Día 8**

Me desperté poco a poco, mientras sentía que mi cuerpo se estaba desplazando, como en el aire. Me estaban trasladando. ¿Al hospital quizás?, ¿a casa?

La verdad es que no me llevaron a ninguno de estos dos sitios. Pude ver como a las chicas también estaban trasladándolas junto conmigo, cogidas entre más personas. Ninguno de nosotros ofrecimos resistencia, pues tampoco podíamos, ya hacía tiempo en que el único esfuerzo físico era el que hacíamos para agacharnos y beber del grifo, una vez al día, pero en gran cantidad.

Estaban trasladándonos, pero no llegamos a salir de la Facultad. Fuimos a una pequeña habitación que se encontraba justo al final del pasillo del Departamento, después de pasar por todos los despachos de los profesores, al abrirla aquello me pareció el cielo, el paraíso.

Había un banco alargado, en el techo una luz brillante, una luz tan brillante casi como el sol que desprendía mucho calor, era un sueño hecho realidad. Y en mitad de la habitación un tanque gigante de agua, del que salían tres tubitos que nos pusieron en la boca y del que podíamos sorber agua a discreción, los tres sentados en el banco. Sin tener que mover casi un músculo.

Pude ver como habían instalado una nueva puerta para este cuarto, totalmente transparente, por donde se nos veía perfectamente. Yo no tenía nada que esconder así que no me importó.

Nuestro director de proyecto Juan Marín fue quien llegó el último y comenzó a hablar a todos los testigos que allí se congregaron, libreta en mano, tomando notas sin parar y haciendo aspavientos, señalándonos cada dos por tres.

De repente, vi aparecer a mi madre por entre la multitud y la vi abalanzarse contra la puerta transparente, llorando y golpeándola sin parar, a lo que mi hermano surgió de detrás de la muchedumbre y la contuvo. Ambos con

lágrimas en los ojos. Su reacción era, en parte, normal, puesto que no me habían visto desde que comencé a cambiar mi aspecto. Los veía gritar. No los oía sin embargo.

Tampoco estaba entendiendo por qué tanto revuelo. Yo era feliz, no podía serlo más. Tenía todo lo que quería y sé que no necesitaría nada más.

¿Cuántas personas pueden decir eso? ¿Cuántas personas pueden asegurar que vivirán felices y que no necesitarán nada más para el resto de sus vidas?

Yo, sí que puedo.

## **El nodo**

*José Antonio Cano del Río*

Cinta no fue consciente de cuándo el visitante se sentó frente a ella. Estaba distraída, superponiendo la animación japonesa del teléfono sobre la previsión de temperaturas del tablero de la mesa, la taza de café chisporroteando un boletín de noticias sobre las heladas a volumen mínimo desde el asa. El zumbido del local se confundía con las conversaciones cruzadas y hundió el crujido de unos pantalones ocupando sin permiso el asiento de escay.

—Taza, pide café.

No se sobresaltó tanto por la voz del hombre como por la reacción de la taza vacía, que zumbó mientras en su pantalla central aparecía tres rayas marrones horizontales de las que se desprendían otras tres onduladas y en diagonal que simulaban humo.

—Era la frecuencia correcta. Pero usted no puede sentarse en esta mesa.

Los asientos vibraron por un segundo bajo sus cuerpos, ella no pudo contener el escalofrío, pero el hombre ni se inmutó. Cinta adivinó por su visión periférica como la mampara de la camarera pitaba, admitiendo el pedido.

Su visitante podía tener perfectamente el doble de su edad. No vestía de manera especialmente llamativa, más bien en colores apagados y tristes. Ni siquiera llevaba sombrero o peluca, detalle que le hizo rozarse involuntariamente los rizos rosas de la suya. Estaba claro.

—Es usted un pirata.

El hombre sonrió sin enseñar los dientes. Se le marcaron las arrugas de los ojos y la boca, subrayando la barba de tres días y ocultando el marrón de sus pupilas.

—Claro. Esperabas cuero negro y gafas de sol.

—Esperaba un puntero láser apuntándome a la frente.

—Creo que eso solo pasa en los holovideos. Mesa, cambia a frecuencia de seguridad.

La pantalla parpadeó bajo las manos de Cinta, el batido de chocolate bailó en ondas dentro de su taza y el pedazo de pastel de manzana se tambaleó sobre el plato.

Se giró y vio como la mampara de la camarera se deslizaba. La mujer empezó a moverse sobre la cinta transportadora, portando en la bandeja de cadera varios pedidos además del de su visitante. Llevaba un visor de contabilidad, modelo amarillo, sobre el ojo derecho, por lo que gesticulaba en el aire con movimiento sin mucho sentido para el observador externo. Seguramente lo estaba usando para algo no relacionado con el trabajo, con muy poco recato.

En la mesa empezaron a enlazarse letras en desorden. Algunas parpadeaban. Ana empezó a contar para reconocer la secuencia.

—No es pirata, es policía.

El visitante se sacaba en ese momento de la chaqueta un visor de seguridad, modelo azul. Se lo colocó sobre el ojo derecho. Sonrió de nuevo. Cinta tenía la boca abierta.

—¿Nunca se ha sentido uno contigo? ¿Ningún agente te ha parado en el norrail y te ha pedido el contenido de tu marcador de reputación virtual, o te ha apagado la pantalla de tu asiento? Supongo que por eso tu puntuación es tan buena.

El visor se le quedó fijo a la primera y empezó a listar líneas de código de manera visible para Cinta. La había secuenciado a la primera.

—Para esto sí que esperaba cuero negro y gafas de sol —admitió.

—Eso solo pasa en los holovideos, o eso me han dicho —se dio un golpecito en el visor—. Suelta el teléfono, por favor.

En ese momento se dio cuenta de que la animación japonesa seguía bailando en su mano izquierda, intentando en vano combinarse con la programación del pedido de los cubiertos y el código ternario de la policía del tapete. La camarera había pasado ya por dos mesas y su bandeja de cadera se

tambaleaba mucho menos que al principio. El chirrido de la cinta transportadora la depositó junto a ellos con un cimbreo un poco más acusado de lo habitual, que obligó a la mujer a reajustarse la cofia y la peluca en un mismo movimiento.

Cinta dejó el teléfono en pausa sobre la pantalla de la mesa al mismo tiempo que la camarera servía la taza del policía.

—¿La misma cuenta? —consultó la mujer, mecánicamente.

—No. Combine con la programación de la mesa, y recargue los pagos previos de pedidos de esta tarde a la misma dirección —avisó el visitante.

La camarera obedeció con cierta desgana hasta que el código ternario saltó a su visor, Cinta supuso que interrumpiendo la combinativa de la cuenta y el culebrón de la tarde.

—Señor —respondió la mujer, apenas disimulando que tragaba saliva.

—Continúe con su trabajo, ciudadana.

—Gracias.

Cuando el runrún de la cinta transportadora se la llevó, el visitante retomó la conversación.

—Así es más fácil. ¿Te parece si abrimos la ventana?

—Claro.

—Da la orden tú, estoy listando.

Cinta carraspeó y se giró hacia la pantalla blanca a su izquierda.

—Quiero ver el exterior.

El color blanco se volvió líquido y comenzó a escurrirse por la esquina situada junto al asiento de Cinta, haciéndola revolverse sobre su lugar y crujir el escay.

—¿Te pone nerviosa el exterior? No es tanto.

El visitante seguía listando. Movía los dedos como si separase folios en el aire, aunque Cinta podía rellenar los huecos con el historial de la mesa. Estaban la mayoría de sus consumiciones de los últimos tres meses, además de las del resto de cliente de asociados, pero sobre todo se encontraban las

entradas de líneas desde el exterior, desde programación de dibujos animados hasta previsiones meteorológicas pasando por consultas de cuentas bancarias.

—No es por el exterior.

La calle estaba casi tan blanca como la pantalla. Se podían distinguir las paredes de los edificios de enfrente, el arco —cuyo suelo estaba en modo translúcido y solo permitía distinguir sombras de pies— y los transeúntes del exterior, arrastrándose a paso corto como enormes sacos blindados en algodón, caminando entre la nieve y la ventisca. De vez en cuando entre ellos cruzaban las luces de algún vehículo, y mucho más arriba del arco de comunicación se adivinaban las luces naranjas del norrail. Cinta creyó poder distinguir su zumbido familiar, pero sabía que era solo su imaginación.

—Tenías puesta la previsión meteorológica, ¿verdad? Es casi tu última consulta. ¿Hace cuánto que no sales?

—¿Eso importa para localizar al pirata?

El visitante sonrió.

—¿Cómo sabes que hay un pirata?

Cinta seguía mirando hacia la ventana. Uno de los caminantes exteriores se giró, sorprendido de encontrar un cristal transparente, y apoyó una mano sobre él, casi a la altura de la cara de ella, haciéndola retroceder.

—No lo hagas —el visitante la cortó a medio gesto de bloquear la pantalla.

—¿Por qué?

El caminante dio un toquecito con los nudillos. Solo se le veían los ojos entre capas de gorros y pasamontañas, así que era imposible estar segura de que era un gesto amistoso o una amenaza.

—Ya se irá. Mírame a mí —obedeció, para encontrar que el sí sonreía, a su manera—. Pareces estar muy segura de cómo funciona un pirata.

Cinta arqueó una ceja, por primera vez.

—Como todo el mundo. Ha usado mi conexión a la mesa, ¿no?

El visitante hizo un gesto en el aire. Su visor se apagó y sobre la mesa se dibujó un mapamundi y el nombre de una red desconocida para Cinta.

—Enfoca a la ciudad. Busca el núcleo más grande que pueda incluir a la cafetería y a la megaestructura de la Universidad.

Cinta enmarcó la Península con un guiño. Luego el zoom de la red cayó a plomo sobre la costa.

—¿Va a darme una clase práctica?

—Te preguntas para qué necesito tu colaboración.

—¿Algo que también sale solo en los holovideos?

El visitante emitió una carcajada muy breve, un gorgoteo desde el fondo de la garganta más que una risa.

—Sí, algo más parecido a tu idea del cuero negro. Un pirata, para acceder a la Universidad, necesitaría un enlace físico.

—¿Esta mesa? ¿Es alguien que se sentó en esta mesa? —Cinta sintió que le temblaba la voz— ¿Cree que soy yo? No. No, no. Vuelva a listar. Mi reputación es perfecta. Mire lo que necesite, incluso el archivo encriptado en código hexadecimal del teléfono. Si me identifica como pirata me quedaré desconectada, aunque crea que luego se podrá limpiar el código, perderé la beca y...

—Tranquila. Para empezar, sé lo que hay en ese archivo y no es relevante para una investigación de este tipo. Tranquila. Sé que no eres un pirata. Tu reputación virtual era la única lo suficientemente limpia. Amplía sobre la Universidad y baja a la cafetería. Quiero que busques una ubicación concreta con tu identificación porque el mío es muy fácil de detectar cuando se ha buceado en tantos objetos, ¿de acuerdo?

Cinta asintió con la cabeza y empezó a centrar el zoom, descartando los barrios de la periferia y cayendo poco a poco sobre la Universidad. A medida que la sensibilidad de la red aumentaba, empezaban a aparecer puntos de luz a lo largo de la ciudad, con un gran sensor verde marcando el centro del Rectorado y otros más pequeños a juego las diferentes facultades.

—¿Ves los coches, Cinta?

Oír su nombre en la boca del hombre la puso un poco más nerviosa. Acababa de comprender que el mapa variaba su focalización a medida que

se acercaba y cuando estuviese lo suficientemente cerca listaría todos los dispositivos a su alrededor, no solo las farolas o los nodos de las calles como hasta ahora. Habría tantas pequeñas luces que le iba a costar mucho dirigir la búsqueda.

—No estoy mirando ahora mismo.

—Pero si se parasen de repente, como ahora la pantalla es transparente, lo notarías, ¿verdad?

—Necesita ver la calle por si hay un atentado... ¿Va a haber un atentado desde la cafetería?

Los nodos ya eran un auténtico enjambre y tenía que afinar bastante para centrarse en el arco central y poder acceder a la cafetería. Había apretado los labios y asomaba ligeramente la punta de la lengua entre ellos, completamente volcada sobre la mesa.

Cada implante personal era un chispazo sobre el radar de la pantalla, y los alumnos más jóvenes o que venían de intercambio desde el norte podían llevar más de una docena. Cinta paladeó de ser un poco vieja por portar solo el paquete básico de comunicación, pero un salto de cinco años era suficiente para quedarse atrás.

—No, no va a haber ningún atentado. Pero sería posible si hay una brecha, ¿verdad? Lo más fácil sería tener el visor de la camarera o usar su mampara de seguridad, pero desde esta mesa bastaría. Aunque no seas capaz, ¿comprendes la mecánica?

—Sí.

—Bien. Focaliza esta mesa exactamente.

El zoom se detuvo. Se observó a sí misma como una sombra parpadeante en rosa, y al visitante como un vacío azul que aparecía sin categorizar.

—No lo entiendo.

—Sería un poco aburrido si se nos pudiese listar, ¿no? No habría persecución posible.

—No me refiero a eso.



El visitante se volcó sobre el tapete.

—Ya puedes apartarte —posó un dedo sobre el mapa, ya convertido en cámara espía, e hizo rotar el objetivo sobrevolando las mesas cercanas.

—No te gusta mirar al exterior porque te recuerda a la guerra, ¿no es así? —Cinta tragó saliva.

—Sí.

—La Universidad tiene uno de los bloqueadores más potentes de Europa Occidental, así que una segunda oleada como la de septiembre no le afectaría.

—Excepto si entra un pirata.

El visitante se rascó la barbilla con dos dedos y observó a los caminantes del exterior. El molesto golpeador de cristales se había marchado hacía un buen rato.

—Es posible. Me refería que no debes tener miedo. Los cambios en el tiempo pasarán en un par de meses. Verás la playa.

—He oído... He oído que en los campos de nieve del Mediterráneo disparan a la gente sin tierra... Dicen que...

El visitante levantó una mano. Había perdido su expresión de ligera sonrisa constante.

—Es evidente que no me ocupo de esas cosas. Y si lo hiciese, no te contestaría.

—Lo siento.

—No tienes que disculparte. Ahora solo necesito que sigas con lo que estabas haciendo. Me tomará un rato, pero voy a utilizar tu reputación virtual. Dejaré código ternario de la policía a su paso para que el rastreador no te reste puntos, ¿de acuerdo? Incluso encriptaré otro lazo sobre el archivo hexadecimal para devolverte el favor.

Cinta fue consciente, en frío, de que el archivo había pasado por el visor azul y no pudo evitar enrojecer hasta la punta de la nariz. Se estiró sobre su asiento de escay e intentó vislumbrar los movimientos de la pantalla de la mesa.

—Yo me acabaría el batido —sugirió el visitante.

Bufó. Dio un pequeño buche a la taza. Observó la mampara. Podría jurar que desde que la camarera regresó de su última ronda no se habían vuelto a recibir pedidos. Quizás lo que estaban haciendo desde la mesa estaba bloqueando los diferentes puertos. Echó un vistazo maldisimulado a los movimientos del visitante.

—Es la mesa de enfrente —comentó—. El chico de la izquierda está en una de mis clases.

Se encontró con el visor azul mirándola directamente y el ceño fruncido del hombre.

—No es que no puedas mirar, pero preferiría que no comentases.

—No creo que sea el pirata... Es un poco lerdo... Aunque quizás lo haga por disimular...

—Hace un segundo temías perder tu beca si se te reseteaba la reputación virtual y la central dejaba de admitirte. Eres consciente de que estos movimientos son muy serios.

El tono fue lo suficientemente seco como para Cinta decidiese echarse hacia atrás sobre el respaldo, dejando crujir el escay. No había soltado la taza, así que dio otro sorbo al batido.

Fuera un coche había estacionado en el lado de la calle de su cristalera. Tenerlo tan cerca y ser consciente de ello le devolvió todo su nerviosismo. Tecleó por inercia una canción. Estaba empezando a tararear cuando el visitante la cortó.

—Voy a contarte una historia. Veamos si así te estás quieta —en el tapete se sucedían imágenes de la mesa y la mampara demasiado rápido para que Cinta procesase su utilidad—. ¿Sabes cuándo empezó a ser necesario mi trabajo?

—¿Cuándo empezaron a existir los piratas?

La cabeza inclinada del visitante se sacudió en una de sus carcajadas breves y ahogadas.

—Más o menos. Antes los especialistas en delitos informáticos trabajaban de manera muy diferente. Creo que cuando los coches empezaron a avisar a las gasolineras de la cantidad exacta de combustible que necesitaban con varios kilómetros de antelación sin que nadie pulsase un botón o abriese la boca, ese fue el momento.

—¿Gasolineras? —soltó la taza, con apenas un poso de batido en el fondo.

—Me olvidaba lo joven que eres. No tengo tiempo de explicarte cada detalle...

La pantalla saltaba sobre las cabezas de un grupo de seis tertulianos que bebían café y comían brownies. Sus reputaciones no parecían muy buenas, alternaban el gris y el marrón oscuro en sus avatares.

—A esos no los conozco. Pintan mal.

—Demasiado porno.

Cinta dio un respingo.

—Ellos. Porno del ilegal. Dejaré una marca para que los investigue delitos sexuales —respondía sin levantar la vista—. ¿Cómo controlamos que cualquiera no navegue por cualquier parte si cuando entras en una habitación te conectas automáticamente con cerca de cinco mil nodos?

—Con la reputación virtual, claro.

—Claro. Pero la reputación virtual es un algoritmo. ¿Sabes el año en que se creó?

—No...

Nadie de tu edad lo sabe. Cuidado.

Las luces del coche aparcado junto a la ventana se encendieron todas a la vez, lanzando un fognazo sobre el interior de la cafetería que la iluminación local trató de compensar atenuándose. Un rumor de sorpresa recorrió las mesas e hizo que algunas cabezas se girasen hacia ellos.

—Dios.

—Es normal. Esto está lleno de trampas.

—Nos están mirando.

—Ignóralos. O no. Lo que te apetezca.

La familiaridad con la que la trataba el visitante seguía siendo desconcertante.

El chico lerdo de la izquierda intercambió una mirada con Cinta. Llevaba una peluca verde y lisa. Era mono. Se preguntó si pensaría que el visitante era algún tipo de relación romántica suya, pero la extrañeza de las actitudes debía ser evidente. O no, el chico llevaba cascos y dos visores, quizás ni siquiera la veía y era un *hikikomori* extremo. En la Universidad había al menos dos hermandades y él parecía lo suficientemente joven.

—Sí que sabrás cuándo fue el primer gran ataque informático.

—No estudio Historia. Sé que el Gran Colapso provocó la nueva tanda de poderes, porque la policía necesitaba...

—‘La Doctrina de Acceso Suficiente’ —citó el visitante—. Los holovídeos de cuero negro que has visto se basan en eso.

—¿Por qué quiere el pirata mi mesa?

En el exterior, los propietarios del coche, dos monigotes asexuados bajo sus capas de abrigo, trataban de pedir ayuda a otros transeúntes para arrástralo junto a la boca eléctrica más cercana, que señalaban con grandes aspavientos. Cinta supuso que la descarga había vaciado sus baterías.

—Cualquiera vendría por lo mismo que yo: tu reputación. Es la mejor mesa, solo os deja conectar a los clientes muy inofensivos.

—¿Es un halago?

—Algo así. La mesa de tus seis desconocidos está junto al baño y bajo una columna electrógena de las pesadas. Permite conectarse a consumidores de porno ilegal para que así la ocupe alguien. Ni siquiera creo que se conozcan entre sí. Alguien debería advertir a la cadena dueña de la cafetería de que no es la mejor política.

—Rellenan huecos de rentabilidad... ¿Qué le importa eso a un policía?

Él levantó un poco la cabeza, para mirarla de reojo.

—¿Te importa a ti?

—¿Qué?

—Que si te importa.

—Lo he entendido. ¿Qué más da que me importe? ¿Qué mesas estás mirando ahora?

La cinta transportadora se encendió sola, sin camarera ni clientes. Empezó a rodar a velocidad normal y luego aumentó de golpe al máximo. El zumbido se convirtió en un chirrido agudo y cortante.

—¿Es el pirata? ¿Eso es el pirata? ¿Por qué hace eso?

Los murmullos de las mesas aumentaron. Las persianas metálicas de las puertas cayeron y luego se volvieron a levantar. Se escuchó un golpe seco desde el fondo de la mampara. La cinta transportadora se detuvo en seco y humeó levemente.

—Estás levantando la voz.

En el exterior, sin que la ventisca remitiese, al menos tres personas se habían unido a los dueños del coche. Trataban de empujarlo sobre la nieve, luchando contra el viento. Solo eran unos metros, Cinta no podía oír nada, pero suponía que el colchón de litio debía estar chirriando contra la calzada.

—Haz que pare.

—Son las trampas del sistema, necesitare un rato, hasta que encuentre la vía. Alguien se encargará.

La camarera golpeaba la mampara desde dentro.

—Eso era para que se sintiese segura y ahora está atrapada dentro.

—Como todos. Me temo que habrá alguna sorpresa en las cuentas bancarias por las que voy dejando rastro, pero nada que no pueda arreglarse.

—Cinta emitió un gemido.

—No te preocupes, en la tuya no pasará —el visitante seguía rotando la cámara del mapamundi reducido a la cafetería.

—No entiendo nada.

—No hace falta.

Los voluntarios caminantes de la ventisca habían conseguido colocar el coche junto a la boca eléctrica y ahora peleaban por abrir la batería delantera. Parecía que la nieve había aumentado y los movimientos de los muñecos blindados de algodón eran mucho más torpes.

—¿Qué les pasa?

El visitante se irguió, girando hacia la ventana. Se quitó el visor azul.

—El tiempo empeora. Puede que se trate de otro ataque.

Continuaba con el ceño fruncido. Miró a Cinta.

—Lo siento —carraspeó—. Ventanas a ruido negro.

Ya todas las mesas los estaban mirando. Otro murmullo de sorpresa, algún gemido ahogado, recorrieron la cafetería cuando se interrumpieron los programas o se bloqueó la vista para dar paso a una serie indefinida de pantallas en negro. A Cinta la suya le devolvió su propia imagen refractada, casi como un espejo.

—¿Qué haces?

—Evitar el pánico.

Cinta sintió un golpe sordo, muy fuerte, al otro lado de la ventana.

—¿Qué ha pasado?

—Supongo que algo que los sensores estarán procesando como un atentado menor. Los sistemas de seguridad el Rectorado deben estar compilando información ahora mismo. Suerte que los detectores de movimiento individuales son muy raros o los bloquean los locales de grandes cadenas, o verías multitudes corriendo por el pasillo.

—Pero... pero... lo vas a parar, ¿no?

Él volvió a colocarse el visor.

—Solo serán unos minutos más.

En un gesto automático, Cinta tecleó en el aire una orden al teléfono. Un escalofrío le recorrió la espina dorsal.

—No funciona.

—Si funciona —el visitante aporreaba el tapete mucho más rápido de lo que lo había visto hasta el momento—. Simplemente está recalibrando su código. Respira hondo.

Obedeció sin reflexionar mucho. Ya no escuchaba los golpes de la camarera, pero si las conversaciones nerviosas y los llantos ahogados del resto de comensales. Tuvo una idea.

—Taza, copia la programación del programa del nodo multipersonal vecino más cercano.

Leyó en voz alta.

—‘Permanezcan sentados y tengan paciencia’.

—Es un aviso estándar —respondió el visitante—. No lo he activado yo.

—Están ciegos ahora mismo.

—Bueno, no del todo. Estáis conectados entre vosotros.

Cinta empezó a leer la información del chico lerdo pero mono. Necesitaba hacer algo así, aunque sentía un poco de vergüenza. Pensó incluso en mandarle un avance del archivo hexadecimal, o algo así, para iniciar una conversación.

—Eso es muy molesto.

El visitante chasqueó los dedos en el aire. El chico los miro de reojo y luego fingió que se encontraba, con una giro de cabeza avergonzando, en la programación de su taza, que chisporroteaba conversaciones cruzadas de otras mesas, a juzgar por su débil murmullo.

—Cinta —ella tembló—. ¿Sabes qué quieren los piratas?

—Dinero.

—No. Esos no hacen tanta algarabía.

El visitante posó la mano sobre el tapete y la pantalla cerró a negro. Las luces se apagaron y pasaron al sistema de emergencia. Ahí, ya por fin, se escaparon los chillidos.

—Sin el mensaje no saben qué hacer, pero tampoco se atreven a levantarse y desobedecerlo, por si sigue vigente.

Las únicas luces eran hileras de bombillas rojas en los laterales de las mesas, los respaldos y la cinta transportadora. Eso, y el visor azul del visitante.

Cinta se sentía mareada. No recibía ninguna señal en absoluto. Le picaba la nuca.

—Si no fueses policía, ¿te acostarías conmigo? —se escuchó preguntar.

—Eres más joven que mi hija —solo le adivinaba la boca, pero sabía que estaba usando otra vez su sonrisa amable.

—No eres policía.

—¿Qué quiere un pirata, Cinta? Uno de los que no buscan dinero.

Volver a las cavernas.

Emitió otra vez su carcajada seca.

—Es una manera de resumirlo. Cuenta hasta tres.

El picor de la nuca se le había extendido a las cuencas de los ojos, le parecía que iba a llorar. Movi6 los labios. Uno. Dos. Tres.

Con un zumbido prolongado, las luces normales regresaron, y el ambiente tétrico la iluminación rojiza desapareció como había llegado. El teléfono de Cinta empezó a emitir la animación japonesa, las ventanas pasaron a blanco roto y las tazas a emitir la predicción del tiempo.

Cinta suspiró de alivio al unísono con el resto de comensales. Incluso escuchó el gemido ahogado de la camarera dentro de su mampara.

El visitante se guardaba el visor de seguridad en el bolsillo interior de la chaqueta.

—Muchas gracias por tu ayuda.

—¿Ya está? ¿Lo ha detenido? ¿Ha hecho que se vaya el pirata?

—El pirata no volverá a molestarte ni a usar esta mesa.

—Sí, es usted policía.

Sin devolverle una mirada, él se puso en pie y se marchó, pasando sobre la cinta transportadora de un salto.



Ella se giró hacia la ventana, mordiéndose el labio inferior. No estaba segura de si quería saber qué había pasado con el coche. Su teléfono emitió varias líneas de código que tardó en reconocer. El chico lerdo pero mono quería establecer conexión. Su reputación virtual era buena, aunque no tanto como la de ella. Le preguntaba por el archivo hexadecimal.

Sintió un poco de vergüenza, pero ahora comprobaba que el apagón y la recuperación también le habían volcado avances del resto de comensales en su nube particular. Incluso del sexteto del porno ilegal.

Se giró para observar como el visitante se alejaba al paso, evitando los transportes mecánicos de la cafetería y del primer módulo de la estación. Alguien debía haberse dejado las paredes de la intersección en transparencia, o haberlo pedido el propio visitante. Por eso pudo ver como se acercaba al armario robot y se sacaba el visor de la chaqueta. Desde la distancia no parecía azul.

El robot le devolvió dos bultos, uno más grueso que otro y que resultó ser un enorme abrigo. El otro, le pareció distinguir, eran un gorro y unos guantes. Cuando la puerta de la segunda intersección se lo tragó, Cinta creyó que ver colarse virutas de nieve y ventisca, pero sabía que era su investigación. El visitante había salido al exterior. No sabía si los policías hacían eso.

Sintió un pinchazo en la base de la nuca y tuvo que girarse hacia la mesa. Todas las pantallas —mobiliario, cubiertos y teléfono— habían pasado al rojo y pitaban. Se giró hacia donde indicaban las pulsaciones. Dos hombres se habían parado junto a la mampara y pulsaban indicaciones en el aire, clausurando las mesas a su alrededor. Llevaban gabardinas negras y gafas de sol. Los cristales derechos eran de color azul y listaban código ilegible para Cinta.

En pocos segundos el runrún transportador los depositó junto a la mesa.

—Señorita —saludaron—. ¿Nos permite su marcador?

## **Anonymous**

*Manuel Turnes Fernández*

Ahora, entre la mugre acumulada en las paredes de la habitación, cavilaba su recipiente sin su contenido y trataba de recuperar lo que aquel lugar fue y ya nunca sería. Era el recuerdo, los pedazos de realidad contenidos en su cabeza, su único vestigio, creía, de la humanidad que un día por descuido y porrazo le fue taponada. La misma humanidad que nunca valoró, pero que ahora clamaba por salir de aquella tubería atascada.

El advenimiento de la liberocracia lo cogió por sorpresa. Su vida eran sus alumnos y no atendía a otra cosa que no fuese la enseñanza; el continuo aprendizaje calmaba su ansiedad existencialista y lo mismo trató de inculcarle a sus jóvenes discípulos; estudiantes de familias del más bajo rango económico, que acudían a un colegio humilde, mantenido en pie gracias a la beneficencia.

No obstante de su solipsismo lo arrancó la realidad política. El triunfo electoral del partido libertario trajo consigo subsecuentes reformas y la privatización de prácticamente todos los servicios públicos, lo que dejó a su colegio en condiciones deplorables debido a la pérdida de poder adquisitivo de las organizaciones sin ánimo de lucro que lo financiaban.

Poco a poco fue perdiendo alumnos y compañeros de docencia hasta que solo quedaron él y su clase; apenas una veintena de adolescentes que preferían pasar el día en el colegio y no en las duras y frías calles de la ciudad.

El triunfo de los defensores a ultranza del *laissez faire* a pocos cogió por sorpresa. Sus votantes crecieron a pasos agigantados desde el fiasco neosocialdemócrata de los años 90 que dejó al país en situación de bancarrota al haber asentado su política económica sobre bases eclécticas y ajenas a las condiciones monetarias y transaccionales exigidas por la aldea global. Su fracaso abonó un terreno del que surgieron partidos de extrema derecha

que abogaban por la creación de un marco estatal puramente referencial y simbólico que no tuviese capacidad de intervención en la vida económica; lo que resultó, tras su triunfo en la urnas, en una caja de cartón que en situación tormentosa deja pasar el agua, el frío y el hielo, y solo aquel que puede pagarse un buen parapeto se libra de coger una pulmonía, en ocasiones mortal.

A pesar de la cruda realidad, él consiguió sobrevivir y a su modo ser feliz. Acudía cada día a la escuela e intentaba imaginar un mundo diferente. Hacía de sus clases alegorías de un pasado de bonanza económica y adelantos sociales y científicos que, afirmaba, regresarían tarde o temprano. Pero para su desgracia pasaron los años y la corrupción en el poder, sumada a una crisis crediticia global no hicieron más que encrudecer la vida de los menos favorecidos por el estado libertario. En el invierno de 2110 perdió a su madre, cuyo cuerpo no resistió una simple gripe. En julio de ese mismo año, su padre falleció por diversas complicaciones derivadas de una rotura de cadera, cuyo tratamiento y operación no pudo pagar. Pero aún así consiguió seguir adelante, gracias, sobre todo, a que seguía acudiendo a la escuela diariamente. Eran sus alumnos para él, la esperanza de un nuevo amanecer.

Fue al comienzo de la tercera legislatura libertaria, en marzo del 2111, cuando todo su mundo se desmoronó. Una mañana como cualquier otra —gris, pues una nube perpetua de polución enrarecía el aire de los suburbios— se dirigió hacia su amado refugio del saber. En la entrada estaban sus pocos alumnos. Un cordón policial prohibía el avance de cualquier persona. Un furgón y dos coches negros flanqueaban el portalón de acero. Temió por sus estudiantes y pensó que algún incidente desafortunado había tenido lugar en el edificio. Se acercó, llenó sus pulmones de todo el aire que pudo, dispuesto a defender aquel bastión de vida que todavía le quedaba. Pero nada, ni su más profundos temores podrían igualarse a lo que estaba por ocurrir. Se hizo hueco entre algunos vecinos, alarmados por aquel despliegue. Pero en cuanto consiguió llegar hasta la entrada del colegio, y al intentar llamar la atención de uno de los agentes, para su sorpresa, desenfundaron sus armas, lo rodearon y obligaron a arrodillarse con las manos en alto. Ni una palabra fue dicha. Ni orden, ni excusa. Le colocaron las esposas magnetizadas, en muñecas y

tobillos, y del suelo, como si de una presa de caza se tratase, lo levantaron y lo introdujeron en el furgón. Solo durante un juicio sumarísimo, sin abogado ni opción a la defensa propia, supo que había sido acusado de la violación y el asesinato premeditado de una de sus alumnas. La condena irrevocable: la apatización; la medida más moderna impulsada por los libertarios, aplicable a todo delincuente acusado de delito sexual o de sangre, que no pudiese financiar un confinamiento, de al menos 10 años, en una de las prisiones privadas distribuidas por todo el país. Permaneció dos meses en una celda mugrienta, provista por el gobierno. A finales de mayo del 2111 entró en una gran sala, rodeada de gradas y cámaras de televisión que retransmitirían su condena a todo el globo en *prime time*, en un programa denominado ‘La condena justa’. Su ajusticiamiento fue de los más vistos, pues el gobierno lo usó como estandarte de la eficacia de sus medidas penales. El proceso de apatización no duró demasiado, consistía en la introducción de nano-biorobots en el córtex cerebral del delincuente. Estos estaban programados para obstruir la sinapsis entre las neuronas de determinadas áreas del cerebro, evitando cualquier tipo de reacción sentimental: no risa, no llanto, no amor, no deseo, no ira. Era el castigo perfecto para aquellos que se habían dejado llevar por su deseo sexual o su ira.

Habían pasado dos semanas desde aquello y volver a su colegio, creyó, le devolvería la felicidad. Pero ahora, sentado en la mesa desde la que había imaginado un mundo diferente, ya no sentía. Lo que una vez había sido el templo de la alegría, el placer y la agonía, semejaba ahora podrido; se había muerto de hambre, pues ya no había risas que llenasen sus habitaciones.

Así pues se levantó sin prisa, pero sin tristeza. Caminó recto hacia la salida. En la calle se enrojecían las fachadas colindantes y el ocaso lo tomaba también a él. Despojado de toda herencia o posesión llegó a su nueva casa impuesta por el Estado. Apenas treinta metros cuadrados de gris soledad dominados por una pared televisiva, un producto de, al parecer, extrema necesidad y obligada adquisición para que todos los ciudadanos estuviesen bien un-informados. Sonó el timbre. Alguien estaba en el portal. Encendió la televisión y aceptó la llamada. Una joven de pelo negro y gafas oscuras apareció ante él.

—Hola, no me conoces, pero tengo algo que decirte. Déjame pasar.

Dudó un momento, pero ya no tenía nada que temer, pues no tenía nada que perder o ganar. Le indicó al sistema que la dejase pasar. Al minuto ella estaba en su puerta. Tocó tres veces la recia estructura de acero y él la dejó entrar. Era más alta de lo que le pareció a través de la pantalla, vestía de negro, tenía el pelo muy corto y al quitarse las gafas pudo ver dos ojos oscuros y penetrantes.

—Tiene que ser algún tipo de confusión, acabo de mudarme y...

Ella no respondió y le pidió silencio posando un dedo en sus labios, mientras sacaba de su bolso de mano un pequeño aparato. Se acercó a la enorme pantalla de televisión y lo colocó allí; cuando hubo parpadeado una luz verde, habló:

—Estas paredes son más que pantallas. Las usa el gobierno para controlar la opinión pública y evitar cabos sueltos. He colocado un inhibidor de frecuencia, pero no tenemos demasiado tiempo...

—Eh...

—Te preguntarás quién soy y qué hago aquí... Tienes que disculpar mis maneras, pero toda precaución es poca... Mi nombre es Verónica Espinet Sanmarco. Y por si lo dudas, es mi verdadero nombre. No muchos lo saben, pero es mi muestra de confianza. Estoy aquí para ayudarte.

—No entiendo nada, ayudarme, ¿en qué?

Ambos permanecían de pie perfilados sobre la enorme pantalla en negro.

—¿Es que esos nanorobots te han borrado también la memoria?

—No. Por desgracia lo recuerdo todo.

—¿Desgracia? Parece que aún te queda algo de humano ahí dentro.

—Solo... no, es lo que se supone que tendría que decir... pero, no siento nada.

—Escucha, tú no violaste a esa chica ni la mataste. Eso la sabes perfectamente ¿no?

—Sí. Pero...

—¿Y no te preguntas por qué te han juzgado y condenado por algo que no has hecho?

—Sí, pero no valdría...

—¿De nada? Si hay algo que no nos pueden quitar es la esperanza y la curiosidad. ¿No quieres saber cuál fue el verdadero motivo?

—Pues...

—Tus niños, tus estudiantes, tu amada escuela, todo, lo sé todo, y ellos también lo sabían.

—No entiendo...

—El gobierno te ha apartado del medio por que eras una amenaza en potencia. Tus discursos, tu imaginación, tu poder de convicción les llamó la atención desde el día que fueron incapaces de cerrar ese colegio. Te han estado vigilando y cuando consideraron que eras una amenaza les pareciste la cabeza de turco perfecta para que el mundo admirase su capacidad de eficiencia, sus óptimos métodos para doblegar a los peores criminales, y en última instancia para exportar, o vender, estas medidas y enriquecerse aún más.

—Quieres decir, que he sido, una prueba, un anuncio de...

—Sí, pretenden comercializar la apatización ya que ahora mismo son los dueños del proceso; solo ellos pueden multiplicar y programar esos nanobots para que...bueno...

—Para hacer lo que me hicieron a mí...

—Sí... lo siento mucho, Alejandro. Mi abuelo jamás quiso que esto ocurriese...

—¿Tu abuelo?

En ese mismo instante una luz roja comenzó a parpadear en el inhibidor de frecuencias, emitiendo un pitido.

—Mierda, intentan rastrearnos. Lo siento tengo que salir de aquí ahora. Se han dado cuenta de que algo no va bien —dijo Verónica mientras se levantaba y se dirigía hacia la televisión— volveré a verte en poco tiempo, cuando sea seguro.

Retiró el aparato. Alejandro amagó una palabra pero ella le indicó que se callase. Retiró el inhibidor y lo introdujo en el bolso. De un bolsillo sacó

una tela de color amarillo, la frotó contra su melena y de pronto comenzó a volverse rubia. Se despidió con un gesto y salió rápidamente del apartamento. Alejandro se quedó solo, de pie. Miró por la ventana pensativo mientras el día moría en la ciudad. Se acercó a una de las estanterías de su humilde cocina, cogió un bote de plástico, lo abrió y soltó en su mano dos pastillas. Se las tomó y se agachó lentamente hasta quedar dormido acostado en una esquina del habitáculo.

Para cuando despertó un débil rayo de sol le iluminaba el rostro. Se incorporó. Le dolía la cabeza. Se frotó las sienes intentado recordar el día anterior. Cogió una bolsa de plástico y puso en ella varias prendas de ropa. Salió del apartamento y se dirigió a las duchas comunes.

El bloque de viviendas era un antiguo barracón militar, construido durante la Primera Guerra Global del 2039. Lo habían rehabilitado para hacinar a familias sin recursos, ajusticiados, refugiados políticos o niños huérfanos. De su mantenimiento y limpieza se encargaban sus propios inquilinos que, a pesar de todo lo malo, llenaban aquel lugar de vida. Alejandro llegó a los aseos, se desvistió, cogió un trapo de la bolsa de plástico y, con parsimonia, se dirigió hacia las duchas. Seguía pensando en lo ocurrido el día anterior. Aquella joven, su nombre le recordaba a algo. Creía haberlo visto en otro lado. Mientras se enjabonaba, otro hombre se puso a su lado y lo emuló. Lo saludó. Alejandro miró para él y esbozó una sonrisa vacía y rígida. Intentaba parecer normal. El hombre le pidió que le acercase el jabón de la repisa que Alejandro tenía en frente. Así lo hizo y al cambiar el objeto de una mano a la otra sus dedos se rozaron; Alejandro no pudo sentir ni pudor, ni rubor alguno se mostró en su cara. Se aclaró el cuerpo, ensimismado. Antes de marcharse el hombre le susurró desde donde estaba: «Te espera al atardecer en el Parque de la Libertad». Tuvo que ser real, pensó. Volvería a verla otra vez, pero en esta ocasión sería él quien haría las preguntas.

Se vistió rápidamente. Volvió a su casa. Engulló varias píldoras proteínicas y salió del bloque de viviendas.

Caminaba por el centro de la ciudad como un fantasma envuelto en papel transparente. Nadie parecía reparar en su presencia. Era un alma sin sentido

atrapada en una concha dura y fría. Lo único que desde su interior le animaba a seguir era una pequeña llama de esperanza empujada por un soplo de curiosidad. Se paró frente a uno de los sistemas de información provistos por el Estado. No permitían el acceso a datos contrarios al status quo, pero de todos modos introdujo los apellidos de Verónica. Los resultados eran aleatorios y demasiados; trató de afinar la búsqueda. Pensó en las palabras que le había dicho aquella misteriosa mujer. ¿Qué los unía? Reflexionó un segundo y tecleó: «apatización», «nano-biorobots», «eliminación de los sentimientos», «modificación de conducta» y los relacionó con los apellidos Espinet y Sanmarco. Consiguió reducir los resultados, y accedió a un viejo portal que contenía la biografía de un tal Alfredo Espinet Rubio. Años atrás, antes del cambio de centuria, había llevado a cabo experimentos con animales para analizar su conducta, comportamiento y su capacidad de memorización... Sus informes habían dado paso a los avances necesarios para comenzar la experimentación con autistas y pacientes con síndrome de Asperger. Sus investigaciones fueron avaladas por el gobierno neoliberal de los años 50; fueron el germen de una nanotecnología que permitía inhibir o excitar las conexiones neuronales de diferentes ramificaciones del cerebro. Ahí terminaba toda la información.

Siguió cavilando largas horas, deambulando por las calles comerciales de la urbe. No llamaba la atención su andar recto, controlado, sin ánimo. Hacía dos años que se aplicaba la apatización. Los medios de comunicación los denominaban *zombies* vivientes, e incluso se habían realizado varios programas de tele-realidad sobre estos apáticos. Los escrúpulos y el pudor habían sido engullidos por los hambrientos estómagos morbosos de una sociedad sin metas o aspiraciones; sin ánimo de saber. La mayoría gastaba su tiempo libre en casa asintiendo a la televisión.

Cuando el sol comenzó a retirarse y las nubes se oxidaban, Alejandro se dirigió al Parque de la Libertad. Allí se sentó en un banco al azar. Miraba hacia los lados buscando a Verónica, pero no sabía a quién esperar exactamente. Pasaron los minutos y se distrajo repasando mentalmente los datos que acababa de adquirir, hasta que llamó su atención un pequeño perro que se le había acercado a los pies. Se inclinó levemente para poder tocarlo.



—No te encariñes demasiado, solo es un préstamo.

Era una voz conocida.

—Incorpórate, sonríe y saludame como si me conocieses. Caminaremos un rato.

Alejandro alzó la mirada y dedujo que era Verónica por su fisionomía; tenía el pelo negro de nuevo, solo que más largo y rizo y vestía ropas coloridas. Al mirarla a los ojos se dio cuenta de que eran azules. Comenzaron a andar.

—Aquí podemos hablar tranquilamente, pero debemos actuar con normalidad.

—¿Quién es Alfredo Espinet Rubio? —inquirió Alejandro.

—Es mi abuelo, bueno era...

—Y yo que soy, ¿tu rata de laboratorio?

—No, no tiene nada que ver con eso.

—Si pudiese estaría tremendamente enfadado. No me gusta que me tomen el pelo —dijo Alejandro intentando parecer enojado.

—No es lo que te imaginas...

Verónica se detuvo y miró a Alejandro directamente a los ojos.

—No está todo perdido. No desfallezcas. No pierdas la esperanza. No eres el primero al que ayudamos.

—¿Esperanza? No sabes cómo yo me siento... bueno... cómo no me siento.

Una pareja de guardias robotizados entraron en el paseo del parque dirigiéndose hacia su posición. Verónica se percató, cogió del brazo a Alejandro en ademán de que comenzase a caminar con ella.

—Sigue andando, estamos llamando la atención.

—Deja de darme órdenes, ¿quién te crees que eres? —le espetó Alejandro mientras liberaba su antebrazo de la mano de ella.

—No seas estúpido, si nos descubren no podré ayudarte —siseó Verónica.

Los guardias pasaron por su lado. Verónica se acercó a Alejandro simulando un tierno abrazo, y a la vez que le agarraba sus genitales le dijo:

—¿Quieres volver a sentir placer?

Se apartó ligeramente, besó en la boca a Alejandro y le susurró:

—No todo está perdido.

Miró Verónica hacia los guardias, que todavía rondaban el lugar y comenzó a caminar en dirección opuesta a los autómatas. Alejandro salió de su asombro y gritó:

—¡Espera! ¿Nos volveremos a ver?

—Claro guapo —respondió extrañamente risueña—. Tienes mi número, solo tienes que llamarme.

—Pero yo no... —musitó él y vio que en la palma de su mano derecha guardaba un papel con un número y la palabra «Anonymous».

Aquella noche no pudo conciliar el sueño, no importaron las pastillas que ingirió. Su cabeza no le dejaba descansar. «Hay realmente una vuelta atrás», pensaba. A punto estaba de abdicar la luna cuando se dio cuenta de que no iba a conseguir nada tirado en el suelo del salón. Se levantó encendió el televisor e introdujo en voz alta el número que le había dejado Verónica, sin saber muy bien si aquello iba a funcionar. Pasaron unos segundos que le parecieron interminables, pero nadie respondió a la llamada. Creyendo haber introducido mal el número, volvió a intentarlo. Esta vez alguien aceptó la conexión. Una voz sin rostro dijo «¿clave?». Titubeó un segundo, miró el papel y dijo alto y claro: «Anonymous». La llamada se cortó. Esperó un rato, dando vueltas enfrente a la pared televisiva. Aguardaba una señal, un mensaje, que alguien llamase a la puerta. Volvió a introducir el número en el televisor. Pero ahora una voz robotizada le decía que no existía ningún usuario con esa marcación.

Se irguió, cogió ropa limpia y fue a asearse. Guardaba en el fondo la esperanza de recibir un mensaje allí, pero nadie apareció en las duchas. Se vistió y salió a la calle. Paseó por el Parque de la Libertad, también con la esperanza de que en cualquier momento apareciese Verónica. Pasaron las horas y nadie se le acercaba ni nada emitía señal alguna.

Desistió. Necesitaba descansar y volvió al bloque de viviendas que se había convertido en su hogar. Abrió el portal principal y se dirigió hacia su apartamen-

to; en el camino algo captó su atención y le hizo detenerse en medio del pasillo que conducía a su sección: el silencio. El aire estaba turbado, no se movía. ¿Debería sentir miedo? Seguro que lo habría sentido, pero eso era antes. Siguió andando como si nada. Al llegar a su pequeño habitáculo, 23-F, vio que la puerta estaba entornada. La empujó sin dudar. Al entrar vio a dos hombres calvos, corpulentos y vestidos de negro, mirando a través del ventanal que dominaba la estancia; sentado en una silla que no había visto antes permanecía cabizbajo un hombre de apariencia vetusta. Algo le decía que no tenían nada que ver con Verónica. Avanzó un pie y los que miraban al exterior se giraron a la vez que el señor sentado alzaba su cabeza, antes atenta a un dispositivo reposado en su regazo.

—Por fin señor Stiglitz, llevamos esperando horas por usted. Creíamos que se había tirado por un puente abajo, o algo semejante.

El hombre se rió desproporcionadamente y sus guardias lo acompañaron en la risotada. Alejandro avanzó sin dudar. Se acercó al estante de la cocina y tomó varias pastillas de glucosa con sabor a café.

—No parece sorprendido, ni temeroso. Ah vaya, que poco tacto tengo. Si es que no puede... —dijo el hombre sentado volviendo a reír.

—Quiénes son y qué quieren. He tenido suficientes juegos estos días.

—Cuidado chicos, este es rebelde. Dices que has jugado, ¿a qué tipo de juegos?

—A usted no le interesan. Son asuntos míos.

—No debería hablarle de esa manera a un representante de la autoridad.

—¿La autoridad dice? Perdieron su autoridad en el momento en el que me detuvieron y condenaron por un crimen que no cometí y luego me vaciaron por dentro, como a un huevo cocido del que solo dejan la cáscara.

Los tres comenzaron a reír, y el hombre sentado se levantó.

—Es usted todo un poeta señor Stiglitz. Pero no he venido hasta este vertedero para escuchar la retórica de un violador y asesino de jovencitas.

Alejandro sacó una botella con un líquido amarillento de la nevera y bebió sosegadamente. El viejo avanzó hasta situarse muy cerca de Alejandro.

—No se haga el duro conmigo. Aún hay cosas que le podemos quitar señor Stiglitz. ¿No sé si me entiende? — afirmó rotundamente mientras dirigía la mirada a la entrepuerta de Alejandro, quien deglutió aquel líquido con cierta dificultad.

—¿Qué quieren?

—Información. Sabemos que, como usted dice, ha estado jugando estos días. ¿Quién ha sido su compañero de juegos?

—No sé de que me habla.

—¿Seguro?

—Totalmente.

—Mentir a un oficial es un delito muy grave. Puede perder esa lengua tan perspicaz que tiene.

—Conozco mis derechos, o eso creía. Y no tengo nada que decirles. Así que, si no tienen más preguntas, me gustaría que abandonaran mi casa.

—Verá... No soy amigo de la violencia, pero mis subordinados tienen malas costumbres y amistades, ¿sabe? —susurró y al chascar los dedos, sus hombres sacaron dos objetos alargados de sus abrigos.

—Si está tratando de asustarme, sabe qué —dijo Alejandro a la vez que se acercaba a aquel viejo lobo del gobierno, y lo miraba directamente a los ojos— bueno, no puede asustarme.

No era la primera vez que este experimentado sargento trataba con un apático, pero algo en la mirada de Alejandro lo sobrecogió: tenía decisión y esperanza. Al momento sonó una alarma en el dispositivo del viejo policía.

—Vaya, ha tenido usted suerte. Tengo asuntos más importantes que atender. Pero no dude de que volveremos a vernos, joven violador.

Un gesto bastó para que los guardias guardasen sus armas y plegasen la silla en la que estaba sentado su jefe. Los tres abandonaron el apartamento rápidamente. Alejandro los siguió con la mirada. Expectante y con un enorme anhelo por saber en que terminaría todo aquello. Apenas tuvo tiempo de digerir aquella intensa conversación cuando una piedra de medianas dimensiones atra-

vesó el cristal de la ventana del salón. La recogió del suelo y en la parte de abajo vio que habían grabado la palabra «Anonymous» y lo que parecía una dirección postal abreviada: C Mont-1750-45ª-0U. Decidió volver al punto de información que había usado para buscar la información relacionada con el abuelo de Verónica. Había varias calles que comenzaban por «Mont» pero solo dos albergaban un edificio con el número 1750 y decidió probar suerte. Se dirigió hacia Montero Marshall cogiendo el tren subterráneo. Aquel parecía un barrio incluso más abandonado que en el que solía vivir. Localizó el edificio 1750; iba con el paso apurado. El portal estaba abierto. Entró en el bloque de viviendas. Uno, dos, tres, cuatro... y hasta cuarenta y cinco pisos subió impulsado por su curiosidad, un intenso latir de esperanza lo dominaba. Al llegar a la sección «A» se encontró de frente con una puerta que tenía pintado el número «0» y la letra «U». No lo pensó dos veces y golpeó la recia madera; al momento alguien entreabrió la puerta y preguntó «¿clave?», el dijo «anonymous», y se abrió la entrada saliendo de ella dos figuras con el rostro oculto que lo cogieron por ambos brazos y lo introdujeron en el piso. Lo escanearon con dos dispositivos que emitían agudos pitidos intermitentes. Una de ellas dijo «limpio», la otra se retiró el pasamontañas que ocultaba su cara, era Verónica y tenía la expresión agotada.

—Sígueme, no tenemos tiempo. Debemos iniciar el proceso inmediatamente.

Lo condujo al fondo del pasillo. Ambos entraron en una habitación totalmente blanca, con una camilla y un enorme aparato metálico que pendía sobre ella. A su lado, una mujer de unos cuarenta años, rubia y vestida totalmente de blanco.

—Ella es mi mujer, Antía. Se encargará del proceso de desinhibición —dijo Verónica a la vez que intentaba quitarle a Alejandro la chaqueta que llevaba puesta.

—Aguarda un momento. ¿Qué es todo esto?

—¿Es que no se lo has explicado Verónica? —preguntó Antía extrañada.

—No he tenido tiempo, es igual. Accederá, es ahora o nunca.

—¿Acceder a qué? —inquirió Alejandro.

—Yo así no pienso hacer nada, no es seguro ni siquiera que salga todo bien —le comentó Antía a Verónica sin mirar a Alejandro.

—Hazme caso, está perfeccionado, no habrá problemas. No puede haberlos, el último test dio OK.

Ambas actuaban como si Alejandro no estuviese allí.

—¡Hola!, ¿de qué estáis hablando?

—Deberías explicárselo Verónica. No pienso actuar en contra de su voluntad.

—De acuerdo, de acuerdo —Verónica se giró y cogió las manos de Alejandro—. Escucha, la organización a la que pertenecemos lleva años intentando revertir el proceso de apatización. Conseguí acceder a los últimos informes de mi abuelo que creíamos perdidos. Tenemos amigos infiltrados que han conseguido los datos necesarios para programar nano—biorobots capaces de eliminar aquellos que ahora bloquean tus conexiones neuronales, pero...

—¿Pero? —dijo Alejandro.

—Pero —intervino Antía—, no es la primera vez que intentamos realizar la desinhibición. En pruebas anteriores, nuestros nanocrobios han dañado otras partes del cerebro.

—Sí, pero ahora ya no hay error posible, hemos conseguido todo lo necesario —siguió Verónica, a la vez que sus ojos empezaban a humedecerse—. Alejandro, solo intento reparar las macabras acciones de un gobierno que ha tomado lo que mi abuelo creyó la cura de innumerables enfermedades, y que han terminado utilizando para crear zombies vivientes y castigar a sus detractores políticos.

—Es su decisión Verónica, no la tuya —afirmó Antía.

—¡Si!, pero si no lo hacemos ahora quizás no podamos volver a intentarlo, nos van a coger de un momento a otro —gritó sollozando Verónica— y si voy a morir, por lo menos quiero ver el sueño de mi abuelo cumplido. Todo lo que hemos hecho, tantos años de intrigas y escondites, no pueden terminar así, ¡es que no lo ves! —Verónica comenzó a llorar desconsoladamente.

—Lo haré —dijo serenamente Alejandro.

Ambas dejaron de mirarse y se giraron hacia Alejandro.

—No puedo asegurar el éxito al cien por cien —afirmó Antía.

—Lo haré. Aunque no consiga volver a amar, o llorar, o reír, al menos os servirá para mejorar la cura ¿no?

—Bueno, técnicamente sí, pero si algo va mal... —respondió seria Antía.

—Es igual. Lo haré.

El proceso no duró demasiado. Los nano-biorobots se introducían directamente en el torrente sanguíneo e iban a parar al cerebro, anclándose en las zonas programadas. Cuatro jeringas y Alejandro ya estaba incorporado. Le dieron varias pastillas para evitar el mareo y estabilizar su sistema nervioso. Pero seguía sin sentir nada. Antía revisó sus constantes vitales, reflejos y sentidos. Al menos parecía que estaba bien.

—El efecto no tiene por que ser inmediato. Pueden pasar minutos, o incluso horas antes de que, según la teoría, todos los nanocrobios invasores sean eliminados, o en el peor de los casos, dañen tu cerebro —dijo Antía.

—No hay tiempo. Este lugar ya no es seguro. Debes irte Alejandro. Nos pisan los talones desde ayer, varios agentes de Anonymous han sido capturados. Vete a casa. Si volvemos a vernos, solo espero que nuestro encuentro haya servido para algo —sentenció Verónica visiblemente agotada.

Alejandro se fue por donde había venido. Cogió el primer tren subterráneo y se dirigió a su casa. Notaba que su cuerpo estaba más caliente de lo normal y le dolía ligeramente la cabeza, pero seguía sin poder emocionarse.

Llegó al bloque de viviendas y entró en su apartamento. Se sentó en el suelo. Se disponía a recostarse, cuando el televisor se encendió. Tenía una llamada entrante. La aceptó con la voz. Ante él apareció Verónica, que parecía reprimir su llanto.

—Él no tiene nada que ver con esto, solo es un cabo suelto.

La imagen se agrandó y pudo ver que alguien sujetaba a Verónica por el pelo. Era el mismo viejo policía que lo había visitado horas atrás. Tenía una pistola pegada a la sien de Verónica.

—Señor Stiglitz, nos volvemos a ver antes de lo que yo esperaba. Verá, tenemos la ligera sospecha de que usted, por casualidad, sabrá quien es esta jovencita tan guapa.

El dolor de cabeza comenzó a hacerse más agudo y Alejandro notó que se le nublaba la vista.

—Le estoy hablando señor Stiglitz. ¿Sabe quién es ella o no? —Alejandro sacudió a cabeza intentado mantener la mente despierta.

—No —musitó.

—¿Cómo?, perdone, no le he oído.

—No la conozco de nada señor inspector.

—Vaya, entonces no le importará que le vuele la cabeza ¿verdad?

Verónica comenzó a llorar y Alejandro la miró directamente a los ojos. Ella le dijo «no» con los labios.

—¿Por qué no me responde, señor Stiglitz? Es que quiere que la mate.

—¿Si le dijese que la conozco, la dejaría vivir?

El policía comenzó a reírse.

—Es usted muy agudo, muy agudo la verdad... Sería un buen detective.

—Jamás trabajaría para hienas.

—Al menos las hienas pueden reír, señor Stiglitz. Es su última oportunidad. Dígame un nombre y unos apellidos, y le dejaremos en su apatía para siempre.

—Él no sabe nada, ¡dejadlo en paz! —gritó Verónica entre sollozos e intentando zafarse de la mano del policía.

—¡Cállate zorra! —le espetó el inspector a la vez que la golpeaba con la culata de su arma—. Ya me estoy cansando de esta mierda. ¡Le doy tres segundos, o me dice quién es, o disparo! Uno, dos...

Alejandro seguía mirando fijamente a Verónica.

—¡Tres!

El inspector apretó el gatillo y la pantalla se manchó de sangre.



—¡Mierda, joder, qué destrozo! —gritó el inspector—. Limpien esto inmediatamente. Nos volveremos a ver señor Stiglitz.

La conexión se cortó. Alejandro estaba arrodillado en el frío suelo de su apartamento. Un rubor extraño comenzó a asentarse en su rostro, se contrajeron los músculos de su cara y su abdomen, y como una presa liberada tras años de contención comenzó a llorar desconsoladamente. Las lágrimas caían tibias por sus mejillas y se precipitaban al vacío. Al final la muerte de Verónica no había sido en vano.

## Con Dios y con el Diablo

*Luis Enrique Maciel Delmás*

La Universidad de Málaga se convertía en noticia. La catedrática y directora del proyecto de la vacuna preventiva contra el HIV había desaparecido. Después de un año de ensayo en hospitales de Madrid, Barcelona y Málaga, la eficacia de su prototipo estaba comprobada. Había generado una respuesta inmunológica al VIH en el 90% de los 300 voluntarios sanos en los que se había probado. Importantes publicaciones científicas como *Vaccine* y *Journal of Virology*, recogían el estudio y lo catalogaban como el descubrimiento del siglo. Más allá del exitismo de los medios especializados, no cabía duda que esta versión sería la primera de la definitiva. Pero con la reciente desaparición de Francesca, el proceso de fabricación podría verse seriamente afectado.

Para la catedrática, hallar la cura del SIDA, era una obsesión que había comenzado gestarse desde el preciso momento que había puesto un pie en la universidad. Como todo profesional destacado, tenía motivos personales que la empujaban a seguir adelante, a pesar de lo difícil que era conseguir financiamiento y lo costoso de las pruebas. Años atrás su hermano y su esposa, habían muerto por la enfermedad. A su cargo quedaba su sobrina, que pronto desarrolló la enfermedad. La terapia retroviral no había funcionado. La niña nunca llegó a cumplir los 6 años. Su muerte fue lenta y dolorosa. Esta desgracia la afectó profundamente y prometió a Dios que dedicaría su vida para ayudar a encontrar una cura. Sus problemas de insomnio y su mala alimentación eran evidentes. Su cara era el mapa de la tristeza y era fácil ver como se dibujaban los años detrás de sus gruesas gafas. Pero Dios había escuchado su plegaria y tanto esfuerzo había valido la pena. No tendría pareja, hijos o una buena salud, pero tenía un prototipo que funcionaba y abría el camino para nuevas y mejoradas versiones.

La vacuna —antes de ensayarse en humanos— se había probado en ratones y simios, dando resultados asombrosos. A partir de este momento

empezaron a interesarse diferentes organismos —gubernamentales y no gubernamentales— en el descubrimiento. Como catedrática de la Universidad de Málaga había colaborado estrechamente con los ministerios de Ciencia y Sanidad. Particularmente con el Centro Nacional de Biotecnología. Al contrario de lo que muchos pensaban, gran parte de los fondos no provenían de estas instituciones. Provenían de un importante laboratorio farmacéutico que veía una oportunidad comercial en el financiamiento del proyecto. Su objetivo era recuperar la inversión con creces. Eso significaba que solo podrían acceder a la vacuna, aquellos que tuviesen el suficiente dinero para pagarla. Para empeorar las cosas, el laboratorio había puesto la condición de que el estudio se centrara en el desarrollo de la cura para VIH del tipo B, que es el más común en Europa y América. Para el laboratorio el resto del mundo no era un mercado atractivo para la venta.

Era un callejón sin salida. Sin fondos no había forma de progresar en la investigación y tampoco había otras opciones para la mayoría de los infectados del mundo. La inmunización que se había probado en Tailandia, había demostrado reducir en un 31% las posibilidades de infectarse en sujetos sanos —el primer resultado suficiente para hablar de eficacia de una vacuna— pero a todas luces, lejano para soñar con una producción masiva. La vacuna española había demostrado que generaba una inmunidad mucho mayor y que, además, se mantenía por más tiempo. «Tenemos un prototipo más potente que el de Tailandia», afirmaba Francesca en la conferencia de prensa. El fármaco era, además, más eficaz que otras vacunas desarrolladas con el mismo vector, que habían conseguido que generara una respuesta inmune entre un 20% y un 25% de sus usuarios, frente al 90% de los de B, creada por Francesca y su equipo. Por último, habían señalado los investigadores, que era capaz de activar tanto los linfocitos B como los T, y esto probaba su eficacia.

¿Pero quién era el padre de la criatura? Según el artículo 36: «La Universidad de Málaga podrá ceder la titularidad o el derecho de explotación de las invenciones a una entidad pública o privada y, en contrapartida, dicha entidad deberá satisfacer a la Universidad de Málaga, la oportuna regalía

definida en el contrato de cesión». Esto decía la normativa, aunque el contrato con el laboratorio era un poco diferente. La multinacional se quedaba con casi todo y las migajas de las regalías se las quedaría la universidad y el investigador. No era del todo injusto, si tomamos en cuenta que el laboratorio pagaba los gastos de un equipo de investigadores y procedimientos largos y costosos. Lo que era inmoral era el precio que se planeaba exigir al enfermo por la vacuna. Para Francesca, era como vender el alma al diablo y tirar todos sus años de esfuerzo a la basura. Le había prometido a Dios dar su vida para encontrar la cura del SIDA y ahora querían quedarse con su descubrimiento.

Dentro de este entorno complicado y técnico, el inspector Escriche tenía que desentrañar que había pasado con catedrática y su estudio. Había muchos cabos sueltos ¿Quién querría hacerla desaparecer? La patente ya estaba registrada, quizás sin la ayuda de Francesca y la información de su ordenador, su lanzamiento se retrasaría y habría que reconstruir una parte del proceso final, pero se lograría. Para el inspector, lo que estaba claro, era que el laboratorio tenía poco interés en hacer desaparecer a la doctora. Le saldría muy caro. En este tipo de casos, lo más común era buscar el culpable en su entorno familiar o sus relaciones amorosas. Pero Francesca no tenía marido, ni pareja, ni se le conocían romances. Según sus compañeros de equipo, estaba casada con su trabajo y solo vivía para él. La entrevista con el rector de la universidad había sido un poco extraña. Debería estar muy preocupado por la desaparición y el escándalo, pero su lenguaje corporal parecía indicar lo contrario. Estaba demasiado relajado, casi cómodo con la situación. Tenía las pupilas dilatadas y su mirada parecía perdida. Seguramente estaría medicado. Muchos en los altos cargos de responsabilidad, suelen tomar ansiolíticos o calmantes para bajar su nivel de estrés. Eso explicaría que sus miembros estuviesen tan relajados y esa forma particular de arrastrar el peso de su cuerpo. Quizás la entrevista más clara fue con la directiva del laboratorio. La enorme nariz del inspector no podía oler ningún rastro de conspiración. Estaba en cero. No tenía ni idea de qué había pasado con la doctora. De la noche a la mañana se había esfumado. Su coche estaba en el garaje. Estaba cerrado por dentro. Su ropa en el armario. No había huellas. Era inexplicable.

Al volver a casa, decidió tomar una siesta. Se sentía agotado por tanta información técnica y tanta amabilidad. Un sueño revelador lo despertó a las tres de la mañana. Fue hasta el living y empezó a armar el rompecabezas de nuevo. Había que revisar más a fondo su oficina y su casa; encontrar nueva información. Seguro que habían pasado algo por alto. Su instinto le decía que la culpable de la desaparición era la propia doctora, pero resultaba increíble que la víctima del crimen fuera el propio criminal. A menos que habláramos de suicidio, que no podía ser penado por obvias razones, aunque sí el intento. Doble castigo: sigue viviendo y tiene que ir a prisión. A Escriche le producía felicidad ver cómo el brazo de la justicia alcanzaba a todos. O a casi todos, porque en el caso de lograr el suicidio, el criminal se aplicaba a sí mismo la pena de muerte, pero como premio en vez de castigo. Digamos que se salía con la suya. Eran las paradojas de la justicia. Pero era mejor no pensar en eso y ponerse en marcha.

El rector de la universidad no tuvo problemas en cederle las llaves del laboratorio y de la oficina de Francesca. Sus compañeros de equipo fueron muy amables en dejar que él y su ayudante interrumpieran su trabajo para contestar innumerables preguntas. Eran demasiado amables. El inspector desconfiaba. Su oficina parecía una trinchera. Había pilas de papeles encima del escritorio, decenas de libros técnicos y diplomas en la pared. Pero su lugar preferido de búsqueda era siempre la papelerera. Porque aunque parezca mentira, cuando alguien quiere borrar pruebas, casi siempre se olvida de vaciar la papelerera. Y en este caso no era diferente. Escriche encontró una carta a medio terminar, donde la doctora protestaba por la poca inteligencia que había tenido el rector al negociar la patente de la vacuna. La punta del iceberg empezaba surgir entre las aguas del misterio. En los cajones había cartas del rector, donde intentaba tranquilizarla y hacerle «poner los pies en la tierra» como decía textualmente. Sobre el escritorio estaba una foto de Francesca y su hermano. Escriche tomó el portarretrato y quitó la foto. Un papel cayó al suelo. El teniente Merino se lo entregó inmediatamente. Decía «Si muero, esta es mi contraseña: secuestro1».

El descubrimiento confirmaba el hecho de no le estaban contando toda la verdad. Lo primero que hizo Escriche fue enviar a Merino a averiguar

todas las direcciones de mail personales y laborales que poseía Francesca y trabajar con el equipo de informáticos del cuerpo. Después volvió a la oficina del rector para que le dijera todo lo que no le había dicho:

—Señor rector. No me ha dicho toda la verdad. ¿Cuál era el problema de Francesca? ¿Porqué tenía que ponerle los pies sobre la tierra? Dígame la verdad de una vez por todas. ¿Qué está escondiendo? —dijo el inspector luego de tirarle las cartas sobre el escritorio.

—¿Soy el principal sospechoso? —dijo el rector tranquilamente.

—A esta altura de la investigación no puedo darme ese lujo. Todos son sospechosos. Incluso Francesca —al decir esto el Dr. Millán, quedó algo nervioso—. Empiezo a sospechar que la catedrática tiene un perfil bastante problemático. Algo que usted olvidó mencionar.

—Es cierto que tiene un carácter particular. Y es cierto que hemos tenido algunos problemas con ella últimamente. Ha intentado abandonar el proyecto en varias oportunidades. Parece imposible hacerle entender cómo son las reglas de juego.

—¿A qué se refiere?

—Francesca no puede aceptar que la vacuna quede en poder de la farmacéutica porque esta la comercializará a precios elevadísimos. Siempre ha considerado que es un descubrimiento de interés mundial y que debería estar en manos de la humanidad, no en los intereses de una multinacional. Si tomamos en cuenta que la mayoría de los enfermos de SIDA y portadores de VIH son del tercer mundo y nunca tendrán el dinero para comprar la medicación a menos que se produzca en forma genérica.

—Usted parece estar de acuerdo con ella.

—Y lo estoy. Moralmente ella tiene razón. Pero legalmente hemos firmado un acuerdo y nos hemos comprometido. Además, si no fuera por el financiamiento de la farmacéutica el estudio no se hubiese podido completar.

Esriche salió de la oficina más confundido de lo que había entrado. Pero entonces sonaba el teléfono. Merino y el equipo de informática, habían encontrado y hackeado dos de sus direcciones de correo, pero ninguna tenía

como contraseña «secuestro1». Sus direcciones estaban llenas de mensajes académicos y pocos personales, como para sacar algo en limpio. Se necesitaban semanas para encontrar un mail que les diera una pista. En la cabeza de Escriche, la línea del chantaje parecía encajar. Quizás la doctora se había enojado al no obtener dinero del laboratorio y en un arranque de rabia se había llevado la información del proyecto. Eso era seguro y lo confirmaría seguramente con los directivos de la farmacéutica. Lo que no sabía era si alguien la había hecho desaparecer o había desaparecido por su cuenta. De todas maneras eso se sabría si aparecía el cuerpo o una carta de extorsión. Escriche se sentía algo más animado y decidió ir a tomar una cerveza a un bar cercano a la universidad.

Era uno de esos bares de abuelitos, con una mesa de billar y un televisor de grandes dimensiones. Miraba al aparato sin prestarle mucha atención. De repente en la noticias ve la foto de Francesca, luego ponen una filmación de un grupo armado.

—¡Camarero! Suba el volumen del televisor inmediatamente— gritó Escriche, mostrando su identificación.

Según el canal de noticias, había llegado a su redacción un vídeo relacionado con el secuestro de la catedrática.

«¿Secuestro?!» —pensó el inspector para sus adentros. Al parecer, un grupo de enfermos terminales de SIDA, encapuchados y armados pedían un rescate por la doctora

¡Diablos! Eso no lo esperaba —se lamentó Escriche. No había nada que le indignara más que enterarse de algo así por las noticias. Esto lo cambiaba todo. Estaba en blanco de nuevo. Su instinto le había fallado. Se sentía un idiota. Lo único positivo era que el caso se simplificaba. Pero no tenía nada. Ahora solo había que esperar a que los secuestradores se comunicaran y explicaran sus demandas. Pidió un whisky doble y volvió a casa.

A la mañana siguiente los secuestradores habían enviado una carta al rector. Escriche entró en la oficina y cogió la carta con una pinza. El comando para la liberación de los enfermos de SIDA (CLES) —como se hacían

llamar— no deseaban dinero. Su exigencia para liberar a la doctora, era que la patente de la vacuna fuese donada a la Sociedad Internacional de lucha contra el SIDA (IAS). Decían que varios de sus componentes estaban en etapa terminal. Así que morir por la causa no era nada para ellos. El inspector quedó congelado. Por lejos era el peor caso de su vida. Cualquier otro secuestro sería fácil de resolver. Simplemente se aceptaban todos los caprichos y cuando estaban relajados, el comando especial actuaba para matarlos. Pero en este caso, no había forma de rastrear donde estaban. No habría un encuentro entre las partes para entregar el dinero. Porque no había dinero. Y no liberarían a la rehén hasta que se anunciara por los medios y entregara el acuerdo de la patente a la IAS. Dependían del laboratorio farmacéutico y estaba claro que el laboratorio no estaba interesado en salvarle la vida.

¿Cómo resolver un caso en el que la policía no podía hacer nada? El inspector se cogía de la cabeza. Los secuestradores recalcaban que no había posibilidad de negociación. Querían la patente y ninguna otra cosa. Ahora le tocaba al inspector reunirse con el directorio de la farmacéutica y negociar. Sin demora había que analizar la cinta y la carta para ver si se encontraban huellas. Había que tratar de rastrearlos y ver si se podía rescatar a la doctora, pero el gobierno no querría ser noticia por matar a varios enfermos de SIDA que reclamaban que la cura fuera accesible para todos. Así que no se podría utilizar al comando especial para esto. Merino tendría más trabajo que hacer y Escriche actuar con mucha inteligencia para salir de este embrollo. El directorio de la farmacéutica no quería ceder y prometía que los precios serían accesibles para todos. Con la ayuda del rector, intentó hacerles entender que eso no salvaría la vida de la doctora y tampoco les devolvería la información que necesitaban. Escriche sugirió que se podía hacer algún tipo de trampa legal para evitar que se cedieran los derechos. Podía ser quizás una cesión por tiempo limitado o algo así, de tal manera que les diera tiempo para averiguar donde estaba la doctora.

Al siguiente día los abogados entregaban a Escriche una copia del contrato. Merino, que era un poco más avezado en leyes, leía el contrato de cesión y movía la cabeza. Era demasiado obvio. El teléfono del rector sonó.



Eran los secuestradores. Querían saber cuándo tomarían una decisión. Escriche tomó el teléfono. No eran tontos, querían que el contrato se escaneara y se colgara en la página de la universidad. Tomando en cuenta la cantidad de alumnos y curiosos que querían leerla, tardarían mucho tiempo en desentrañar algo. Tendrían que rastrear todas las IP de la gente que había entrado en la página. No sacarían nada en limpio en semanas y para entonces Francesca estaría muerta.

El inspector hizo lo que los secuestradores pedían y le dio a Merino y al equipo de informática algo más de trabajo. La respuesta no se hacía esperar. Una caja arribó a la oficina del rector. Según el experto en explosivos, la caja era segura. Dentro había una carta donde los secuestradores decían estar muy enojados. Querían una cesión completa y no temporal. La sorpresa se volvió macabra cuando encontraron un dedo en la caja. Escriche lo envió a analizar inmediatamente. Francesca estaba en peligro. Los secuestradores hablaban muy en serio. El inspector sabía que no hay nadie más peligroso que alguien que no tiene nada que perder y los enfermos de SIDA sabían que estaban sentenciados a muerte. Fuera por una bala o por su enfermedad, estaban condenados. Así que eran de temer.

La televisión y la prensa no hacían nada más que complicar aún más las cosas. El gobierno presionaba al inspector porque no quería que el caso fracasara y costara la vida de la doctora. Por otro lado, la multinacional farmacéutica estaba viendo cómo se perjudicaba seriamente su imagen. La opinión pública ya estaba enterada del caso y algunos alentaban a que no se compraran sus medicamentos. Eso quería decir que cada día que pasaba perdían algo de dinero. Tenían que preguntarse qué le saldría más caro: ceder los derechos de la patente y perder el dinero proporcionado para la investigación o dejar que mataran a la doctora y luego intentar vender la vacuna. El trabajo sucio era para el Departamento de Finanzas, y no sería fácil determinar cuál de las dos decisiones le costaría más dinero.

El inspector no tenía más de 48 horas antes de que mataran a la doctora. Pero... ¿Cómo rastrear a los secuestradores? Sabía que tarde o temprano Merino y el equipo de informática podrían descubrir su paradero, pero no había

tiempo. Entonces, una luz se encendió en su mente y recordó «secuestro I». La doctora tenía esta contraseña detrás de la foto de su hermano. Eso quería decir que sabía de antemano que iba a ser secuestrada o ella misma había planeado su secuestro. Su instinto volvía a tener la razón. Había que investigar a la doctora, ella misma estaba relacionada con su secuestro. Eso simplificaba todo, la única duda era saber si el dedo era de ella. Seguramente sería de otra persona, a menos que la doctora estuviese dispuesta a cortarse un dedo por la causa. Unas horas después, las pruebas de ADN revelaban que el dedo pertenecía a la doctora. Todo el caso estaba patas arriba. Aún quedaba la contraseña, pero de qué era. No pertenecía a ninguna de sus mails personales. Quizás era de su ordenador o de una dirección de correo que desconocían. Había que encontrar la respuesta.

Esriche le pidió a Merino que buscara en el buzón de enviados todos los mails que contuvieran documentos adjuntos y/o cualquier dirección de correo que tuviese el nombre del hermano de Francesca. Mientras tanto, el equipo financiero de la farmacéutica había realizado su proyección a futuro y había llegado a la conclusión de que el daño a la imagen de la empresa costaría más a largo plazo que entregar la patente y luego vender los genéricos de su propia invención. Pero era como una violación comercial, la secuestrada era la patente y no la doctora. El directorio no parecía muy complacido, pero no había solución. Era un gran triunfo para los secuestradores, pero aún tenían que cumplir con su parte.

Esriche esperaba ansioso la llamada de Merino. Pero el teléfono no sonaba. La farmacéutica convocaba una conferencia de prensa. En los televisores de millones de hogares, el director de relaciones públicas de la multinacional farmacéutica más importante del mundo, anunciaba su intención de «donar» los derechos de la vacuna a la IAS. El documento del acuerdo se podía consultar en la página de la Universidad de Málaga, en la página de la compañía y en la de la IAS. Ahora solo cabía esperar la liberación de la doctora. El bien parecía superar al mal. El teléfono sonó. Era Merino, no tenían la información solicitada, pero tenían otra más caliente: la doctora aparecía

muerta en su casa y no había rastro de los secuestradores. El inspector cogió su abrigo y corrió a la escena del crimen.

El lugar era un reguero de sangre. Le habían o se había cortado las venas. Estaba sentada en sofá del living. En el suelo, había una escalera que conducía a una habitación. Escriche y Merino bajaron las escaleras:

—¿Cómo no vimos esto, Merino?

—Hay que tomar en cuenta que la entrada al sótano está del otro lado y cuando uno baja no puede suponer que le han hecho una división. Está claro que el vídeo se realizó aquí y ...

—Sabe que esto nos puede costar el trabajo, Merino. Lo sabe, ¿verdad?

—Lo sé inspector. Pero había puesto una alfombra y luego el sofá encima de la entrada. Nadie suponía que se fuera a secuestrar a sí misma y después suicidarse.

—¿Por qué está totalmente seguro de que se trata de un suicidio teniente?

—Las marcas en las manos son típicas de suicidio. Fue su propia mano, no tengo la menor duda. Claro que si fuera un asesinato sería mejor para todos. Nos ha engañado. El vídeo fue filmado hace meses —dijo Merino escuchando sus propias palabras con asombro.

—Para mí es un claro caso de asesinato. Solo hay que encontrar a los secuestradores. Si es que aún viven —dijo Escriche. Luego miró a los ojos a Merino. Hubo un segundo de silencio en el aire y Merino dio como un saltito y chocó los talones:

—¡Lo que usted diga inspector!

—Ahora, retírese y colabore con el equipo forense para ver si encuentran pistas de los secuestradores.

—Inmediatamente, señor —dijo Merino y esbozó una leve sonrisa.

Al inspector Escriche solo le quedaba recuperar el ordenador. No fue nada difícil encontrarlo, estaba en el suelo muy cerca del cuerpo. La contraseña era para acceder al ordenador. Estaban todos los archivos del estudio.

En el escritorio había uno que decía «abrir primero». Era un vídeo en la doctora confesaba haber tramado toda la operación para el bien de la humanidad y pedía que sus colaboradores no fueran encarcelados. No sería difícil encontrar a sus amigos, seguramente formaban parte de los voluntarios del estudio. El inspector sonrío para sus adentros. Su trabajo era solucionar casos, y para eso tenía que haber un culpable. La víctima no podía ser el asesino. Sin confesión no había culpable, sin archivo no había confesión. Así que no dudó en borrar el vídeo del escritorio y de la papelera de reciclaje.

Dos semanas después, la farmacéutica intentaba revocar por vía judicial la concesión de la patente. El proceso empezaba ahora y llevaría años. La IAS apelaría una y otra vez, mientras tanto, la farmacéutica tendría que esperar para tener los derechos de explotación o la creación de un genérico. El caso estaba resuelto. Escriche y Merino recibían el reconocimiento por su tarea. La vacuna ya empezaba a fabricarse y la doctora Francesca se convertía en la mujer de ciencia más importante después de Marie Curie.

Algunos meses después, el teléfono de Merino sonaba. Era Escriche, quería encontrarse esa misma tarde con Merino en el cementerio. Un par de horas después el nuevo inspector Merino se encontraba con su antiguo jefe:

—Vaya lugar para citarme, Escriche. ¿Las flores son para mí?

—Más quisiera Merino. Son para Francesca.

—Disculpe que le pregunte... pero si tanto le importaba Francesca y apoyaba su causa, ¿por qué no dijo la verdad?

—Era una situación muy complicada para resolverla en forma justa. Si era asesinada, quedaba como una víctima y no como una delincuente capaz de secuestrarse a sí misma y extorsionar al resto del mundo. No podía salirse con la suya, por más que tuviese motivos morales, había violado la ley. Tenía que ser castigada. Mártir sí, pero santa no. En todo no puede triunfar.

—«Mmmm», no me convence del todo su explicación, pero debo reconocer que su decisión ha sido la mejor para todos. Incluso para Francesca. Al final ha logrado su objetivo y no creo que le interesase el reconocimiento mundial. Solo me queda un cabo suelto: ¿Y los colaboradores? Son cómpli-

ces del secuestro ficticio y extorsión, pero no de asesinato. ¿Qué hacemos con ellos? No podemos acusarlos de algo que no han hecho.

—Tú te encargarás de encontrarlos.

—¿Yo?—dijo Merino.


—Sí. Tu primer caso como inspector. Y te encargarás que tu inexperiencia lo retrase lo más posible. Lo suficiente para que mueran en paz —dijo Escriche palmeando la espalda de Merino.

Algunos rayos del sol se colaban entre las nubes. Era hora de dejar el cementerio. Recorrieron el camino de salida en silencio y al cruzar el portón principal los dos tuvieron la sensación de haber cumplido con Dios y con el Diablo.

## **Las ineludibles y catastróficas consecuencias del Proyecto Paulownia**

*Elena Marqués Núñez*

### I

 El profesor Gari Gelman había sido invitado a dar una ponencia. Desde hacía dos años no solo participaba con sus investigaciones sobre las mutaciones espontáneas de la paulownia, sino que su equipo de la Facultad de Biología y Estudios del Suelo de la Universidad Estatal de San Petesburgo aportaba una generosa subvención para ultimar el trabajo de campo y sistematizar convenientemente los efectos de recuperación de aquella especie arbórea en suelos ecológicamente estresados. En esos momentos, las manos cruzadas sobre la mesa, el doctor Gelman mostraba su indignación como mejor sabía. Y en un hombre de tamaño envergadura y con un acento tan fiero produjo un efecto devastador. «Esto debe ser una broma de mal gusto» —insistía en su aberrante español aprendido en los Cárpatos.

Gari Gelman había llegado de San Petesburgo aquella misma mañana. El retraso injustificado del vuelo de Aeroflot ya lo había puesto de un humor de perros y le había acentuado en gran medida su mítica acidez de estómago. Aunque las nubes eran espesas al sobrevolar el Pulkovo, a medida que la aeronave avanzaba hacia el oeste se fueron difuminando al resol de un amanecer siempre inminente.

El profesor Gelman había nacido en Dnipropetrovsk, a las orillas del Dnieper, muchos años antes de que la catástrofe sumiera al río en su apocalipsis particular, y ya cuando se enfrentó al mar Negro en su viaje de graduación tuvo clara conciencia de que el mundo debía de acabar en las cálidas costas de Bulgaria. Fueron su enfermizo deseo de quietud y su carácter tímido, casi huraño, los factores que lo hicieron decantarse por una carrera eminentemente estática. Y qué puede haber más estático que las plantas, siempre aferradas a la tierra, echando raíces, profundizando con rizomas y cepas,

horadando túneles y alimentándose pasivamente sin inquietud alguna por cambiar de aires. Así que, a pesar de su padre, Yuri Andropovich Gelman, director vitalicio del Departamento de Relaciones Internacionales y, por tanto, creyente convencido del diálogo societario, el joven Gari se licenció con éxito en Botánica y acabó especializándose con inexplicable entusiasmo en Microbiología Vegetal, lo que lo obligaba a permanecer mucho tiempo al amable resguardo de los invernaderos.

Gari Gelman tenía siempre buen cuidado de elegir las rutas de tranvía más eficientes para no permanecer demasiado tiempo expuesto al aire libre. Los estudios adquiridos, hábilmente enfocados a sus propósitos, y sus fundamentados conocimientos de trigonometría lo ayudaron en esos cálculos. Era de los pocos que conseguían hacer de aquella rama de las matemáticas una ciencia eminentemente práctica.

Como sus mayores aventuras se habían reducido hasta entonces a acudir en tranvía a la Universidad, el hecho de volar le producía una fatiga inenarrable, un vértigo que no conseguía vencer desde sus primeros intentos en Laos, cuando a la vista de sus montañas rugosas sufrió un infundado embate de vértigos que derivó en ataque de ansiedad. Y que ahora, después de aquellas horas amargas, sobreponiéndose a todos sus fantasmas y terrores, se encontrara con un puñado de notas infantiles era de todo punto inadmisibile. Nunca hasta entonces en la historia de su carrera se había enfrentado a unas observaciones escritas a mano que comenzaran «como una carta a la novia de Ucrania», con términos ambiguos o incluso poéticos, poco científicos. ¿Qué era aquello de «El reblandecimiento de la madera empieza a ser anormal. El tronco parece surcado por infinitos surcos de larvas. Incluso a simple vista se distingue un movimiento ondulante, como si la planta utilizara un aparato digestivo lento y palpitante»? También el suyo, después de tantas horas de vuelo, crujía y repelía cualquier intento de ingesta.

La subvención peligraba si no había una corrección inmediata de los fallos cometidos hasta el momento. Solo era cuestión de tomarse las cosas un poco más en serio. Así que don Baltasar reunió a todos sus colegas para reorientar el proyecto y los métodos de investigación, aun sabiendo la pro-

cedencia de aquellas notas tan poco rigurosas. Pero precisamente el autor de las mismas no se presentó a la cita.

## II

Días antes, el joven estudioso que, ignorando la nomenclatura adecuada y supliendo sus vacíos teóricos con una mirada eminentemente lírica, anotara con tanto desparpajo y tan escasa profesionalidad sus observaciones vegetales paseaba estupefacto entre la espuria arboleda. In situ comprobaba, hoja por hoja, cómo los lóbulos de las paulownias habían crecido dos centímetros desde los últimos controles, aunque no en igual medida en todas las subespecies ni en la totalidad de las cepas. Las tormentosas, por ejemplo, traídas expresamente de Osaka por gentileza del profesor Fukunaka, se inflamaban peligrosamente por la base del tronco, donde se acumulaba la humedad como en un renovado tubérculo. A ellas se refería el investigador al hablar de «larvas y orugas que se movían bajo la superficie». Solo después, por leves incisiones practicadas en diversas partes del tallo, comprobó que la planta bebía a marchas forzadas todo lo que el riego por goteo le iba suministrando con timidez, como preparándose para meses de prolongada sequía. Por otro lado, la *elongata* que sembró el profesor Smitzer hacía escasamente seis meses ya alcanzaba los cuatro metros y sus primeras ramas se perdían de la vista. La contemplación de las mismas solo era posible en la distancia, desde el pequeño observatorio en que el joven investigador convertía los ventanales de la biblioteca. Y aunque aquel descerebrado llegó a pedir elevadores, pequeñas grúas móviles que sumar al proyecto, el rector se negaba con una inteligente reticencia. De hecho, tras los primeros resultados, asustado por lo exagerado del crecimiento de las fanerógamas y asesorado por el modesto grupo que buscaba la optimización del cultivo del aguacate, investigación mucho más práctica en la que diversas empresas del sector hortofrutícola de la Costa Tropical andaban ciertamente interesados, se estaba planteando muy seriamente suprimir el apoyo prestado hasta el momento. Ya había quedado demostrada la supervivencia de la especie en todo tipo de hábitats, se conocía de sobra su aprovechamiento ornamental y, siguiendo los pasos de aquel doctor de Georgetwon, habían concluido que, en efecto, la paulownia era el mejor cul-



tivo energético conocido para la generación de biomasa por su rápido secado al aire libre, sin olvidar la utilidad de la madera de kiri en la fabricación de guitarras acústicas y otros instrumentos de la nueva ola. Pero para el rector, consideraciones prácticas aparte, lo que en principio era un hecho curioso podía convertirse en realidad en una catástrofe de dimensiones incómodas.

A aquellas alturas del año, lejos aún la primavera que todo lo justifica y con resultados higrométricos dentro de los parámetros normales, el vivero mudaba en una maraña verdosa y exuberante que aumentaba en detrimento del tronco que la sustentaba. En poco tiempo, si el desarrollo de las partes continuaba en aquella extraordinaria desproporción, habrían de podar la cepa, disminuir las dosis de fertilizantes nitrogenados y experimentar con nuevos clones o, contraviniendo todas las instrucciones, con semillas cuidadosamente extraídas de las cápsulas dehiscentes, y celebrar luego el fracaso con una enorme hoguera en los días previos al carnaval, para lo que habrían de buscar, incluso, potentes combustibles coadyuvantes, dado el alto punto de ignición de aquellos troncos grisáceos tan semejantes a los del fresno de Canadá.

El biólogo pasó toda la tarde entre las altas lamiales. Como vulgarmente se dice, perdió la noción del tiempo. Cuando se percató, la noche se le había echado encima, o al menos lo que él pensaba que era la noche, pues las enormes hojas de los árboles, que sobrepasaban ya los siete decímetros de ancho, lo envolvían en una oscuridad perfumada que lo hacía bostezar. El olor debía proceder de las *paulownias fortunei*, reflexionaba, que se agolpaban en el ángulo más cercano a los edificios. De él se había quejado buena parte del alumnado, por producirles a veces un sopor invencible, una especie de embriaguez sorda que los desconcentraba, que les hacía perder el pulso en las prácticas y descojonarse en los exámenes.

El joven investigador decidió, pues, sobre la marcha, acampar en aquella selva temprana en que se había convertido el trozo de huerto que la Universidad les había adjudicado, no tanto por amor al trabajo como por no saber de qué modo escapar.

Mientras se acomodaba, recordó por un momento las historias de Julio Verne, el mundo prehistórico que encontrara Lidenbrock en las entrañas de

la Tierra, los *ents* móviles y parlanchines de los bosques de Arda, o incluso el cuento que lo aterrizzaba de pequeño, en que un humilde granjero vendía su vaca lechera a cambio de unas judías mágicas teletransportadoras a reinos inusuales. Pero estaba agotado por la jornada, por las mediciones y por el peso específico que las hojas como mantas iban adquiriendo. Así que, arrojándose con cuidado en una de ellas, definitivamente se quedó dormido. En ese tiempo también crecieron a destiempo las panículas.

### III

La mañana amaneció silenciosamente turbia. La humedad alcanzaba altos grados de condensación y el joven investigador se despertó con una desesperante sensación de ahogo. El espacio libre que dejaban las plantas empezaba a resultarle demasiado exiguo incluso para él, que antes de dedicarse a la botánica participó con el mismo empuje en un proyecto de microbiología litoral que lo había obligado a efectuar inmersiones subacuáticas en las cercanas aguas del mar de Alborán.

Pero en esos momentos, desprovisto de botella de oxígeno o de otro método de alivio menos llamativo pero igualmente consolador, el investigador respiraba con dificultad entre la floresta. Quizás había desarrollado una alergia repentina a la clorofila. Quizás las dosis de anhídrico carbónico aumentaban de modo exagerado y la convivencia en aquella enorme fotosíntesis lo estaba perjudicando. En sus pulmones sentía el peso del dióxido de carbono, una náusea invencible que le atenazaba las entrañas, si bien, paralelamente, la circulación de los miembros se agilizó a destiempo y un hormigueo nervioso lo mantenía sin descanso. Aprovechándose de esa hiperactividad, provocada posiblemente por aquella intoxicación espontánea (que de paso cauterizó un pequeño corte de su dedo anular), el joven investigador, midiendo sus fuerzas y racionalizando cada movimiento, desenterró la mochila, que había quedado amortajada entre las hojas, se aclaró las ideas con una cantimplora que conservaba, medio volatizada, de la noche anterior, y buscó el instrumental con que recoger nuevas muestras de tejido meristemático.

Aunque la temperatura había aumentado perceptiblemente y las raíces levantaban el suelo reseco y creaban trampas a cada paso tampoco quiso darle a esos hechos demasiada importancia.

#### IV

En esos momentos la reunión del grupo de investigadores se disolvía a las puertas del Salón de Grados. Las quejas sobre el comportamiento asistemático y caprichoso del «innombrable» no se hicieron esperar. Brotaron con la misma prontitud que los blandos esquejes de una *paulownia kawakamii*. Mientras un sector justificaba sus estrambóticos comportamientos por un entusiasmo anormal en estas nuevas generaciones y un infantilismo difícil de remediar por los inconsistentes procedimientos de la pedagogía moderna, otra facción menos piadosa confesaba llevar meses intentando averiguar la fortaleza de sus agarres. Pues no de otro modo podía explicarse la manera en que le colaron aquel elemento discordante en un equipo, hasta la presente, tan bien avenido y probo en el trabajo. Ahondando un poco en este último razonamiento, aún se desarrolló una sección que elucubraba sobre el deseo pecaminoso de privarlos de premios y galardones merecidos, de restar credibilidad a sus resultados e incluso vetarles la entrada a publicaciones de prestigio. Esto es, que algún enemigo del gremio hubiera decidido enviarles al joven investigador como efectivo medio de sabotaje.

Don Baltasar apagó las luces y en el rellano mostró su extrañeza. «Es raro que no haya dado señales de vida». Había pasado del enfado a una preocupación justificada, pues, si bien el joven investigador era completamente anárquico en horarios y nadie hasta el momento había conseguido de él un cumplimiento siquiera flexible de las normas internas, nunca había fallado a las periódicas llamadas de atención a las que, mal que bien, debía someterse. A lo largo de la mañana, después de tranquilizar al profesor Gelman y distraer su atención con otros trabajos secundarios, luego de invitarlo a la lectura de tesis de uno de los prometedores doctorandos de la Universidad y charlar apocadamente sobre literatura rusa, había intentado localizarlo varias veces a través del móvil, que se encontraba apagado o fuera de cobertura,

sin intuir que, en realidad, el aparato andaba pudriéndose felizmente entre las raíces de un híbrido bajo la atenta mirada del joven investigador, que por un momento pensó que, igual que los pequeños rizomas no hacían ascos al silicio y al coltán, bien podían continuar con el cuero de su calzado y las fibras de su jersey.

El equipo de botánicos bajó lentamente por las escaleras, acompasando los comentarios con paradas y risas. Alguno se entretuvo en el servicio y una gran mayoría hizo ademán de salir al exterior. En el progresivo descenso a los infiernos, el guía iba prendiendo las luces a su paso, pues, a pesar de que los relojes marcaban apenas las dos de la tarde, la oscuridad era casi absoluta. «¿Había anunciado algún eclipse para hoy?», bromeó una de las voces. Pero la cosa no era para tomarla a broma.

Don Baltasar aún se detuvo en la Biblioteca de Ciencias, donde el profesor Gelman buscaba con avidez algún libro con que llenar sus escasísimos huecos y se informaba del nuevo servicio de préstamos a visitantes. A través de este podía, en su próxima estancia en la capital andaluza, acudir a investigar a la Pablo de Olavide, donde lo habían reclamado para impartir sabiduría desde el Departamento de Biología Molecular.

Mientras recogía en un cartapacio gris toda la documentación obtenida en la visita, Gari Gelman, un poco más calmado y mostrando su hasta entonces escondida amabilidad, le confesó que para él «una biblioteca es mucho más que un templo. Es el lugar donde se cuecen los avances de todas las eras, la cocina donde se forman los intelectuales y se construyen las máquinas del futuro». No iba a contradecirlo en su entusiasta defensa de los libros. Ahora que lo volvía a tener de su lado, don Baltasar se esforzó por ganárselo del todo, y no solo le alabó la fluidez de su español, sino lo didáctico de sus artículos, la calidad de las imágenes con que solía complementarlos, la buena disposición de los gráficos, la exacta relación entre conocimientos y espacio de exposición y lo avanzado, en fin, de sus conclusiones. Sin embargo, falló ligeramente al intentar conducirlo por las vías espinosas del turismo, disciplina en la que el doctor Gelman era un perfecto berzotas que solo veía reportajes y coleccionaba postales de monumentos y paisajes forestales. Estas

últimas por motivos meramente académicos y las primeras por adquirir un barniz sólido de cultura general. Don Baltasar había olvidado por completo la repulsa del profesor a viajar o salir a la calle.

Finalmente los dos colegas llegaron al recibidor. Allí se toparon con el muro infranqueable de una muchedumbre algo alterada. Seguramente llovía a cantaros. Unas nubes terrosas procedentes del desierto habrían cubierto el cielo como otras veces. A duras penas se abrieron paso hasta las puertas de cristales, pero allí tropezaron con un nuevo obstáculo —este verde y leñoso— que les impedía a todas las luces una salida airosa. Las ramas de las paulownias trepaban por la fachada dejando un lánguido rastro de babas y llenando el aire de un insoportable olor a flores tempranas.

## V

Desde hacía ya un buen rato el joven investigador había abandonado su actitud serena y la había sustituido por un escandaloso concierto de llamadas de auxilio, del que el farallón de troncos y el cortinaje de ramas solo le devolvía un eco maloliente a podredumbre y humedad. Un irregular techo de hojarasca se cernía sobre él, moviéndose como una lenta marea fuliginosa, sin dejar pasar un resquicio de luz, así que a estas alturas no sabía si la noche se había echado encima definitivamente. Por otra parte, el reloj le había sido arrebatado de un manotazo certero de la *paulownia tormentosa* navajeadada momentos antes en su científico intento de desvelar lo que contenían sus entrañas. Con el pequeño manantial que brotaba del tallo (el agua le alcanzaba los tobillos) también perdía por completo la oportunidad de prender una hoguera con que aliviarse de la hojarasca o incluso llamar la atención a los de fuera.

El joven investigador, dolorido, empapado y medio ahogado por la reacción alérgica, buscaba el mejor modo de librarse de la responsabilidad de lo ocurrido, si bien sobre su cabeza gravitaban los conocimientos adquiridos en las clases de religión según los cuales toda actuación poco medida tiene sus nefastas consecuencias, y el contravenir las normas puede atraer inexcusables resultados. También se acordó del refrán «más sabe el diablo por

viejo que por diablo», que es lo mismo que decir que la experiencia consigue efectos más razonables que la osadía. Y él había ido rechazando una por una cada una de las instrucciones recibidas desde que llegó con un deje de chulería que ahora le resultaba tan innecesario como ridículo. Desde el primer día arrebató la tarea de la poda a quien hasta entonces la había venido ejerciendo, convencido de que su maestría en el corte haría crecer los brotes a mayor velocidad; suministró nitratos a las raíces, en contra de la opinión general de no emplear fertilizantes en los híbridos, y así desmán tras desmán. Había jugado a ser Dios y ahora obtenía su recompensa.

Pero no era momento de lamentarse ni buscar una buena moraleja que resumiera todo aquel desastre ecológico. Aún se desconocía el alcance de la catástrofe. Quizás todo fuera reversible. Quizás todo fuera un mal sueño.

El joven investigador se planteó seriamente la tarea de escapar. Primero apostó por la escalada, pero precisamente la estructura sin nudos de los troncos lo invitaban a resbalar como en una cucaña de feria. Ni siquiera contaba con la ayuda aquiescente de las ramas, que en esta especie crecen en paralelo al suelo y en otras circunstancias hubieran ofrecido una escala favorable. Las primeras de ellas quedaban tan alejadas de su vista que era imposible acceder a ellas.

Ideó entonces seccionar el resto de troncos hinchados por la humedad, con la intención de provocar una benéfica marea que lo arrastrara por entre las plantas que habían crecido en derredor; mas en este caso contempló con horror cómo esta vez sí se cumplían las palabras que tanta desazón causaran al doctor Gelman y de aquellas sangrías vegetales empezaron a brotar larvas y orugas que enfangaron aún más el humus que empezaba a florecer.

Como quiera que aquel ciclo iniciado ya no podía frenarse y que la humedad y el detritus fomentaban aún más el crecimiento forestal y aumentaban la desesperación del joven, volvió de nuevo los ojos al escaso material que conservaba. Con cuidado de no emparar las páginas con la lluvia que se había instalado (producto seguramente del efecto invernadero), con su sudor y sus cada vez más abundantes lágrimas, el joven empezó a hojear el cuaderno por ver si así recomponía el ánimo y encontraba en el ínterin algu-

na solución; pero solo descubrió una descripción inocente de la planta que le removió aún más las ganas de llorar. Con las podaderas inició el regreso, a oscuras, desorientado, sin saber si salía de la trampa o profundizaba más en ella, y a medida que avanzaba en su tarea de poda crecían nuevas hojas a su alrededor. Una por una fallaban sus tentativas de sobrevivir. Incluso ideó excavar un túnel, pero con las dimensiones de la azuela habría tardado años, y la tierra se convertía poco a poco en un improvisado manglar.

El joven investigador, desolado, se sentó a esperar.

## VI

«El hombre no es consciente de su poder hasta que no se enfrenta a la adversidad». Así soltó la frase don Baltasar al director vitalicio del Departamento de Relaciones Internacionales cuando vino a recoger los restos de su hijo. Quizás deberían haberlo preparado antes, pues solo pudieron presentarle un puñado de detritus que en nada se parecían al retrato que apareció en el *Sankt Peterburgskie Vedomostie* ilustrando el desagradable incidente. Pero debería sentirse orgulloso de que, venciendo su agorafobia, hubiera intentado salvar a un joven investigador con el que, por otra parte, tenía tantas diferencias.

Los acontecimientos se desarrollaron de un modo tan rápido que incluso para un experto era difícil recomponer las piezas. Don Baltasar solo repetía que Gari Gelman se adentró sin pensárselo en la maraña, a machetazos. Nadie sabe de dónde pudo sacar el arma. A medida que desprendía ramas y hojarasca, esta volvía a crecer, como las míticas cabezas de la hidra, envolviendo edificios, engullendo coches en una digestión lenta y pesada, restando oxígeno a los que asistían a aquel resurgimiento de la vegetación de la era paleozoica. Gari Gelman reclamaba a gritos desde la espesura que lo quemaran todo, pero las peticiones no llegaban con claridad. No tanto por la dificultad de encontrar las palabras adecuadas en un idioma que no era el suyo, como por el aleteo de los enormes lepidópteros que empezaron a sobrevolar la selva.

El Ejército tardó una semana en limpiar y roturar lo que fuera el pequeño invernadero donde experimentaba el grupo de investigación de Microbiolo-

gía Vegetal. Grupos ecologistas de toda Europa denunciaron el desastre, pues para eliminar brotes y larvas la hoguera permaneció viva más de setenta y dos horas, y la columna ocultaba Gibralfaro e incluso dificultaba las labores del puerto. Yuri Andropovich Gelman, director vitalicio del Departamento de Relaciones Internacionales, aún la intuyó entre los cirros cuando el avión despegó del aeropuerto de Málaga. Al final, aquel que en vida tanto temía las alturas, se quedó convertido en nube flotando para siempre.



## **Servicio maquinal**

*Gerard Moreno-Torres Bertran*

«Llega un momento en la vida en el que a todo ciudadano le toca servir. No tiene por qué ser algo voluntario, al menos en un principio. Hemos de aceptar este sacrificio a cambio de un bien global. Estoy hablando del servicio maquinal. Consiste, como ya sabréis, en la inserción de una persona en una máquina. La idea se inspiró en los órganos artificiales, como los implantes cocleares. Esta práctica tuvo relativo éxito, y aún se considera un hecho histórico importante, aunque hoy en día solo se pueden ver estos implantes en museos. Gracias al desarrollo del llamado ‘implante humano’ hubo un salto tecnológico. Combinando el sistema nervioso del ser humano con la electrónica del carbono, el paradigma de la ciencia cambió completamente. Un simple ordenador del siglo XXI, con implante humano, igualaba a todos los superordenadores de la época. Las nuevas capacidades de almacenamiento y procesamiento de datos cambiaron la ciencia, la técnica y también la forma de pensarlas. Podéis recordar esto: la agricultura, la escritura y el implante humano. Esos son los mayores logros de la humanidad».

Las caras aburridas de mis alumnos oscilan entre el suelo y las pantallas de sus pupitres. Siento la obligación de mantenerme erguido aunque el tedio me invada. No puede importarles menos, ni lo que explico ni yo mismo. En una semana dejaré sus vidas, vendrá otro profesor de historia, pero la historia será la misma.

«El servicio maquinal consiste en hacer la función de implante humano durante al menos un año, justo al nacer el segundo hijo o al cumplir cuarenta años». Pienso para mí en lo que no les estoy diciendo sobre el servicio maquinal... La gente es recogida para ir al servicio maquinal a diario en silenciosas furgonetas negras. De los que van, casi nadie deja el servicio. Los pocos que abandonan el implante humano son personas extrañas, no bien integradas en la sociedad, desgraciados y marginados. Ninguna emoción asoma en mis alumnos: ni miedo, ni curiosidad.

Suena el timbre que marca el final de la clase y, antes de que pueda dar la última palabra, el ruido de sillas y mesas moviéndose me enmudece. Basta solo un minuto para que me quede solo con las inmensas preguntas que me atormentan... En una semana será mi cuarenta cumpleaños y cumpliré la noble misión de servir a todos mis amigos, conocidos, conciudadanos y... al mundo.

Aún siendo profesor de Historia, no tengo demasiada información sobre el implante humano. ¿Cómo funciona realmente? ¿Por qué tan pocos lo dejan? ¿Qué hacen contigo mientras estás allí? No conozco a nadie que pueda explicar de primera mano la experiencia. ¿Qué es realmente el implante humano?

Tengo una generosa paga extra y vacaciones para esta última semana, pero no tengo idea de cómo gustarla. La clase vacía se me antoja nostálgica, con sus sillas y mesas desordenadas. En un extraño impulso, decido poner cada pieza de mobiliario en su sitio. En unos diez minutos tengo todo recogido y para agradecerlo me cae una gota de sudor de la frente por las prisas.

Finalmente voy hacia casa. Iba en dirección al supermercado cuando me llama la atención la entrada de un pequeño café. Es un sitio gastado por el tiempo, con sillas viejas y carteles chillones sobre espectáculos ya extintos. Tan viejo... En cuanto paso delante del lugar, un hombre que estaba sentado en una mesa del café se levanta y choca conmigo. El impacto es fuerte pero me he dado cuenta de que mete la mano en mi bolsillo. Me llevo la mano al bolsillo y encuentro un pequeño dispositivo de memoria. El hombre se ha disculpado y está corriendo. Es muy alto, lleva gabardina y un sombrero tan oscuros que se camufla como una sombra. Saco mi libro electrónico para comprobar qué hay en el dispositivo. Encuentro un virus tan potente que borra todo el sistema operativo. La pantalla está azul y tras un instante se leen en la pantalla unas letras blancas: «ESPERE Y SIGA LEYENDO». En vez de sacar el dispositivo, decido hacer caso al virus. Me acerco a un callejón donde me apoyo en la semioscuridad de un viejo muro. La luz azul parpadea rápidamente y el libro se calienta por momentos. De repente el parpadeo cesa y todo se queda negro. Un extraño código cruza la pantalla seguido de un mensaje en letras blancas:

«Si quiere saber más sobre el implante humano vaya a la calle \_\_\_\_ dentro de dos horas. Lleve el libro consigo».

Mi curiosidad está encendida, tengo que ir. A las dos horas, puntual como un reloj, estoy esperando en la calle acordada. Analizo a cada persona que se acerca, inquieto les observo y busco en ellos una mirada de complicidad. Pasan diez minutos, veinte, treinta; un hombre se acerca pero solo quiere preguntarme qué hora es. Ya no sé por que estaba tan nervioso... Entonces el libro empieza a vibrar, lo saco del bolsillo y otro mensaje aparece:

«Pare el siguiente taxi que pase».

Perplejo, pero convencido, alzo la mano. Un taxi se detiene. Los cristales tintados no dejan ver el interior y la puerta se abre antes de que pueda imaginar nada. Me acerco dubitativo, aunque no tengo tiempo para pensarlo porque, nada más acercarme, siento unos brazos tirando hacia dentro. El taxi se pone en marcha y me ponen una bolsa en la cabeza junto con una mordaza. Después de un tiempo angustioso, de extrañas vueltas, me quitan la bolsa y veo que hay dos personas: un hombre muy grande y una mujer sentada en el fondo del taxi, mirando alternativamente por la ventana y hacia mí.

—Bájate, rápido —dice la mujer.

¿Cómo no me he dado cuenta de cuando paraba el coche? Bajo rápidamente.

—Danos el libro.

Se lo doy sin pensar y el hombre lo parte apretando con su mano. Me suda la espalda tanto que tengo la camisa pegada como una segunda piel. La mujer enciende un cigarrillo compulsivamente. Se oculta tras unas gafas de sol, por lo que es difícil decir siquiera su edad. Estoy en una explanada de hormigón, cubierta por un techo de más hormigón. Toda la luz viene de viejos y podridos neones. Una brisa helada pasa a nuestro lado y desaparece por la oscura lejanía. Baja el conductor, que resulta ser el hombre con el que me choqué antes, o al menos se parece a él. Algo en la cara de este hombre es tan familiar...

—No tenemos mucho tiempo, nos vigilan constantemente. Tampoco te podemos explicar demasiado. Solo lo necesario —dijo la mujer.

—¿No me podéis explicar nada? Solo he venido para saber qué tenéis que decirme sobre el implante humano.

—Lo sabrás todo con el tiempo. Pero antes tenemos que darte algo importante —dijo el hombre grande.

Se va caminando solo hacia la oscuridad. Tuve el instinto de seguirle pero las miradas de sus dos compañeros me congelan en el sitio. El ambiente intimidado, aunque ellos no parecen más cómodos que yo. Suena un ruido de trastos tras lo que reaparece el mismo tipo de antes con algo escondido en su enorme puño.

—El gobierno no te dejará salir del implante humano. Si quieres «volver» necesitarás ayuda —puso énfasis en lo de volver. Después extiende la mano y veo una especie de huevo de carne, color anaranjado, como un enorme huevo de gallina. Se le marcan algunas venas púrpuras e incluso parece que está latiendo.

—Este es un parásito indetectable por el gobierno, ahora mismo está en letargo y tardará algunos meses en eclosionar. Llegado el momento te ayudará a salir de allí.

—¿Cómo me va a ayudar eso a salir?

—No te lo podemos decir.

—¿Qué me voy a encontrar?

—Tampoco te podemos decir eso.

Con una mano pone el huevo en la mía y con la otra hace que cierre los dedos como si guardara un corazón o un alma. Tiene un tacto húmedo y debe estar por lo menos a cuarenta grados.

—Cógelo bien, no se romperá. Tendrás que tragártelo si quieres salir. Puedes hacerlo ahora o más tarde. También puedes renunciar. No nos importa si decides quedarte ahí para siempre. Solo podemos ayudar a quien quiere ayuda.

Meto el huevo en el bolsillo sin saber qué voy a hacer. Me mandan meterme en el coche y con la bolsa en la cabeza, otra vez, nos marchamos. Esta vez sí noto cuando el coche para, me quitan la bolsa y estoy fuera del

vehículo casi a golpes. ¿Dónde mierda me han dejado? Pongo la mano sobre el bolsillo y compruebo que allí sigue el maldito huevo. Tengo pocas ganas de tragarme ese huevo. No tengo ninguna garantía de nada.

Reflexiono sobre el hecho de que nunca he visto una persona mayor salvo en fotografía. Su piel se vuelve tan extraña... parecen débiles. La medicina hoy en día puede retardar los efectos del envejecimiento y las personas pueden vivir mucho más. En realidad ya no se conoce una cota máxima de edad... claro que todas las personas conocidas que viven tanto están sirviendo de implante, por lo que en las calles nunca ves a una persona sin fuerzas o energía. Todas esas personas... todos se entregan por los jóvenes, por gente como yo. Ellos me han permitido llegar hasta aquí... les debo el servicio...

Estoy decidido a tirar el huevo en la primera papelera que encuentre, tal vez entregarlo a la policía. Palpo el huevo con la punta de los dedos y siento cierto asco. Tiene un tacto viscoso y late con una fuerza perceptible. Voy a tirarlo, lo he decidido. Veo una papelera pero cuando estoy al lado, una enorme mano me ase por los codos. Es uno de los hombres de antes, el que me dio el primer dispositivo e hizo de conductor. Sin soltarme de uno de los brazos, se quita el sombrero. Para mi sorpresa, su rostro está arrugado, apenas tiene pelo, y el poco que le queda es color plateado. Su expresión es de tristeza, preocupación y en sus ojos verdes transluce una tierna compasión. Esta cara me resulta tan cercana... como si la conociera de toda la vida. El verdor de su mirada recuerda algo, como la hierba de un parque infantil o las hojas de un bonito geranio. Sin dejar de mirarme dice: «No lo hagas». Después me suelta y se va. No tengo tiempo a reaccionar y antes de darme cuenta el hombre se ha convertido en una silueta con sombrero.

Puede ser una locura, una búsqueda de riesgo innecesario... pero quiero confiar en este hombre, algo dentro de mí sabe que lo poco que me dicen sobre el implante humano es cierto. Corro hasta mi casa sujetando con fuerza el objeto que late en el bolsillo. Llego sudado y me quito rápidamente la ropa. Ese momento de desnudez me trae una serenidad que no recordaba haber sentido nunca. Sostengo en una mano el huevo, con la otra me acaricio el pelo, la barba de tres días, el pecho y finalmente la aprieto fuertemente contra mi propio

vientre. Como si despertase de una resaca, miro en derredor para percatarme de todo. No necesitaré mirarlo otra vez. Puedo sentir el repulsivo vibrar de vida y hambre. Lo pongo en mi boca, no sin una arcada. Aguanto las ganas de vomitar aunque el esfuerzo hace que caiga arrodillado. Apenas puedo cerrar la boca pero sigo apretando la mandíbula. Pese a ser de carne la superficie del huevo es de una dureza desconcertante. Me duelen los dientes, cuando noto que el mismo huevo se revuelve violentamente, empieza a moverse de un lado a otro en mi boca. Me aterro demasiado tarde porque el bicho ya lucha por entrar dentro de mí. El terror y el asco hacen que me abandone completamente a convulsionar y a dar golpes contra el suelo. De alguna forma venzo el instinto de escupir el huevo y dejo que se meta dentro de mí. Tengo el paladar y los dientes doloridos, pero ya siento deslizar el grosor por la garganta. El dolor empieza a clavarse por el esófago y un sabor a sangre me baja por la lengua. No sé qué he tragado, pero debe ser algo vivo, algo asquerosamente vivo.

¿Dónde iré en una semana? ¿Qué puedo o quiero hacer?

---

Es el último día. Ya he dicho adiós a todos mis conocidos, ahora espero sentado en el sillón de mi salón ¿Qué harán con mi casa? No había pensado en eso... Miro mis pertenencias y casi no las reconozco. Creo que me da igual qué le pase a mis cosas. Alguien llama a la puerta. Abro a dos tipos altos y corpulentos, trajeados y con sonrisa boba. Dicen ser agentes gubernamentales.

—¿Está preparado?

Respondí afirmativamente. Me metieron en la furgoneta negra.

«¿Sabrán lo del huevo?». Hay tres personas más en el coche. Una de ellos es una mujer muy joven, que seguramente acababa de tener su segundo hijo. Por un momento he imaginado que se le caía una lágrima, pero rápidamente ha girado la cara de forma que no puedo asegurarlo. Los otros dos son hombres, con alguna peculiaridad que aún no entiendo. Parecen felices, orgullosos, sonrientes... Sus expresiones... no son solo parecidas. ¡Son la misma! Deben ser gemelos.

—¡Hola compañeros! ¿No estáis ilusionados? —dice uno de los gemelos.

—¡Claro que lo estoy! —responde el otro.

—¡No te pregunto a ti! Ya sé lo que tú piensas. Intento conocer a nuestros compañeros.

—¿Compañeros de servicio maquinal? No sabía que se hacía en grupos... Nadie me ha hablado mucho sobre ello —rápidamente me arrepiento de haber seguido este diálogo.

—¡No hablo del servicio! Hablo del cumpleaños. Es increíble que hoy vayamos a conocer a gente que haya nacido el mismo día que nosotros.

—¡Yo nací el mismo día que tú!

—Sí, pero a eso estoy acostumbrado. Hoy seremos por lo menos seiscientas personas con el mismo día de nacimiento. Estoy muy ilusionado.

—¡Yo también!

Siguen diciendo todo lo que les pasa por la cabeza.

—Ella no parece tan mayor. Seguramente no haya nacido este día...

—Bueno, eso es decepcionante... pero somos compañeros de coche ¡Bienvenida compañera!

La chica ni siquiera se gira para mirarlos. Probablemente no está escuchando.

—Mi nombre es Claus.

—Yo soy Klein.

Miran con tal estupidez e ingenuidad que es imposible no responderles.

—Mi nombre es Andrés.

—¿Andrés? Bonito nombre. Es clásico, contundente, viril...

Además rima con... —Klein se queda en silencio durante algo de tiempo, pensando.

—¡Revés! —el otro interrumpe, a lo que Klein responde con una mirada de infinito desprecio.

—¡Cómo te atreves a robarme la rima! ¡Iba a decir eso mismo! Ahora tendré que buscar otra palabra... ¿Sabes cuánto me cuesta? Esta vez no te perdonaré...

—Revés... ¿Estás del revés?

—Creo que no – Ya no tengo más remedio que seguir hablando.

—¿Solo lo crees? Deberías saberlo... Sería de lo más preocupante estar del revés, sobre todo sin saberlo.

—Rima con... —Klein está reflexionando profundamente.

—No sabría como comprobarlo.

—Puedes intentar hacer el pino. Si lo haces muy bien, tan bien como para que te sientas más cómodo así que estando derecho, probablemente estés del revés.

—Tendré que probarlo... Gracias por el consejo.

El viaje continúa. Klein parece haber perdonado a Claus, pero solo para encontrar otra palabra que rime con mi nombre. Discuten, gritan, se exaltan... La chica me despierta cierta compasión. También envidia. Ella no quiere estar aquí. Yo no sé dónde quiero estar.

En pocos minutos el coche se para. Frente a nosotros hay un complejo de edificios de cristal con pilares blancos. En un gran corredor al aire libre se reúnen todos los que cumplirán servicio maquinal. Se oyen gritos de felicitación, canciones de cumpleaños, también nos rodean miradas confundidas y se siente la preocupación de algunos en el ambiente. Una procesión de furgonetas negras llega de todas partes.

De repente la masa de gente empieza a moverse hacia el centro del complejo. Nadie nos dirige, nadie nos ordena. Nos movemos sin saber por qué ni a dónde. He perdido de vista a la chica y a los gemelos. No se ven ya furgonetas por ningún lado, solo gente.

La entrada a la torre es tan amplia que pronto estamos todos dentro, unas seiscientas o setecientas personas sin voz ni guía. La luz lo abarca todo, el aire huele diferente que en el exterior. Una gran pantalla cae del techo. Parece que por fin vamos a saber algo de lo que hacemos. Se proyecta una película:

«Hola a todos. Bienvenidos a su proyecto maquinal. En breves momentos les haremos unas pruebas físicas tras las cuales podrán...».



La respiración se me ha cortado, además debo tener la cara completamente blanca. Maldición no sé qué hacer... ¿Encontrarán el huevo? ¿Debería huir? ¿Qué harán si lo encuentran?

No tengo más tiempo para pensar, unos individuos vestidos como médicos, completamente de blanco y con los rostros cubiertos por mascarillas, empiezan a meter a todos los presentes en pequeñas salas. Hay cientos de salas... En pocos minutos la gente desaparece, solo quedamos la mitad. Mientras tanto, intento alejarme lo más posible de los médicos. No puedo ir más atrás, estoy casi de espaldas con la entrada del edificio. Aunque no me sorprende demasiado, me da un escalofrío descubrir que están cerradas. Vienen a por mí, ya no puedo huir. Apenas veo los ojos de esta gente, no tienen más expresión que la de su blanca vestimenta.

Me cogen de un brazo con brusquedad. Dos médicos me hacen andar hacia una dirección, recibo un empujón, otro, y así sucesivamente hasta que llego a una de las salas. Es pequeña, con solo diez personas dentro, además de algunos médicos que van entrando y saliendo rápidamente. Para mi sorpresa, la chica del coche está ahí conmigo. Ella no me ha visto, está absorta. A través de una puerta desaparecen los que prestan servicio, uno por uno. La puerta se abre y cierra tan rápidamente que no se puede ver nada de lo que hay al otro lado. Es el turno de la chica. En cuanto la agarran noto como presta resistencia. El que la prende es mucho más grande que ella, la levanta a la fuerza, pero ella sigue resistiendo con evidente desesperación. Noto como el otro saca algo de un bolsillo disimuladamente. Es algo pequeño... no logro verlo, está tapado por la palma de su mano. Entonces pone la mano sobre el hombro de la chica, que al instante pierde el conocimiento. «Pobrecita, está tan nerviosa que se ha desmayado» —dice eso y los demás ríen.

Durante unos minutos no se oye nada, ni a la chica, ni a todos los demás que entraron. Creo que ninguno se resistió, aunque no quise mirarles al irse. No tarda mucho en llegar mi turno. ¿Qué es lo que he hecho? ¿Por qué lo he hecho? Un sudor frío me cae por toda la cara, las manos, la espalda... Me hacen levantarme y nada más pasar el umbral, la puerta se cierra. Aunque tengo a alguien a mi espalda, siento que ando solo. La luz es tan intensa que tengo

que girar la vista. Dejo de andar porque de alguna forma intuyo que tengo que hacerlo. Entonces todas las luces se apagan. No hay duda de que estoy solo.

«Hola. ¿Puede quitarse la ropa, por favor? Hemos apagado las luces para proteger su intimidad. Ahora vamos a proceder a un rápido examen médico». Esta voz retumba desde todos lados, debo estar en una especie de cubículo. Hago lo que me mandan. Estoy cada vez más asustado. «No esté nervioso, su corazón va muy deprisa. ¿Quiere música?». Aunque no respondí, debieron leerme la mente porque empezó a sonar *The end* de The Doors. Como si cientos de años no hubieran pasado, la voz de Jim Morrison invade la oscuridad de la sala haciéndome sentir extraño, pequeño y apaciguado. ¿Cómo se les ocurre poner esta canción? ¿Es un chiste macabro?

Las emociones de las guitarras y el órgano no envejecen a diferencia de nosotros. Siento algunas sondas posándose en mi cuerpo. Siento una aguja clavándose, he empezado a temblar. Sacan sangre y temo qué más puedan hacerme casi tanto como lo que puedan descubrir. Estoy temblando aunque no siento ni frío ni calor.

Las pruebas se prolongan más de lo que pensaba. ¿Han estado tanto tiempo con los otros? Al sonido de las palabras: «Father, I want to kill you...» no responde mi cuerpo, solo tiemblo y procuro no caerme. Cuando suena el famoso «Mother, I want to...» ni siquiera sé donde estoy, si estoy de pie, de donde viene la música... Hay tanto eco que apenas puedo distinguir los instrumentos aunque conozco la canción de memoria. Puede que me desmayara, puede que me dieran algo, solo recuerdo haber oído una última vez «the end»...

Estoy completamente inmovilizado, no siento ninguna de mis extremidades. Me encuentro perdido en la oscuridad de la conciencia. Solo puedo oír algunos ruidos del exterior. ¿Están moviéndome? Llegan sonidos de metales y golpes, voces y carne. ¿Hay una maquinilla de cortar el pelo? Siento frío aunque no sé de dónde viene... Estoy perdiendo el contacto con la realidad... el poco que ahora tengo.

---

¿Dónde estoy? Tengo el cuerpo entumecido... ¿Estoy tumbado? Quiero abrir los ojos pero no soy capaz. La respiración... tampoco la controlo. Como si soñara caerme, de repente despierto. Resulta que estoy en una especie de cápsula. Tengo agujas y sondas clavadas allá dónde mire. Solo hay una tenue luz verdosa que no sé de dónde viene. Levanto la vista, me encuentro que no estoy solo. Hay cientos, miles de cápsulas apiñadas. Por lo que veo parecen estar distribuidas pegadas a los muros de la estructura. Solo veo cápsulas, cada una con su tenue aura luminosa y un rostro a contraluz. Así parecen todos iguales, todos desnudos y con la cabeza afeitada. Intento pasarme la mano por la cabeza cuando descubro que no tengo la movilidad a la que estoy acostumbrado. Los movimientos que hago son lentos y pesados. Resulta tan doloroso que desisto y simplemente dejo caer la mano, que estaba a la altura de mi cintura. Todos los músculos de mi cuerpo están en el mismo estado. No sé si he perdido fuerza o práctica. ¿Cuánto tiempo llevo aquí?

El tiempo transcurre extrañamente. A todas horas se oyen ruidos lejanos, de metal y crujir. Querría quitarme todos estos enchufes, salir de esta lata de cristal; pero tengo miedo de moverme, del dolor, de lo que espera afuera. Me llegan oleadas de placer, a las que sigue un dolor punzante en el estómago y pinchazos en el corazón.

Un dolor me atraviesa el costado. Aunque ha empezado como un leve cosquilleo a la derecha del corazón, bajo el pecho; ahora es una tortura. Noto como si la propia carne se estuviese peleando consigo misma. Vacío y dolor. Llego incluso a dejar escapar alguna lágrima. Estoy tan asustado que empiezo a levantar las manos para arañar la superficie de la cápsula. Se quiebran las uñas y me sangran los dedos.

Tal vez ya han pasado días desde que el dolor empezó. No puedo saberlo. Mis movimientos son algo más diestros. Casi puedo empujar con la palma de la mano hacia fuera... un poco más de fuerza...

Siento que muero. Creo que sería capaz de andar si saliese de aquí. Pero el dolor no solo me incita a moverme, también me desmoraliza. La locura me acecha.

Un ruido se acerca, es algo que hasta ahora no había escuchado. Últimamente no podía fijarme en nada que no fuese el dolor que me rasgaba el

pecho. Quizá este fuera el mismo ruido de siempre, el monótono cantar de las cápsulas y sus habitantes. Qué silenciosos son... que dulce es su ignorancia, y que dura su rigidez ¿Qué es lo que pasa? Estoy seguro de que nunca había oído esto.

Una luz deslumbra completamente mi cara. Tiemblo de miedo y dolor. Estoy empezando a ver. Algo parecido a un astronauta está ante mí. Levanto las manos para cubrirme la cara. En cuanto hago esto, la puerta se abre. El aire que entra es tan frío que congela mi nariz y mis pulmones. Varios brazos me sacan, semiinconsciente y a la fuerza. Decenas de agujas se arrancan de golpe. Siento manar la sangre.

Tengo sobre los hombros una manta... ¿Cómo ha llegado ahí? Camino mecánicamente, sin prestar atención donde piso. Tropezco, caigo, los mismos brazos me levantan. Giro la cabeza, descubro que todos los que están en las cápsulas tienen una amplia sonrisa. Parecen tan satisfechos y felices... Algunos mueven la cabeza de un lado a otro, los brazos como si fueran bebés, se intentan acurrucar. Resultan ridículos en su cuna de luz verde, quietecitos, indefensos. Me detengo al ver un rostro que conozco... Esta es la chica de la furgoneta. Qué diferente esta ahora. Está más delgada, se le marcan los huesos en la cara. Su desnudez despierta pena pero tiene una sonrisa tan sincera e inocente que no parece haber sentido tristeza nunca.

Por un empujón vuelvo a caminar. ¿Qué tiene el aire de este sitio? Los que me llevan no respiran el mismo aire, llevan escafandras, que los esconde con un cristal espejado.

Sin saber cómo, aparezco en una habitación de lo más acogedora. Estoy sentado frente a una mesa negra, elegante, mientras sigo envuelto en la manta. En esta luz puedo ver como la piel se me ha puesto azulada y se transparentan todas mis venas. Hay alguien sentado al otro lado, oculto tras un gran sillón giratorio. La sorpresa es inmensa cuando se gira y observo sus rasgos envejecidos como una encina centenaria. Un cabello blanco, tan fino que podría quebrarse espontáneamente, deslumbra en su piel llena de manchas y arrugas. Tiene una sonrisa tierna, amable, pero con labios mentirosos. Su mirada... su mirada no es solo vieja, es sobrenatural.

—Hola Andrés. ¿Te apetece un té o un café?

¡Una voz humana! Tiene palabras y recuerdo su significado.

—No.

Me cuesta articular, también sufro debilidad en la lengua y la mandíbula.

—Gracias...

—Entiendo, después de siete meses en hibernación es difícil volver a comer algo. Aún así deberá forzarse o se desnutrirá.

Siete meses... ¿Será verdad? No pueden haber sido siete meses. Aún siento cercana la despedida de Jim Morrison: «the end...».

—No se preocupe por nada. Es normal la confusión cuando uno despierta de la hibernación. Sobre todo en las circunstancias que usted lo ha hecho.

—¿Qué circunstancias?

—Verá, normalmente deberíamos haberle despertado pasado un año, pero tiene una extraña enfermedad que impide que siga en estas instalaciones.

—¿Qué enfermedad?

—Sencillamente, su hígado ha mutado de forma muy extraña. Notamos algo de movimiento en su cápsula por lo que decidimos administrarle algunos tranquilizantes pero usted sufre algún tipo de reacción adversa frente a los analgésicos...

—¿Cómo? Pero entonces... ¿Qué haré si no estoy aquí? ¿Estoy enfermo?

—Vivirá algo de tiempo pero no podemos mantenerle en estas instalaciones.

—¿No puedo recibir un trasplante? ¿Qué clase de trato es este?

—La situación es complicada. No podemos curarle. Más bien, no debemos curarle. Deje que le haga una pregunta. ¿Cuántos años cree que tengo?

No sé qué edad tiene... parece muy viejo ¿Qué me importa su edad?

—Tengo novecientos treinta y siete años.

—¿Pretende que le crea?

—Puede parecer sorprendente pero así es. Hace ya más de un milenio que no muere prácticamente nadie. En el mundo ya hay más que suficiente

número de personas. Estamos ante un serio problema de superpoblación. Si curamos a todo el mundo, pronto agotaríamos los recursos del planeta. El implante humano es la solución... Podemos acabar con el hambre, el dolor y la enfermedad, aprovechando el exceso de vitalidad del planeta.

—¿Es eso cierto? ¿Pero qué pasa si alguien quiere dejar el implante humano? ¿Los tienen aquí drogados y no les despiertan nunca?

—Eso no es exactamente cierto... Tras un año, preguntamos a los implantes si quieren dejar su servicio. Pero nadie quiere dejarlo.

—¿Cómo es posible?

—Porque hemos vencido a la muerte, pero la gente necesita morir. La vida como implante es el nuevo descanso eterno. Hemos acabado con todo lo malo, exterior al hombre. Gracias a todas las sustancias que introducimos en el cuerpo, toda sensación de dolor desaparece. Los implantes sueñan. Sueñan con vidas mejores e ilimitadas. No necesitan volver a caminar si sueñan volar. Tienen todo el cariño que necesitan. Sus fantasías no les decepcionan, no se sienten solos. Tras muchos meses soñando, llegan a amar más el sueño que la realidad. Puedes entenderlo como una cuestión de hábito.

—Yo sufrí terribles dolores y no recuerdo ningún sueño.

—Eso se debe a su enfermedad. Es de lo más extraña aunque hemos tenido ya algunos casos. Muy parecidos además... puede que sea de herencia genética.

—Esto... es absurdo. No entiendo nada.

—No necesita entenderlo todo. Solo una cosa: tiene que irse. Desaparezca del mundo y muera en paz. Si contacta con alguien lo sabremos y acabaremos con usted. También con ellos. Solo le estamos dando la oportunidad para que salga de aquí sin ensuciarnos las manos.

—¿Irme? ¿Por eso nunca nadie habla del implante humano? ¿No dejan que nadie lo cuente?

—No es necesario que la gente sepa tanto. Es mejor que solo lo imaginen.

—¿Pero por qué me dejan salir? Podrían haber hecho conmigo lo que quisieran.

—También necesitamos gente que no pertenezca al rebaño. La gente demasiado rebelde o enferma para participar en el implante hacen de enemigo común contra el que enfrentarse. Las guerras son demasiado costosas, pero si el mal está dentro de cada uno, en la debilidad de no ser capaz de ser generoso, las personas se sentirán más cómodas siendo implantes que personas. No nos preocupa demasiado, pero también somos humanos y no nos gusta matar a sangre fría. Le estamos dando una oportunidad y usted a nosotros un servicio. Es usted la bandera del enemigo. Siempre que no vuelva dentro de la sociedad, será recordado como alguien generoso y sacrificado. Si va, se le tratará de loco perturbado; nos encargaremos de ello. No crea que tiene realmente elección. El bien común es más importante.

—Pero entonces... ¿A quién le sirve realmente el implante humano? ¿De qué bien común habla?

—Dicen: «sabe más el diablo por viejo que por diablo». Y yo soy viejo, más de lo que puedas entender. Los hay incluso más viejos que yo, y hemos podido aprender, olvidar y repasar el cómo y el por qué del ser humano. No digo que tengamos una respuesta para todo, pero desde luego sabemos más de lo que se supone que debemos saber. La humanidad nunca será destruida bajo nuestra supervisión. Los niños duermen y nosotros velamos por su seguridad. Ahora, adiós y hasta nunca.

Me dan algo de ropa, comida, agua. Un coche me aleja del complejo hasta una zona de bosque donde me hacen bajar. Se marchan en seguida. Solo, dolorido y sin fuerzas, me siento en la hierba. Puede que no reúna fuerzas para levantarme más tarde. No tengo tiempo para comprobarlo porque aparece una silueta en la oscuridad del bosque. Un tipo alto, con sombrero y gabardina. Aunque el sol casi ha desaparecido por el horizonte, aún distingo algunos mechones de pelo blanco... Es el hombre que consiguió meterme en todo esto... ¿Tendrá la enfermedad algo que ver con el huevo? Se para delante de mí, no sé con qué intención. Algo en su cara es tan cercano...

—¿Papá?

## **Lo paranormal de una tesis**

*Rocío Rubio Garrido*

### I

**Q**ue se te aparezca el fantasma de Alejandro Sawa en la Facultad de Filología no tendría por qué resultar un fenómeno extraño. Peor sería haberlo encontrado en el departamento de Química Analítica. Ya sabes, un tipo de humanidades perdido en un laboratorio siempre es un potencial peligro.

Tú escuchas —imposible— las palabras de tu director de investigación. Las asimilas con la misma emoción del que asiste a un recital de números de teléfono. Sin saber si debes asentir levemente con la cabeza, en actitud borreguil, o reventar a lo grande y tirar al suelo todo el mobiliario del despacho: diplomas, objetos horteras a modo de trofeos y esas fotos edulcoradas de la familia que todo aspirante a decano se empeña en poner en un lugar bien visible del escritorio. Deseas hacer ni más ni menos que lo que te pide el cuerpo desde hace demasiados años, cuando comenzó tu carrera de investigador en el Departamento de Teoría de la Literatura. Una franja de tiempo en la que has aprendido, además de técnicas de estudio, a disimular tu estado anímico, entre el derrotismo y la tristeza crónica.

—Lo que te pasa es que descansas poco, por eso tienes alucinaciones —prosigue tu director, en un tono jocoso, entre sacerdote cachondo y humorista malo—. Ya en serio, yo no iría comentando por la Facultad que se te ha aparecido el mismísimo Alejandro Sawa. Y no es que dude de tu cordura, que ni muchísimo menos, pero ya sabes cómo se las gastan por aquí, lo crueles que pueden llegar a ser tus compañeros.

En ese momento el director desvía la mirada, en un intento por ocultar la risa que le motiva toda la situación que le has planteado tú, su doctorando más surrealista. Sí, se está descojonando a tu costa. Pero el pudor, o el miedo hacia una reacción inesperada por un ataque hacia tu susceptibilidad, hace que se reprima las ganas de estallar en un carcajeo.



—Tómame unos días de descanso, sin obligaciones. Baja al paseo marítimo y respira profundamente, como si no existiera nada a tu alrededor. Creo que has estado sometido a una situación de mucho estrés últimamente.

—¿Y qué va a pasar con mi tesis? No la puedo dejar ahora que estoy tan cerca de dar con la clave.

—Hazme caso, Juan. Lo importante es tu salud. Ya habrá tiempo para revisarla.

La sonrisa impertérrita de los tres mocosos rubios del cuadro te distrae por unos momentos. No puede ser verdad lo que estás escuchando: un nuevo parón en tu tesis. Toda una década diseccionando documentos para que ahora te vengan con lo de la tranquilidad, el relax y todas esas polladas de sociedad posmoderna. Toda una década con sus medias lunas, alopecias galopantes y arrugas prematuras como herencia de noches vegetativas a la luz del flexo, concentrado en reconstruir la bohemia intelectual de principios del siglo XX, rastreando datos como un amante obsesivo. Todo, sí, para seguir adormeciendo en el disco duro del ordenador los cientos de páginas de una tesis inconclusa.

—Juan, ¿me estás atendiendo?

—Perfectamente.

## II

Respira. Toma aire y expúlsalo lentamente, como lo has visto hacer en los DVD con sesiones de yoga, como hincha los pulmones la tía buenorra de consejería a la que nunca te ligarás. Respira y ponte en el lugar del director, tu director, que será todo lo engreído que quieras, pero algo de razón sí que lleva el hombre, ¡se habrá visto!, un miembro de la comunidad universitaria dialogando con un escritor que la cascó hace algo más de un siglo. Porque a ti no se te podría haber aparecido Emilio Prados o Vicente Aleixandre, yo qué sé, alguien más normalito. Tú tenías que hacer una tesis sobre la casta bohemia, los tarados y borrachuzos esos que te caen tan simpáticos, perdedores revestidos de un áurea trascendental. Que ni tus compañeros de departamento te toman en serio. Ayer lo comentaban en la cafetería de la Facultad:

«A Juan lo han visto hablar solo por los pasillos», «yo he escuchado que se va a meter a médium». Dentro de una semana se habrá enterado toda la Universidad de Málaga de lo tuyo. Claro que para entonces la versión de los hechos puede estar tan distorsionada que lo mismo te acusan de haber hecho una güija en el departamento.

Mira que te lo decía Lidia: «Chiquillo, todo el día encerrado no te va a acarrear nada bueno, fíjate lo que le pasó al de Física, que terminó creyéndose la reencarnación de una bacteria, ¡derechito que se fue a la planta de psiquiatría!».

Lidia, pasión intermitente de los años universitarios, botellín de cerveza en el ocaso de los jueves, letra temblorosa y apuntes con olor a crema hidratante de manos. Lidia, el amor frustrado que se largó con el piojoso de delegación de alumnos: porque una mujer es libre de dejarte por otro, pero a condición de que impere el buen gusto en el intercambio, a ver si vamos a desechar el bogavante por comernos unas papas aliñadas. Si te hubiera dejado por el profesor jovencito de Semiótica no te hubiera jodido tanto. Lo hubieras sobrellevado con más dignidad, con algo menos de tristeza. Lidia, con una carrera más prometedora que la tuya, con una tesis mucho más normal que la tuya. Amor intelectual de gafas de pasta y pintalabios corrido.

Pero Lidia pertenece a un pasado irrecuperable y prehistórico. Te hubiera seguido queriendo si le hubieras prestado más atención. Pero en lugar de hacerle el amor entre semana te concentrabas en escudriñar el pasado de escritores extravagantes, de tipos que empiezan estudiando para cura y terminan abrazando el más radical de los ateísmos. Reconstruías el paso breve por Málaga de un Sawa decadente a la misma hora en la que Lidia dormitaba el sueño de los despechados. Quién sabe si ya entonces invocaba al hipioso de delegación, en esos descruces extraños de piernas que estrangulaba tu sexo ausente. Sus muslos segregando humedad en la insipidez de la sábana cruda mientras tus ojos naufragaban por páginas amarillentas. La ignorancia de una voz sonámbula reclamándote desde la habitación, «¿cuándo vas a venir a la cama?», el hastío consumiendo una historia que podría haber terminado en hipoteca compartida.

Luego le pusiste los cuernos con Rimbaud y Verlaine. Te cogiste un vuelo a París y deambulaste borracho por el Barrio Latino en busca de alguna prostituta nonagenaria que los hubiera conocido. Pero de todas las que tratase ninguna se los había tirado, o al menos no los recordaban. Al final fueron ellos los que te buscaron a ti, en una de esas apariciones que te sorprenden cuando la ciudad está resacosa y somnolienta. Una de tantas noches en las que dejaste a Lidia con el camisón sin arrugar, esperando el labio y el abdomen ausente. Mucho antes de que se largara.

Te ha hecho nueve llamadas perdidas desde el lunes. Se ha enterado seguro. A saber cuál de las muchas versiones que están rulando por el campus es la que le ha llegado. Sí, lo mejor será que te relajes. Podrías ir a correr por el paseo marítimo hasta que te reviente la caja torácica, o tirarte en plancha sobre la parrilla de un chiringuito en la que estén asando espetos, a ver si el fuego purificador te devuelve algo de cordura. Tanto tiempo esperando la llamada de Lidia y ahora no tienes pelotas de cogerle el teléfono. Lo sabe, claro que lo sabe. Y por eso prefieres ignorar su llamada antes que decirle sí, que por supuesto que los has visto con tus propios ojos, y hasta te han hablado. Pero para qué ir dando justificaciones a lo que no tiene cabida dentro de los parámetros de la racionalidad. Estás pirado y Lidia no va a volver contigo. Luego no merece la pena revelar nada.

### III

A la mañana siguiente el director te está esperando en su despacho. Tiene el semblante de una calabaza tísica, en esa pose compungida que parece que va a desaparecer bajo la faz de la tierra. Y ya se sabe que cuando la persona que te dirige la investigación quiere mantener una charla distendida, es que te espera justo lo contrario: puedes agudizar bien los oídos para escuchar lo más parecido a las trompetas desafinadas del Apocalipsis. Pasa como cuando te están evaluando la tesina, que primero el tribunal te pone como doscientos trapos y luego te suelta el sobresaliente por unanimidad, así, como quien no quiere la cosa. Te han hundido previamente en la miseria para a continuación darte la palmadita en la espalda —sigue así, chaval—. Pues aquí pasa lo mismo, pero a la inversa:

—Empiezas a preocuparme, Juan —dice el director. Tiene el vaso a rebosar de cáscaras de pipas y la voz especialmente grave—. Verás —continúa— ha llegado hasta los oídos del mismísimo rector toda la historia que te has montado.

—Pero es que yo no he dicho nada.

—Da igual lo que hayas dicho. Si hasta los alumnos de quinto lo saben. Y si todo se quedase en un marujeo de pasillo, pues esta historia no pasaría de anecdótica. Pero es que esto va camino de degenerar en una histeria colectiva.

—Entiendo.

—No, tú no entiendes absolutamente nada. Esta mañana se ha descolgado la pizarra en la clase de quinto, ¿y qué te crees que ha pasado? Pues que las alumnas de la primera fila se han puesto a chillar como posesas, incluso una de ellas jura haber visto la sombra de Baudelaire cruzando por la clase.

—¿Qué me quieres decir?

—Que me parece genial que hables con el más allá, por mí como si chateas con Unamuno. Pero por culpa de tus invenciones tengo a una clase dominada por la paranoia.

—Lo siento, de veras, yo no pretendía...

—¡Pero lo has hecho, Juan, lo has hecho!- te chilla.

Uno, dos, tres, respire y expire. Uno, dos, tres, vuelva a insuflar aire antes de atentar contra el que se ubica en el sillón giratorio. Dile una vez más que lo sientes y te sacará las muelas del juicio una a una.

—Juan —esta vez baja el tono de voz, como separando las sílabas para tranquilizarse— deja la investigación. Dedícate a la pintura cubista o al cine porno, pero te ruego encarecidamente que desaparezcas durante un tiempo, un par de meses por ejemplo. Y luego, cuando estés restablecido, te incorporas. Pero eso sí, con otro tema. ¿Qué te parece si reorientas tu tesis hacia la epistemología de la comunicación literaria en soporte postal?

Pero tú estás pensando en Lidia, en lo suave de sus manos y en lo frustrante que es quedarse sin novia y sin tesis.

—¿Juan, me estás prestando atención?

—Perfectamente.

#### IV

Vuelves a casa. Escuchas canciones que te recuerdan a ella. Siempre es mejor invocar el fantasma de una exnovia que el de unos escritores a los que solo conoces por fotografías en blanco y negro. Lidia no duerme debajo de los puentes ni ha hecho voto de suciedad. Nada que ver con tus admirados amigos a los que tratas de emular, en una versión cutre y provinciana de la sofisticación dandi.

Lidia, joder, Lidia. Lo que darías ahora por destriparle tus miedos, la inseguridad que te sacude en estos momentos en los que te encuentras terriblemente solo. Ni tu director de tesis se ha molestado en mandarte un mensaje penco al móvil, una frase siquiera dentro del manual básico de cortesía, «espero que te mejores», algo por estilo. Va a ser verdad que le importas una mierda. A él y al departamento de Teoría de la Literatura al completo. Si ni siquiera cuentan contigo para la cena de Navidad. Fíjate en la frialdad con la que te despacha Olga, que ha llegado con una beca de formación de profesorado y parece que está opositando para catedrática. Acuérdate de cómo la describía Lidia, que la tuvo que sufrir durante los años de carrera: una insolidaria que prefería que le negaras el saludo antes que dejarte los apuntes. De esas tipas a las que se le atragantaba el donuts si sacabas en el examen unas décimas más que ella. Pues ahí la tienes, cortejada y solicitada por el gremio filológico. Que será todo lo víbora que diga Lidia, pero su nombre figura en lo carteles de las plazas-universidades de primera, impartiendo conferencias con veintipocos años.

¿Y a qué aspiras tú? No has patentado nada. No has inaugurado ningún curso de verano. No publicas en revistas de alto impacto en inglés, que aunque luego nadie las lea, queda de puta madre reseñarlas en el currículum. Tu único mérito es haber rescatado cuatro papeluchos mugrientos en los que tus malditos escritores garabatearon algunos párrafos con pretensiones literarias. Sordidez con reminiscencias poéticas que te empeñas en defender como lo

más transgresor de la literatura de principios de siglo, y que sitúan al resto de sus coetáneos a la altura de cursis caga-flores. ¿De verdad crees que puede interesarle eso a alguien? Vamos, mírate al espejo y repite con la voz de tu conciencia: mi carrera de investigador está acabada. Así, con timbre rotundo y claro, que parezca que vayas a reventar los cristales. ¿Ves como no es tan difícil aceptarlo? Y ahora, ódiate un poquito más de lo que sueles hacerlo por las mañanas. Ponte tu disfraz gótico y sal a llorar por las barras de los bares.

Te estás empezando a parecer a ellos. Por mucho que te reconcoma la evidencia, tu objeto de investigación te ha trastornado. Lidia te lo advirtió hace tiempo cuando se reía de tus gabardinas negras, de la perilla pretenciosa que se te dibujaba más allá del cuello y de la raya en medio, a modo de garbanzo intelectual. «No sé si te estoy follando a ti o a uno de tus muchos escritores». O la vez esa en la que amenazaste con pasear en bolas por Teatinos para saber qué se sentía mientras los demás te miraban. Y encima te preguntarás que por qué te dejó por el desarrapado de la Delegación de Alumnos.

Derrumbado sobre los papeles inconexos de tu escritorio, te preguntas en qué momento de tu vida la cagaste, qué podrías hacer para no sucumbir ante la apisonadora universitaria. Pero ya es tarde. Lidia está susurrando otro nombre en la cama que tú no ocupas, y tu director de tesis ha empezado a dirigir otra tesis de mayor calado intelectual. Solo te quedan las películas de terror de bajo presupuesto y tus admirados fantasmas, que de vez en cuando siguen haciéndote compañía por las noches.

## V

—¿Lidia?

No escuchabas su voz desde el invierno pasado, cuando te felicitó por cumpleaños.

—¿Lidia, estás ahí?

Claro que está, capullo. Si en estos momentos presientes su respiración es porque se encuentra al otro lado de la línea, presumiblemente en pijama, con los labios mal desmaquillados y ese leve churretón rosa que le solía aparecer recién levantada.

—¿Qué pasa, Juan? ¿Crees que es normal que me llames a esta hora?

—Lo siento, pero es que necesito decirte algo urgente.

—Más vale que sea importante si no quieres que te cuelgue el teléfono.

Ahora, díselo sin rodeos. El tiempo que transcurras callado jugará en tu contra. Aunque estés disfrutando de estas milésimas de segundo en las que su respiración está agitada, quién sabe si por el susto del telefonazo o por la excitación de escucharte. Ahí va, amor, la advertencia:

—Mañana ni se te ocurra aparecer por la Universidad.

—¿Me cortas el sueño para decirme que no vaya a trabajar mañana? ¿Y qué excusa le doy a mi jefe, que me ha llamado el pirado de mi ex con una de sus muchas majaderías?

—Yo solo quería advertírtelo. Has sido la persona más importante en mi vida, y... —tragas saliva— verás, no podría perdonarme a mí mismo que no haya intentado salvarte.

—Lo tuyo es realmente grave, Juan. Y lo peor de todo es que les tengo que dar la razón a los que te acusan de estar como una cabra.

—Lidia, por favor, no vayas.

—Déjame en paz.

## VI

Has pasado el resto de la noche visitando el cajón donde guardas las tilas. Licuando en tu vejiga el orín mezclado con la espesura del pánico. La cisterna subiendo y bajando de forma compulsiva te ha servido de despertador. Te gustaría acercarte por el campus para verificar tus pronósticos pero no te atreves. Sientes pánico a que se hayan materializado los temores y que te acusen de haber propiciado la desgracia, con el agravante de morbosidad por querer presenciar tal escena. Pero tú has avisado, al menos se lo has dicho a ella, que es la única que te importa en este mundo.

Con la camiseta vieja que te pones para estar por casa sales a la calle, corriendo en dirección hacia la Facultad de Filología. Atraviesas media Málaga jugándote la integridad física en las avenidas por las que cruzas sin que

ninguna señal de peatón te lo indique. Sudas, tropiezas con una ancianita, vomitas en la esquina, llegas. El ruido de la sirena te hace tomar conciencia de lo peor. Hay una ambulancia en la puerta de Facultad de Filología —Lidia, joder, Lidia— y a pocos metros una multitud esperando el cuerpo inerte que corona el ansia de espectáculo. Las indicaciones del personal médico son ignoradas. «Vamos, apártense, no interrumpan el paso». Nadie quiere perderse el momento de ver un cadáver de verdad, fresco y lozano, no como los tipos «chuchurríos» que le endosan a los estudiantes de Medicina en las prácticas, cuando atraviesan —desolados— la puerta de la sala de disección. Nadie quiere perderse un puesto en la primera fila. Periodistas improvisados del noticiero cotilla, avidez malsana que demanda cuarto y mitad de sangre. Un grupo de estudiantes parece estar de enhorabuena: se acaban de librar del examen de Fonética. Y al cabo de un rato tú también estás de enhorabuena porque te enteras de que no es Lidia la que va en la camilla, sino Olga.

Sientes un deseo irreprimible de gritar bien alto, que se entere toda la comunidad universitaria de lo feliz que eres. Te arrancarías a cantar por Camarón si no fuera de pésimo gusto celebrar la desgracia ajena. Aunque realmente no es del fin de Olga de lo que te alegras —bueno, tampoco es que la vayas a echar de menos— sino de que Lidia, tu Lidia, se haya librado del fatal desenlace.

Tus fantasmas literarios han tenido consideración esta vez.

## VII

—Te lo dije, Lidia- le escribes en un mensaje al móvil. No han pasado ni diez segundos cuando ya te está llamando.

—Eres más imbécil de lo que recordaba.

Es la primera vez que te llama imbécil. Normalmente te solía decir gilipollas, en un tono tirando a amoroso, como quien le dice «cari» a un novio, con esa mezcla entre dulzura y agresividad que la hacía única. Así que el hecho de que te llame imbécil tendría que empezar a preocuparte.

—¿Así me agradeces que te haya puesto en alerta? —le recriminas.



—No ha habido ninguna hecatombe, que yo sepa.

—¿Y qué me dices del cadáver de Olga? Lo he visto salir con mis propios ojos de la Facultad.

—Olga ha muerto por aplastamiento. Se le vino encima la estantería donde están los manuales de gramática. Una desgracia que le podría haber pasado a cualquiera.

—A cualquiera no. Ellos saben muy bien contra quiénes tienen que tomar represalias.

—Pues dile a Verlaine, Baudelaire y a la madre que los parió a todos ellos que se abstengan de venir por la Universidad de Málaga.

—Lidia, en serio, yo...

—Tú eres imbecil y no hay nada más que hablar.

Adiós, Lidia, amor.

### VIII

Tampoco te cree tu director de tesis. Pero esto no tendría por qué sorprenderte. En realidad lleva pasando de ti desde que empezaste a trabajar en el departamento.

—Te dije que te quedaras en casa descansando, ¿esa es la atención que me prestas? —te suelta nada más verte atravesar la puerta del despacho. El recibimiento es desolador. A continuación te hace un barrido de mirada rápida de norte a sur, este a oeste. Llevas la misma camiseta cochambrosa del otro día, con un lamparón de aceite que se confunde con el dibujo estampado de Mazzinger Zeta. Estará pensando que, además de un inútil, estás hecho un cerdo. Pero se abstiene de hacer comentario alguno. En el fondo le da pena humillarte.

—Yo intuía lo que iba a pasar— le revelas.

—Si se le hubiera caído la estantería de literatura contemporánea podría creerte. Tiene que ser terrible morir aplastado por *Platero y yo*.

—Ya veo que sigue sin tomarme en serio.

Se levanta. Te pasa la mano por el lomo —más o menos como si fueras cortito—, y a continuación te empuja de forma amistosa hasta la puerta. «Déjalo, chaval. Búscate otra beca en una universidad donde realicen estudios interdisciplinarios de literatura y polstergeist». Algo así dice cuando le intentas explicar la última de las revelaciones, con Sawa, Verlaine, Rimbaud y el resto de la tropa.

—Algo grave va a pasar, tiene que escucharme.

Justo cuando te sale la voz para contárselo ya te ha cerrado la puerta. Recorres el pasillo, donde únicamente resuena el eco de las explicaciones magistrales y catedráticas. Nadie entiende el miedo que te estrangula las vísceras, el deambular inseguro por unos pasillos fríos que mañana arderán como si prendieran todas las flores del mal juntas. Nadie está dispuesto a escucharte.

En casa, te preparas un revuelto con los restos que sobreviven en el frigorífico: media lata de atún ennegrecido, un pedazo de queso al que le ha salido moho azul por uno de los extremos, y una loncha tiesa de mortadela con aceitunas. Para qué abastecerse con comida perecedera si te puedes saciar con las lecturas que se amontonan en el escritorio. Para qué llenar el frigorífico si mañana quizás solo puedan disfrutarlo las cucarachas.

## IX

Los jinetes del Apocalipsis tienen nombre propio. Van peinados con ondas, llevan el bigote como una media luna punki y les huele el aliento a whisky de garrafa. Los jinetes van huyendo del frío parisino hacia otras latitudes donde el sol no se haga de rogar. Los has reconocido cuando pasaban por delante de tu ventana. A pesar del tiempo que llevabas esperando su venida, sales a recibirlos con la misma camiseta de Mazzinger Zeta —ya van tres días consecutivos— y el sempiterno lamparón de aceite. Se te ocurre, en señal de gratitud, obsequiarlos con lo que te queda de JB en la botella.

Los guías hacia la Facultad donde se va a consumir el gran sacrificio literario. Sawa está especialmente encabronado porque no le han puesto su nombre a la biblioteca del centro, mientras que Verlaine y Rimbaud rellenan

las hojas de reclamaciones porque sus obras figuran en la última balda de la vitrina —qué queréis, tíos, si vuestros apellidos están a la cola del abecedario—. Le escribirías una nota de despedida a Lidia si no fuera porque lo has visto hacer en demasiadas películas y temas que te acuse de pasteloso y aburguesado. Por eso te dejas vencer por la última alucinación, el fogonazo que ha de quedar a modo de excentricidad póstuma. Tus amigos consiguieron la inmortalidad mediante la difusión de sus obras; tú una gloria efímera en los titulares de un periódico local:

«Estudiante de doctorado, creyéndose Verlaine, se inmola en la Biblioteca de Filología».

## Secreto a voces

*Erick Jorge Mota Pérez*

«**¡ESTE ZOMBI ES DE FIDEL!»**

El letrero está escrito con pintura roja y negra, al final del callejón. Desde la ventana de la casa pueden verse las grietas en la pared y algunos ladrillos al descubierto. El asfalto de la calle, agotado por los años y la falta de tráfico, luce viejos baches de un pasado medianamente glorioso. Algunas hierbas brotan del contén y se abren paso hacia la acera. Todo está en calma en el barrio.

Una figura camina lentamente por la acera, a varios metros de la casa. Se dirige a la avenida, tres cuerdas más allá. Justo donde paran el P2 y la 174, las únicas rutas que pasan por este barrio. Quien camina lo hace en silencio y de un modo torpe, arrastrando los pies. Se mueve de un modo casi gracioso. Por momentos mueve la cabeza hacia los lados buscando equilibrio. A ratos parece un borracho, incapaz de controlar su cuerpo y a punto de caer sobre la acera. No es ni un niño grande, ni un alcohólico sin remedio. Tiene la piel arrugada y a medio descomponer. El sol ha quemado las llagas en su rostro y brazos. La sangre coagulada asoma por las heridas sin cerrar. Habría que ser muy tonto para no reconocerlo. Se trata de un zombi.

Es extraño verlo a solas, por la calle y de día. Antes debían salir siempre acompañados. Había controles en todas partes. Si la policía te veía con uno te paraba al instante. Pedían identificaciones y preguntaban por los documentos del zombi. Si algo no se traían los autorizos, lo decomisaban. A veces hasta cargaban con el dueño para la estación. Posesión no autorizada de zombi, creo que eran los cargos. Solo en la noche se veían zombis jíbaros. Gente mordida por sus propios zombis y luego transformada. Para ellos estaban las patrullas nocturnas. Un camión completo de policía especializada se encargaba de ellos.

Ahora las cosas se han relajado, como siempre pasa. Los policías se contentan con pedir el carnet de identidad al acompañante. Cada vez patru-

llan menos en la noche. No corren los días de la aparición del virus Z. Ahora caminan solos por la calle y nadie les tiene miedo. En este país todo siempre será igual, un relajo.

—Cada día hay más en la calle —digo señalando la acera. El zombi sigue su camino—. Parece que ya pasó la furia de controlar quién tiene zombi y quién no.

—Mejor para nosotros. Menos inspectores y más comida es lo que tiene que haber —dice Panchito desde la puerta del cuarto.

—Cierto. Pero si los controles fallan y aparece en el barrio un zombi cimarrón. Infectado por el virus y sin el suero podría morder a alguien. Las consecuencias de eso pueden ser funestas...

—Yo te recomendaría que no toques el tema zombi por un tiempo. Al menos no con la gente del barrio. Recuerda lo que pasó en la última reunión del Comité.

—Es verdad —me aparto de la ventana.

Panchito tiene razón. No debí decir nada en aquella reunión del Comité. Todo por esa manía de querer saberlo todo. O como dice mamá, de querer demostrar que lo sé todo. Hablé de los zombis durante la reunión. Estaba allí todo el barrio. No había nadie más capacitado que yo. Soy el único vecino que trabaja en el Centro de Investigación y Desarrollo de Zombis (CIDEZ).

En fin, intenté explicarles los esfuerzos del CIDEZ para desarrollar una vacuna contra el virus Z. Les hablé sobre lo incorrecto de pronunciar zombi cuando en realidad se dice «zombí», una palabra en creole, la lengua hablada en Haití. Les conté la historia del Bokor, especie de mago oscuro con el poder de resucitar a los muertos y quien había formado con ellos una brigada de cañeros y los usaba como mano de obra sin tener que pagarles. Los familiares de los muertos reconocieron a sus seres queridos, a quienes creían enterrados. Persiguieron al mago oscuro por convertirlos en *zombis* y devolvieron los muertos a sus tumbas. Apenas terminé la historia comenzaron los problemas. Parecía como si nadie hubiera entendido nada. El presidente del CDR se levantó de su silla y me miró con ojos asesinos.

—Un momento, compañero ¿Está usted intentando decir que en nuestro país gobierna un mago oscuro y se usan a los muertos vivientes como esclavos?

—Un momento, yo no he dicho tal cosa...

—Todo el mundo sabe que el virus Z fue creado por la CIA para agredir a los países del tercer mundo. Allá en los Estados Unidos las cosas se les fueron de control. Pero nosotros supimos, como dijo el Comandante, convertir el revés en victoria. Ahora los zombis son un arma de la Revolución. Se usan para cortar caña en la zafra pero no son esclavos, no... ¡Son zombis revolucionarios!

—Pero si yo...

—No vamos a permitir ningún intento de desestabilizarnos con esas patrañas inventadas por el enemigo...

Y siguió hablando. Y hablando. Mas bien insultando. Y repitiendo frases hechas sobre la revolución, el socialismo y los zombis. Primero intenté explicarle que precisamente el uso de los zombis en la zafra o en los desfiles del primero de mayo era posible gracias al suero del CIDEZ; el cual permite desarrollar ligeramente los reflejos primarios del muerto viviente, aminorando el impulso incontrolable de comer. Permitiendo así al zombi reaccionar a determinadas órdenes simples. Por gusto. No entendía nada. Luego intenté retractarme un poco. Dije que jamás podría haber ocurrido un paralelismo con la leyenda haitiana. Que la intención de la Revolución era la correcta al intentar asimilar el problema zombi de una manera dialéctica. Al fin y al cabo, una leyenda solo es una leyenda. Tampoco entendió nada. Se limitó a pararse con los brazos cruzados y decir:

—Pero además, todo el mundo sabe que en Haití se habla patuá.

Ya no había nada más que agregar.

Bueno, sí. Quedaba la frase: «Me cago en el coño de tu madre, gordo racista». Pero cosa, todo el mundo en el barrio sabía que Panchito no era zombi. Yo le había conseguido un certificado en el CIDEZ y desde hacía tres meses no se bañaba. De lejos parecía uno de ellos, pero todo era un montaje para coger la dieta de picadillo de carne de res para los núcleos con un zombi

en la familia. Una sola palabra del presidente del CDR y los inspectores del Ministerio de Salud Pública aparecerían en mi casa para hacerle a panchito una prueba del virus Z.

Y también estaba el asunto del viaje. Llevaba varios meses haciendo los papeles para poder ir a hacer la maestría en la Universidad de Málaga. Ellos estaban más cerca que nadie en la Unión Europea de llegar a la vacuna del virus Z, pero cuando el CIDEZ obtuvo el suero detuvieron todas sus investigaciones en esa línea. Por lo que sé la Oficina de Transferencia de Resultados de Investigación (OTRI), que según entiendo es la interfaz con el entorno empresarial, sugirió que nos contactaran. Desde entonces hacen investigaciones conjuntas con el CIDEZ, y lo más importante, realizan intercambios de especialistas.

En mi opinión si la OTRI sugirió que la Universidad centrara sus esfuerzos, y sus euros, en perfeccionar el suero cubano en lugar de una vacuna, es porque es más rentable. En ese punto el capitalismo es más asertivo que nosotros. El caso es que en la línea jerárquica de los institutos de investigación cubana me tocaba a mí ese viaje. Pero había otros optando por esa beca. Y un viaje a España en estos tiempos es muy beneficioso para la economía familiar. Seamos sinceros, para cualquiera de nosotros un viaje al extranjero es una lotería, aunque sea a República Dominicana.

Pero una palabra del presidente del CDR durante las verificaciones que hace el Ministerio del Interior para otorgar el permiso de salida, y adiós viaje. En una palabra, me tenía en sus manos. Así di por terminada la conversación. Me mordí la lengua mientras aquel gordo de bigote seguía ofendiéndome públicamente. Los nacidos con inteligencia un poco por encima de la media aprendemos pronto a mantener la boca cerrada.

Desde entonces casi no salgo de casa. Tampoco he vuelto a ver al presidente del Comité. Desde hace un par de días no sale ni a botar la basura. Sé que está ahí porque lo veo caminar dentro de su casa, pero ya no sale ni al portal.

—Panchito, dime la verdad —intento cambiar de tema—. ¿Tú no extrañas bañarte?

—A veces, en verano sí, pero ahora que está llegando el invierno... total, a mí nunca me gustó mucho el agua. ¿No es verdad, mi hermano?

—Verdad que sí. Recuerdo tus gritos para entrar al baño. ¡Como se ponía mamá!

—Ahora, al menos resuelvo algo para la casa con eso de no bañarme. Antes tenía que aguantar las peleas de la vieja todo el tiempo. Que si Panchito no trabaja, mira a tu hermano en el CIDEZ y tú de vago, que si te van a meter preso. Y además tenía que bañarme. Ahora por lo menos está tranquila.

—El que está a punto de irse a jugar dominó en la esquina soy yo. ¡Clase de aburrimiento tengo!

—No creas, cada día son menos los que van a jugar a la esquina. La mayoría parecen zombis pero no lo son. Lo sé porque la piel no está corrompida ni los ojos en blanco, pero tienen la mirada perdida y se mueven torpemente. El otro día voy llegando a la esquina y había una pila de gente alrededor de la mesa, estaban jugando el Timba y el hijo de Pancha..., ¿cómo se llama?, Omarito. Todo estaba en silencio. Un silencio de tumba, mi hermano. ¿Cuándo se ha visto jugar dominó con todo el mundo callado?

—Bueno, ¿pero no lo habían inventado unos monjes con voto de silencio?

—¡Pero en Cuba se juega el dominó dando gritos, mi hermano! Eso es lo que pasa. Los zombis se han puesto de moda. Ahora hasta los chamaquitos quieren parecer muertos vivientes.

—¡No me jodas!

—En serio. No es mi caso. Yo lo hago por el picadillo de la cuota, y para quitarme de arriba al jefe de sector. Pero hay chamaquitos, de los que se sientan en el parque de G...

—¿Dónde iban los frikis?

—Allí mismo. Se maquillan como zombis. Lo único que hacen es caminar en silencio desde 23 hasta malecón y de malecón hasta 23. Después llega la policía, les grita que se vayan para sus casas. Nadie protesta. Todos se montan obedientes en la última guagua de las dos de la madrugada. Ese



P2 viene para acá repleto de emos y frikis. Todos callados. Tan callados que puedes escuchar tu respiración. Como en una tumba.

—Estás exagerando.

—Te lo digo de verdad. Prefiero no salir a la calle.

En el comedor, la abuela sigue mirando su televisor nuevo, recién sacado de la caja. Mamá está cocinando algo allá atrás. Y me entretengo con el periódico. El Granma es el único periódico que recibimos. Las letras rojas forman con extraña tipografía la palabra «abuelita» en inglés. Más abajo, en letras blancas contra fondo negro, se lee: Órgano Oficial del Partido Comunista de Cuba. Llevo años leyendo el mismo periódico y no me canso de leer esa parte. Como si se tratara de algo maravilloso y excitante. Como si fuera a cambiar de la noche a la mañana. Como si un día amaneciera escrito bajo las letras rojas: Órgano Oficial del Partido Republicano Cubano, o quizás Órgano Oficial del Partido Democratacristiano.

Leo el titular: «LOS ZOMBIS, UN ARMA DE LA REVOLUCIÓN».

Ni siquiera me molesto en leerlo, seguramente es una mierda, como todo en el Granma.

Tiro el periódico a un lado. No sabes qué hacer. Tampoco tengo nada concreto por hacer.

Me aburro. Estoy condicionado para levantarme todos los días a las cinco de la mañana, fajarme con dos guaguas llenas de gente y trabajar ocho horas. No sé hacer otra cosa. Es lo que he hecho toda la vida. Primero en el Instituto de Biotecnología, luego en Medicina Tropical y finalmente en el CIDEZ. Cuando ocurrió el accidente mandaron a todos los investigadores para su casa con el 60% del salario. Un escape biológico, nos dijeron. Pero ha pasado más del tiempo establecido por los protocolos de cuarentena. No han llamado por teléfono, nadie del Instituto ha venido a buscarme. Cosa rara. Los jefes siempre exigen trabajo y nunca dan más descanso del que están obligados a dar. Algo grande debe haber pasado en el CIDEZ, algo que justifique este silencio. Antes se la pasaban jodiendo a toda hora. Por cada anomalía en el comportamiento zombi llamaban, y si me negaba, decían que el teléfono me lo habían dado

precisamente para poder localizarme. Mas ahora todo es silencio. Nada de llamadas a las tres de la mañana ni carros del Instituto parqueados en la puerta de la casa. Me ha pasado por la mente llamarlos. Preguntarles. A veces temo por la naturaleza de ese misterioso escape biológico. Temo se les haya escapado de las manos. ¿Qué otra cosa de origen biológico puede escaparse de un Instituto como ese si no son zombis?, ¿qué tipo de zombis puede crear tanto alboroto?

No los llamaré. Con los años he aprendido: nunca se debe ir de voluntario. Si no me quieren llamar, mejor para mí. Todos los meses cobro mi dinero en el cajero automático, no necesito hacer trabajo voluntario. Después de todo, un buen descanso no te vendrá mal. Al menos eso pensé al principio. Ahora me matan las ganas de hacer algo, aunque sea algo inútil. Me aburro de un modo inimaginable. Me sigo levantando a las cinco de la mañana, todos los días, religiosamente, aunque no tenga dónde ir.

Tocan a la puerta. Mamá grita un largo «vaaaaa» y Panchito corre para su cuarto a interpretar su papel de zombi. Es un tipo de los mosquitos. El nombre oficial es inspector de la Campaña de Lucha contra el *Aedes aegypti*. Una campaña del MINSAP, el mismo que controla los zombis.

En realidad se trata de personas que, por un salario mínimo, tratan contener una posible epidemia de dengue en la isla. Mientras, los altos funcionarios del Ministerio de Salud Pública salen de viaje a dar charlas sobre el control de epidemias en Cuba. Todos les dicen los hombres de los mosquitos. A ellos no les importa como les llamen, solo les preocupa que no tengas destapados envases con agua.

Este es un tipo es muy raro, demasiado callado. Pero su piel está en buen estado. Camina con cuidado pero no con la torpeza del zombi. Es un humano. Uno vivo, al menos. He pasado suficiente tiempo con zombis como para asegurarlo.

—¿Tienen tanques de agua? —pregunta con voz plana como de contestadora de teléfono.

—Dos, uno en el techo y otro abajo.

Mamá está frente a él con el visto en la mano. Papel que nunca he entendido bien su razón de existir. Eso pese a mi máster en bioquímica.

—¿Tienen vasos espirituales?

—No.

Hay algo raro en este hombre. Con cada pregunta parece como si fuera a anotarla respuesta pero nunca llega a hacerlo. Hace las mismas preguntas de siempre, las mismas desde que le declararan «la guerra» al mosquito. Eso en lugar de reconocer el peligro inminente de una epidemia de dengue. Siempre hemos sido buenos inventándonos un enemigo. Sin embargo en este hombre hay algo diferente. Dice las preguntas correctas en un lenguaje plano y atonal. Eso puede ser normal. Por lo general no tienen muchas luces. Cuando le responden hace como si anotara en la tablilla pero nunca escribe nada. No finge escribir, simplemente no lo hace. Como si la escritura fuese recuerdo antiguo y abstracto enterrado en el subconsciente...

Raro. Muy raro. Sobre todo porque ya he visto esa especie de ciclo no terminado en las funciones motoras. Lo he visto demasiadas veces en el trabajo como para pasarlo por alto. Es una reacción típica de los sujetos de experimentación. Los zombis. Pero este hombre no luce como uno, incluso puede hablar. Claro, no lo he oído todavía decir una sola frase compleja.

—¿Tienen flores con agua? —dice.

—Eso depende del tipo de flores —interrumpo la conversación pese a la mirada asesina de mamá.

Sé bien lo que hago. Si estoy en lo cierto no podrá responder una pregunta de ese tipo. De todo corazón deseo estar equivocado. Por su parte, a mamá no le hace ninguna gracia mi intervención.

—¡Ricardo Miguel, de qué estás hablando! Mira que el compañero está apurado...

La frase se congela en el aire. El compañero inspector de la campaña contra el mosquito acaba de saltar sobre mí como un depredador. Tiene los ojos en blanco y la boca abierta. Hace un pequeño rugido mientras avanza con la mirada perdida.

—¡Panchito, saca a mamá de aquí! —grito.

De un salto mi hermano sale del cuarto, toma a mamá por los hombros y la aleja del zombi. Panchito siempre fue muy presto cuando era necesario, no es el vago que todos dicen. Mientras, me aparto de la trayectoria del zombi. Le doy una patada en la pantorrilla. Ni siquiera es necesario una patada muy fuerte. Ellos no manejan bien el órgano del equilibrio. He visto hacerlo a los tipos de la seguridad del CIDEZ. El cuerpo cae pesadamente.

No tenemos mucho tiempo. Está en peligro la vida de todos en la casa. Una sola mordida, un solo roce de la saliva y habrá un nuevo zombi en la familia. Después solo será cuestión de tiempo que no haya familia.

—¡Aguántalo, rápido —le grito a Panchito—, no puede levantarse!

Mamá grita histérica. Panchito y yo lo sostenemos por cada hombro en un intento estéril de inmovilizarlo. El zombi gruñe. Su fuerza es inmensamente superior. Poco a poco se va levantando pese a nuestros esfuerzos. Va ganando la batalla contra la fuerza de gravedad. Es solo cuestión de tiempo.

Mamá no deja de gritar. Pero la abuela calla. El televisor sigue encendido pero ya no hay nadie frente al Atec-Panda recién traído de la República Popular China. La abuela siempre fue la más práctica de toda la familia. En silencio se ha levantado de su querida butaca y ha caminado, lentamente porque a sus años no tiene sentido ir rápido, hasta su cuarto. Vuelve a aparecer cuando el zombi casi está de pie. Nosotros estamos colgados de sus hombros con tal de hacer el peso suficiente. Apenas podemos retardar sus lentos movimientos. En el comedor suena la música del Noticiero Nacional de la Televisión Cubana.

Aún no muerde a nadie.

La abuela lleva en sus manos el viejo y pesado bastón. El temible bastón del abuelo, que en paz descanse. Cedro con empuñadura de plata. El terror de los asaltantes del barrio cuando intentaron una vez robar a un pobre viejo indefenso. Un viejo recuerdo de cuando las cosas venían de los Estados Unidos en lugar de Rusia o de China.

Mamá calla.

El zombi gruñe.

La abuela descarga un golpe que suena seco. La sangre coagulada mancha el piso y las paredes. Se siente el crujir de los huesos del cráneo al romperse. La abuela permanece inmóvil sosteniendo el bastón. Luce como un samurái de las películas de Akira Kurosawa.

El zombi, en el piso, ya ni gruñe, siquiera se mueve.

—¡Cierra la puerta! —mamá vuelve a tomar el mando de la situación. Panchito corre a obedecerla—. Ricardo Miguel, tú trabajas con zombis. ¿Qué es esto de un muerto viviente que puede hablar?

No solo puede hablar, también puede mirar a los ojos y no tiene la piel podrida. Aunque la sangre aún está coagulada. Odio cuando todos me miran en espera de una explicación convincente. Estudio con atención el cuerpo en el suelo con la cabeza destrozada. Reviso la piel. Compruebo los reflejos de los miembros que aún se mueven de manera autónoma, como el rabo de una lagartija muerta. Esto no puede ser posible. Viola el principio de crecimiento de la entropía, viola no sé cuántas más leyes de la física. Esta piel lisa, sin degenerar, no encaja con la forma de actuar del virus Z. Tampoco esa mirada centrada, casi como la de un humano. Incluso podía decir frases simples.

—Es evolución —digo en voz alta, pero en realidad hablo para soltar todo este horror que hay en mi mente—. Se están adaptando a nosotros. Se han comenzado a mimetizar.

—¿Cómo que adaptándose? —Panchito está casi histérico— ¿Cómo que evolución? Ellos no pueden evolucionar porque no son nada. Son zombis, muertos vivientes. Eso es todo.

—No son los zombis, es el virus.

No tiene mucho sentido explicarle esto a la familia, no entenderían nada. Los zombis son algo más que muertos vivientes: son sistemas bióticos. El reservorio de la única forma de vida que no hemos podido erradicar: los virus. Nadie sabe a ciencia cierta si son entes vivos o autómatas orgánicos. Podemos exterminar depredadores más rápidos y más fuertes, pero no hemos podido derrotar a un adversario menor como la cepa de la gripe. Tampoco pudimos con el VIH. Ahora el virus Z está un paso por delante de los demás:

toma el control de nuestros cuerpos, los mata, reordena el ADN y nos convierte en máquinas de morder, para así poder diseminar más virus Z entre los humanos. Y ahora se está adaptando.

—La culpa es nuestra —digo y acto seguido llega ese silencio horrible indicador de que todos me están prestando atención—. Fue nuestro suero el que lo ayudó a adaptarse a nosotros.

El suero, siempre fue el suero. Los tipos de la OTRI de Málaga tenían razón. No tenía sentido crear una vacuna porque sencillamente era imposible. El virus Z no solo poseía cinco veces más variabilidad antigénica que la cepa del resfriado común. Se trataba además de un virus inteligente. No inteligente por sí solo pero la unión de varios miles de ellos debió crear una especie de red neural. Algo así como una mente colmena pero más lista que las abejas o las hormigas. No se puede luchar contra una especie inteligente sin esperar una defensa eficaz. No podríamos crear una vacuna porque sencillamente había toda una especie en función de no ser erradicada. Y los investigadores de la Universidad de Málaga lo sabían. He leído su página web. Tienen estudios sobre inteligencias artificiales, sistemas expertos y mentes colmenas. Ellos se dieron cuenta de las posibilidades del suero antes que nosotros mismos.

El suero cambia el ecosistema del virus sin matarlo. Modifica al zombi en sí pero deja intacto al factor Z. Nos convenía obtener un zombi menos voraz y más manejable. Como en la leyenda del Bokor haitiano. Zombis amigables, fáciles de controlar. Zombis revolucionarios. Cambiamos la química de sus cerebros para conseguir desarrollar funciones vitales como el olfato, la vista o el tacto. El suero consiguió mitigar el hambre incontrolada presente en todos los ejemplares de Norteamérica, Europa y Japón. Pensamos convertirlos en seres manejables.

—Nos equivocamos. Queríamos usarlos como esclavos y le dimos al virus Z la herramienta para adaptarse a nosotros.

—¿Pero por qué? ¿Por qué quiere adaptarse a nosotros?

—Es común en los animales lucir como sus depredadores. Así consiguen sobrevivir.

—Nosotros los depredadores del zombi ¡Ahora sí te tostaste, mi hermano! ¿Acaso no ves el noticiero? La gente en otros países huye de ellos porque se los comen vivos ¡Ellos son los depredadores nuestros!

—Nosotros les disparamos con balas explosivas, les lanzamos gas y los quemamos con lanzallamas. Incluso los encerramos en lugares como el CIDEZ para usarlos como cobayas. Somos su mayor amenaza, aunque parezca imposible. Y el suero les permitió parecerse a nosotros. Tengo que volver al CIDEZ. Debo informar... hay que analizar estas muestras.

—¡Nadie va a ir a ninguna parte! —dice mamá.

Su rostro está serio. Su voz ha paralizado a todos. Como cuando éramos chiquitos y nos regañaba. No bromea, no ruega, no implora. Solo ordena. Y se trata de mamá. No hay manera de enfrentarse a ella.

La abuela ha vuelto a sentarse en su butaca y nos mira en silencio.

—Mucho menos tú, Ricardo Miguel. No sabemos lo que pasó en el CIDEZ. Ni siquiera sabemos algo sobre ese misterioso «escape biológico».

—Pero mamá —replica Panchito—. Hay que hacer algo, avisar a alguien.

—¿A quién vas a avisar?, ¿al presidente del CDR? A ese ya ni se le ve por el barrio. ¿Acaso a la policía? Se pasan todo el día en la calzada pidiendo identificaciones para luego devolverlas sin decir nada ¿Acaso a tus amigos del barrio que ya no forman escándalos como solían hacer? Ya ni siquiera las viejas chismosas vienen a contarme la vida y milagro de todo el mundo. Los niños ya no tiran piedras. Tampoco nadie protesta. Esta cuadra es una tumba, una tumba donde los cadáveres aún no saben que han muerto. Ahora cualquiera puede ser un zombi.

No hay más que hablar. Ella tiene toda la razón.

---

Han pasado tres meses desde el ataque. Ya no nos bañamos. Solo salimos para buscar los mandados en la bodega y la dieta de panchito en la carnicería. Nos movemos lentamente. Hablamos en monosílabos. Como hace el bodeguero, el carnicero, los policías y los delincuentes del barrio. Todos son zombis ahora. O fingen serlo para sobrevivir. Como nosotros.

Nunca abrimos la puerta. Ni a los de los mosquitos, ni a los fumigadores, ni a la policía si viniera. Por la noche dormimos con las ventanas cerradas y todas las puertas aseguradas. Ya ni los perros ladran por la noche.

Panchito dice que en algún lugar las cosas deben de funcionar bien. De lo contrario no habría electricidad, gas o agua corriente. A lo mejor tiene razón y alguien está tratando de contener esta epidemia. Yo personalmente no lo creo. En este país las cosas han marchado siempre igual. Por inercia y de puro milagro. Los cuerpos de los zombis en las termoeléctricas o los acueductos recuerdan sus funciones cuando vivían. Fingen ser seres humanos haciendo mecánicamente su trabajo de siempre. Supongo que algún día habrá fallas verdaderamente complejas y no podrán solucionarlas. Entonces vendrá la oscuridad. Y el hambre.

Pero eso ya ha pasado antes.

La abuela no se despegaba del televisor. A ella siempre le gustó, pero ahora busca desesperadamente un rostro no robotizado. Los locutores repiten las noticias sobre el imperialismo, la hermana nación de Venezuela y los Cinco Héroes. Todos con la misma monotonía del inspector de Salud Pública de hace tres meses. Ella cree que los de arriba no saben nada sobre esta invasión silenciosa. Piensa que por eso no han tomado medidas al respecto. «Pero en algún momento Fidel se enterará y ya verán esos zombis...» dice mientras se aferra al mando y cambia canales compulsivamente. Según Panchito a estas alturas todos deben ser zombis. Los dirigentes, los generales, los del Consejo de Estado, los ministros, todos. Por eso Fidel dice estar enfermo. No puede dar discursos de más una hora porque es un zombi. Mamá, por su parte, se empeña en decir que todo es culpa de los americanos. «Terminarán tirándonos una bomba atómica como siempre quisieron», nos dice. «El virus solo les dará una justificación ahora que todos somos zombis».

En mi opinión no importa si los jefes están muertos o no. Los zombis les convienen a todos. No se quejan por trabajar horas extras, no protestan por las guaguas llenas, no hay que pagarles estimulación en dólares, no escriben blogs disidentes, no se amotinan. En el fondo este país, de alguna manera, siempre ha sido de zombis. Al menos siempre ha funcionado como tal. No-



sotros creamos y aceptamos el mecanismo. El virus Z, así como el suero del CIDEZ, solo crearon las personas idóneas para sobrevivir aquí.

¿Los norteamericanos?, ¿las Naciones Unidas?, ¿la Organización Mundial de la Salud? Esos ya nos dieron por imposibles mucho antes del primer zombi. Se limitan a ver nuestra televisión e imaginan que nos va bien. Aquí no hay tiroteos, ni estados de emergencia, todo el mundo es feliz frente a las cámaras y siempre se cumplen las metas propuestas por el Partido.

Ya no quiero ir a España. Temo encontrar allá lo mismo que aquí. La fórmula del suero fue compartida con los investigadores de la Universidad de Málaga. Ellos se dedicaron a desarrollar una versión comercial del suero. Lo vendieron a empresas privadas que se dedicaron a distribuirlo por toda Europa. Lo peor de todo es que nos pagaron por ello y usamos el dinero para hacer campañas estúpidas contra los norteamericanos.

Los Estados Unidos ya no son el futuro. Ni Rusia, ni China. El virus Z es el futuro. El final tan anunciado en el 2012. La muerte de la humanidad a manos de una mente colmena de virus inteligentes. Pero nuestro suero les dio una oportunidad de sobrevivir. Convencer a esa mente colmena de convivir con nosotros en un «mundo feliz» al estilo Cuba.

Y las empresas privadas de Andalucía están creando ese «nuevo orden». Un mundo ordenado y organizado donde los humanos conviven con el factor Z sin aniquilarse unos a otros. Un mundo donde el individuo ya no es necesario.

Solo el bien común. La colmena.

He escuchado noticias sobre comunidades autónomas en Andalucía donde no hay zombis en las calles. Comunidades que viven al margen de la anarquía que genera el estado de excepción zombi que reina en Europa. La gente está comenzando a emigrar hacia allí. A la vieja derecha conservadora no le importa si estas comunidades se asemejan sospechosamente al sueño utópico del marxismo-leninismo. Como todo humano, solo quieren sobrevivir. Moverse hasta donde no lleguen los zombis. Vivir bajo la sombra de quienes les garanticen seguridad a sus hijos. No importa si son los comunistas los que pueden garantizar esto.

Todo es parte del mismo plan.

He quemado mi permiso de salida y mi pasaporte. No quiero montarme en un avión y aterrizar en una Andalucía Revolucionaria. Con Comités de Defensa de la Revolución, Milicias de Tropas Territoriales y Policía Nacional Revolucionaria. Con pancartas políticas y miradas vacías en los transeúntes. Sin cuerpos a medio podrir por la calle intentando morder al prójimo. Una sociedad socialista «zombizada». Un modelo político importado desde el Caribe que librará a todos de la extinción.

Al parecer, finalmente, algo de los cubanos conquistó España.

---

No me cabe duda que estamos viviendo un Período Zombi.


Ahí está la abuela viendo el desfile del 2 de diciembre. Uno tras otro marchan los muertos vivientes con ropas de camuflaje, fusiles Kalashnikov y visores Vilma. No se cansan, no sudan, no pierden el paso. Son perfectos, como las tropas de Hitler. Demasiado perfectos para una isla desorganizada en medio del trópico. Los cubanos nunca hemos hecho las cosas con semejante precisión. Podría decirse que este es nuestro momento de gloria.

Allí, bajo la tribuna donde brillan las estrellas de los generales, justo delante de la gran estatua de José Martí, hay un letrero blanco con grandes letras rojas donde puede leerse la sentencia que el destino depara para nosotros:

«JUNTO A LOS ZOMBIS, CONSTRUYENDO EL SOCIALISMO».

## **Los marcianos somos verdes**

*Román Emiliano Martínez García*

 En esta colonia hubo una vez doscientas noventa personas; científicos de todo el mundo compartiendo el eterno sueño de un futuro entre las estrellas... aún quedamos algunos.

El gran domo acristalado que hacía las veces de salón de actos se llenó rápidamente con los tres colores primarios; verde para los uniformes de Producción, rojo para los ingenieros y el azul de Servicios. Añadimos notas de blanco dadas por el equipo médico y el contraste de nuestros uniformes negros, que nos identificaban como Dirección y Seguridad; con todos los colonos presentes, desde el espacio bien podría confundirse el domo con un parterre floral. Cuando se produce una aglomeración rápida, la nariz meticulosa puede percibir la caída del oxígeno, mientras la inteligencia artificial expulsaba el exceso de CO<sub>2</sub> a las piscinas de oxigenación; suficiente para mantener viva la angustiada inseguridad de una atmósfera artificial. No lo comenté con nadie, no necesitábamos más tensión. Charlábamos intentando parecer tranquilos cuando oí el zumbido que anuncia la recepción de un mensaje. Como máximo responsable subí al púlpito dispuesto a escuchar el nuevo comunicado oficial sobre la catastrófica crisis.

—Hola. Me imagino lo cansados que estaréis así que iremos directos —siempre me gustó el Comandante James, hoy dejaría de hacerlo—. Hemos trabajado con todas las posibilidades y cuando digo todas, son todas; estos días han sido un infierno... La Agencia ha comprobado que es inviable la simple unión de los módulos de personal de la Estación Espacial Shambala al propulsor VASIMR 2, con lo que la solución pasa por realizar un nuevo módulo intermedio, módulo que no estará listo antes de tres meses: otro mes de pruebas y otro, en el mejor de los casos, para modificaciones y test. Con un mínimo de tres lanzamientos desde la Tierra y otros cinco desde la Luna. Ninguna estimación arroja un tiempo inferior de siete meses para lanzar la nueva misión, si todas las estimaciones fueran correctas... cosa que muchas

agencias nacionales ponen en duda. De todas las maneras posibles, lo que a efectos prácticos importa como ya habréis calculado es que es imposible hacerlo en cinco meses. Más allá de cinco meses la lógica de la diferencia orbital ordena esperar a la siguiente secuencia de aproximación, lo que directamente sitúa el umbral de llegada más allá de los 18 meses. Bien, ahora, y sabiendo cómo se han puesto las cosas de difíciles en los países involucrados, escuchar esto: se estima un coste de cien mil millones para el conjunto de las operaciones, a los que hay que sumar los costos de la fracasada misión VASIMR 1 para traeros a casa, por no nombrar a los astronautas muertos... No sé si entendéis lo que trato de decir...

—Cabrones —murmuré para mí.

—Con los datos que disponemos las mejores estimaciones solo os dan 12 meses. Ni la cubierta hidropónica, ni los invernaderos, ni las piscinas en plena producción soportarán la presión de 136 vidas. Sé que inventaréis mil combinaciones, incluso se habla... bueno, no tengo que deciros de qué se habla, pero quiero que entendáis la naturaleza del problema por brutal que suene —la voz del comandante James se quebró un segundo—, vu... vuestras naciones, pueden salvar cientos de miles de vidas con esos cien mil millones; Europa y lo que queda de América lo está pasando mal, y está confirmada otra ola de frío que arruinará también las cosechas en Asia; los chinos caen por miles cada día, ¡decenas de miles cada semana! Y con ellos fuera del programa, no vamos a hacerlo. No vamos a ir otra vez... Lo siento. Lo sentimos mucho todos.

—¡Vosotros nos trajisteis aquí, bastardos...! —gritan a mi espalda.

—Unay, por favor —interrumpí sin energía.

—Nos están matando... —Tomas y Shepard de seguridad, se sentaron junto al chico para tranquilizarlo. La emisión con sus veinte minutos de retardo seguía su curso ignorando las ganas de vomitar que sentíamos.

—Lo van a anunciar esta noche... Entender que no servirá de nada hablar con vuestros países... y, además... esto es... sé lo que pensaréis, pero tiene que ser así: advertir a vuestras familias que no se les tolerará organizar ninguna acción en absoluto. Lo siento. Lo sentimos por todos. Adiós y suerte.

Dios mío, pensé desde mi agnosticismo practicante, notando 136 miradas fijas en mi nuca, 136 hombres y mujeres a los que llamaba mis amigos, 136 condenas a muerte... Me temblaban las piernas al darme la vuelta en la tarima. Tomé aire. El Sol del mediodía proyectaba sobre el suelo la trama que unía los hexágonos transparentes de la bóveda, enjaulando a mis colonos como un mal augurio.

—Bueno, me importa una mierda lo que digan, ¿me oís? —me adelanté con energía, inculcándoles ánimo bajo la losa del negro cielo—. Llamad a vuestras agencias, hablar con los embajadores, llamad a vuestras familias... Hablar con todo el mundo, y no quiero oír a nadie fuera de control, aún es pronto para eso, pueden pasar muchas cosas. ¡Vamos!

El azul y la mayoría del verde se desplazó lentamente hacia los pasillos subterráneos, los ingenieros nunca tiene prisa. Tomas y Shepard me miraron con resignación y se llevaron al chico, llorando y forcejeando. Con 26 años era el más joven de la colonia. Fue un niño prodigio con una mente perturbadoramente brillante. Cuando le conocí me sorprendió lo mal hablado que era. Aun así, con dieciocho se doctoró *summa cum laude* en Medicina. A los 19 en fotoecofisiología de micro algas; en un solo año, para poder ocupar esa plaza que había quedado vacante en la colonia. Un intelecto entre 10 millones que hubiera vivido como un rey mediante un par de patentes que poseía a los 18. Ahora moriría aquí, junto al sueño de la humanidad por poblar otros mundos.

—Jet —llamó la doctora Ran, «mí» doctora—. ¿Esto es definitivo?

—Hay mucho por hacer Ran, en serio. Vamos a tirar de los hilos conocidos y a inventarnos algunos nuevos, esto no puede quedar así, no pueden olvidarnos.

—¿Por qué no mandan la VASIMR 2 con todo el material que pueda traernos? —dijo Ismael, el ingeniero israelí que optimizó el rendimiento de las plantas hidropónicas.

—Podrían hacerlo, pero prolongarían la agonía; no vamos a durar siempre —respondí—. Si nos dejan aquí tenemos que morirnos rápido —los ingenieros y médicos que quedaban me miraron entre sorprendidos y resignados.

—Podríamos hacerlo —recalcó Samuel—, sobrevivir decidan lo que decidan.

—Haremos lo necesario.

—Existen combinaciones que...

—Cállate Ismael. Callaros y seguir los procedimientos habituales mientras podamos... Ya habrá tiempo de pensar en eso.

—El salón se fue despejando. Mi doctora esperó a que todos fueran a sus salas para acompañarme en el púlpito.

—¿De qué hablaba Ismael?

—Ahora no, Ran.

—¿Canibalismo?

—Por el amor de la Gran Madre Ran... Hay respuestas más inteligentes.

—Jet.

—¿Qué?

—¿Has pensado que nos quieran muertos por algún motivo?

—Bueno, he pensado en todo ¿y sabes qué?

—¿Qué?

—Que entonces no tenemos de qué preocuparnos: estamos muertos.

—Cuando todos se iban siempre me quedaba, aguardando el efecto contrario; una pequeña sobredosis de oxígeno, una pequeña alegría entre los restos del naufragio.

Las siguientes horas fueron de grandes esfuerzos, de bonitas palabras y enormes ilusiones en cuanto alguien contradecía la versión del comandante James... En el siguiente reporte, pasada la interminable espera, indefectiblemente decían lo mismo; que la decisión era unánime, que era una desgracia el accidente de la misión, que todos lo sentían muchísimo... así pasamos 48, 72, 96 horas, durmiendo apenas entre comunicación y comunicación, esperando algo que indicara un poco de sentido común, pero solo encontramos frío y vacío de los organismos gubernamentales. No había nada más que hacer, no iban a venir. Nos refugiamos en nuestras familias, pero no encontra-

mos calor ni sosiego; padres y madres comprendían que no volverían junto a sus hijos, mujeres y maridos que no volverían junto a los seres queridos de las pantallas. Lo peor eran los jóvenes, muchachos entusiastas como Unay que sacrificaron su juventud por la emoción de la última frontera, por la gloria de las estrellas en la legendaria arena de Marte. No había comunicado que no provocara un terrible desasosiego... paulatinamente, distanciamos las llamadas...

Este desenlace era previsible desde el mismo instante en que la VASIMR 1 se perdió en el vacío: iban a llevarnos a casa pero la nave quedó muda a la radio o a la recepción de órdenes para teledirigirla. La versión de la Agencia para la población mantiene la colisión. Un accidente tan terrible como improbable: las posibilidades de encontrarse con un meteorito en la inmensidad del vacío son insignificantes. Nosotros sabíamos que la Agencia Espacial Internacional había visto reducido su presupuesto a una décima parte en los últimos siete años, no hay mucho más que decir.

Como director de la colonia intenté que la situación no desencadenara un desastre. Así, me reuní con los dietistas para reducir las raciones, con ingeniería para buscar más oxígeno; organicé grupos de estudio para aumentar la producción hidropónica, intenté involucrar a los grupos de trabajo en una resistencia valerosa: como resultado, tras seis días deliberando comprendimos que debido a la precaria naturaleza de la colonia, no había nada que no se estuviera haciendo ya, y que no sobreviviríamos doce meses... Mis buenas intenciones explotaron para separarnos. Nos cruzábamos por los pasillos taciturnos o furiosos, con una melancolía arrebatada... Un día, escuché a las enfermeras del gabinete médico charlar, como si nada, mencionando las famosas «combinaciones» de Ismael. Les ordené callar, casi llegamos a las manos.

En esta colonia hubo una vez 290 personas, científicos de todo el mundo que compartíamos el eterno sueño de un futuro entre las estrellas... pero la fría maquinaria de la estupidez se encargó de dilatar una y otra vez los envíos de los materiales más elementales, aumentando los beneficios de empresas privadas a expensas de un presupuesto público aparentemente ilimitado, engordando sus cuentas secretas como engordaron los dinosaurios, que solo

vieron ventajas en el tamaño... esta vez no hizo falta meteorito. El supervolcán de Yellowstone reventó junto a la actividad financiera de los Estados Unidos; América del Norte fue evacuada hacia Latinoamérica y Europa, hasta que la nube de ceniza oscureció los cielos mediterráneos y las partículas de polvo alcanzaron la ionósfera; auroras boreales sobre el Sahara y un ciclón hemisférico permanente son las nuevas maravillas de la naturaleza; nadie le echó la culpa al calentamiento global. La especie humana se amontona en el olvidado sur, esperando un billete a la Luna, sin entender que sus ciudades dependen por completo del mantenimiento terrestre: están condenados, todos lo estamos; consentimos al individuo creer que «egoísmo» coincidía con «supervivencia».

Ahora nosotros, la punta de lanza de una especie hacia el espacio se someterá a su hora más oscura.

El miedo a la muerte no es lo peor: es la falta del futuro, la inexistencia de salidas, la negación de una sola posibilidad de prosperar de algún modo lo que te enloquecerá. No recuerdo una señal clara; nadie sufrió un ataque de nervios ni pidió nada distinto para cenar, solo lo supe; apenas un mes tras «El Comunicado» las conversaciones eran un mero mecanismo de la educación que manteníamos para no abandonarnos; pero todos hacíamos cálculos, todos éramos científicos, todos buscábamos *la combinación*.

El primero no fue el más viejo, ese era yo. Fue Marvil, ingeniero austriaco de 39 años, astronauta desde hacía 16; abrió la segunda compuerta de la esclusa del invernadero oriental y echó a correr impulsado por la descompresión. Avanzó más de 50 metros. Me pregunté por qué escoger esa forma de morir; estás consciente durante más de 10 segundos hasta que tus pulmones y luego todas tus venas explotan por la expansión de los gases... Desde el vehículo oruga contemplé el escenario del crimen; pisadas perfectas y solitarias cinceladas sobre el rojo óxido marciano; un suicidio sin sombras. No sé por qué me sorprendí cuando la agencia pidió al gabinete médico que hicieran la autopsia; era el primer humano muerto por despresurización en Marte. Las doctoras aceptaron..., con tal de distraerse. Le enterramos en el pequeño invernadero construido a ese fin y que ya contenía el cuerpo de dos



técnicos muertos durante el primer año de misión. Solo entonces reparé en que la exclusiva desde la que corrió Marvil era la más próxima al cementerio; estos ingenieros siempre tan prácticos. No pensó en la maldita autopsia.

Siempre me ha parecido de una belleza zen, una paradoja casi mística, el hecho de que los muertos de la colonización marciana formarán parte del nacimiento de la capacidad de este mundo para mantener vida... y esa entre otras, era una de las famosas «combinaciones» de Samuel. Un par de pulmones menos, una boca menos que alimentar y más materia disponible para biomasa. Yo mismo calculé que con 90 o más cadáveres, rehabilitando uno de los invernaderos abandonados seríamos teóricamente estables. Sin personal de investigación, y con los autómatas en los campos, bastan 20 individuos para operar la colonia. El problema es que debería hacerse ahora, mientras las piscinas hidropónicas y los invernaderos permanecen llenos... y eso me asustaba mucho.

Convoqué una reunión para exigir que todos prosiguiesen con sus deberes como medio para focalizar la mente; hay que evitar otro «accidente», tuve que oírme decir. Pero una vez promovido el camino hay docenas de motivos que los débiles, los menos aptos o simplemente los que pasen un momento bajo encontrarán para justificarse: no quieren sufrir, no ven otra salida, se sienten respaldados por un delirio de altruismo, u obligados por un instinto ancestral a seguir a un lemming; Magie, estadounidense de 29, 2 doctorados y piloto del transbordador espacial lo hizo desde la misma puerta, y no era mi candidata a «débil». Gerald, francés, 31, y Sonia, una maravillosa chilena que era el orgullo de su nación lo hicieron de la mano, desde el otro extremo de la base, supongo que con ínfulas románticas de ser recordados; los amantes de la esperanza... qué se yo. Luego Shepard, mi amigo, mi ayudante, se envenenó. No lo vi venir, no dio muestras de flaqueza ni comentó fuera de tono nada mientras enterrábamos a los demás. Luego Rober, Alaisa, Tania; una bella rusa de 1,90. Paul, Adrey... todos seguidos, en tres semanas, estábamos enloqueciendo. Aquello ya no era una colonia de audaces investigadores, sino una cárcel de dementes. La cifra llegó a 16: 16 personas se quitaron la vida en 3 meses. No puedo saber los motivos de todos, pero la

mayoría, todos a los que conocía personalmente lo hicieron para aumentar las posibilidades de supervivencia de los que quedaban. Pasó otro mes, nadie más engordó los geranios y supe que al menos hasta el final, nadie seguiría ese camino. Entonces creció esa predisposición al grupo, a la exaltación de la amistad entre unos, mientras crecía el verbo de la conspiración y se desterraba al resto, estudiando y publicando todo defecto. Pronto se volvió un susurro por las redes, un secreto a voces; alguien tendría que hacerlo, alguien sería legitimado pero, ¿quién tomaría la decisión, quién lo plantearía abiertamente?, ¿por qué teníamos que morir todos? Hasta yo caía en interminables soliloquios de moralidad y supervivencia hasta que la extenuación me hacía dormir como un bebé. Un día me desperté con la certeza de lo fácil que resulta matar a un montón de gente en atmósfera cero, y no volví a dormir. Deambulaba siempre con mi segundo, Tomas, no me separaba de él. Me olvidaba de visitar a mi doctora y pasaba los días ante los monitores de seguridad, estudiando las reacciones de unos y otros, evaluando el valor y la determinación de los grupos más temerarios. Se apoderó de mí una paranoia aberrante y obsesiva: todos se comportaban inadecuadamente... ¿Y quién no?

Finalmente, no fue lo que vi, sino lo que no vi lo que me alertó del desenlace: ¿dónde estaba Unay? Lo encontré tras revisar el recorrido de todas las cámaras del complejo, al fondo del famoso invernadero oriental, entre hileras de manzanos; pasaba de golpearse la cara con las manos con un gesto de dolor a reír nervioso mientras hablaba solo y se rascaba todo el cuerpo, he visto a yonquis comportarse así. ¿Habría encontrado Unay su edén en los psicotrópicos? Era capaz de sintetizarlos; nunca lo hubiera imaginado, pero, las mentes brillantes se desmoronan de formas imprevisibles. Lo seguí hasta su laboratorio de biotecnología, pero no pude encontrar la cámara de su interior; bueno, pensé que querría intimidad. La cámara llevaba desconectada al menos tres meses, luego comprobé algo más inquietante e inexplicable; media docena de sensores son necesarios para saber lo que sucede en una atmósfera controlada: presión, temperatura, cantidad de oxígeno, de CO<sub>2</sub> y de ciertos químicos... ninguno estaba operativo. Eso es mucha intimidad. Como mínimo se merecía una custodia electrónica y un buen interrogatorio. Cogí a Tomas y fuimos a

por él; deshabilitamos la hidráulica de la puerta y abrimos en manual. No esperaba nada en particular, tal vez algo infantil, algo prohibido:

—¡Oh, Madre de los cielos...! —exclamé.

Aquel era el aspecto del laboratorio del doctor Jekyll cuando mister Hyde fue liberado; algo más que caótico, con una pared entera de armarios de dos metros volcados y un olor nauseabundo a química irrespirable. Junto a una mesa, un montón de matraces rotos metódicamente en el mismo sitio; tan metódicamente que parecían unos huevos de vidrio en su nido de aristas cristalinas. Sucio y verdoso, las colonias de moho proliferaban desde las muestras estrelladas entre el contenido de los armarios desparramados por el suelo... cualquiera que trabaje con instrumentos científicos sabe que no hay forma de hacerlo así. Entonces, ¿qué hacía allí?, ¿liberar su rabia destrozando la representación física de la ciencia que tanto le dio, y ahora se lo quitaba todo?, ¿cómo no nos dimos cuenta de su estado?

—Bueno, no está aquí.

Tenía la mano derecha en la frente, con ese gesto estúpido que hacemos para pensar mejor cuando en aquella jaula para huracanes di con una senda de cordura, literalmente; un caminito razonablemente despejado entre bolsas de reactivos e informes de experimentos en baja gravedad. La seguimos hasta un armario volcado, vacío y dejado como con cuidado, al moverlo apareció una puerta.

—Es una sala de cultivos —informó Tomas—.

Dentro, la habitación más limpia de todo el maldito Marte nos demostró la tremenda capacidad para el desconcierto de los niños prodigio. Unay, no puedo entender cómo y se apropió y transportó allí, él solo, la mitad del laboratorio de genética; los equipos ocupaban el 90% del suelo, apenas separados para moverte de lado... percibí un leve olor a podrido y azufre que procedía de las vitrinas de cultivo.

—Hay... no sé, ¿500?, ¿600 cultivos? —dijo Tomas.

—Incluso para él me parece demasiado —dije—. Todas las vitrinas están a 35 grados. Deben ser algas tropicales.

—¿Sin agua? —dijo Tomas, y entonces me acarició una de esas certezas que se inician como sutil intuición y crecen hasta ocupar tu mente como un ejército una aldea de labradores.

—¿Qué medio de cultivo usa, Tomas?

—Pero si es... ¿de dónde ha sacado tanta carne?

—Bueno, ¿de dónde crees tú? No hay un maldito buey en 120 millones de kilómetros. Búscalo y tráelo. Tráelo aquí, tiene que venir y explicar esto.

—Voy.

Me quedé contemplando aquel micro jardín de los horrores y recé para que pudiera explicarlo, pero entonces se me congeló la espina dorsal, vertebra a vertebra: el frío procedía de un arcón congelador en el que no reparé al principio. Pesadamente me dirigí a él, toqué su mecanismo de bloqueo, lo deslicé y levanté la tapa tras vencer la resistencia del vacío...

—Por todos los héroes muertos del mundo, Unay ¿qué has hecho? —no es fácil, no es nada fácil poseer una visión así, la de cuerpos humanos desmembrados, de muslos y glúteos amontonados, de cajas torácicas despellejadas... les había quitado toda la piel y un centímetro de carne donde se podía. Mis amigos diseccionados, tratados como... como sustrato para vegetales. ¿Habría comido algo? Por suerte, las cabezas no estaban y no reconocí a nadie.

—Estás muy jodido, amigo —respiré hondo y me senté en el asiento del microscopio, entonces reparé en el ordenador portátil guardado en un hueco horizontal. Lo conecté e inicié, exigía una clave... pensé en Unay e intenté hacer de espía con ningún resultado. Al cabo de un rato oí a alguien trastean-do en el laboratorio, me asomé para ver a Tomas llevando medio en volandas a Unay que colgaba semiinconsciente y desnudo.

—Pero, ¿qué le has hecho, animal?

—Lo encontré así Jet, estaba tomando el sol entre las piscinas de oxigenación, con la ropa doblada, como si echara una siesta.

—Está ardiendo y... está... ¡Verde! Tráelo, rápido —despejé una mesa de inoxidable y lo tumbamos.

Unay estaba inerte y salvo por el *slip* negro marca de la agencia, desnudo, con lo que la mayoría de su piel debía ser visible pero no lo era; en su lugar, toda una amalgama de verdes azulados similares a líquenes florecía sobre su cuerpo. Oía a azufre y a metano. Llamó a Ran.

—Doctora, tienes que ver esto.

—¿Cómo habéis entrado? —oí la débil voz de Unay— ¿habéis tocado los cultivos?

—Claro que hemos tocado tus malditos cultivos —gritó Tomas.

—Tranquilo. ¿Qué significa esto Unay?, ¿cómo te has atrevido a profanar...?

—¿Cuáles habéis tocado? —dijo incorporándose.

—¿Por qué has hecho eso? —pregunté señalando la sala de cultivos.

—¿Habéis abierto la primera vitrina según se entra? —preguntó Unay de manera ansiosa.

—Unay, te has saltado todos los...

—Jet, por el amor de la Gran Madre ¿quieres sacarte la puta cabeza del culo y mirar a tu alrededor? —tosió por el esfuerzo, pero mantuvo el tono alto—. No voy a morir aquí, a millones de kilómetros de la playa más cercana porque a los idiotas de tus jefes se les han vaciado los bolsillos.

—¿Por qué destrozaste el laboratorio?

—He desenterrado, troceado y desollado cuerpos humanos Jet, cuerpos que pertenecían a personas con las que conviví durante años —no supe qué decir. Tomas me miraba, esperando... —y he pagado mi precio. No sentía nada. Cada noche que necesitaba más piel, y regresaba aquí sin que nadie me descubriese... luego tenía que... solo lloraba y rompía cosas hasta que me atrevía a salir del laboratorio aparentando tranquilidad. Ahora, cerebro de mariposa, responde de una vez, ¿has manipulado alguno de los cultivos de la primera vitrina?

—No Unay ¿Qué es tan importante en esa vitrina?

—Por fin una pregunta productiva —estaba agotado pero seguía desafiante. La doctora Ran llegó entonces.

—¡Madre de todos! ¿Qué ha pasado aquí?, ¿qué le pasa? —dijo al llegar hasta Unay

—No lo sé, está ardiendo —dije.

—Hay que bajarte la temperatura. Tomas agua fría y un botiquín...

—Doctora, no puede bajarme la temperatura, mi suicidio se llevó a cabo hace tres días, de hecho, estaba pensando en buscarla esta misma mañana...

—¿De qué hablas? —dijo la doctora.

—He sido un chico malo, doctora. Me he untado el cuerpo con un moho mutante que sintetiza compuestos vitales, disminuyendo nuestra dependencia alimenticia.

—¡La madre del cordero de oro! —exclamó Tomas —. ¿De eso se trata?

—Estas a punto de perder la conciencia, dime lo que te pasa.

—Me muero.

—¿Por qué te mueres? —dijo Ran.

—Porque era necesario balancear el calor que genera... sí, también ayudará a mantenernos calientes para ahorrar energía. Pero lo que me matará son las tasas de liberación de nutrientes...

—No te creo... ¿no podemos hacer nada?

—Una autopsia exhaustiva con electro bioquímica y atención a la epidermis.

—No te creo —negó Ran de nuevo.

—Creo que debes ir ahí dentro, ahora —dije señalando la sala de cultivos. Ran siguió mi consejo.

—Madre mía, ¿hablas en serio, te has suicidado? —preguntó Tomas.

—Era retórica, Tomas, pero sí, ¿te parece más estúpido que el de los demás? —dijo sonriendo.

—No estás bien, Unay; uno no le sonrío a la muerte —dije arrogante.

—Todos morimos. Algunos decidimos cómo. Jet, he alumbrado la vía a una colonia estable en Marte en solo cuatro meses —seguía sonriendo.

—¿De qué te ríes?

—Tenía planeado emplear 40 años.

—¿Por qué no pediste ayuda, imbécil? —le gritó Ran de vuelta de la sala de cultivos.

—¿Para qué?, ¿para trocear cadáveres? y mientras me poníais una custodia electrónica, yo os explicaría que solo quiero a nuestros amigos para modificar la genética de un alga, usando bacterias del culo para volvernos simbioses verdes...

—Pero no tiene sentido, ¿cómo se te ocurrió hacer una cosa así? ¿No es más fácil...?

—¿Cómo no se lo ocurrió a nadie antes? La evolución no enseña a adaptarnos. Cuando salimos del agua para conquistar la Tierra no estábamos preparados, pero una vez allí desarrollamos una piel para protegernos; eso fue en la tierra, aquí no era necesaria tal y como fue concebida. Se nos dio la ciencia para no tener que esperar a la evolución, porque ni con millones de años evolucionando podríamos, de forma natural, abandonar el planeta origen. Pensadlo bien... ella sola, nuestra Gran Madre, con tiempo, conquistó todo el espacio disponible; agua, tierra, aire, ¿qué queda?

—Todo el espacio que queramos... —añadió Ran.

—Exacto; el inmenso e inacabable espacio, ella no podía, con las herramientas de que dispone, llevar la vida a él. Pero con tiempo encontró la manera...

—La inteligencia —dije yo, maravillado de las conclusiones de Unay, mareado y furioso, recordando la confusión que puede dominar la mente contaminada por el ambiente.

—Es solo otra herramienta para que la vida use el espacio disponible. Y contemplar su obra sin artificios, sin supersticiones...

—Entonces, ¿lo has logrado? —preguntó Ran.

—¿Sabías que se podía hacer algo así? —dije escandalizado.

—¡Ni yo lo sabía hasta que tuve que hacerlo!

—¿Entonces? —dije casi mareado.

—La doctora Ran asistió a la lectura de mi tesis doctoral en la Universidad de Málaga, en el 37.

—Producción primaria para Marte; simbiosis planetaria — dijo ella.

—Sí, es el mismo principio pero adaptando la escala a lo disponible.

—Vale, ¿cómo te lo quitamos?

—No se puede, ese es el trato —dijo Unay.

—¿Trato?, ¿qué trato? —dijo Ran.

—Es un simbiote exógeno basado en un líquen con su alga fuertemente modificada, pero debajo, lejos del oxígeno, una bacteria anaeróbica se alimenta de CO<sub>2</sub> y de la epidermis.

—¿De piel? —dije con asco.

—La epidermis se renueva cada 48 horas —dijo Ran— ¡Generando escamas de queratina ricas en azufre!

—Y el azufre es un excelente fertilizante —apostillé rápidamente, sintiéndome menos idiota.

—Doctor, ¿dónde ha estado? —dijo Unay para devolverme a mi idiotez—. Es un desperdicio de inversión metabólica. El problema es que sin tiempo no pude perfeccionarlo: una vez infiltrado, el simbiote no puede retirarse. Ese es el trato.

—Que mierda de trato —dijo Tomas.

—Es el trato justo por salvarnos la vida; la hipótesis Gaia funcionando sobre cada uno de nosotros: no existe el yo sin la biodiversidad, no existe el yo, sin «ella».

—Pero si mueres... si nadie comprende tu trabajo... —dijo Tomas asustado.

—¿Por qué lo probaste en ti? —pregunté. Unay, extenuado, se dejó caer en la mesa.

—¿Con la paranoia instalada en vuestras mentes?, imagínate; dejarme mataros por el bien de los demás. No, tenía que ser así, ahora creeréis en su viabilidad.



—¿Quién continuará tu trabajo? —quise saber.

—Todos, espero. Mi ordenador; clave «vida». Lo preparé para idiotas, espero que cumpláis. Con la información que obtengáis de mis órganos sabréis cuál de los cultivos de la primera vitrina —recalcó para mí —es el mejor candidato para continuar, puede que hagan falta más sacrificios... pero... el trabajo... ya está... hecho.

Ran intentó llevarlo hasta una máquina de hemodiálisis... no dio tiempo. Ran hizo la autopsia y Samuel prosiguió su trabajo. Milagrosamente, según los estudios que realizamos más tarde, no murió nadie más, lo que fue una suerte para mí, el segundo inoculado con el simbiote de Unay.

Su trabajo, la titánica y desagradable labor que llevó a cabo en solitario en aquel infierno, el breve lapso de tiempo que empleo en darnos una de las lecciones más sublimes, conmovedoras y extrañas posibles, dio origen a la leyenda mejor documentada de la historia de la humanidad. Muchos lo consideran algo más que un iluminado; un mente plena, capaz de sintonizar incluso aquí, a millones de kilómetros del origen de la vida, con la esencia más pura que llevamos dentro, con eso que nos hace capaces de cualquier cosa; con el amor primario que impulsa cualquier desarrollo armónico y equilibrado de lo que podemos llegar a ser. Una nueva forma de vida, más armónica, más plena... más verde.

Algunos intentaron una especie de religión en su nombre, pero su lección magistral no podía ser distorsionada, pues todos los marcianos la llevamos sobre nosotros y dentro de nosotros; nos alimenta y nos conforta para que no la ignoremos, como hicieron los terrestres. La diferencia es que aquí, en Marte, el que la ignora, muere.

## Astarté

*Javier Pavía Fernández*

El primero en morir fue un bedel. El personal de limpieza encontró el cadáver junto a los restos de la muralla fenicia, en el edificio del Rectorado. El cuerpo de Fermín, alcohólico, ludópata y mujeriego, estaba atravesado por una herida pequeña y certera a la altura del corazón.

La prensa no tardó en hablar de problemas de drogas y deudas de juego. Inventaron conexiones con capos de la mafia siciliana, contactos con un cargamento de hachís descubierto recientemente en el aeropuerto y todo tipo de elucubraciones sobre una red de prostitución de menores rumanas.

El profesor Torres dobló el *Diario Sur* y lo dejó con un golpe sobre la mesa de su despacho en la Facultad de Filosofía y Letras.

—Basura. Fermín era antipático, pero no era el demonio. ¿La mafia? —bufó—, menuda patraña.

—También olía un poco mal, no lo olvides —añadió Ramos desde la mesa contigua, sin despegar la mirada atentísima de las páginas deportivas.

Enrique Torres tenía todo lo que se requiere para ser un héroe: era calvo, con algo de barriga cervecera, no era especialmente amable, no tenía demasiada gracia, ni demasiado valor, ni demasiada inteligencia, y pasaba tardes enteras encerrado estudiando antiguallas rescatadas de las ruinas fenicias bajo el rectorado y del Cerro del Villar. Prefería con mucho la compañía de las piezas de cerámica a la de las personas, incluido Juan Ramos, el profesor futbolero de infinitas gafas con quien compartía despacho.

La policía no había encontrado nada extraño en el lugar del crimen. No había huellas, no había restos de ADN, no había nada que pudiera ayudarles a resolver el caso. Pronto el «asesinato del rectorado» pasó de ocupar todas las portadas a no ocupar más que pequeños pies de página. En menos de dos meses la ausencia de noticias hizo que el tema se zanjara y desapareciera de la memoria colectiva.

Habría terminado como un crimen más sin resolver salvo por la insistencia tenaz y algo friki del profesor Torres, arqueólogo debido a una fascinación temprana por las películas de Indiana Jones.

Se levantó y examinó su última adquisición: las tres únicas lanzas de punta de bronce recuperadas en toda Málaga.

—La herida no estaba hecha con un arma actual —dijo, más para sí que para su compañero—. Tenía orificio de salida, como un balazo, pero no era de arma de fuego.

Su despacho era un cubículo aprovechado al máximo para contener vasijas, joyas, collares, ánforas y platos de cerámica. También restos de mam-postería y algunas puntas de flecha.

—Con este arsenal serías el principal sospechoso —Ramos rió, cerrando el periódico y ordenando un puñado de cuentas de un collar hecho trizas.

Enrique le ignoró y continuó hablando en voz alta.

—El asesino no podría conseguir algo así con una espada o una lanza actual, no están hechas para matar. Son objetos de coleccionista. Pero una de las antiguas aún podría servir si se afilara.

—¿Cuántas hay?

—Tres. Están guardadas y catalogadas, nadie podría entrar y coger una. Son muy fáciles de rastrear.

Las tenía en su despacho, largas y con las puntas romas y oxidadas. Cogió una, sopesándola. Era pesada y difícil de manejar, el asta estaba prácticamente podrida y se desmontaría ante cualquier golpe. Sería imposible que un arma así matara a alguien con una herida penetrante tan diminuta.

Por eso fue tan extraño que apareciera la segunda víctima. En esta ocasión el crimen llegó hasta la prensa internacional: Adelaida de la Calle, rectora de la Universidad de Málaga, apareció muerta en su despacho, tendida sobre su mesa. Tenía una herida en el pecho, a la altura del corazón, pequeña y letal. Junto al cadáver, casi indistinguible de su sangre, se encontraron restos de una pintura rojiza que fue analizada por la policía científica.

Enrique Torres no necesitaba esperar a aquel análisis: con un simple vistazo a la escena del crimen supo que era púrpura de Tiro, un pigmento utilizado por los fenicios hacía más de dos mil años. Tampoco tuvo que esperar para ser interrogado por el detective Ángel Sahagún, un hombre de casi dos metros, encorvado y con una espesa barba rojiza. No daban ganas de mentirle.

Acudió a su despacho una tarde, vestido con vaqueros y americana, y no se molestó en detenerle ni leerle sus derechos. Simplemente se medio sentó en la esquina de una mesa y recitó:

—Quizás quiera explicarme por qué este material solo existe en dos sitios en toda Málaga: su despacho y la escena del crimen.

—Este pigmento era fabricado por los fenicios, pero dejó de usarse en el siglo XIII. Era carísimo: se hacía con la baba de una especie de caracol marino que...

—Suficiente —atajó el detective—. Esto no es una clase.

Paseaba la mirada por la colección de hallazgos fenicios del profesor Torres, deteniéndose ostensiblemente en todo lo que pudiera usarse para matar, que no era mucho.

—Como ve, casi ninguno de estos objetos conserva su tintura original—explicó Enrique—. Están oxidados, despintados y, en su mayoría, destrozados. Los que siguen tintados no irían perdiendo el color por ahí. Es un milagro que hayamos encontrado piezas casi intactas —señaló un ánfora de cerámica de la que pendía una etiqueta con un número de catálogo.

—¿Podría alguien haber fabricado esta pintura?

«No es una pintura, es un tinte», pensó.

—Hacen falta unos diez mil *Murex brandaris* para producir un gramo. ¿Han visto a alguien robando búsalos a granel? —hizo una búsqueda rápida en Google y movió el monitor hacia el detective, que hizo caso omiso de la explicación de Wikipedia.

—Esas lanzas podrían causar heridas como las de las víctimas —Sahagún señaló las tres viejas armas que reposaban contra la pared, pendientes de llevar al Museo de Málaga.

Enrique suspiró. Iba a ser difícil librarse de aquel policía.

—No resistirían el golpe, son demasiado frágiles.

El detective se apresuró a coger una con sus manazas que parecían demasiado torpes para algo tan delicado. La volteó, tirando en el proceso un montón de papeles al suelo.

—No tenemos nada contra usted -dijo, examinando la punta roma—. Pero le aconsejo que vaya con cuidado.

La dejó de nuevo en el rincón con un tintineo metálico. Un empujón así era casi suficiente para partirla en dos.

—Gracias, detective. Espero poder ayudarle —le medio empujó hacia la puerta.

Magnífico, ahora era un sospechoso. Cogió un sándwich de pollo a medio comer y lo mordisqueó distraídamente. Había coleccionistas y artesanos que fabricaban sus propias réplicas de armas antiguas. Muchos eran más expertos que él mismo y le habían ayudado en algunas investigaciones cuando encontraron los restos del Cerro del Villar varios años atrás. Cogió su móvil y llamó a uno de ellos.

La policía ya había interrogado a Manuel Pérez, fundador de la Sociedad Fenicia Malaka, cuyos desfiles por las afueras de la ciudad eran considerados un pasatiempo infantil o, a lo sumo, un juego de rol en vivo sin demasiadas pretensiones.

La mayoría de los miembros eran una panda de frikis que tejían sus propios vestidos y encargaban corazas de cuero tachonado por eBay. Otros, los menos, eran expertos con largos años de estudio a las espaldas que realmente soñaban con haber vivido en aquella época y no dejaban ningún detalle de sus armaduras y complementos al azar. Incluso hacían ofrendas a la diosa Astarté y trataban de ser fieles a la tradición fenicia en sus peinados, ropas y calzados. Semejante afición les había deparado penurias, divorcios y el gasto de sumas disparatadas de dinero.

Manuel resultó estar trabajando en una punta de flecha de bronce, cuyo proceso explicó tediosamente por teléfono aprovechando que la factura corría a cuenta de la Universidad.

Al hablar sobre el púrpura de Tiro, sin embargo, fue claro y escueto.

—¿Púrpura? Una puta mierda —tosió—, eso no lo fabrica nadie desde hace mil años, hay que estar loco para aplastar dos millones de cangrejos para hacer zumo. No me lo creo. ¿Lo habéis datado?

—Lo tiene la policía científica, supongo que lo harán —explicó Torres—. Pero si no es actual, ¿tenemos a un asesino fenicio de hace dos mil años matando gente en el Rectorado?

—Mira, Enrique, nosotros usamos otros pigmentos, no es el púrpura auténtico, aunque me joda reconocerlo. Puedo enviarte las coordenadas en CMYK para que lo compruebes.

—Las conozco, eran... sesenta y seis...

—Ochenta y siete, cero cero. Puedes coger cualquier cosa nuestra y verás que está hecho con tinta de impresora, con remolacha o con cualquier otra cosa, no con búsalos aplastados. La policía se ha llevado un par de túnicas para comprobarlo.

—Llámame en cuanto sepas algo, ¿vale? Lo que sea. Esto es muy raro.

Colgó sin dar tiempo de réplica a Manuel. Era tarde y no estaba dispuesto a escucharle otro discurso sobre sus procedimientos artesanales para fabricar puntas de flecha.

Se estiró, haciendo crujir la silla de oficina.

Ya que nadie más iba a hacerlo, decidió caminar hasta el Rectorado. Acamparía dentro si era necesario. Llegó casi a las nueve, con la luna creciente alta en el cielo; bajó hasta la sala de exposiciones y cruzó el cordón policial que se había instalado tras el primer crimen.

El asesino mataba de noche y los cadáveres se encontraban a la mañana siguiente, así que tenía que ser alguien que se quedara allí tras el cierre. ¿Un guardia de seguridad? Iba a descubrirlo. Tras comprobar que no quedaba nadie en el sótano se escabulló por la escalera y subió hasta el despacho de la rectora. Ahora que se iba a convertir en sospechoso oficial poco le importaban algunas pruebas más en su contra. Rompió el precinto y entró como un ladrón.

Todo seguía intacto, en su lugar, cada libro pulcramente colocado en su estante, las sillas alineadas con el borde del escritorio. Solo la sangre derramada por la alfombra indicaba que allí había ocurrido algo.

Cerró la puerta tras de sí y aguardó.

A las doce y media se sintió lo bastante seguro como para comenzar su pequeña aventura. Dejó de jugar con su teléfono y decidió aprovechar el escaso resto de la batería para hacer algunas fotos. Retrató el despacho, el pasillo exterior y cada rincón que le pareció digno de interés.

Las luces estaban apagadas y se guiaba por la iluminación desigual que le daba la pantalla del móvil, apenas suficiente para perfilar las sombras. Hacía frío. Intentó que sus pisadas no resonaran en el edificio vacío.

Bajó la escalera lentamente, sabiendo que habría algún guardia se seguridad en la puerta. Se equivocaba: la policía había decidido que ellos debían proteger el Rectorado y las luces azules de sus coches patrulla parecían suficiente medida disuasoria contra el misterioso criminal. Si le encontraban ahora no necesitarían interrogarle: sería evidente que era el asesino. Más tarde buscarían las pruebas, si es que las necesitaban para encerrarle de por vida.

¿Por qué se había metido en esto? Ah, sí, por la ciencia.

Trató de no pasar frente a las luces y se escurrió hasta el sótano como una rata camino de su agujero. Allí la oscuridad era más profunda y el frío se unía a una humedad penetrante. La luz del móvil iluminaba sus pasos, dándole un aire fantasmal.

Eso fue lo que hizo que el otro intruso gritara.

—¡Joder! ¡Un fantasma! —Juan Ramos saltó sobre su compañero de despacho y le hizo un placaje más torpe que violento. Ambos rodaron por el suelo en un tumulto de brazos y piernas mientras el profesor Torres intentaba alcanzar su teléfono caído y revelar su identidad al mismo tiempo.

—Soy yo, Enrique, joder —se revolvió hasta zafarse, jadeando. La vida académica no le había preparado para encuentros de lucha libre a ciegas. Cogió su móvil e iluminó su propio rostro.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Ramos, colocándose las gafas de culo de vaso.

—Lo mismo que tú, ¿no? Buscar alguna pista.

—Pues aquí no hay nadie, he mirado en todos los rincones y ni siquiera hay cucarachas, ¿te lo puedes creer? Lo mismo el asesino es un fantasma.

Casi no tuvo tiempo de encogerse de hombros.

La punta de una lanza asomó repentinamente por el lado izquierdo del pecho de Juan Ramos. El golpe fue silencioso y letal. Por la expresión de su rostro, estaba muerto mucho antes de comprender qué había sucedido. La lanza estaba empapada en sangre y goteó durante unos segundos antes de desaparecer hacia atrás, dejando una herida pequeña y circular. El cuerpo inerte cayó al suelo con los ojos vidriosos, aplastando las gruesas gafas con un golpe sordo.

Torres apretó la espalda contra la pared. Le temblaban las piernas. Iba a ser el siguiente, pero al menos vería el rostro del asesino.

«Asesina», se corrigió. Era una mujer alta y delgada, tan bella que parecía brillar con luz propia. Vestía solamente un velo casi transparente, teñido de púrpura en los bordes, que realzaba las formas de su cuerpo y ondeaba como mecido por un viento inexistente junto a su cabello ondulado. Enrique trató de apartar la vista de sus pechos, mirando fijamente a los pies de la mujer. Fue la última pista que necesitaba: bajo sus plantas el suelo brillaba tenuemente, rodeando su figura. Entre ella y el suelo se dibujaba el espeso pelaje cobrizo de un león.

«Voy a morir mirándole las tetas a una aparición», pensó.

La mujer empuñaba una lanza fenicia, dorada y puntiaguda, aún bañada en la sangre del profesor Ramos. La sostenía a apenas un palmo de Enrique, inmóvil salvo por cierto tembleque de piernas.

—*Qatalī anōkī* —dijo la mujer, con una voz grave y lejana.

Bajó la lanza y sonrió. Cuando Enrique casi se sentía a salvo, un golpe repentino taladró su pierna derecha. Gritó de dolor y cayó al suelo, mareado y ciego.



Las pisadas de quien solamente podía ser la diosa Astarté se alejaron sin apenas hacer ruido hasta desaparecer.

---

Cuando despertó solo comprendía que estaba en un hospital. El ronroneo rítmico de unos cuantos aparatos, cuyo nombre desconocía, le invitaba a caer dormido de nuevo. No lo hizo porque vio a alguien sentado junto a él. Ocupaba una incomodísima silla y parecía rebosar de ella por todos los lados. Habría preferido ver a cualquier otra persona velando su lecho. Pero no. Era el inspector Sahagún, cruzado de brazos y dormitando con un cabeceo pausado.

Al menos no estaba muerto ni en la cárcel.

Tosió teatralmente hasta que el inspector dio un pequeño saltito y le miró con expresión ceñuda. A continuación recitó:

—Cinco policías muertos en el sótano del Rectorado, señor Torres, ¿puede explicármelo?

Era fácil. Una diosa fenicia de hace tres mil años estaba purificando los pecados de la gente por el procedimiento algo salvaje, pero eficaz, de ensartarlos con una lanza ritual de bronce.

—No —respondió—. Sé lo mismo que usted. ¿Estoy detenido?

—¡Y una mierda! —gritó el inspector—. ¿Y dejarle descansar en un calabozo? —negó con la cabeza, moviendo su barba rojiza como una melena en miniatura—. Va a ayudarme a solucionar esto.

Enrique asintió. Solo se le ocurría una manera de hacerlo. Antes de que pudiera replicar, Sahagún preguntó:

—¿Por qué no le ha matado a usted?

—Supongo que me considera uno de los suyos, un creyente. Atacarme ha sido una advertencia.

La policía precintó el edificio del Rectorado. A partir de aquel día los trabajadores fueron reubicados en las diversas Facultades o comenzaron a trabajar desde sus casas. Los turistas hacían fotos al edificio acordonado mientras buscaban imágenes de la muralla en Facebook.

Cuando Enrique Torres recibió el alta se puso en contacto con la persona que mejor podría ayudarle a sacar a una vengativa diosa fenicia de la Universidad. Le llamó desde la calle en cuanto salió del hospital.

—Manuel —dijo, sin presentarse—, necesito a todos los tíos que puedas conseguirme vestidos de fenicios.

—¿Enrique? —hablaba con la voz ronca, recién despertado de una magnífica siesta—. ¿Así, de repente? Necesito tiempo, una quedada no se prepara en un día... ¿para qué?

—Una excursión a la Muralla —mintió—. ¿Alguna vez habéis hecho una ofrenda a Astarté?

—Sí, bueno, no... o sea, no es el rito histórico, pero sí que hay ceremonias religiosas. Hay muchos detalles improvisados, pero...

—Os quiero el lunes en la puerta del Rectorado. A las ocho de la mañana —interrumpió Enrique.

El lunes siguiente, a las ocho menos un minuto, una desigual tropa de guerreros, monjes y comerciantes fenicios hacía cola frente a la puerta del Rectorado como si se tratase de una anacrónica oficina del INEM. Algunos habían tejido sus vestidos según se hacía en la época, sin recurrir al algodón ni mucho menos a máquinas de coser, pero también había fenicios de mercadillo, vestidos con sábanas blancas, mostrando orgullosos sus espadas de plástico de un euro del chino de la esquina.

Manuel Pérez, su líder, destacaba, además de por su alopecia terminal, por unas gafitas de pasta casi irritantes y un respeto religioso a todo lo que llevara adosado el adjetivo *fenicio*. Había respetado todas las tradiciones registradas en los vetustísimos volúmenes de varias bibliotecas, incluida la Nacional, a la que tenía prohibido el acceso *ab aeterno* por haber tratado de entrar disfrazado del dios Baal —incluido el tocado ceremonial con astas de toro.

Enrique Torres llegó tarde a la cita más por convencimiento que por error de cálculo. Cojeaba por la herida de la lanza y se había negado a vestirse con nada que no fuera una chaqueta sobre una vieja camiseta de Metallica.

Contó veintinueve personas disfrazadas, de las cuales unas cinco o seis podrían haberse escapado de un libro serio de historia o una máquina del tiempo. Debería bastar con algo así.

Había exigido que la policía se mantuviera alejada y había logrado mucho más. Habían cortado las calles adyacentes e impedirían en la medida de lo posible que aquella pantomima terminara en Youtube.

—Buenos días, panda de frikis —saludó, ignorando las miradas torvas—. Vamos dentro.

Así es como treinta personas, una de ellas de paisano, descendieron al sótano del Rectorado en busca de una deidad milenaria.

Se iluminaban con cuatro antorchas y no tardaron en entonar un cántico a la diosa con una letra medio inventada en fenicio. Ellos creían que hablaba de la fertilidad de los campos y la abundancia de caza, aunque los errores de pronunciación la convertían en una canción sobre ranas y un pollo con tres ojos.

La sala en penumbra parecía moverse bajo la luz de las antorchas. Se detuvieron justo en el lugar donde había muerto el profesor Ramos y Manuel se arrodilló para efectuar la ofrenda. Se habían negado a sacrificar un ternero recién nacido, así que en su lugar ofrecieron al aire un cofrecillo repleto de oro. Es decir, bisutería, estaño chapado y una o dos piezas auténticas de oro. ¿Notaría la diferencia un espíritu milenario?

El rezo de Manuel, que sonaba mucho mejor en fenicio, se traduciría por algo así:

—Oh, Ástarté, la del fecundo vientre, dueña de valles y montañas, acepta estos dones que ofrecemos tus sirvientes. Aplaca la ira de Reshef. Calma el hambre y la sed de tus hijos. Lleva nuestros barcos a lejanas tierras. Oh, Astarté.

Tras la plegaria se hizo un silencio incómodo roto por alguna tosecilla nerviosa.

Enrique se volvió, buscándola con la mirada, y fue el primero en verla. Tal como era la primera vez, vestida con velos transparentes teñidos de púr-

pura, brillando con un resplandor fantasmal y con los pies flotando sobre una piel de león intangible.

Tragó saliva. Tenía miedo, claro, pero esperaba que aquello funcionara.

Astarté se apoyó en su lanza como si fuera un bastón y miró a los congregados. Su rostro, simétrico y pálido, no se inmutó. ¿Estaría decidiendo si los mataba a todos?

—Ahora, levantaos y caminad hacia la puerta —dijo Enrique.

Los 29 fenicios contemporáneos lo hicieron, con siseo de telas y sandalias.

Caminaron hacia el exterior, lentamente, formando dos hileras de personas. En medio, Astarté avanzaba majestuosa hacia las calles de la Málaga del siglo XXI.

Ninguno de los miembros de *Malaka* dijo una palabra, pero el respeto reverencial era evidente en sus miradas. Ninguno daba crédito a lo que veía. Pese a sus ropajes de mercadillo tenían una auténtica fe en la diosa y muchos de ellos se secaban las lágrimas con las mangas de las túnicas.

Salieron a la calle y allí continuaron caminando hacia las afueras, como dirigiéndose al Cerro del Villar. Toda la zona estaba acordonada y vallada, flanqueada por coches de policía. Algunos sacaron sus teléfonos y fotografaron la escena o grabaron vídeos. 30 personas, llorosas y emocionadas, vestidas de época, rodeando una figura religiosa ataviada con un manto reluciente.

Esa misma tarde la noticia de la primera procesión fenicia de Málaga había dado la vuelta al mundo. Miles de personas lo convirtieron en *trending topic* mundial, pasando de considerarlos unos desquiciados peligrosos a admirar su devoción. Los rostros congestionados de los asistentes y sus demostraciones sinceras de fe llamaron la atención de otras sociedades históricas de España, que decidieron imitar su ejemplo. En los siguientes meses se sacaron en procesión imágenes de Zeus, de Baal, de Ashur y de Ahura Mazda. Esta última fue boicoteada violentamente por seguidores de Ahrimán, su rival tenebroso, y la marcha degeneró en una batalla campal con decenas de heridos.

El éxito del movimiento obligó a repetir la procesión al año siguiente, ya que miles de turistas viajaron hasta Málaga solo para poder participar en la ceremonia.

No volvieron a cometerse crímenes en el Rectorado, pero los participantes en aquella primera procesión, incluido Enrique Torres, asistían cada año a ofrendar oro y joyas a Astarté.

Por si acaso.

## **El pequeño robot**

*Manuel Navarro Sánchez*

### **I**

Cuando Cristóbal cruzó el umbral del Departamento de Ingeniería de Sistemas y Automática de la UMA notó algo distinto a las otras veces que había ido a visitar a su amigo Fernando. Un murmullo cuyo volumen era más elevado de lo habitual llamó su atención. Siempre le había impresionado el silencio que se percibía en ese departamento. A la gente que trabajaba ahí invariablemente se la veía muy concentrada en sus cosas y nunca había escuchado una voz más alta que otra. Todo un contraste con el suyo de Filología Latina. Cuando se paraba a pensarlo no podía sino reírse para sus adentros, le asombraba pensar lo bullanguera y juerguista que podía ser la gente de Latina. Buscó con la mirada a su amigo. Mas fue Fernando quien le encontró a él. Apareció de improviso por su lado izquierdo sin hacer el menor ruido, como un fantasma, dándole una palmadita en el hombro, algo nada habitual. Fernando, generalmente, era bastante remiso a cualquier clase de contacto físico. Su aspecto era el normal en él, su aire desgarrado y medio soñoliento, su metro noventa de estatura, su delgada osamenta y su breve perilla. Junto a sus eternos y raídos vaqueros, esos rasgos conformaban el aspecto característico de su amigo que Cristóbal conocía tan bien. Pero al observar su rostro, se dio cuenta de que no solo era diferente el aire que se respiraba en el departamento, sino que en sus ojos brillaba un punto de excitación desconocida en él.

—Chico, no parece que andes, sino que levites, ni te vi aparecer —le dijo a modo de saludo—. Espero que sea buena esa sorpresa que me vienes preparando desde hace meses, ya me tienes intrigado.

—Estoy seguro de que te sorprenderá, ven por aquí.

Condujo a su amigo por unos pasillos anchos y bien iluminados sin necesidad de utilizar luz artificial. La luz del sol entraba en abundancia por

los amplios ventanales. Finalmente, Fernando le indicó una puerta y le dejó pasar delante. Entró en un laboratorio bien equipado y con instrumentos de todo tipo en el que se encontraban cuatro investigadores, dos mujeres y dos hombres. Había escuchado muchas veces que las ingenierías eran cosa de hombres, pero, al parecer, eso ya era historia. Por otra parte, no podía evitar sentir la incomodidad habitual al verse rodeado de tantos aparatos electrónicos, su torpeza con las máquinas siempre le avergonzó un poco. Pero, después de todo, no iba a tener que tocar ni manejar nada, solo había ido para ver la sorpresa con la que Fernando le venía dando la matraca desde hacía unos meses. Estaba deseando verla solo para que su amigo dejara el tema atrás y poder volver a hablar de cualquier otra cosa.

—Cristóbal, este es nuestro paritorio —le dijo en un tono guasonamente pomposo. Este compuso una expresión que debió hacer mucha gracia a los allí presentes porque, casi como si lo hubieran ensayado, prorrumpieron todos al unísono en una sonora carcajada que lo dejó aún más descolocado de lo que estaba.

—A mí también me gustaría conocer el chiste y nos reímos todos —contestó Cristóbal, cuyo ánimo empezaba a caldearse.

—No te enfades, hombre, que ya solo es un momento —respondió su amigo Fernando. Este le hizo una indicación a una de las investigadoras que salió por la puerta a paso rápido. No tardó mucho en volver, pero ahora en sus brazos traía envuelto algo. Aunque Cristóbal de entrada no lo pudo ver, por la forma en que la chica lo llevaba cogido no podía ser sino un bebé de meses. Lo depositó en la mesa que había en el centro del laboratorio y enseñada se confirmó su suposición. Un bebé de ojos celestes y pelo muy rubio apareció ante sus ojos. Lloraba y pataleaba, como corresponde a un niño sano de unos pocos meses. Cristóbal lo miró unos instantes sin saber bien qué decir. Luego levantó la vista de la mesa con cara de extrañeza.

—¿Y bien?, muy guapo el nene, pero supongo que esto no será la famosa sorpresa.

—Te equivocas, Cristóbal, lo es, contestó tajante Fernando, ¿tantos meses de misterio para esto? —preguntó con un punto de cabreo.

—Cristóbal, dime, cuando le miras ¿qué ves? —preguntó Fernando, haciendo caso omiso del incipiente enfado de su amigo.

—¿Qué quieres que vea?, pues un bebé que me va a dejar medio sordo con sus berridos como no le cambiéis, le deis el biberón o lo que sea que necesite.

—¿Seguro que ves un bebé normal y corriente?

—Pues claro que sí, ¿se puede saber qué clase de broma es ésta?

Fernando giró la cabeza hacia donde se encontraba el grupo de investigadores con el semblante iluminado por una gran sonrisa de triunfo.

—Os lo dije, les dije enfáticamente, nadie sería capaz de darse cuenta.

—¿Se puede saber de qué hablas? —preguntó Cristóbal, cuya irritación empezaba a diluirse poco a poco cediendo paso ante un sincero asombro.

—Sencillamente, esto es no es bebé, sino un robot.

—Pues, francamente, amigo, lo disimula a la perfección —contestó Cristóbal.

Los que estaban allí rieron de buena gana la ocurrencia del filólogo. Una vez acalladas las risas, Fernando le respondió que de eso es precisamente de lo que se trata, de que sea imposible diferenciar al bebé-robot de uno humano normal. A continuación le informó de que le llamaron a él en principio porque nada tenía que ver con el proyecto y no tenía ni remota idea de su existencia y porque era miembro de un departamento de muy distintas características. Al final, casi todo el mundo del Departamento de Ingeniería de Sistemas conocía el proyecto y querían mostrarlo por vez primera a alguien ajeno al mismo. Y, por supuesto, por la amistad que le unía a él. Tras decir esto se produjo un silencio un tanto incómodo. Cristóbal no sabía bien qué decir, tenía dudas sobre si aquello que tan serio le había contado Fernando era de verdad o si solo era una broma bien urdida, aunque en todo caso sería una broma sin demasiado sentido para él. Como si le hubiese leído el pensamiento, Fernando le dijo a Cristóbal que si pensaba que se estaban burlando hiciese la prueba.

—Solo tienes que apretar fuertemente la barriga del niño.



Cristóbal se le quedó mirando y tras unos segundos de duda hizo lo que le había pedido.

—No noto nada especial, la piel tiene el mismo tacto suave que la de cualquier otro bebé y al apretarle la barriga el dedo se hunde del mismo modo.

—Eso es porque no presionaste con la suficiente fuerza. Repítelo, pero con más fuerza, no tengas miedo, no le harás ningún daño —añadió el ingeniero.

—Me da no sé qué hacerlo.

—Venga, hombre de poca fe, hazlo.

No obstante, a pesar de sus reticencias, Cristóbal acabó por hacer lo que su amigo le decía. A los pocos instantes de presionar con fuerza la barriga del nene, apartó el dedo como si hubiera tocado un tizón ardiente. Los investigadores que estaban con él no pudieron evitar nuevamente la carcajada.

—He notado como si hubiera algo metálico ahí dentro, —dijo con los ojos llenos de pasma.

—Es que lo hay, no te quepa duda de eso, espero que ya se hayan disipado tus dudas acerca de lo que te acabo de decir —respondió Fernando—. Queríamos realizar la mejor réplica posible de un bebé humano y creo que lo hemos logrado —añadió.

—Pues sí, la verdad es que nadie podría distinguirlo de uno natural —dijo Cristóbal, que seguía sumido en una cierta perplejidad. Fernando le explicó que lo mejor no era su aspecto externo, sino el programa del cual habían dotado al bebé-robot.

—El artilugio se podía programar para que creciera siguiendo el mismo ritmo y las mismas pautas que un ser humano biológico medio o según las de alguien superdotado, o incluso se le podían programar capacidades sobrehumanas, tanto físicas como cognitivas. De todos modos, por ahora, el prototipo que te hemos enseñado está únicamente programado desde recién nacido hasta el primer año de vida, siguiendo un patrón de crecimiento normal —siguió explicando el ingeniero.

—Todo esto, en el aspecto tecnológico, me parece una verdadera maravilla, es algo asombroso lo que habéis logrado, pero no alcanzo a comprender que es lo que puede aportar algo así a la gente común, salvo que se pueda convertir en el último artefacto de tecnología punta para gente pija, el último juguete para niños de papá, porque, eso sí, cuando este nene se ponga a la venta estoy seguro de que costará un riñón —respondió con algún enfado en la voz Cristóbal.

—En eso te equivocas, no está pensado para ponerse a la venta —contestó el otro—. En principio no está pensado para utilidad alguna y no tenemos pensado vender la patente, al menos hasta que no esté testado en su totalidad, por ahora, como has visto, su funcionamiento es perfecto y ha experimentado el crecimiento esperado desde que se puso en marcha hará un par de meses —añadió—. Esa es la más importante de las comprobaciones que queremos hacer.

Cristóbal lo escuchaba con seriedad y sin entender del todo las disquisiciones de su amigo, al que, desde luego, se le veía con un semblante próximo a lo que podría ser la felicidad.

—Al verlo así, no puedo menos que felicitarlo por el éxito del muñeco —dijo con un guiño malicioso, para con fingido arrepentimiento sustituir muñeco por robot.

Tanto su amigo como los doctorandos que le acompañaban seguían con el mismo talante risueño que habían mantenido durante toda la reunión y rieron la ocurrencia de Cristóbal. Después de darle un efusivo abrazo a Fernando y despedirse de los demás, salió del Departamento de Ingeniería de Sistemas y el sol cálido de primeros de junio le anunció la próxima llegada del verano.

## II

Recorrió, buscando la sombra, el medio kilómetro que separaba los dos departamentos, sin dejar de pensar en lo que acababan de mostrarle. Había algo de monstruoso en la idea de pensar en un niño que no crecía más allá del año de vida. Cuando entró, un poco distraído, en Filología Latina, casi se da

de bruces con Carlos, uno de sus mejores amigos del departamento que salía a tomar una cerveza a una cafetería cercana para aliviar el calor del mediodía. Carlos era el dandi del departamento, el que traía de cabeza a las chicas, con buena facha y procurando estar a la última en moda, en ese sentido era lo opuesto a Cristóbal.

Le dijo que se fuera con él, que le quería invitar. Llegan a la cafetería, animada y bulliciosa en ese momento y se sientan en una mesa situada en la zona más tranquila.

—Qué perdido has estado toda la mañana —le inquirió amistosamente.

—Sí, bueno, estuve con Fernando, el de Ingeniería de Sistemas, no sé si le conoces, somos amigos de toda la vida. Me invitó a ver un proyecto con el que llevan mucho tiempo y la verdad que me he quedado atónito. Se trata de un robot, pero no de un robot cualquiera, no te lo imagines como los de las películas, se trata de la reproducción exacta de un niño de pocos meses. Y cuando te digo exacta, quiero decir de una exactitud absoluta, absolutamente indistinguible de un niño real, el tacto de la piel, el llanto característico de los bebés, el movimiento de brazos y piernas, sinceramente, me ha dejado impresionado —le comentó a Carlos que le escuchaba con interés.

—Al final, como se generalicen estos cachivaches, no nos vamos a poder permitir ni echar un polvo, las mujeres dirán que es mucho mejor un robot que pasar nueve meses de embarazo, el parto, las enfermedades de los críos y toda la parafernalia acompañante —respondió Carlos para quitar algo de hierro a lo que le contaba su amigo.

—No lo digas ni en broma, me da grima pensarlo siquiera—zanjó Cristóbal—. Yo siempre pensé que un robot de última generación nos serviría para aliviar la pesadez de los trabajos físicos del ser humano y eliminar la carga psicológica de tareas rutinarias y escasamente gratificantes, pero de qué puede servir un recién nacido perpetuo, no tengo ni idea —añadió.

—Bueno, si hace feliz a alguien ya es mucho —contestó Carlos—. Al final lo que nos hace aunque sea un poco felices es lo que nos resulta más útil para la vida.

Llegados a ese punto, Cristóbal se calló para reflexionar sobre lo que le acababa de escuchar a su compañero, que también guardó silencio, momento que aprovechó para apurar su caña de cerveza. Curiosamente, caviló, daba igual ser ingeniero de sistemas que filólogo, el caso es que todo mundo estaba encantado con cualquier cosa que tuviera que ver con lo último en tecnología. Tras pagar Carlos la ronda, se despidieron en la puerta de la cafetería.

Un par de días después, sentado en su mesa de trabajo, Cristóbal veía la foto de Fernando y su equipo en el periódico de mayor tirada de la ciudad. Él, tecnófobo como era, aún mantenía el hábito de leer el periódico en papel. Allí los tenía, todos reunidos, sonriendo con cara de satisfacción ante la cámara con su amigo en plan comandante en jefe, los demás en torno a él. Y en la mesa que tenían delante, el muñeco o androide o robot, lo que fuera, aunque él, cuanto más lo miraba, iba prefiriendo utilizar el término de engendro. Se dispuso a leer la entrevista que incluía el reportaje. En ella, en nombre del equipo, Fernando, al que presentaban como el «padre» de la criatura, decía en palabras asequibles para cualquiera que el prototipo respondía a la necesidad de conocer si era posible construir un robot que pudiera seguir una pauta de crecimiento similar a la del ser humano, alcanzando un nivel de autonomía también igualmente parecido, era un intento de conseguir el sueño de la inteligencia artificial en su máxima expresión. A continuación, su amigo mencionaba el interés que algunas empresas habían mostrado en comprar la patente para su fabricación, poderoso caballero es don dinero, y eso que decía que se trataba solo de un prototipo experimental, como para fiarse. El periodista también le inquiría sobre algo en lo que él no cayó cuando estuvo viendo el robot: si ya había sido «bautizado», si tenía un nombre. Levantó la vista del periódico y se puso a pensar que «Fernandito» no estaría mal, el mismo nombre del «padre». Que él supiera, su amigo no tenía hijos, sería como el que nunca tuvo. Bajó la mirada de nuevo a la entrevista y tuvo que reírse cuando leyó, en este caso la respuesta no era de su amigo sino de una del equipo, que le habían puesto «Fernandito» ya que el jefe no tenía hijos que se supiera. Sin poder evitarlo, soltó una carcajada repentina.

Cuando terminó de leer la entrevista bastantes de los compañeros del departamento se hacían lenguas acerca del engendro de su amigo, casi todos allí conocían su mutua amistad. Una de sus compañeras, con ironía malintencionada, le dijo que al final, ese era el único modo en que Fernando podría tener un niño, ya que su físico no le permitía muchas alegrías para el cuerpo. Otra de las que se acercó a él, le preguntó si sería posible ver a esa maravilla de la tecnología de una manera más real que en las páginas de un periódico y que, ya que él era tan amigo de Fernando, quería pedirle el favor de que intercediera ante su amigo y poder ir a ver al célebre robot.

Malena, ese era su nombre, era una doctoranda argentina que había llegado al departamento para realizar su tesis hacía cosa de un año. Cristóbal no podía negar que le había llamado la atención esa morena de largo pelo venida del otro lado del océano. La muchacha era preciosa, pero él era un antiguo para ciertas cosas y una de ellas era la fidelidad conyugal. Jamás le había sido infiel a su Rosa, aunque desde luego, esta beldad era como para soñar con ella en una tibia noche de verano. Y la tenía delante, pidiéndole un favor. Desde luego ella estaba como para hacérselo. Sí, claro que sí, llamaré a Fernando hoy mismo y si no le viene mal ni a ti ni a él, creo que mañana podríamos pasarnos a ver su «creación». La chica le dijo que sí, que mañana le vendría bien ir. Cristóbal llamó a Fernando y tras una animada charla acerca de la entrevista del diario y unas cuantas bromas sobre «Fernandito» quedaron para el día siguiente. Malena le dio las gracias educadamente y se marchó tras acordar la cita para las 11 de la mañana. Carlos, que había visto la escena a no mucha distancia, le guiñó de forma cómplice un ojo y le hizo un gesto obsceno sobre Malena.

—Pero que golfo eres —respondió Cristóbal a su insinuación mientras le daba un cordial puñetazo en el hombro.

Al día siguiente, puntual, Malena apareció a la hora acordada. Caminaron la corta distancia que separaba ambos departamentos bajo un sol que ya calentaba con fuerza, y aún no era ni mediodía, habrá que ver a las dos o tres de la tarde la que caerá, intercambiaban esa clase de comentarios, como dos personas que aún no han adquirido demasiada confianza entre ellos.

Entraron al Departamento de Ingeniería de Sistemas y allí estaba Fernando, muy ufano, feliz de que la gente se fuera interesando por su «criatura». Tras las oportunas presentaciones (aquí tienes a nuestro Dr. Frankenstein particular, así lo presentó Cristóbal con un tono burlón en la voz) los condujo hasta el laboratorio donde se hallaba el pequeño, que en esta ocasión parecía más tranquilo que la anterior, y también daba la sensación de haber crecido algo. Una de las investigadoras lo tenía en brazos. Si no fuera por el lugar donde estaban, todo respiraría un aire inequívocamente maternal, pensó Cristóbal, acaba de tomar su biberón de media mañana, anunció la investigadora con tono de mamá satisfecha. El biberón, vacío, estaba sobre una mesa del laboratorio. La argentina estaba como obnubilada mirando al niño, y aunque trataba de mantener la atención sobre lo que contaba Fernando, por momentos daba la impresión de que estuviera sola allí con el pequeño. Fernando, sin apenas darse cuenta de que Malena casi no le hacía caso peroraba sin parar sobre la concepción y el proceso de construcción del robot, se veía que le había cogido gusto a eso dar explicaciones sobre él. Cristóbal se dedicaba en esos momentos a pensar y observar, ya que Fernando estaba a lo suyo y la argentina solo atenta a las evoluciones del nene. Ella le hacía carantoñas y él le sonreía abiertamente, sin poder reprimir una expresión de intenso asombro. Le preguntó a la investigadora que lo tenía en brazos si podía cogerle a lo que ésta respondió que por supuesto.

—Veo que te ha impresionado nuestro bebé —le dijo en un momento determinado Fernando a la chica.

—Sí, es algo increíble lo que habéis hecho, impresiona pensar que no es real —dijo ella con un leve temblor en la voz.

—Bueno, es real, muy real, solo que no es un bebé humano biológico, sino una réplica exacta. Celebro que te haya impresionado tanto nuestro retoño, Malena, pero tenemos que realizar algunas comprobaciones así que, si eres tan amable, nos lo devuelves —dijo Fernando con amabilidad. Ella seguía con atención las evoluciones del nene y, en principio, no escuchó el requerimiento del ingeniero, que tuvo que volvérselo a decir para que se diera cuenta de que debía soltar al pequeño.

—Disculpa, es que me tiene hipnotizada, no lo puedo evitar —farfulló ella mientras se lo entregaba tratando de forzar una sonrisa. En ese momento, suena su móvil, ella se aparta un poco de los demás y responde a quien llama que en menos de media hora estará allí. Se despide apresuradamente de los presentes y Cristóbal y su amigo se quedan un rato más charlando tranquilamente.

### III

Malena tuvo la suerte de cara cuando llegó a las inmediaciones de la clínica ginecológica y de fertilidad. Temía, al llegar allí, tener que estar dando vueltas y vueltas con el coche para encontrar un hueco donde aparcar y más aún con el retraso que llevaba, pero no fue así. Justo al pasar delante de la puerta, otro coche salía dejándole un sitio libre en el que aparcó sin pensárselo dos veces. Entró rauda en la clínica y, sin siquiera preguntar nada a la recepcionista, se dirigió a la consulta del Dr. Beltrán. Nada más entrar se disculpó, azorada, por el olvido de la cita, a lo que el médico le respondió que no debía preocuparse. El gesto, normalmente adusto del doctor, hoy era aún más serio, el de alguien que tiene que llevar a cabo una tarea ingrata.

—Siento tener que decírtelo, porque pocas veces he visto a una mujer con más ganas de ser madre que tú, pero vas a tener que ir pensando en la adopción, Malena.

—Tiene que existir alguna técnica que funcione, doctor —dijo ella con la voz trémula.

—Si existe, desde luego yo no la conozco. Lo hemos intentado todo en cuanto a técnicas de fertilidad, inseminación intrauterina, IVF, GIFT, hay algo desconocido para nosotros que impide que el embrión se implante y desarrolle con éxito en tu útero. He de reconocer que para nosotros es un completo misterio —respondió con gesto compungido el doctor.

Para ella la conversación había terminado. No tenía mayor sentido permanecer allí. Se despidió con rapidez del doctor y salió a la calle. El aire en la calle era caliente y seco y el contraste con el aire acondicionado de la clínica acentuó la sensación de malestar que la invadía en ese momento. Caminó sin rumbo por la zona, la mente divagando también sin rumbo fijo. ¿Cómo

era posible que no hubiesen podido dar con la solución a su problema de infertilidad?, se preguntaba. Todo un año intentándolo para nada, era como para desesperarse. Los espermatozoides de su pareja no tenían ni el menor problema, el problema era suyo. Ese era el momento ideal para ser madre, con 30 años, a punto de terminar su doctorado y adaptada a la vida en este país. Todo le cuadraba, pero es evidente que la naturaleza no entiende de momentos o edades ideales ni de doctorados. Sencillamente, no quiere que sea madre, así de simple y de trágico para ella. Maldita naturaleza, maldita sea.

Cuando llegó a casa ya había llegado Sebas. Enseguida le preguntó cómo le había ido en la clínica, a lo que Malena respondió con un llanto entrecortado que para él fue una respuesta que no admitía lugar a dudas.

—No te preocupes, siempre podemos adoptar —trató de tranquilizarla.

—Sebas, es lo mismo que me ha dicho el Dr. Beltrán y no quiero hacerlo, sabes que de ninguna manera lo haré, deseo tener mis propios hijos.

—No podemos darnos contra un muro, Malena —contesta él—, hay que hacer lo que es posible hacer, lo razonable.

—Ya me cansé de lo razonable —contestó tajante Malena, dando por terminada la conversación. A continuación se fue a la cama sin despedirse de Sebas. Durmió con sueño inquieto. Esa noche soñó con prados atestados de niños que correteaban en la distancia, felices en apariencia, ella se aproximaba a ese prado, corriendo, y según se acercaba se difuminaba la imagen de los pequeños, desaparecían como si fuesen un holograma que se esfuma cuando intenta atraparlo o un simple espejismo.

El bebé-robot duerme plácidamente, su pecho se mueve de manera rítmica y pausada al compás de su respiración. Una diferencia fundamental con cualquier otro bebé es que él está conectado a un superordenador por medio de una selva de cables que monitorizan su actividad vital durante muchas horas al día. Hasta ahora su funcionamiento ha resultado ser perfecto. Su proceso de crecimiento ha seguido el de un niño de tamaño y peso medio, así fue concebido Fernando junior, como empezaban a llamarle en el departamento, como un niño normal. Él solo duerme, ajeno a todo. No saben todavía



si piensa o no, o si siente como pudiera hacerlo un pequeño humano normal, aunque la frecuencia de sus ondas cerebrales es la misma y también responde al mismo patrón de reconocimiento de expresiones faciales.

Desde la génesis del proyecto, en el departamento fue siempre motivo de discusión el límite que Fernando quiso imponer para que al pequeño robot se le programase como límite de crecimiento el año de vida. Decía que así evitaban problemas legales. De cualquier manera, nunca fue muy explícito al respecto y como él dirigía la investigación los miembros de su equipo tuvieron que aceptarlo. Para las mujeres que formaban parte del mismo el pequeño robot había sido una especie de reclamo hacia la maternidad y una de ellas se encontraba embarazada y, entre bromas, alguna otra comentaba que estaba en ello.

En el Departamento de Filología Latina, las compañeras que conocen la situación de Malena tratan de animarla, pero sin demostrar compasión por ella. Las que la han tratado más saben que eso sería lo peor que podrían hacer, no lleva bien la compasión. Pero sabían que estaba pasando por un trance difícil en su vida en esos momentos y procuraban darle su apoyo. La rodean y le hablan de lo mismo que el doctor y que Sebas, de que siempre existe esa posibilidad de la adopción, que al final iban a querer a ese hijo adoptado de la misma manera que si fuera biológico. Malena, aparentemente, se muestra más comprensiva que cuando le dijo esto mismo su marido:

—Sí, ya lo hemos hablado y estudiaremos esa posibilidad —añade antes de despedirse de sus compañeras con un poco de prisa. Se despiden cariñosamente de ella y cada cual vuelve a sus tareas. Tiene interés en volver a hablar con Fernando y de nuevo se dirige al Departamento de Ingeniería de Sistemas. El corto paseo a la caída de la tarde, más fresca que la de jornadas anteriores, cambia el humor de Malena y la vivifica, cuando camina por el campus sabe que la miran y eso la hace sentir mejor sin saber bien por qué, no debería estar de buen humor, los estados de ánimo son un verdadero misterio, la vida es un mero transporte hacia su destino.

Se acerca a la puerta de entrada de Ingeniería de Sistemas, se detiene y respira profunda y lentamente un par de veces. Finalmente, accede al interior del departamento. Busca con la mirada a Fernando y, en principio, no le ve.

Pregunta por él y un profesor que pasaba por allí le indica que está en el laboratorio. Se encamina hacia el mismo. Intenta abrir, pero se encuentra cerrada por dentro. Llama con dos golpes y tantea algo en el interior de su bolso colgado en bandolera. Al comprobar que no abre nadie vuelve a golpear la puerta con más energía. Al momento ve como Fernando se quita los auriculares que lleva puestos y este seguidamente le pregunta si llevaba mucho rato llamando a la puerta. Ella, sin saber muy bien por qué, miente diciéndole que solo había llamado una vez.

—Pasa, pasa, me alegro de verte. Aquí estaba, realizando unas comprobaciones rutinarias y a la vez escuchaba música, dime, qué te trae por aquí —dice Fernando todo seguido, como si quisiera acabar cuanto antes la frase.

—No nos conocemos de mucho, pero quería pedirte un gran favor —le responde ella utilizando un tono que tiene algo de insinuante, lo cual no deja de sorprender al ingeniero.

—Me gustaría que me dejaras llevarme a casa al pequeño.

—¿Al robot? —responde alarmado.

—Sí, yo lo cuidaría muy bien, es algo que necesito, es vital para mí, lo cuidaría mejor que cualquiera de los miembros de tu equipo, te lo juro.

—No sabes lo que dices, Malena. Sencillamente, es algo que no puede ser —contesta un sorprendido Fernando, es un proyecto de una tremenda importancia para nuestro departamento, no puede salir de ningún modo del laboratorio. Ese robot debe estar de permanentemente monitorizado, como ya viste. Lo siento Malena, pero es imposible lo que me pides.

—¿No tengo forma de convencerte de lo contrario? —pregunta la mujer, más insinuante que antes, modulando su voz de forma sexy, acercándose a un cada vez más atónito Fernando.

Para el que la situación de una mujer tan hermosa que casi se deja caer en sus brazos es toda una novedad, un descubrimiento que dadas las circunstancias, no le estaba resultando todo lo grato que cabría esperar.

—Esto no nos lleva a ningún sitio, Malena —le dijo en el momento en que ella empezaba de manera descontrolada a palparle el cuerpo por encima

de la ropa tratando de buscar sus labios—. Lo que estás haciendo es una ridiculez, no entiendo lo que está te está pasando, todo esto es absurdo —le dice Fernando, que no era capaz de dar crédito a lo que estaba viviendo.

Finalmente, de un empujón se quitó de encima a la mujer que fue a dar de espaldas contra la pared.

—Por favor, vete de aquí y olvidemos esto —conmina a Malena, que tras recuperarse del golpe ha echado mano de su bolso y empieza a hurgar en su interior. La ve remover el interior del bolso con una suerte de ensimismamiento extraño, como si estuviera en una especie de sueño del que no pudiera despertar. Su estupor, ahora mezclado con miedo, se incrementa al ver relucir en la mano de ella una pequeña pistola que le mira directamente con su único ojo, amenazador. Temblaba el arma en la mano de Malena, a la que se veía visiblemente alterada.

—No quería llegar a esto, tú lo buscaste, quieras o no, me lo voy a llevar.

El pequeño berreaba en la parte opuesta del laboratorio, el ruido provocado por el forcejeo debía haberlo despertado. Al oírlo, se dirige hacia el lugar donde ha escuchando el llanto sin dejar de apuntar con su arma a Fernando. El robot se mueve y patalea convulsivamente, se le han desconectado algunos electrodos. Malena, tras desconectar los restantes lo envuelve con cuidado en una pequeña manta que lleva en su bolso y lo coge en brazos. El ingeniero la observa hacer, anonadado, inmóvil, todo lo que está ocurriendo ante sus ojos le parece el irreal producto de una ensoñación truculenta que se alarga demasiado. Está paralizado, no es un hombre de acción y no sabe cómo actuar, así que permanece quieto, sin saber qué hacer en una situación así, viendo cómo Malena se aleja hacia la puerta y cómo trata de mantener la pistola apuntando en su dirección y que, a la vez, el pequeño robot no caiga al suelo en un ejercicio de difícil equilibrio que, pese a todo, logra mantener. Consigue abrir la puerta, mira hacia ambos lados y, cuando cree no ser vista, sale. Sabe que no tiene mucho tiempo y que en cuanto Fernando salga de su parálisis irán a por ella sin dilación. Camina nerviosa por los pasillos del departamento, pero procura que su nerviosismo pase desapercibido. Por fortuna, apenas conoce a nadie en el Departamento de Ingeniería de Sistemas

y nadie se dirige a ella ni para saludarla. Alcanza la calle y se encamina al aparcamiento. Localiza con rapidez su pequeño utilitario, abre la puerta y coloca al pequeño robot en la parte trasera. Cuando se sienta al volante ya nada le importa. Arranca el motor y solo espera que el destino se apiade de ella.

## **Comportamiento universal**

*Ángel Nepomuceno Fernández*

### I

**E**l sol comienza a elevarse en el horizonte. Como tantas mañanas, miles de almas hacen el mismo trayecto encapsulados en sus vehículos y se afanan por llegar puntualmente quién sabe dónde ¿Qué extraño resorte activa tanto movimiento? ¿Acaso un mando invisible ha dado la orden de avanzar en la misma dirección? A la derecha, va quedando la megápolis; a la izquierda, inquietas, las olas dejan espumas de sus besos marcados en las rocas. Solo unos pocos, en la pausa del compás marcado por semáforos sin alma, alcanzan ese instante fugaz de paz y libertad ¿No satisface a todos su pertenencia a ese ejército triunfante en tan singular combate cotidiano? Guillermo Cuesta hace el mismo trayecto a diario, conduce como un autómatas, pero no deja de pensar en su trabajo, al tiempo que observa cuanto ocurre a su alrededor. En una de las frecuentes paradas, él observa en otro vehículo una mujer, cruzan su mirada por azar, al momento continúa la marcha y toman direcciones divergentes. Tal vez en lo sucesivo ansiarán un nuevo encuentro, una oportunidad para mirarse sin obstáculos, para poderse decir alguna palabra. Él lo deseaba fervientemente.

Sobre la mesa de su despacho destacaba una abultada carpeta, con todos los documentos del nuevo proyecto ‘Computación, Lógica y Autoconciencia’, que se llevaría a cabo en el marco de Andalucía Tech con la participación activa de Biocomputers World Corporation BWC. Tras la mesa colgaba una extensa pizarra blanca con una serie de símbolos escritos. Guillermo Cuesta dejó su maletín junto a la mesa, estuvo unos instantes observando la pizarra y decidió borrarla. Recordó la petición que le habían hecho desde la Consejería, una fotografía de personas de su grupo trabajando en el laboratorio.

—Nuestra investigación solo precisa una computadora, libros, papel o pizarrón, y la cabeza ¡No un laboratorio! —Había sido su respuesta a quien le había llamado por teléfono. A veces hablaba secamente y se reprochaba a

sí mismo esa manera de tratar a la gente, algo imperdonable en quien, en otro tiempo, había sido mínimamente experto en técnicas de venta; se justificaba a sí mismo proclamando que había que mantener una guerra sin cuartel contra la estupidez. Dos meses después de la llamada, se incorporaron al grupo los típicos científicos de laboratorio.

Esbozó una sonrisa, se acercó a la pizarra, tomó tres rotuladores de distinto color y comenzó a escribir, subrayar, enmarcar y a tirar líneas conectando unas cajas y otras. Al poco había plasmado un organigrama sobre el proyecto para la discusión con el equipo, incluyendo breves indicaciones acerca de los objetivos, aspectos metodológicos y resultados esperados, diferenciando elementos con los diversos colores. Hizo algunos retoques y, finalmente, tomó la carpeta, examinó la memoria del proyecto, preparó un paquete de folios y escribió «Reflexiones sobre una hipótesis».

## II

Poco antes de las diez, Guillermo Cuesta había abierto la sala donde tenían lugar las sesiones plenarias de seminario. Los asientos estaban dispuestos alrededor de varias mesas adosadas formando una amplia mesa de reuniones. En el centro aparecía un gran cenicero vacío, recuerdo de la época en que trabajo y tabaco eran indisolubles. Por cada asiento había una carpeta de color verde claro, con una etiqueta con el nombre de un investigador del equipo. Su carpeta era una más, sin distintivo alguno que hiciera ver que se trataba de la del coordinador del proyecto. Los integrantes del grupo llegaban, se saludaban entre ellos, ocupaban su lugar y, hablando todos con todos, trataban de hacer llegar las novedades de última hora. Al cabo de cinco minutos los doce, el equipo al completo, estaban dispuestos para comenzar la sesión. Guillermo Cuesta, que estaba pasando una pañito por los cristales de sus gafas, se levantó, se las puso cuidadosamente y dijo:

—Ante todo, y aunque lo había hecho individualmente, en algunos casos fue por correo electrónico, quiero aprovechar esta primera sesión para felicitaros en persona por el éxito en la consecución del proyecto. Una de las primeras cuestiones que hemos de abordar es el asunto del lenguaje. So-

mos de procedencia diversa: lógica, computación, filosofía,... —Guillermo Cuesta dirigía la mirada a distintas personas según la disciplina que iba enumerando—. De manera que hemos de solucionar el problema del lenguaje para activar la comunicación entre nosotros —Rupérez, de lingüística, hacía gestos de aprobación.

Unos dirigían su mirada al ponente, mientras que otros habían abierto su carpeta y examinaban las hojas que contenían. Todos prestaban atención. Guillermo Cuesta continuó:

—Con esta reunión damos comienzo a la ejecución del proyecto. Me refiero a nuestro grupo. Para vernos con el grupo de Sevilla, Martín y yo estamos barajando la fecha que mejor nos venga a todos; él está pendiente de confirmar la visita de Stanley, que vamos a aprovechar para que nos hable de sus trabajos.

—¿No podríamos invitarlo también nosotros? —preguntó Antonio Domínguez, autor de importantes trabajos sobre ciencias cognitivas, incorporado al equipo aunque anteriormente había colaborado en algunas acciones puntuales con Guillermo Cuesta y otros integrantes del grupo.

—Lo debemos tener en cuenta, como algunos sabéis es un tipo raro, ya veremos qué se puede hacer. Bien, a lo que iba, todos tenéis la memoria del proyecto. Esta es una primera toma de contacto para comenzar con paso firme; dentro de hora y media, en el despacho del vicerrector de Investigación me presentarán a la representante de BWC, que ya participará en la próxima sesión, pero antes me gustaría que se haya estudiado detenidamente esta memoria. Como os decía, hemos de hablar un mismo lenguaje y esa es la primera dificultad a superar. Si nos fijamos en la hipótesis inicial, podríamos estar tentados a pensar que la habíamos planteado, como dijo aquel, «para que las próximas generaciones dijeren de nosotros que estábamos locos». ¡Pero hemos convencido a los evaluadores!

Rupérez sonreía. Él y Antonio Domínguez habían animado a Guillermo Cuesta en todo momento. La estrecha relación entre lenguaje y cognición, sus respectivos ámbitos de interés, facilitaba el entendimiento con los computólogos. Rupérez pensaba en sus discusiones en el seminario del papel

de la ficción literaria en la evolución de la especie humana. Ahora, cuando Guillermo Cuesta miraba a los congregados tratando de transmitirles su entusiasmo, él recordaba su encuentro con Jorge Volpi en Sevilla, la buena impresión que le causó y la sorpresa de informaciones negativas que llegaban de alguien del Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM<sup>1</sup>. Al fin y al cabo, denostar al colega que triunfa es muy hispano, pensó.

—Teníamos en contra las conocidas tesis de Searle, ampliamente difundidas, sobre todo desde su *Minds, Brains and Science*, de acuerdo con las cuales ningún programa es suficiente para llegar a alcanzar a elaborar una mente —proseguía el coordinador—, cosa que no muchos discuten, y que cualquier máquina que llegara a tener estados mentales equivalentes a los humanos, tendría que ser tan poderosa como un cerebro. Pero los escépticos no contaban con nuestros compañeros de Computación Natural de Sevilla, ni con nosotros, por supuesto. Ved que las máquinas moleculares nos han permitido avanzar en el tratamiento de problemas anteriormente intratables y llegar a la construcción de los modernos biocomputadores.

Guillermo Cuesta iba gesticulando a medida que avanzaba en su exposición. Se acercaba a la pizarra, señalaba sus esquemas, dirigía su mirada de nuevo a los demás, para más tarde volver a la pizarra. Aparentemente nunca miraba su reloj, depositado en la mesa junto a la carpeta, lo que le permitía controlar el tiempo que iba transcurriendo sin dar la sensación de estar pendiente del mismo. Había pasado una hora, por lo que consideró que debía ir cerrando su discurso.

—Termino enseguida. Nos hemos interesado en el problema de la conciencia en tanto que es capaz de dar lugar a un yo, es decir, en tanto que es autoconciencia. Ahora bien, una conciencia que está agarrada al lenguaje como actividad, como energía, lo que viene a ser el punto diferenciador de la conciencia humana, capaz de elaborar ese yo, decía, de ser autorreferente. Y precisamente de las enseñanzas de la lógica, como, por ejemplo, los teoremas

---

<sup>1</sup> Acrónimo de Universidad Nacional Autónoma de México



de limitación de Gödel y otros, hemos aprendido a elaborar oraciones de un lenguaje que puedan referirse a sí mismas sin caer por ello en las paradojas que tanto trabajo dieron a los filósofos a lo largo de la historia. El concurso de computólogos, lógicos, lingüistas, matemáticos, biólogos y filósofos es una necesidad apremiante en la investigación básica actual y que nuestro proyecto ha sabido encarar.

### III

Aún faltaban unos minutos para la hora establecida cuando Guillermo Cuesta saludó a la secretaria del Vicerrector.

—Espere un momento profesor, si no le importa, pregunto a D. Miguel Ángel si puede recibirle. Siéntese, está con él la otra señora que también estaba citada a la misma hora que usted —dijo la secretaria y salió hacia el pasillo.

Guillermo Cuesta observó el cuadro que presidía la sala y se preguntó qué representarían aquellos trazos de colores vivos, tal vez contenía un paisaje insinuado, pendiente de completar por el espectador. La secretaria le llamó y le pidió que le siguiera el corto trayecto hasta la puerta del despacho, tocó suavemente la puerta y cedió el paso al profesor.

—Adelante, Cuesta, pase; sabiendo de su puntualidad, ya le estábamos esperando. Permítanme que les presente. Guillermo Cuesta, investigador principal del proyecto, la señorita Norton de Biocomputers.

—Encantada. Espero incorporarme lo más pronto posible a las tareas iniciadas. Esta ciudad, su clima, su gente, me encantan —dijo Paula Norton en un perfecto español, con un ligero acento latinoamericano no muy bien definido, al tiempo que se levantaba y su pelo negro, como buscando un nuevo equilibrio, avanzó por el lado izquierdo hasta tocar la barbilla y el cuello. Guillermo Cuesta percibió el aspecto de una mujer morocha, de rasgos difícilmente identificables y vestida con inusual elegancia. Al estrecharse las manos sus ojos se encontraron, se interrogaron, se reconocieron.

—¿Se conocían? —dijo el vicerrector, y prosiguió— podría ser. La señorita Norton no es la primera vez que viene a Málaga ¡Hasta es capaz de

conducir por nuestras calles! Esta mañana, antes de venir, ha estado en Torremolinos, donde vive un pariente ¿Un tío suyo, me dijo?

Guillermo Cuesta comprendió que aquellos ojos eran los mismos que encontró en el semáforo más temprano. También Paula Norton reconoció la masculina mirada. Separaron las manos con poco disimulada conturbación, aunque sostuvieron la mirada por unos instantes. Paula, dijo:

—Mi madre era una argentina oriunda de Málaga. Su padre estuvo trabajando en Buenos Aires, donde llegó muy joven. Luego se trasladó hacia el norte y finalmente se fue a Santiago del Estero. Vuelto a Buenos Aires cuando mi madre se hacía mujer, a regañadientes admitió que en la vida de su hija irrumpiera un norteamericano, mi padre. Yo lo conocí ya viejito, creo que nunca se conformó con que su hijita se fuera a vivir a un país que odiaba. Pero se resignó. Decía que por lo menos yo había esquivado los genes anglos...

Para Guillermo Cuesta aquella rápida narración biográfica era como una huida hacia adelante, se le notaba algo nerviosa. Él también lo estaba ¿Cómo iba a pensar que aquella mirada de una mujer tan bella era precisamente la de quien era? El vicerrector, impecable en la administración de su tiempo, pasados unos minutos, propuso ir a tomar café.

—Estuve en Saint Andrews hace poco y me preguntó un colega si sabía decir en pocas palabras qué es la investigación; cortésmente me encogí de hombros, entonces él dijo, con su peculiar acento escocés «Investigation is what you do between coffee and coffee. Isn't it?».

Todos rieron, aunque Guillermo Cuesta lo hizo más por cortesía. Una vez que se dio por finalizado el encuentro, el Vicerrector marchó a sus tareas de gestión, ocasión que aprovechó Guillermo Cuesta para mostrar a Paula Norton los despachos, las salas de seminario y las demás instalaciones. Almorzaron juntos, rodeados de estudiantes. Hablaban con entusiasmo del proyecto, del ingente trabajo a realizar, de los objetivos, de la metodología. Aún continuaron un rato por la tarde y quedaron en ir a tomar un aperitivo por el centro, como forma típica de cena informal.

**IV**

Una buena parte de las instalaciones de BWC era familiar para Guillermo Cuesta. Desde el primer proyecto de investigación la había visitado en varias ocasiones. Ahora las relaciones entre BWC y el Instituto de Estudios Interdisciplinarios de la Universidad de Málaga eran más estrechas, sobre todo tras la suscripción del convenio que permitía la participación del Instituto en el desarrollo y la producción de los nuevos biocomputadores. El nombramiento de Guillermo Cuesta como director del Instituto no había sorprendido a nadie, desde 2012 su grupo había obtenido importantes resultados y un buen balance de conocimiento transferible, en su mayor parte captado por BWC, cuya labor de mecenazgo había hecho subir a la Universidad de Málaga más de treinta puestos en las escalas de las agencias de evaluación internacionales.

En la Dirección Central de BWC en Nueva York, un edificio remodelado en la Avenida Madison esquina a la calle Sesenta y Cuatro, cerca de Central Park, se vivía una cierta expectación. Todo el mundo hablaba del lanzamiento del GM1 para la próxima primavera. Los protocolos se habían seguido minuciosamente, como era costumbre en la compañía; la Dirección incluso se planteó elegir la fecha de primeros de enero de 2020, pero finalmente se optó por esperar unos meses, dejando a un lado unos deseos cuya justificación se alejaba de las prácticas científicas habituales.

Willian Donovan esperaba a Guillermo Cuesta en su despacho. Había llegado más temprano que de costumbre, con tiempo suficiente para despachar varios asuntos de rutina. Ocupaba una sala espaciosa de la segunda planta, con amplias ventanas sobre las que colgaban blancos visillos. Era bien conocido el gusto del señor Donovan por lo clásico. Sobre su mesa, una pequeña plataforma con la figura de un hombre que descarga con fuerza un martillo sobre un yunque, flanqueado por sendos bolígrafos, azul y negro, un símbolo del sentido del esfuerzo, el emblema de BWC. Al oírse un *toc toc* suave en la puerta, Willian Donovan se levantó al tiempo que dijo:

—¿Sí? Adelante. Pase, Cuesta. Es usted exquisitamente puntual, conociéndole pienso que la célebre informalidad de los españoles debe ser un

tópico. ¿Qué tal? —aquel inglés sonaba con acento irlandés, le parecía a Guillermo Cuesta, a quien Willian Donovan estrechó la mano, bordeó la mesa y lo invitó a tomar asiento en uno de los sillones situados a la izquierda de la sala. En un ángulo de la mesa había una especie de pequeño ratón inalámbrico, Donovan posó disimuladamente su mano sobre él y al punto apareció su eficiente Secretaria:

—Gracias, Elisabeth. ¿Café? Traiga también unas pastas, estoy seguro de que le gustarán al señor Cuesta, son de una pastelería de la calle Cuarenta y Cinco, hechas al modo británico, según anuncian, aunque los dueños son de origen irlandés; a decir verdad, creo que es una de las cosas buenas que los ingleses trajeron al Nuevo Mundo. Me refiero a las pastas. ¿Tiene ya algunas primeras conclusiones?

—Estamos trabajando en ello. Todavía hay quienes cuestionan nuestro potencial, tenemos que ser sumamente cuidadosos —contestó en un tono que delataba una cierta preocupación, y continuó—. Quienes antes se oponían al uso de embriones con fines terapéuticos, o a la muerte digna y otras actividades similares, son los mismos que ahora rechazan la producción efectiva de biocomputadores. La misma historia que con la perspectiva de Copérnico: si se habla de mera hipótesis para ciertos cálculos y la explicación de fenómenos de paralaje y otros similares, sin problemas; si se afirma. Como Galileo, que realmente la Tierra no es el centro del universo y que se mueve alrededor del sol, te ganas la condena.

—Amigo Cuesta. ¡En el fondo es la competencia! Hay muchos intereses en juego, más allá de cuestiones ideológicas y no van a perdonar nuestros éxitos. Ayer hablaba con la nueva directora de producción de nuestra factoría de Albany. Usted la conoce, es Paula Norton.

El corazón de Guillermo Cuesta dio un leve palpito que pareció descomparar el inapreciable movimiento de sus aurículas y ventrículos. Entre los visillos se entrevió un claro cielo azul que le hizo recordar la claridad de Málaga y la mirada de Paula.

—¿Se encuentra bien? —inquirió Willian Donovan, vertió un poco de café en las dos tazas, acercó la bandeja a su interlocutor y continuó—. Es

necesario que Paula supervise plenamente el proceso. Todos los componentes estaban preparados. Ella conoce a fondo todo el corpus teórico en que se sustenta la obtención de los nuevos biocomputadores, ¿verdad?

—Naturalmente; su aportación fue esencial para lograr los resultados del grupo—respondió cortésmente Guillermo Cuesta disimulando su desasosiego.

—Sí, ella todavía muestra sus reticencias a que un ingeniero del lenguaje, un historiador, un computólogo y un literato, por ejemplo, aúnen sus esfuerzos en el mismo programa de investigación. Pero solo es su posición de partida, después se muestra como la más interesada en el desarrollo de acciones transdisciplinares. ¡Es muy sociable!

La mente de Guillermo Cuesta rescató la imagen de Paula Norton el día que esta recibió la noticia de haber logrado el premio Turing por el primer algoritmo diseñado y adaptado para un biocomputador, el MALLC (Mechanic Auto Learning for Live Computers). Estaba feliz. Fueron al centro, tomaron varias copas por los aledaños de la calle Larios. Ya solos los dos, se fueron hacia Torremolinos. Reservaron una habitación en el Parador. Aquella cena, aquella noche inolvidable afloraban irremediabilmente. El trabajo los unió, pero justo ese mismo trabajo terminó por separarlos.

—¿Le preocupa algo, amigo Cuesta? —él, al escuchar la pregunta, hizo un gesto negativo como respuesta.

—Creo que debería de darse prisa en la presentación de su informe. ¡Todos estamos esperando! Usted mismo: en cuanto el GM1 sea una realidad, se habrá garantizado un puesto en la historia.

—Le agradezco la confianza que siempre deposita en mí, señor Donovan, pero acabo de terminar el borrador y aún he de hacer algunas labores de depuración. Hay que estar seguros. No se preocupe, todo estará a punto en su momento.

—Lideramos el sector a escala mundial y hay algunas cuestiones que ustedes, los expertos, no siempre tienen en cuenta. El mundo espera que la compañía produzca a buen ritmo los nuevos biocomputadores, elementos para el servicio doméstico, control del tráfico de toda clase, la fabricación de

niños por encargo. Es decir, que proporcione lo que jamás se había logrado hasta ahora: la felicidad del género humano. No lo olvide, Cuesta, todo está dispuesto esperando solo sus conclusiones.

Guillermo Cuesta estaba informado sobre las sutiles presiones de Donovan, pero a la postre cada cual representaba el papel que le correspondía. Ahora comenzaba una semana de arduo trabajo. Ambos se levantaron. Nuevamente la mano de Donovan se posó sobre la especie de ratón. Al instante, Elizabeth abrió la puerta del despacho. Se despedían con otro apretón de manos, cuando Willian Donovan dijo:

—Avíseme con tiempo. Mi equipo de consejeros y yo queremos celebrar una reunión con ustedes —Guillermo Cuesta se preguntó entonces por qué ese plural.

—Es importante para, a continuación dar, el pistoletazo de salida, y Paula Norton tiene que venir desde Albany, discutir con usted el informe y ver si es posible una opinión compartida por ambos.

Al llegar a la calle, Guillermo Cuesta sintió deseos de caminar un rato. Se dirigió a Central Park y sus pensamientos discurrieron entre los problemas propios del trabajo y la imagen sonriente de Paula.

V

El reencuentro había discurrido por cauces normales. Paula Norton tuvo la impresión de que Guillermo Cuesta había ganado algunos kilos, pero conservaba la expresión alegre que tanto le había gustado. Él se comportó con toda naturalidad, pero se sintió obligado a hacer un esfuerzo para disimular la turbación que la presencia de ella le producía. Habían pasado, ¿cuántos? Más de cinco años, desde luego.

—¿Será posible? Guillermo, no puedes remediarlo, aquella pasión no se extinguió del todo, o fue como el ave fénix, empieza a renacer con fuerza —pensó Guillermo Cuesta, como hablando mentalmente para sí mismo.

—Te encuentro muy bien, Guiller, ya me contarás cómo va todo por Málaga. ¡Cómo echo de menos aquella luz, aquel clima, aquella gente!

—No puedo quejarme. Todo va bastante bien.

—¿Realmente te alegras por encontrarnos de nuevo? —interrumpió Paula Norton. Tenían que discutir el informe que con cierta impaciencia esperaban en la dirección de la compañía. Guillermo Cuesta trató de llevar la conversación al campo temático que era el motivo de la reunión, aunque se sentía algo confundido al comprender que renacía el sentimiento surgido años atrás cuando se encontraron en Málaga.

—Creo que no hay ningún inconveniente en que se comience el ensamblaje definitivo del GM1, la producción de estos biocomputadores no representa problema alguno para ningún humano; es más, solo veo ventajas.

—Supongo, Guiller, que tendrás buenas razones para no poner ninguna traba al proceso ¿Has hecho suficientes simulaciones para poder afirmar que ninguno de estos GM1 llegará a considerarse un ser vivo con autonomía plena?

—Naturalmente. Los seres humanos hemos sido capaces, en el proceso evolutivo, de alcanzar lo que podemos llamar unidad de conciencia; nuestras neuronas vienen a transformar, mediante complejos procesos, la información en ideas, y destaca esa idea de la unidad, es decir, eso que psicólogos y filósofos han nombrado como un yo. Tras los modelos de computación convencional, se presentaron alternativas, y llegamos a la teoría de los biocomputadores.

Guillermo Cuesta parecía entrar de lleno en la conversación científica, pero sus ojos miraban de soslayo, Paula se estaba tan guapa como antes. ¿Cómo podía haber pasado un lustro completo sin ella? Paula introdujo una nueva consideración:

—He pensado en la aplicación de una versión mejorada del MALLC2; esto llevará a excelentes resultados en principio: el GM1 podrá incorporar conocimientos acumulados en diversos bancos de datos. Por un lado, disponemos de magníficas ontologías y buenos razonadores. Pero uno de los avances a tener muy en cuenta es la capacidad de síntesis de purina y pirimidina, que pueden incorporar a su parte biológica. Ahí hay un peligro potencial de incalculables consecuencias.

—No creas, Paula. Lo más que puede pasar, si no me equivoco, es que terminen produciendo moléculas de ADN, lo que resulta casi obligado ¿Cuál es el problema?

—¿No lo ves, Guiller? Las posibilidades se amplían con MALLC2. ¡Podrían terminar elaborando sus propios genes! Entonces...

—No creo que surjan problemas graves por eso. He planteado simulaciones con elementos paradójicos. Por ejemplo, si el propio MALLC, o cualquier otro algoritmo del mismo tipo, es el instrumento que permite establecer cuando una oración bien formada es verdadera. ¿Cómo es que hay oraciones que siendo verdaderas no es posible demostrarlas? Desde los desarrollos de OWL7.0 la complejidad se ha ido ampliando, pero se ha conseguido hacer tratables problemas que antes no lo eran. Creo que con MALLC2 el GM1 nos dará la explicación aceptable, basta que el propio biocomputador distinga cómo infiere según el razonador incorporado de un metarazonamiento que identifica la oración (en OWL7.0) como verdadera. El salto semántico, vaya, aunque persista la indecidibilidad.

—Pero queda en pie la cuestión que te decía. Mira, vamos a tomar un café ¿Sigues siendo adicto? Quiero que estudiemos una situación simulada más cercana a la realidad.

El tiempo transcurría sin que los dos lo percibieran. Estaban a gusto el uno junto al otro. Después de tomar café se encerraron en la sala en la sede de BWC comúnmente conocida como «semillero de ideas», un calco de una del seminario del Instituto de la Universidad de Málaga. Paula sacó de su bolso un par de chocolatinas y le ofreció una a Guillermo. Tras varias horas de anotaciones en las dos pizarras, en folios, y repaso de escritos en sus *pen drives*, Paula Norton resumió el resultado de la simulación

—Bien, hemos adoptado una versión de las leyes de la robótica de Asimov. Llegados al punto en que los biocomputadores se reproduzcan por sí mismos, ya ves cómo sería el caso de interacción con humanos. Observa lo que pregunté: «Si Donovan...».

—Qué manía de darle el nombre del jefe —interrumpió él con una amplia sonrisa. Ella prosiguió:



—Decía que la pregunta a la que debe responder el sujeto GM1 es si Donovan te plantea que prefiere pasar la noche despierto, preparando una reunión de trabajo para el día siguiente, aunque ello perjudique seriamente a su salud. ¿Le facilitas que consuma café bien cargado o, por el contrario, le impides que se dañe a sí mismo? El GM1 dirá secamente: «No puedo dejar que se dañe a sí mismo». Vayamos entonces al dilema: tenemos como supuesto que Donovan sufre un trastorno, quiere destruir cuanto le rodea o, en caso contrario, destruirse a sí mismo, porque él y el mundo circundante se han vuelto incompatibles. ¿Qué harías? Aquí está lo interesante ¡Atención a la respuesta! «No puedo permitir que destruya cuanto le rodea, entra en juego la segunda ley. Además, de acuerdo con la tercera ley, estoy supeditado a una de mis partes; soy realmente un ser vivo. Aunque según la primera debo cuidar del bienestar de los seres humanos, Donovan es un ser individual, su acción no puede perjudicar a los demás. Hay una solución: el suicidio».

Paula Norton gesticulaba y se excitaba por momentos. Guillermo Cuesta se sentía más atraído aún y sus ojos iban y venían como colgados de los de Paula. Con cierta ironía, él dijo:

—Vaya, al final eres tú quien más ha sido influenciada por Rupérez y Antonio Domínguez.

—Eso no importa. Fíjate que si le insistes en que se trata de un dilema y es preferible el propio sacrificio de la máquina en lugar del de la persona, el GM1 te dirá que no hay diferencias, que el GM1 también es un ser vivo y la calificación de persona es solo porque a Donovan se le reconoce autoconciencia. ¡El GM1 también es autoconsciente! De verdad, Guiller, tenemos que seguir investigando, no podemos dar nuestra bendición al plan de ensamblaje tal como está planteado.

Todavía estuvieron en la sala una hora más. Se había hecho bastante tarde. Guillermo sugirió interrumpir e ir a cenar algo, antes de que no hubiera bocado que tomar en toda la ciudad. Se despidieron aquella noche, con una convencional beso en la mejilla. El día siguiente desayunaron juntos antes de llegar a la BMW. Paula propuso no hablar nada de trabajo hasta que estuvieran en la sala. Entonces él fue rememorando momentos deliciosos pasados

en Málaga ocho años antes. Después le informó de su reciente compra de una casa en la zona de Cerrado de Calderón, con la que estaba muy ilusionado; desde una terraza trasera, entre el ángulo de dos colinas, se veía el mar. Las tardes de invierno habrían de ser un verdadero encanto. Paula dejaba volar su propia imaginación, sobre todo cuando Guillermo dijo:

—La dirección del Instituto me ha ido ocupando cada vez más tiempo, pero no quiero perder ese poquito de tiempo del que uno es dueño absoluto, así que pienso disfrutarla. Solo me hace falta una cosa para que todo esté completo, ya sabes, no es bueno que el hombre esté solo.

Guillermo miró fijamente a Paula, bellísima en esa actitud reflexiva, con sus ojos grandes entreabiertos y la mueca al morderse el labio. Si daban un informe muy negativo para el lanzamiento del GM1, iba a cambiar la situación de ambos en la compañía. Guillermo Cuesta estaba decidido a dejarse llevar por las recomendaciones de Paula ¿Podría verse perjudicada la Universidad? Trataba de hallar una respuesta negativa a este pensamiento: la Universidad no tiene por qué plegarse a intereses comerciales. Todo se solucionaría ¿Por qué no intentar una vida juntos? Desde Cerrado de Calderón hasta el campus de Teatinos pasaría cada mañana por la Alameda. Tal vez una mañana encontraría unos ojos en un semáforo, pero no tendrían que llamarle la atención si los ojos de Paula fueran los primeros que viera cada mañana. Entonces pronunció su nombre. Paula pareció perder su concentración y levantó la vista, Guillermo tomó su mano suavemente y dijo:

—Van a cambiar nuestras vidas, es inevitable, pero antes de que terminemos de presentar el informe quiero decirte algo que tú sabes, pero deseo proclamarlo con rotundidad desde hace tiempo: Paula, te quiero.

**21:00**

*Sandra Calvente Barrero*

*M*iró el reloj, volvían a ser las nueve. Levantó la vista del plato y vio como la expresión en el rostro de ella cambiaba. Se preguntaba por qué seguían teniendo ese estúpido reloj de pared, ¿acaso era una manera de no dejar que las cosas cambien? ¿De seguir atrapados en aquel momento?

Como todas las noches, ella intentó romper el silencio que ya era un tercer comensal en la cena.

—Esta tarde ha dado una ponencia tu amigo —dijo mientras se servía un poco de agua.

—Ah, ¿todavía sigue con eso? —preguntó, pero solo porque valoraba el esfuerzo de ella por hacer que tuvieran una cena normal.

Continuaron un diálogo fingido, cortés, por hacer sentir mejor a la otra persona, al fin y al cabo se seguían queriendo; o eso es lo que él se repetía, ya que se tenía prohibida cualquier reflexión un poco más profunda sobre su matrimonio.

La frase de su mujer hizo que volviera a ser consciente de que ella seguía en aquel trabajo. Odiaba ver cómo ella había conseguido avanzar mientras él seguía atrapado en ese día. Suponía que ella se había hecho tan adicta a la culpa como él. Ella encontraba satisfacción en estar cerca del problema, buscando resultados que podrían haberlo evitado para seguir torturándose por la decisión que tomaron; él quedándose solo en casa podía castigarse reviviendo ese día una y otra vez. Culpándose y culpándola.

Ella había encendido el televisor. La voz de la presentadora de informativos lo trajo de vuelta de sus pensamientos. Era la misma chica rubia de aquel día. «Esa chica estaba dando una buena noticia, seguro que ni imagina el daño que nos hizo» —pensó. Verla le proporcionaba un recuerdo nítido de aquel momento, le transportaba a dos años atrás, como si pasara otra vez.

Empezó a notarse los ojos húmedos y los cerró unos segundos; en otro momento lo habría pasado mal intentado que su mujer no lo notara, pero ya no se molestaba, rara vez lograban mirarse a los ojos.

Buscando algo que le distrajera de la imagen del televisor, posó su mirada en el rostro de ella, que aún seguía atento al informativo. Su cara, ahora iluminada por la luz del aparato, le parecía extraña. Aunque seguía siendo guapa, su belleza se veía deteriorada, reflejaba un envejecimiento muy prematuro, algo que le hacía sentir responsable. Se dio cuenta de que aquella decisión, la decisión que tomaron, no solo se había adueñado de sus vidas, también de sus rostros; no solo daba vueltas en sus mentes además se la proyectaban el uno al otro. «Quizá hubiera sido mejor separarse», pero no debía pensar en eso.

Ella en silencio recogió los platos y los llevó a la cocina, desde el comedor la observó cruzar el pasillo en dirección al dormitorio. ¿Era ese su refugio?, recordó cómo aquel día la vio con los ojos inundados en lágrimas correr por ese mismo pasillo y cerrar la puerta del dormitorio. Lo hizo por ella, para que ella no sufriera. Ella le convenció y ella debería cargar con ello. Este pensamiento le envenenaba, «ojalá pudiera dejar de buscar culpables» —se le escapó en un susurro.

Apagó la tele, abrió una botella y fue al salón. Se sentó junto a la chimenea y mientras se llevaba la copa a la boca se preguntó cómo sería su vida si aquello no hubiera ocurrido; solía torturarse con ese tipo de cuestiones mientras coqueteaba con la embriaguez. Reflexionó sobre la situación en la que se vieron aquel día, los remordimientos que sintieron minutos después de tomar la decisión, cuando ya no había vuelta atrás; la manera en la que ha pasado estos dos años buscando una excusa que le ayude a dormir, una justificación que aunque no cambie las cosas le devuelva la tranquilidad de no sentir esa constante presión en el pecho.

Miró a su alrededor. Veía una habitación fría, poco acogedora. La pared que había estado llena de fotografías ahora solo mostraba un recorte de periódico enmarcado. Si no recordaba mal, se trataba del día que el equipo de investigación dirigido por ella había logrado un fármaco para mejorar la

memoria. Sonrió al percatarse de la ironía: su mujer mejorando los recuerdos y él tratando de olvidar. Pero ese periódico era de cuando las cosas le iban bien. Cuando él todavía tenía trabajo y ella podía dar algunas clases de medicina y dedicar su tiempo a lo que le gustaba: la investigación científica. Quizá fue eso, el trabajo de ella, lo que le hizo confiar en lo que decía, lo que le convenció. ¿Quién iba a saber de eso mejor que ella?

Intentó en vano que su mente reprodujera conversaciones de aquel día, diálogos que a pesar de que ocurrieran hace dos años, los recordaba como si el tiempo no hubiera pasado. Y así había sido, el tiempo para ellos se había detenido en aquel momento, en el instante en el que descubrieron que se habían precipitado, que de haber esperado, ahora no estarían en esta situación. Dentro de su cabeza los recuerdos le susurraban «tienes que hacerlo» una y otra vez. «Hazlo por nosotros».

El último trago de la botella le supo amargo; iba acompañado de imágenes de aquel día. Se vio en el comedor, mirando la hora, todavía con la bolsa en la mano. Eran las nueve. Buscó consuelo en la mirada de ella, pero ella giró la cara. Sonó la sintonía del informativo y ambos miraron al televisor, sin ser todavía del todo conscientes de lo que habían hecho. ¿Por qué no le miraba? Había hecho lo que ella le pidió, ¿acaso en el fondo esperaba que no hubiese sido capaz?

El frío le despertó. La chimenea estaba apagada y la luz empezaba a entrar en la habitación. Se dirigió hacia la ventana y abrió una rendija. Le gustaba notar la brisa fría en la cara, le hacía sentir que el aire que respiraba estaba limpio; notaba el aire helado bajar por su garganta, volver a subir caliente y convertirse en vaho al salir de su boca. Pensó en las personas que contrajeron aquella enfermedad, ¿notarían algo cuando la respiraron?; A lo mejor en un instante, al inhalar el aire, cambió algo que no advirtieron y sin la menor preocupación siguieron respirando. Se dio cuenta de que era una estupidez. Cerró la ventana, ella se despertaría pronto y se quejaría de la baja temperatura del salón, llevó la botella vacía a la cocina y se preparó un café.

Ella salió del dormitorio, ya duchada y vestida, lista para irse a trabajar. Miró por la ventana, «parece que hay mucha niebla» —musitó. Se acercó a

la cafetera y se puso de puntillas para alcanzar una taza de la parte alta de la estantería. Él ya estaba sentado en la mesa, esperando que ella hiciera el intento de todos los días de iniciar una conversación. Suponía que sería sobre el tiempo o sobre su trabajo, y no se equivocaba.

—Hay una empresa muy interesada en el fármaco que estamos desarrollando —dijo ella, obviando los «buenos días».

Él no tenía nada que responder a eso, o más bien nada que ella quisiera oír. Él odiaba el trabajo de ella, no quería saber nada de nuevos fármacos, nuevas curas, nuevas enfermedades, nada que pudiera recordarle aquella época. Al no recibir respuesta ella continuó:

—¿Podías alegrarte, aunque fuera solo hoy, de que el grupo de investigación que dirige tu mujer esté cerca de lograr algo grande, y de que ya haya una empresa interesada?

Estaba tan acostumbrado al tono impertinente que usaba su mujer cuando quería que él participara en algo, que había conseguido que le diera igual. Ella dejó el café en el fregadero, se puso el abrigo y dijo:

—Podrías pasar página, ya está hecho. Deja que nos movamos.

A lo que él sentenció:

—Si tú en vez de ir ahora a trabajar lo hubieras hecho entonces, a lo mejor no había página que pasar.

Eso era lo más parecido a «hablar del tema» que habían hecho en dos años, y la conversación terminó con un portazo cargado de rabia.

La culpa en su mente saltaba de él a ella como la pelota en un partido de tenis. Se quedó en la cocina, sentado, mirando los dedos con los que sostenía la cucharilla que removía el café; los mismos dedos con los que lo hizo, sus propias manos.

Sonó el timbre, pero no se levantó a abrir. Sería, como muchas mañanas, su vecino: un anciano, con la nariz grande y unos ojos muy pequeños, con unas cejas bastante pobladas y un entrecejo eternamente fruncido que le daban un aspecto de abuelo cascarrabias de cuento. A pesar de su mal humor, siempre que venía era para regalarles algo, fruta de su huerto o pasteles que

hacía su señora. Esta gratitud se debía al hecho de que su esposa había padecido el virus, sabía lo duro que era ver a un ser querido en esa situación. Pero la anciana había sobrevivido y había sido gracias a la mala experiencia que ellos habían vivido.

Esto le hizo pensar en el virus. En el caos que organizó. En todas las personas que tuvieron una muerte horrible. Se acordó de que pusieron la tele, por aquel entonces ella ya había dejado el trabajo y vieron la noticia. Todo empezaba con urticarias; luego con heridas, que ahora convertidas en cicatrices, dejaban distinguir quién la había padecido y quién no; problemas respiratorios, vómitos, hemorragias, y fallos en diversos órganos que afectaban a las personas sin seguir un patrón de comportamiento. Se hablaba de pandemia.

Un escalofrío le sacó de sus pensamientos. El café estaba frío, lo metió unos minutos en el microondas y, mientras, fue a ver qué habría dejado el anciano en la puerta. Se encontró sobre el felpudo una cesta de mimbre con fruta, al levantarla vio que también le había traído un periódico del día. Sintió que le observaban y dirigió su mirada hacia la ventana de la casa de al lado. Ahí estaba la esposa del anciano, saludando amablemente, con una expresión de gratitud, que a pesar de las múltiples cicatrices de su cara, se distinguía perfectamente. Él esbozó una especie de sonrisa y se la dedicó. Acto seguido con el *clin* del microondas, cerró la puerta y volvió a la cocina.

No tenía nada que hacer, y lo peor es que no quería hacer nada. Ella, que dejó el trabajo voluntariamente antes de que todo pasara, volvió a incorporarse en cuanto supo que pasar las horas pensando en lo que hicieron no tenía sentido; los días pasan más despacio si no tienes nada de lo que ocuparte. Para él, sin trabajo, metas u objetivos, era como si viviera el mismo día una y otra vez. Un día que duraba años.

En un cruel impulso por hacerse daño, por volver a hacer sangrar una herida que no tiene tiempo de curarse, se dirigió al armario del pasillo. Estaba frente a él, deslizó una de las puertas de madera, oyó las ruedas correr por el riel, alzó la vista y allí estaba: una caja de cartón decorada con un estampado floral en el exterior. Estaba situada en la parte alta del armario, en una

estantería donde su mujer guardaba bolsas de ropa que ya no se pondría pero que se negaba a tirar. Podía rozarla con la punta de los dedos, pero no alcanzaba a cogerla. Se puso nervioso, miró a su alrededor y agarró un paraguas que estaba tirado en el suelo del armario. Logró con la ayuda del paraguas atraer la caja para sí, pero en un mal movimiento la caja cayó, dejando el suelo lleno de fotografías.

La primera foto que alcanzó a ver era del día de su boda. Llevaban años viviendo juntos y decidieron casarse debido a la insistencia de la madre de ella; tener todos sus hijos casados era un tema que la obsesionaba. La boda salió perfecta, probablemente debido a la sencillez tanto de la ceremonia como del convite; solo unos cuantos amigos y los familiares más cercanos. Se fijó en la pareja de la foto, era como si se tratara de dos personas distintas a las de ahora. Él se había convertido en un hombre serio y frío, más bien solitario, y ella en una persona que aunque hablaba, rara vez solía comunicarse, se había convertido en la reina de las conversaciones superficiales, a pesar de ser un matrimonio hablaban como dos desconocidos en un ascensor. ¿Volverían a estar tan unidos como la pareja de la foto alguna vez?

Revolviendo fotografías encontró las fotos de ella con sus compañeros de trabajo. Se incorporó al equipo de investigación dentro del Departamento de Salud. Había sido doctora, y compaginaba los dos trabajos, hasta que se decantó por abandonar la consulta y centrarse en la investigación, combinándolo con dar alguna que otra clase de medicina o ponencia para así tener más tiempo y poder centrarse en su matrimonio. Había sido una mujer muy familiar, clara y decidida, siempre había dicho que se retiraría cuando formara una familia. Esa palabra hizo eco en su mente: «familia».

Apartó esas fotografías y su vista se detuvo en una que solía estar puesta en la mesita auxiliar del salón. Recordaba perfectamente el día en que fue tomada; fue el mismo día en que ella dejó el trabajo. En la foto se la podía ver radiante, llevaba el pelo suelto, gafas de sol y un vestido de cuadros que iba atado al cuello. Se encontraba de pie en la terraza de un bar al que solían ir, sonriendo y con los brazos apoyados en las caderas; se podía apreciar claramente que estaba embarazada.



El recuerdo de esa época hizo que una lágrima le resbalara por la mejilla. Ver las ecografías en el suelo era como echar sal a sus heridas, esa presión en el pecho, como si alguien le apretara el corazón.

Empezó a ver las fotos de su hijo, un niño sano, rubio como ella, ojos muy oscuros como los de él, hoyuelos, y con una expresión inocente; un montón de recuerdos que había estado bloqueando se le acumularon, sintió angustia, dolor, pero sobre todo culpa. Vio las fotos del parque, del zoo, de la playa, sus cumpleaños, las navidades... en todas veía una familia. ¿Por qué les tuvo que pasar eso?, ¿por qué a su hijo?

Notó que había algo más en la caja que no había salido al volcarse; metió la mano y allí estaban: los zapatitos de su hijo. ¿Cómo un objeto tan pequeño podía hacerle tanto daño? Eran unos pequeños zapatos rojos, con la suela muy fina y blanda, la que usan los niños que están empezando a andar, tenía unos cordones negros que iban pegados a la lengüeta del zapato para que no se pudieran desatar. También tenía dos tiras de velcro, una a la altura del empeine y la otra un poco más arriba, para sujetar mejor el pie del niño. Se acordaba de ellos porque era con los que su hijo había comenzado a dar sus primeros pasos, lo veía con esos zapatos puestos, tambaleándose y apoyándose en la pared, en la misma pared donde él se estaba apoyando ahora, la misma pared que no lo volverá a ver caminar.

Mientras retorció entre los dedos los cordones de uno de los zapatos de su hijo recordó como ignoraron sus primeros síntomas. Los medios de comunicación todavía no habían anunciado nada, y en ese momento ella ya había dejado el trabajo y estaba desvinculada de la medicina. Pensaron que los picores eran una reacción alérgica y no le dieron la importancia que debían. Después de eso, todo fue a peor: las noticias empezaron a hablar de los casos más graves, las primeras imágenes, los primeros muertos, el sobrecargo en el hospital, la incógnita de la transmisión, la falta de una cura... Y entonces, en medio de ese caos, su hijo empezó a empeorar.

Ya las fotos tiradas por el suelo no importaban; por él discurría un torrente de recuerdos que no podía frenar. Pensó en el día que intentaron llevarlo al hospital, pero ni si quiera pudieron atenderlos. Solo hacía falta salir

a la calle para ver la situación que se estaba viviendo; la mayoría de personas se encerraban en sus casas por miedo a contagiarse, en las calles quedaba la gente que no tenía nada que perder, o que como ellos, necesitaban ayuda. Optaron por volver a casa; era devastador ver a su hijo así, suerte que ella controlaba algunos de sus síntomas con medicamentos. La cosa empeoraba cada vez más; a su hijo no paraba de subirle la fiebre, así que se alternaban para darle baños en agua helada. También tenía heridas en la piel que se hacía al rascarse, y sangraba a veces por la nariz, a veces por la boca. Ella le hacía pruebas constantemente con el material que trajo a casa cuando dejó la consulta, pero nunca daban buenos resultados.

Necesitaba parar un momento, rememorar todas esas escenas de su vida le estaban haciendo sentir mareado. Intentó pensar en otra cosa, pero no podía: solo veía la cara de su hijo afectada por el virus. Se acordaba del cansancio de aquellos días, su hijo no conseguía dormir a causa de los dolores, por lo que ellos tampoco. En ocasiones ella le daba algún calmante de los que le sobraron cuando tuvo problemas con los riñones, pero pronto se acabaron. La situación que estaban viviendo no se sostenía; el virus, aunque literalmente solo afectaba a su hijo, de alguna manera también les estaba afectando a ellos; o eso se obligaba a pensar para encontrar una excusa.

Su mente reproducía las palabras de ella, «tenemos que hablar, está mucho peor». Su hijo ya no podía ni levantarse, estaba demacrado, no paraba de toser y llorar. No podía alimentarse porque vomitaba constantemente. Proyectaba una imagen de agonía que para ellos era insoportable. Fueron a hablar al dormitorio, donde ella le explicó que ya no podía más, que era inhumano. Se sentaron a hablar, aunque era muy difícil pensar con los gritos de su hijo de fondo. Él la miró, vio la desesperación en su rostro, las ojeras más marcadas que había visto nunca y noto su voz temblorosa.

—Tienes que acabar con esto —le dijo ella entre sollozos—, no puedo verlo así.

Él la escuchaba en silencio; lo que en otro momento le habría parecido una locura, ahora podía entenderlo, él también estaba viviendo esa situación. «Está muy afectado, no se va a recuperar», «está sufriendo, es insoportable»

eran las frases que se repetían en su cabeza. Estuvieron discutiendo durante horas, hasta que estuvo decidido a hacerlo. Era lo más difícil que iba a hacer con diferencia, una vez hecho no habría vuelta atrás.

Esperaron un día, sin ninguna esperanza de recuperación, y así fue; su hijo solo iba a peor. Lo miró y notó cómo su cara ya no era la misma; su rostro redondo e inocente había sido sustituido por la cara del sufrimiento. Tenía los ojos hundidos, la boca llena de llagas, y los mofletes de niño gordito que siempre había tenido, ahora estaban consumidos. Decidió que era el momento. Ella entró en la habitación para despedirse, se puso de rodillas e intentó darle un beso, no lo logró; a su hijo le dolían tanto las heridas que no dejaba que le tocaran. Se inclinó y le susurró algo al oído que él no alcanzó a oír. Entonces la vio con los ojos inundados en lágrimas correr por ese pasillo y cerrar la puerta del dormitorio. Él fue a la cocina, cogió una bolsa de plástico, se sentó al lado de su hijo y rompió a llorar. ¿Cómo se podía haber estropeado todo?

Cuando logró recomponerse, miró a su hijo a la cara y preguntó:

—¿Quieres que acabe con esto?

Su hijo no contestó, seguía tosiendo, solo se limitó a clavar sus ojos negros en los de él. Sin apartar la mirada le dijo cuanto le quería, mientras las lágrimas le corrían por las mejillas, se inclinó hacia su oído y mientras pronunciaba las palabras «lo siento». Entendió que serían las mismas palabras que su mujer le había susurrado. Mientras colocaba la bolsa le temblaban las manos, las lágrimas se le acumulaban en las comisuras de los labios, para luego recorrer su barbilla y su garganta. Cerró la bolsa y apretó para sí, mirando pero sin querer mirar vio la bolsa inflarse y desinflarse, subir y bajar, y entonces, todo acabó.

Se hizo un silencio en la casa que solo el *tic tac* del estúpido reloj de pared se atrevía a romper. Al cabo de unas horas ella salió de la habitación. En el salón no había rastro de su hijo. Él estaba sentado en silencio, ella entró en la estancia y se sentó a su lado; se abrazaron sin hablar, soltando algún suspiro ahogado, aún incrédulos por lo que había pasado. Él miró el reloj, eran las nueve, y decidió encender el televisor para dejar de escuchar marcar las

horas. Comenzaba el informativo, la chica rubia que lo presentaba tenía una sonrisa de oreja a oreja, algo que llamó su atención, ya que llevaban mucho tiempo sin ver una. «Hoy el mundo está de enhorabuena. El departamento de investigación de la Universidad de Málaga, ha conseguido un fármaco para tratar la epidemia que estamos viviendo...» Y ahí fue cuando su mundo se rompió por segunda vez en el mismo día. Ahora afloraba la verdadera culpa, ninguna excusa era válida, se habían precipitado. ¿Qué habían hecho?

## **Muerte en Los Andes**

*Julia González Calderón*

*«Tal vez sean estas las últimas líneas que trazo en este Diario.  
Desde que me desperté, un poco antes del amanecer,  
estoy arrodillado, pues ha llegado mi hora,  
y quiero que la muerte me encuentre bien dispuesto».*

Bram Stoker, Drácula

*Q*

uerido Raimundo:

¡Esto se nos va de las manos! Nos han llegado unas fotos de una zona de los Andes peruanos que merecería la pena ver. Te adjunto las fotos, el informe que he redactado con Alba y la solicitud para viajar una semana para tomar muestras, hacer un estudio de campo y preguntar a los indios o lo que sea que haya allí.

¡Contesta rápido, que estamos impacientes!

*Laura.*

Hola:

El viaje fue muy bien. Volamos de Caracas a Lima. Allí tomamos un taxi a la estación de autobuses y cogimos un autobús a Puno, donde está el Titikaka. Hemos pasado un frío espectacular, más de 20 horas a 4 grados en el puto autobús. Hemos pasado la noche aquí en Puno y ahora vamos a coger una furgoneta que nos lleva al pueblo donde están los criaderos. Está a unos 300 kilómetros, pero no sabemos cuánto tardaremos. Es muy difícil sacarles información a estos indios. Nos han dicho: «Está aquí nomás, ustedes tomen la camioneta que las lleva». Así que ahora cogemos la dichosa camioneta. Alba tose sin parar. No me extraña, con el frío que pasamos en el puto autobús. Te escribo cuando lleguemos.

Un abrazo,

*Laura.*

Raimundo:

Alba llegó muy enferma. Durante el camino se durmió y cuando nos bajamos estaba mareada. Hay un puesto de la Guardia Civil con un cabo de servicio. Ya le había escrito de nuestra llegada, pintándose todo como siempre, colaboración con la ciencia, posible remuneración, la eminencia internacionalmente reconocida de que goza la Expedición Casiquiare, un proyecto científico nada más y nada menos que de la Universidad de Málaga, una universidad española tan prestigiosa... Toda la pesca. El poli se llama Carreño, Tomás Carreño. Nos ha dicho que podemos dormir en el puesto, que él por las noches duerme en su casa. Bueno, en cuanto vio a Alba preguntó que qué le pasaba a la gringuita, si no le estaría dando el mal de altura. Mal de altura o no, tenía 39 grados de fiebre. Le di paracetamol y se durmió, pero se despertó muy temprano y la fiebre había subido a cuarenta. Fui a buscar a Carreño a su casa y me abrió la puerta con una marca de sábana cruzándole la cara como una cicatriz. En cuanto le dije lo que pasaba, subió a Alba a su camioneta y se la acaba de llevar a Puno, donde podrá verla un médico. Yo me quedé, no sabía qué hacer. No creo que sea nada de gravedad extrema, en un par de días volverá. Si me iba, ¿qué iba a ser del trabajo aquí? Escríbeme pronto, necesito consuelo,

*Laura.*

PD: Entretanto, voy actualizando el blog de la Expedición para que todo el mundo esté al tanto.

Buenas noticias:

Carreño me ha llamado por teléfono desde Puno. Alba está ingresada, tiene una leve neumonía, pero sin ningún peligro. Le cogió fuerte el frío de la sierra, ya está. Me ha dicho que ya se siente mucho mejor y que volverá en cuanto pueda. Qué alivio.

*Laura.*

Buenas:

Ya he encaminado más o menos el trabajo. Sola es más duro, pero bueno. He hablado con Alba por teléfono, está recuperándose muy bien, no hay que preocuparse por nada. He ido a ver los bichos. Es verdad, esta gente los cría en un régimen de semicautividad, y parece que se reproducen sin problemas. He ido tomando muestras de orina, heces y sangre de diversos ejemplares. A ver qué sale en el laboratorio. No entiendo cómo han aparecido por aquí, con todas las diferencias del medio con respecto al Amazonas, y además tan mansitos. Carreño me ha dicho que aquí los llaman vicuys. No entiendo por qué, porque no se parecen a un cuy ni en el blanco de los ojos. Los usan mucho en guisos, por su alto contenido en grasa. Cuando alguien se pone enfermo o algo así, lo atiborran de sopa de vicuy.

La gente del pueblo no habla español, y si lo habla se hacen todos los suecos, pero bueno. Se limitan a ignorarme.

Ya he hecho de la comisaría mi fortaleza. Oye, ¿prefieres que mande las muestras a Lima para el análisis o a los nuestros en Caracas?

Los días se me hacen algo largos, la verdad. Cuando termina la jornada, viene Carreño a tomarse un matecito y a charlar un poco, pero luego se va a casa y yo me quedo aquí sola, escuchando música, pensando en mis cosas. Parece mentira todo lo que ha llovido desde que entré en la Facultad de Biología de la UMA, con el pelo corto y teñido de verde por la nuca. Me acuerdo de tu primera clase, diciendo que en realidad eras un extraterrestre que había venido de muy lejos a investigar la vida en la Tierra. Qué risas. Y del año que estuve con Alba y con Olivero de alumnos internos, el mismo año en que empezaste con la Expedición Casiquiare. Y luego la FPU y el doctorado, amargado al final por mi fracaso con Fernando, el accidente, el aborto. Cuánto ha pasado ya desde que me divorcié, y cuánto desde esas palabras de Fernando que estuvieron taladrando mi alma durante meses: «Me alegro de que nuestro hijo haya muerto antes de poder conocerte». Y en ese momento, cuando lo único que quería era esconderme en un agujero en la tierra hasta el día de mi muerte, me llamas tú por teléfono, joder Raimundo, y me salvas la vida, y me hablas de una plaza disponible y me mandas que haga la maleta y

que compre insecticida a granel y, de buenas a primeras, estoy en mitad del Amazonas venezolano sacando fotos a animales tan bellos y extraños que nunca creí tener la suerte de verlos en su propio mundo. Te debo la vida, Raimundo, y tú lo sabes bien, porque sin ti y sin la Casiquiare yo sería ahora, con suerte, una sustituta de Secundaria atiborrada de pastillas y resentida. La expedición me ha demostrado lo bella que es la vida, que uno siempre ha toreado en peores plazas y que salir, saldremos adelante.

Ya ves que la puna me sienta la mar de bien. Muchos besos,

*Laura.*

Hola:

Hoy seguí con los bichitos. Dos de los «pastores» (por llamarlos de algún modo) me llevaron a verlos. Llevaban una llamita. La soltaron. Fue increíble. El vicuy hace incisiones en ciertas partes para extraer la grasa de la presa, que es de lo que prefiere alimentarse. Apenas si tocaron la carne magra del animal. Fue rapidísimo. Se abalanzaron sobre la llama. Los más rápidos y fuertes la apresaron con los dientes, mientras se zafaban de la hambrienta competencia a sus espaldas. Miré los ojos de la presa, inmensamente abiertos, llenos de sorpresa y de terror, enloquecidos. Cuando acabaron, la llama aún estaba viva, luchando por ponerse en pie otra vez. Pocas veces he sufrido tanto como zoóloga al no poder intervenir en nada de lo que observo. Se puso de pie. Dio algunos pasitos tambaleantes con sus patitas escualidas y se desplomó de nuevo. El sangrado era dolorosamente lento y la agonía se prolongó varias horas. Los indios observaban el lúgubre espectáculo junto a mí sin inmutarse y, cuando dieron por terminado el asunto, se dieron media vuelta y regresaron al pueblo, dejándome sola y helada de terror ante la criatura que no acababa de morir. Miré a los vicuys de nuevo. Su aspecto es idéntico al del clubi amazónico, desde las orejas acabadas en esas puntas redondeadas tan características, hasta el tono whisky de su pelaje, pero... no puede tratarse del mismo animal. Espero impaciente los resultados de las pruebas, que, como me dijiste, mandé al profesor Daniel Intili de la San Marcos de Lima. Quiero hacerme también con un cráneo de vicuy para estudiar bien su dentadura y hacer una comparativa con la del clubi.



Una vez que la llama hubo muerto, los vicuys siguieron ignorándola, así que regresé al cuartelillo y le pedí a Carreño la furgoneta. Él mismo (el pobre no tiene nada que hacer en todo el día) me acompañó y trajimos juntos el cuerpo. Saqué varias fotografías de las incisiones e hice una pequeña disección.

No puedo evitar preguntarme... ¿Si los vicuys tuvieran el tamaño suficiente, se abalanzarían también sobre mí? Carreño dice que el vicuy es un animal maldito, y que no hay que darle nunca la espalda. Le he preguntado si alguna vez algún vicuy ha atacado a algún humano y me ha dicho que no que él sepa, pero que prefiere no darles la oportunidad.

Me voy a dormir ya. Hasta la próxima,

*Laura.*

Hola, ¿qué tal?

Te escribo porque me ha pasado algo muy curioso... Y la verdad es que no sé bien a quién contárselo... Estoy tan sorprendida y tan nerviosa y tan... ¡En los Andes! Bueno, iba yo de paseo al atardecer por aquí cuando de repente sale de la nada un gringo al camino. Un tío alto, así atlético, rubio, muy guapo. Me sonríe enseguida y me saluda en un español perfecto con acento peruano y un leve deje de inglés americano. Él estaba tan sorprendido como yo. Resulta que está haciendo una investigación botánica para una farmacéutica. Le he preguntado que de dónde es y me ha dicho que de California. Le he dicho que mi luna de miel fue un viaje en coche por Estados Unidos y entonces nos hemos puesto a hablar de todo. Al rato nos hemos sentado sin decir nada en unas piedras y hemos seguido hablando. Hemos estado lo menos dos horas sin parar. Hemos hablado primero de Estados Unidos, de películas; y luego de Perú y de América Latina, de trabajo, y luego ya de nuestras propias vidas. Él ha estudiado Bioquímica en la UCLA y ahora está metido en un proyecto de investigación farmacológico que están haciendo en los países andinos. Ha sido increíble. Ha sido como si ya lo conociera de antes, como si lo conociera de siempre y solo hubiese estado esperando a que me saliese al paso en algún camino de la sierra andina. Me ha preguntado si

tengo hijos con mi marido, y entonces le he dicho: «Íbamos a tener uno, pero tuve un accidente y todo fue mal desde entonces... Ya no estamos casados». Han vuelto a mí de nuevo los recuerdos de los que te hablaba en el otro email, el hospital; la pegajosa compasión de los parientes y amigos; la soledad y las ganas de morir que sentí en esa cama mientras esperaba a que mi cuerpo se decidiera a expulsar el cadáver de cinco meses de mi hijo; la primera pelea fuerte con Fernando; los portazos; las lágrimas; el victimismo; los chantajes; los insultos y el insomnio. El odio y la desolación. Ha sido como si un terremoto me sacudiese de pies a cabeza, como si perdiese el norte con toda esa voráGINE de imágenes confundiéndome a la vez.

Una lágrima se me ha resbalado y él la ha frenado con su pulgar. Ha clavado sus ojos en los míos y he sentido que podía ver más allá de mis pupilas, que mi alma estaba desnuda ante su mirada, y no he sido capaz de sostenerla. Tiene unos desasosegantes ojos de color ámbar que parecen sobrehumanos. Son como los fascinantes ojos de una fiera, de un animal salvaje y bello. Creí que iba a decirme algo, pero solo me miró, callado, el pulgar aún sobre mi mejilla. Poco a poco abrió la palma de la mano hasta que mi cabeza descansó sobre ella. Me atrajo hacia sí y me abrazó. Entonces habló: «También yo he visitado los infiernos. Ambos estamos marcados por el dolor y, sin embargo, ambos intentamos sobrevivir, ¿no es así?». Asentí, sorprendida por sus palabras. Permanecimos un rato más así, en silencio, y entonces caí en la cuenta de que se hacía de noche. Le pregunté dónde dormía, que le iba a coger la oscuridad para ir, y contestó con una ambigüedad genuinamente andina: «Ah, por ahí nomás, aquí al ladito, no te preocupes, me sé el camino tan de memoria que podría hacerlo con los ojos cerrados». Me preguntó si quería que nos viésemos mañana otra vez. Le dije que sí, así que mañana por la tarde lo veré otra vez...

Dios... ¡Tengo una cita! Ya ves, creía que ningún hombre volvería a pedirme salir nunca más. Me vengo al rincón más perdido de Sudamérica y hay un gringo guapísimo esperándome... En fin... ¿Y qué me pongo? Qué nervios, me siento como si tuviese 15 años...

Un abrazo,

*Laura.*

PD: Una prueba más de lo raritos que son los indios. Mientras hablábamos pasaron correteando varios niños del pueblo. A mí me dirigieron la clásica mirada de vacía indiferencia, pero sus rostros se pintaron de terror al ver a Mark. Murmuraron algo entre ellos en quechua y salieron corriendo hacia el pueblo. Y de vuelta, camino del cuartelillo, un corrillo de comadres me han mirado por primera vez desde que he llegado: me han visto. ¿Será porque les han contado que estaba con un hombre? ¿Qué pasará por sus misteriosas y bien peinadas cabecitas?

Querido Raimundo:

Acabo de volver de mi «cita». Hemos hablado durante horas y horas. Le he enseñado los vicuys, y le he contado lo que vi el otro día. Me ha dicho algo que me ha sorprendido, ha dicho: «Quizás el vicuy también, como tú, sienta lástima de la llama, y lamente herir a una criatura tan bella y tan tierna, pero, ¿qué puede hacer el vicuy sino ser vicuy? Es lo que le ha tocado en suerte».

Luego él me ha llevado a su «sitio favorito». Hemos entrado por una grieta de una pared rocosa y, al avanzar solo un par de metros, se ha abierto una gruta bellísima. Del techo colgaban murciélagos en mitad de su descanso de 20 horas diarias. El silencio era absoluto. La gruta continuaba mucho más, quién sabe hasta dónde llega. «Aquí», me ha dicho, «me siento como en casa. Cuando quiero estar solo, meditar y alejarme del mundo, vengo aquí, a este lugar sagrado, y dejo que la paz llegue a mí».

Luego me ha acompañado hasta el cuartelillo. Oscurecía de nuevo, así que le presté mi linterna. «No la necesito, pero así podré venir mañana a verte otra vez para darte tu linterna. ¿Te parece bien?». He sonreído y he asentido, creo que me he ruborizado un poco y todo. Ha vuelto entonces a clavarme esos ojos de depredador y me ha dicho, casi en un susurro: «Laura, yo no contaba con esto. No contaba con algo como tú en mi vida. Ya nada será igual nunca, para ninguno de los dos. Pero tú ya lo sabes, ¿verdad?». Me descubrí a mí misma asintiendo, como hipnotizada por su mirada ambarina y su acento. No lo había pensado, pero Mark tiene razón: Algo ha cambiado, y para siempre. Algo prodigioso está ocurriendo, algo que me aterra y me

maravilla. Se ha inclinado (es más alto que yo) y me ha besado. Algo se ha helado en mi interior al contacto cálido de sus labios. La sangre se me paralizó en las venas y, por un solo instante, creí perder la conciencia.

Antes de irse se despidió con otra reflexión: «Sabes», me ha dicho, «Nelson Mandela dijo: “Soy el amo de mi destino, soy el capitán de mi alma”, pero solo tenía razón a medias. Se puede ser capitán del alma, pero no se puede ser amo del destino. No podemos controlar más que nuestro corazón, y eso en el mejor de los casos».

Me quedé apoyada en el quicio de la puerta, observándolo mientras se alejaba de mí. Y volví a fijarme en la gente. Todos se apartaban de él, las mujeres llamaban a los niños: ¡Mark les da miedo! De pronto, un hombre con una azada salió tras sus pasos y yo ahogué un grito en mi garganta al ver que otros compañeros lo retenían. Ahora estoy esperando a que venga Carreño para preguntarle qué es todo esto.

Un abrazo desde los Andes,

*Laura.*

PD: Estaba a punto de mandarte el mail cuando me ha llamado Alba. Mañana la trasladan a un hospital de Lima, su infección se ha complicado repentinamente. Ella cree que es por el hospital. Me ha asegurado que está bien, de todas formas. Le escribo ahora mismo a nuestro colega Daniel Intili por si pudiese ir a verla e informarnos adecuadamente de lo que sucede. Esto me deja mal sabor de boca. Quizás Alba debería viajar a Málaga a reponerse debidamente y volver al trabajo cuando esté en condiciones, ¿no?

Hola otra vez:

No me puedo creer lo supersticiosos que son estos indios. Viven en tiempos de Atahualpa, vamos. Le pregunté a Carreño que a qué venían esas miradas de los cholos a Mark, y al principio no quería decirme nada: «Ah, señorita Laura, estos cholos, que nunca han visto a un gringo y les da miedo nomás, pues que como es tan distinto... Son cuentos de vieja, de comadre chismosa nomás». Pero he insistido e insistido hasta que me ha dicho la

verdad, que paso a relatarte: los indios andinos creen en la existencia de una criatura infernal llamada *pishtaco*. El *pishtaco* es siempre un hombre joven, alto y atractivo. Y siempre es un gringo. El *pishtaco* sorprende a sus víctimas en los caminos y traba conversación con ellas. Cuando se ha ganado su confianza, ataca: les chupa la grasa del cuerpo para alimentarse. La víctima sigue viva, regresa a su casa y continúa con sus cosas, pero, sin un gramo de grasa en el cuerpo, se va debilitando irremediamente hasta que muere. Lo que mi abuela llamaría un sacamantecas de toda la vida, vamos. Pero luego he mirado en internet, y he comprobado con horror que el mito andino se ha manifestado de forma terrenal: en los años 90 hubo detenciones dentro de mafias que traficaban con grasa humana que, efectivamente, se vendía de contrabando a empresas de cosmética y como grasa de maquinaria industrial. He pensado en todas las máquinas que necesitan grasa periódicamente para funcionar, en todas las cremas que he usado en mi vida, no he podido verme aplicando grasa humana sobre mi piel, y he sentido arcadas de la repulsión. Este país misterioso y bello está maldito.

Querido Raimundo:

Te escribo para distraerme unos minutos. He tenido una pesadilla realmente terrible, la peor de toda mi vida. Ha sido por culpa de toda esa historia de los pishtacos. He soñado que dormía y que, mientras tanto, un hombre abría la carne de mi vientre con un cuchillo gigantesco y aplicaba su boca a la herida para succionar mi interior. Yo, como un espíritu, podía ver el ataque mientras estaba dormida a la vez, y era incapaz de hacerme despertar. Por fin, el sueño ha terminado y al abrir los ojos cubierta de sudor solo me he topado con la oscuridad y el silencio más impenetrables. Vuelvo a la cama ya con la esperanza de ser capaz de dormir en paz.

¡Hola!

No te preocupes por la pesadilla, me dormí como un tronco en cuanto volví a la cama. Lo que no entiendo es que hoy estoy mucho más cansada de lo normal. ¿Tal vez el mal de altura me llega con retraso? Pero vamos a lo

importante: volví a ver a Mark. Paseamos durante horas. Fuimos a mi cuartelillo e hicimos el amor. O tal vez no. Tal vez debería existir un verbo nuevo, porque nunca había vivido el sexo así, y sé que nunca más lo haré. Cuando me penetró, grité, no sé bien si de placer o de dolor. Clavó sus ojos amarillos en los míos y, por un momento, me sentí llena de terror y temí por mi vida y por la suya, sintiendo el aliento de la muerte en mi boca, mientras llegaba al orgasmo. Quizás no hayas entendido nada. Quizás no tenga sentido nada de lo que he escrito o pensado, pero es así como lo he vivido.

Al acabar, nos abrazamos tendidos entre las mantas. Me miró de nuevo de esa manera y me dijo: «Tú y yo estamos juntos en esto. No sé bien de qué va, y sé que tú sabes menos aún, pero sé que es tarde para volver atrás. Tenemos que llegar hasta el final. Somos como los protagonistas de una película de gánsteres. Dos tipos que no se conocen de nada, pero ambos son testigos de un asesinato, y han de huir juntos. Sus destinos, de repente, están indisolublemente unidos. La vida les va en esa unión. Así estamos tú y yo. También tú y yo hemos visto algo que no debíamos, algo que está más allá».

Poco después me quedé dormida y esta mañana él ya no estaba, aunque había dejado una nota: «Volveré hoy. Tuyo, Mark».

Bueno, me voy a echar, estoy cansadísima. Desde las misteriosas simas del amor,

*Laura.*

Hola:

Perdona mi silencio durante los últimos días. Intento ponerme al día con el trabajo. Y el resto del tiempo lo paso con Mark. El problema es que últimamente necesito dormir mucho más de lo normal, y ando todo el día cansada y sin fuerzas. Para colmo, me han salido eczemas en el interior de los brazos, los muslos, las nalgas y el vientre. Por todas partes, vamos. Debo ser alérgica a algo, intentaré averiguar qué es.

El trabajo avanza, te reenvío los resultados del laboratorio de Lima, que son de lo más interesantes. Y no puedo añadir nada más, salvo que lo que sien-

to por Mark (y lo que él siente por mí) está haciendo que me replantee toda mi vida. Quizás me quede aquí indefinidamente. No estés triste. He encontrado lo que todo el mundo pasa la vida buscando y no hallan, y no puedo ser más feliz.

Querido Raimundo:

Mis eczemas han empeorado, y he perdido algo de peso en los últimos días, así que me voy a tomar unos días de baja para reposar. De todas formas, con el cansancio que tengo siempre no sería capaz, ni en sueños, de llegar sola hasta el rebaño de vicuys. Menos mal que el final del día me trae un consuelo que me hace olvidar todo lo demás: la visita de Mark.

Hola:

Sí, mi estado ha empeorado un poco, pero no exageres, no necesito ir a Lima. Voy a guardar cama y las señoras del pueblo se turnan para traerme la comida.

Ayer pasó algo extraño de verdad: Mark y Carreño se cruzaron cuando este último entraba en el cuartelillo y el otro salía. Cuando Mark ya se había ido, Carreño me echó una buena bronca: «¿No ve que ese hombre es malo para usted, señorita? ¿Qué hace un gringo como ese perdido en medio de la puna? ¿No ve que debe dedicarse a malos negocios, que le va a hacer daño? Ese mal hombre está minando su salud, señorita Laura, cuídese de él». Pensé que a lo mejor estaba un poco celoso; antes de la aparición de Mark, mi único amigo aquí era Carreño, y recibía toda mi atención. Sin embargo, Mark volvió unas horas más tarde y entonces Carreño estalló. Empezó a gritarle que me dejase en paz, que no se atreviese a volver a pisar el pueblo o lo mataba y despeñaba su cadáver por cualquier monte. Mark lo escuchaba tranquilo, contemplándolo en silencio con la calma de un felino. Entonces Carreño sacó su pistola y dio un tiro al techo, y le dijo: «La próxima bala va para ti, ¡*inacaq, supaypawawa*, hijo del demonio!». Mark miró el arma con el desprecio de la superioridad y le contestó algo en quechua. Me dirigió una mirada y se marchó sin añadir nada más, pero yo sabía que volvería más tarde, cuando Carreño no estuviese.

Llega una chola con un caldo para darme, te dejo. Un beso,

*Laura.*

Querido Raimundo:

Bien dijo Chéjov que la felicidad completa no existe. He encontrado el amor, pero parece que también me he topado con una enfermedad misteriosa que está minando poco a poco mis fuerzas. Apenas si me atrevo a pensarlo, menos a escribirlo, pero he de ser sincera: empiezo a temer por mi vida. Paso los días leyendo o navegando por internet, en la cama, y de noche, cuando Carreño ya me ha visitado por última vez, llega Mark. Hay noches en que hacemos el amor con una pasión sobrenatural y otras en que no me encuentro bien y tan solo me abraza, me besa y me cuenta historias para distraerme. Espera siempre a que me duerma antes de irse. La verdad es que todo lo que quise a Fernando, lo que quiero a mis padres, a mis amigos, lo que llegué a querer al hijo que nunca tuve, todo eso no es ni un ápice de lo que amo a Mark.

Raimundo:

Estoy aterrada. Otra pesadilla, más real y más vívida si cabe que la anterior, me ha despertado. Apenas si puedo respirar, si me atrevo a mirar a mi alrededor. Soñé de nuevo con un hombre que me chupaba la grasa. Entonces, de repente, yo despertaba del sueño y miraba su coronilla rubia, mientras este removía con su hocico mis entrañas. El hombre levantó la cabeza y me miró, la barbilla chorreando sangre. El destello ambarino de sus ojos me hirió, y desperté al reconocer en su rostro el de Mark. Solo ahora comprendo lo que ocurre, solo ahora entiendo que esos cuentos de viejas son reales, y que esta pesadilla, y todas las que he tenido, son reales. Mientras te escribo, iluminada tan solo por la pantalla del portátil, siento el terror de saberme observada desde algún secreto rincón y temo que si cierro los ojos para dormir, tal vez no vuelva a abrirlos. He de escapar. Tengo que salir de aquí como sea. Aunque tenga que arrastrarme hasta Lima, no moriré en esta aldea. Deséame suerte, pues me va la vida en ello,

*Laura.*



Raimundo:

Acabo de leer el email absolutamente delirante que te mandé anoche de madrugada. Espero no haberte asustado. No ha pasado nada. Casi ni recuerdo cuándo ni cómo lo escribí. Yo creo que las infusiones que me dan las indias antes de dormir me hacen delirar, porque paso unas noches terribles, viendo sombras y llena de temores infantiles y paranoias. Debería dejar de tomarlas. Perdona la preocupación que pueda haberte causado, son solo paranoias febriles. Aquí llega Mark, te dejo. Un beso, y perdona de nuevo,

*Laura.*

Raimundo:

Te escribo unas líneas breves antes de volver a caer en el sopor que me ahoga. Las pesadillas han vuelto esta noche, y he visto la verdad. No sé quién o qué es Mark, pero sé el daño que me está haciendo, y sé que lo siente, pero que luchar contra natura es, como tú y yo bien sabemos, imposible. Salvar mi vida supondría alejarme del único amor que he tenido y tendré nunca. Mi destino no es otro ya que dejarme hacer. Muero, pues, literalmente de amor.

*L.*

Querido Raimundo:

Perdona una vez más mis locuras. Empiezo a temer no solo por mi salud física, sino por la mental también. Veo cosas extrañas por las noches, me da pánico quedarme sola. Menos mal que Mark me acompaña hasta que me duermo, pero luego tengo pesadillas con él mismo. Me cuesta mucho trabajo andar, las cholas que me atienden no hablan español... Estoy perdiendo los lazos con el mundo real, pero sé que no soy capaz de partir hacia Puno o Lima y separarme de Mark.

Querido Raimundo:

Sé que moriré pronto, y no sabes cómo lo lamento y, sobre todo, cuánto siento no morir en Málaga sino en estas punas del demonio. Hace días que

no me levanto más que cuando viene alguna chola para darme de comer y ayudarme a ir al baño. Ellas no dicen nada. Me miran con sus ojos infinitos de desierto y de misterio, ocultándome un secreto que a ratos me parece vital y en ocasiones puro delirio. Sé que conocen mi destino y que no sienten pena por mí. Paso las horas echada de lado aquí, escuchando música, o solo clavando los ojos en la mirada cadavérica que me devuelve el reflejo de la pantalla negra del portátil. Si me vieras ahora... Mi cara es todo ojos ya, no queda nada más. Me recuerdo a esas vacas indias sagradas de enormes ojos que se ven por la tele. Las cholas me levantan sin esfuerzo, soy un suspiro. Mi cuerpo se está yendo ya, pronto lo seguirá mi alma.

Duermo a ratos, no sé si sueño despierta, voy perdiendo la noción del tiempo. Hace dos días (¿dos días?) vino un doctor a verme. O un veterinario, no sé bien. Me tomó el pulso, me levantó el párpado, me miró la lengua y me auscultó. Luego habló con Carreño en quechua, pero yo supe bien que le decía que si me movían me matarían. Carreño viene todas las noches, cuando acaba la jornada, y se sienta junto a mí a beber mate. Me alivia saber que al menos no moriré sola.

Y Mark viene mucho más tarde, como desde que Carreño lo amenazó con matarlo si lo volvía a ver. Cuando lo veo siento que mis fuerzas se reavivan. Se quita los zapatos y se mete conmigo en la cama. Me abraza y me besa la frente. Anoche no pudo evitar unas lágrimas. También él sabe que moriré pronto, y también él lo lamenta. Procura distraerme, hablarme de lo que sea. Anoche estuvo inusualmente serio. Me dijo algo que no olvidaré nunca, me dijo unas palabras que quisiera llevarme como reliquia al otro mundo, si es que acaso existe. Pronto lo sabré. Me dijo que me amaba. Me dijo que él nunca antes había amado a nadie, que toda su vida había estado seguro de que no podía amar, no sabía, no estaba en su naturaleza. No era parte de él. Me dijo que nunca había contado con algo como esto en su vida, y que era lo mejor que le había ocurrido nunca. Me dijo también que todos tenemos un destino escrito para nosotros y que, aunque nos pese, hemos de seguir más tarde o más temprano los pasos que nos llevan al puerto que nos ha sido designado. Me dijo que ambos debíamos asumir nuestros destinos,

que el rebelarse contra ellos solo causaría dolor. Me dijo que se odiaba. Me dijo que era una bestia, y que yo era una criatura llena de belleza y de amor. Me dijo que no sabía cómo dar las gracias por que yo también lo amase. Me dijo que él sabía que yo lo amaba. Me miró a los ojos y sentí revolverse mis entrañas, sentí fuego derritiendo el núcleo de mis globos oculares. Me miró a los ojos como nunca antes me ha mirado nadie y me dijo: «Es el destino. No se puede hacer nada. ¿Lo entiendes, verdad?», y empezó a llorar. También yo lloré, abrazada a él, lamentando morir ahora que conozco el amor. Descansé con mi cabeza en su hombro y me quedé dormida, como todas las noches.

Desperté algo antes del amanecer, ya sola, y con la certeza de tener un pie en la otra orilla. Hoy haré prometer a Carreño que mi cuerpo viajará a Málaga para ser enterrado allí. Pese a todo, he sido feliz. Sin ironías ni humor negro, te digo que voy a morir y te ruego que prepares unas palabras para mi sepelio.

Con todo mi afecto,

*Laura.*

Raimundo:

Te escribo esto con mis últimas fuerzas, tendida en el asiento de atrás de la furgoneta de Carreño. Hoy al salir el sol entró en el cuartelillo y me levantó entre sus brazos. Me dijo: «Señorita Laura, no le preguntaré por qué ni usted misma se preocupa en salvar su vida, porque temo la peor respuesta, pero ya que no lo hace usted, lo haré yo. Mejor que muera camino de Lima que en esta cama». Me ha montado en la camioneta con varias mantas, y yo le he pedido el ordenador. Estoy mareada, y la vista me va y me viene. ¿Es esto lo que se siente al morir? ¿Son estas las últimas palabras que te escribo?

Carreño ha detenido la furgoneta. Debo dejar de escribir. Ante nosotros, en el camino, se alza la silueta inconfundible de Mark. Mi Mark, que ha venido, yo lo sabía, a buscarme.

Con todo mi afecto,

*Laura.*

## Una extraña oscuridad

*Alba Cristina Benesiu Pueyo*

**E**va apoyó los codos en la mesa y se tapó la boca con las manos. Hacía apenas dos horas que el rector de la universidad les había citado a ella y a Darío en su despacho para informarles de que Leandro se había suicidado la noche anterior.

El policía que había en la sala esperó dos minutos exactos a que se recuperaran del shock inicial. Luego les ametralló a preguntas: de qué conocían al chico y qué motivos podía tener para quitarse la vida fueron las que más repitió. Eva no consiguió contestar nada: abrió mucho los ojos, se le secó la boca y se quedó mirando fijamente la desgastada moqueta roja. Ésa fue su única reacción.

No sabía cuánto tiempo había pasado hasta que Darío le había pasado un brazo por los hombros y la había acompañado al laboratorio de criptografía.

—¿Estás bien? —le había preguntado mirándola a los ojos. También él estaba afectado por la noticia, aunque siempre se le había dado bien disimular lo que sentía. Aquella vez no fue diferente.

—No —confesó ella. En un gesto mecánico, encendió el ordenador. La pantalla parpadeó dos veces y los iconos fueron apareciendo uno detrás de otro con una pereza desesperante. Había muchísimos documentos, por eso tardaba tanto.

—Tampoco te apetece hablar, supongo.

—No.

—Ya veo. Oye, ¿quieres algo de comer?

—No —repitió, alicaída.

—Te lo traeré de todos modos. Vuelvo enseguida, ¿vale?

Eva no respondió. Darío le acarició la mejilla con el pulgar y salió de la habitación. Fue entonces cuando Eva se cubrió la cara con las palmas de las manos, intentando asimilar que Leandro había muerto.

Se conocían desde los diez años; los dos vivían en el mismo barrio y, como ambos eran hijos únicos, se habían criado prácticamente como si fueran hermanos. Desde pequeños se habían contado todos sus secretos: Leandro le había consultado sus problemas con las chicas y Eva le había confesado que odiaba aquellos vestidos tan cursis que le obligaban a llevar.

El padre de Eva era criptógrafo, por eso la casa siempre estaba llena de papeles con símbolos aparentemente ilegibles, números que no existían, dibujos sin sentido y miles de claves secretas que había obtenido tras muchas horas de trabajo. Eva había nacido rodeada de misterios, y eso le encantaba. Cuando su padre no estaba, ella y Leandro se colaban en su gabinete y lo curioseaban todo, admirando los mensajes reveladores que surgían de lo que a simple vista solo parecían garabatos.

Un día, el padre de Eva les sorprendió mientras leían uno de aquellos papeles. Lejos de enfadarse, el hombre se sentó con ellos en el suelo y le pidió a Eva que le leyera el manuscrito que tenía en las manos. Ella le dijo que no podía porque estaba «enclavado», es decir, que alguien había ocultado el mensaje original con una clave para que solo pudiese leerlo la persona a la que estaba dirigido. Él se rió, le dijo que la palabra correcta era «cifrado» y le animó a intentarlo. La niña volvió a mirar el papel y fue tomando notas en su propio cuaderno.

Pocos minutos después leía el texto correctamente. Su padre la miró con aprobación.

—Eres fantástica. Bien hecho —y la besó en la frente.

La Eva del presente sonrió. El mensaje había sido codificado por su padre mediante el cifrado César, que recibía su nombre en honor al político romano, pues este lo usaba para proteger los textos que enviaba. Es el método de cifrado más sencillo e inseguro del mundo: basta con sustituir cada letra por otra que se encuentre un número determinado de posiciones más adelante en el alfabeto. Por ejemplo, si hay que cambiar cada palabra por la tercera siguiente, la «a» sería en realidad la «d», la «b» sería la «e» y así sucesivamente.

Aquella pequeña victoria bastó para que los jóvenes se apasionaran por el tema y no parasen de indagar hasta entrar en la Universidad de Málaga, donde habían conseguido una beca para trabajar en su proyecto, el libro más indescifrable del mundo...

Darío entró en el laboratorio y le tendió una lata de Coca-cola.

—He pensado que algo de azúcar te vendría bien —dijo con una sonrisa.

—Gracias. —Cogió el refresco, lo abrió y bebió un largo trago. El ordenador ya se había encendido, y su bandeja de correo electrónico se había abierto automáticamente. No tenía ningún mensaje nuevo.

Darío recogió los papeles que había sobre la mesa, los colocó con cuidado en el teclado de su portátil y dejó los sándwiches que había comprado junto con algunas servilletas. Luego arrastró la silla giratoria hasta Eva.

—Será mejor que lo dejemos por hoy —comentó señalando la montaña de libros de consulta que había en el suelo.

Eva se frotó la sien izquierda.

—La verdad es que me gustaría trabajar un poco más. Me ayudará a evadirme.

Su tono firme daba a entender que daba el tema por zanjado. Darío asintió y abrió su botellín de agua, pero no bebió. Un silencio incómodo hizo acto de presencia.

—Perdona, es que aún no me lo creo —dijo Eva al fin—: ayer estábamos en esta misma habitación, trabajando codo con codo, riéndonos de tonterías... se fue por la tarde a su habitación... y ahora resulta que está muerto. —Trató de sonreír, pero los ojos se le llenaron de lágrimas—. Y lo peor es que ni siquiera han querido decirnos nada... El no saber es lo que más me angustia...

Se cubrió los ojos con la mano libre. Darío le dio unas palmadas torpes en el hombro para consolarla. ¿Qué podía decirle? Aunque había sido compañero de los dos, no había llegado a trabar verdadera amistad con ninguno. Pero sabía que Eva y el chico habían sido buenos amigos. Todo aquello no debía ser fácil para ella.

—Recuerdo cuando me hablaron de este laboratorio —dijo Darío con voz suave—. Yo tenía muchas ganas de terminar mi tesis sobre la criptografía y seguridad en las redes, pero sabía que sin ayuda no lo conseguiría: me faltaban por leer un montón de libros que no encontraba por ninguna parte y hablar con gente que vive en el extranjero. Era demasiado para una sola persona.

»Cuando os pedí que colaborarais conmigo, hace un mes, pensé que erais ángeles—. Eva se frotó los ojos y se echó a reír—. No, en serio, estaba desesperado. Lo que más me viene ahora a la mente fue el momento en el que os lo dije: tú estabas sentada frente al ordenador, como ahora, y Leandro estaba de pie leyendo un fajo de papeles. Cuando os dije mi caso...

—...me miró, te miramos a ti y te dijimos a la vez: «Cuenta con nosotros» —terminó Eva.

—Eso mismo. Te confieso que me supo bastante mal que aceptarais.

—¿En serio? ¿Por qué?

—Porque ya llevabais entre manos vuestro proyecto y tuvisteis que dejarlo de lado para ayudarme. Quizá sea un poco tarde para decirlo, pero lo siento.

—No, no importa, de verdad. —Ahora fue Eva quien le dio unas palmaditas—. Nos encantan... bueno, me encanta aprender cosas nuevas sobre criptografía, como el hardware de comunicaciones. En tu tesis le dedicas bastantes páginas, ¿no? Me parece un campo muy interesante, aunque yo siempre prefiero decodificar la clave a mano y, si el texto es muy largo, dejar el trabajo al ordenador. —La chica se recostó en el asiento y bebió un trago de Coca-cola—. Además, Leandro no aparcó del todo el proyecto: sé que de vez en cuando, por las noches y en su tiempo libre, averiguaba cosas nuevas y las iba apuntando. Iba a ponerme al día de todo cuando terminaras tu tesis.

Suspiró y bebió otro sorbo. Sus ojos se deslizaron por la pantalla del ordenador: en el tiempo que llevaban hablando había recibido tres mensajes nuevos.

El primero procedía de una cuenta desconocida, y el asunto rezaba: «Curso de Inglés Intensivo ¡Con Agenda Electrónica de regalo!». Lo borró sin leerlo.

El segundo era de Claudia, una amiga de Córdoba, con un archivo adjunto: «¡Dormiditos!». Eva sonrió: hacía poco que Claudia tenía dos gatitos de raza persa, y de vez en cuando le enviaba fotos y vídeos de las mascotas. Lo vería más tarde.

—Por cierto —dijo Darío, que jugaba a pasarse una pelotita de gomaespuma de una mano a otra—, ¿sobre qué estabais investigando?

El tercer mensaje que había en la bandeja de correo era de Leandro.

Eva apartó la lata de sus labios con brusquedad, agachó la cabeza y empezó a toser. Sobresaltado, Darío tiró la pelota.

—¿Estás bien? ¿Te has atragantado?

Eva dijo que no con la cabeza, pero siguió tosiendo. Finalmente se aclaró la garganta y señaló la pantalla. El chico miró los correos. Eva supo cuándo había visto el de Leandro porque sus ojos se abrieron de par en par.

—Pero, ¿cómo es posible? —La ayudó a erguirse de nuevo—. ¡Pone que ha sido enviado hace cinco minutos! ¿No se habrá metido alguien en su cuenta?

Eva se limpió los labios con una servilleta. Movié el ratón sin atreverse a abrir el mensaje, pensativa. Empezaba a hacer frío en el laboratorio, pero no le molestaba en absoluto.

—No lo creo. Es más probable que lo escribiera Leandro y que programase el día y la hora del envío. Sabía que ahora yo estaría en el ordenador y que lo vería. —Las lágrimas volvieron a sus ojos, pero se apresuró en hacerlas desaparecer.

Darío se encogió de hombros. Se le notaba impaciente por conocer el contenido, pero no le parecía del todo correcto. Eva sonrió un poco.

—Puedes quedarte si quieres: será más fácil si no estoy sola.

Darío asintió con un «vale» tímido. Eva respiró hondo, se frotó las manos heladas y abrió el mensaje que decía: «Para Eva».

La pantalla se puso en blanco. Lo siguiente que les mostró no fue una carta de suicidio, una nota de despedida ni un testamento. Fue esto:

KGPY BNQ TCACQ ZYHN CJ QNJ



—Cómo no —susurró Eva—. Un mensaje encriptado.

—¡Anda ya! —exclamó Darío sin poder contenerse—. Leandro conocía miles de métodos para ocultar mensajes, ¿cómo vamos a saber cuál usar? Podemos tardar días...

Eva se cruzó de brazos sin dejar de mirar la pantalla. Había escarmentado a la tristeza y a los malos recuerdos para quedarse solo con la intensa concentración que necesitaba al trabajar: en ese momento, la prioridad era descubrir qué fue lo último que quiso decirle Leandro. Presentía que era de suma importancia.

Ladeó la cabeza.

—Apuesto por el cifrado César: si me lo ha enviado a mí es porque quería decirme algo urgente, así que no podría tardar demasiado tiempo en decodificarlo. Lo que no sé es cada cuántas posiciones hay que sustituir las letras...

—Eso es fácil.

Darío cogió un cuaderno y copió el texto con letras grandes. A continuación empezó a escribir el abecedario. Eva se quedó mirándole: el pelo negro contrastaba con su piel clara y, bajo sus gafas, sus ojos corrían a toda velocidad por la hoja. Ella siempre había pensado que mirando a los ojos a una persona se podía saber muchas cosas sobre ella porque, como llevaban siglos diciendo los poetas y escritores, los ojos son el reflejo del alma. Mirando los de Darío le invadía una sensación de tranquilidad y de que todo iba a salir bien. «Fuese lo que fuese lo que quisieras decirme», pensó «haré lo posible por descubrirlo, Lean». Siempre le había llamado así.

Darío arrastró sus gafas hasta el principio del puente de la nariz.

—Lo que suelo hacer para descifrar textos cortos sin tener la pauta es sustituir las letras que más se repiten por las que se usan en nuestro vocabulario. ¿Sabes cuál es la vocal más usada en el alfabeto español?

—La «e» —respondió la joven sin vacilar. Volvía a sentirse como si estuviera en clase.

—Premio. ¿Y las consonantes más utilizadas?

—La «s», la «r» y la «n» —De nuevo, no dudó.

Darío giró el cuaderno hacia ella para que pudiese leerlo mejor.

—¿Y cuáles son las letras que más se repiten en este texto?

Eva lo leyó varias veces, moviendo los labios cada vez que encontraba alguna coincidencia. Cogió un bolígrafo y remarcó tres letras.

—La «n», la «c» y la «q» se repiten tres veces.

KGPY BNQ TCACQ ZYHN CJ QNJ

—Ahora tenemos que sustituirlas —continuó él—. Vamos a suponer que la «c» es una vocal, y la «n» y la «q» son consonantes. Por el momento vamos a olvidar la «q», empecemos con las otras, será más fácil: probemos cambiando la «c» por la «e» y la «n» por la «s».

KGPY BNQ TCACQ ZYHN CJ QNJ

\_\_\_\_\_S\_E\_E\_\_\_\_\_SE\_\_S\_

—Creo que la «n» está mal —opinó Eva antes de que Darío terminase de escribir—: si en realidad fuera una «s», el mensaje no tendría sentido... Debe de ser otra vocal: la «a» es la segunda más utilizada. —Hizo un rápido examen mental—. Pero si suponemos que la «q» es una consonante y la «s» es la «a», no hay ningún patrón, así que no nos sirve. La «n» la cambiaremos por... veamos... ¡ah, seguro que es la «o», es la tercera más usada!

Darío se apartó al verla tomar nota con tanto entusiasmo: daba la sensación de que había hecho cientos de pruebas en su cabeza antes de elegir la opción correcta, como un ordenador comprobando miles de claves en pocos segundos. Y ya no se la notaba deprimida. Era cierto que le venía bien trabajar para olvidar los malos tragos.

Eva terminó la modificación:

KGPY BNQ TCACQ ZYHN CJ QNJ

\_\_\_\_\_O\_E\_E\_\_\_\_\_OE\_\_O\_

—Estupendo. Ahora, si realmente está codificado mediante el código César, ya podemos saber cuántos espacios hay que contar para cambiar una letra por otra.

—Si la «n» es en realidad la «o» —decía la joven; no parecía haberle oído— y la «c» la «e», quiere decir que hay que contar dos espacios.

Darío lo contrastó con el abecedario que había escrito antes. Eva tenía razón.

—Vamos a probar. La «k» es la «m»; la «g» es la «i»... la «p», uno, dos, hay que cambiarla por la «r»...

Lo que obtuvieron fue lo siguiente:

#### MIRA DOS VECES BAJO EL SOL

—¡Bravo! —la alabó el chico—. ¡Lo has visto enseguida! Se nota que es tu vocación.

—Llevo años trabajando en esto, pero gracias por el cumplido —sonrió con timidez—. De todos modos, no entiendo la frase... ¿«Mira dos veces bajo el sol»? Es imposible que señale un lugar concreto porque el sol se mueve. ¿A qué se refiere entonces?

Darío cogió uno de los sándwiches, le dio un mordisco y masticó con calma. Bajo el sol, el sol... ¿De qué le sonaba? Recordaba haberlo visto hace poco en alguna parte, pero no conseguía ubicarlo.

Mientras pensaba, Eva cogió el papel que habían usado y lo tiró a la basura. Allí solo yacían algunos envoltorios de plástico, cinta adhesiva, más papeles, una botella de agua mineral... y un trozo de limón. ¿Qué diablos hacía un limón ahí? Nunca habían comido en el laboratorio hasta entonces, y tampoco lo habían utilizado en ninguno de sus trabajos. A menos que...

Darío chasqueó los dedos.

—¡Eg gibuo! —terminó de masticar y tragó—. Perdona, me he emocionado. ¡Es el libro!

Eva retomó la conversación.

—¿El libro? ¿Qué libro?

Darío se dirigió a la montaña de manuales de consulta para examinarlos uno a uno. Cuando veía que no era el que buscaba lo dejaba a un lado, formando una segunda pila. Por fin levantó uno de ellos.

—*Avances en criptología y seguridad de la información* —leyó Eva. Lo conocía bien: había consultado ese tomo muchas veces—. ¿Cómo has llegado a la conclusión de que se refiere a ese libro cuando habla del sol?

—No sé si se refiere a este libro, pero sí sé que se refiere a los libros. —Darío le mostró el lomo del manual: tenía la pegatina de un sol. Eva abrió la boca, asombrada, y se dio un pequeño golpe en la frente.

—¡Es verdad, no me acordaba! Leandro tenía la manía de poner esas pegatinas en sus libros para no mezclarlos con los que cogíamos de la universidad.

—Lo recordaba porque me hizo gracia —admitió Darío.

—Sí, a mí también. Una vez se lo dije y se enfadó como un niño.

Se permitieron una sonrisa cómplice antes de coger el resto de tomos marcados y abrir sus páginas en busca del segundo mensaje. Este se encontraba en *Actas de la V Reunión Española de Criptología y Seguridad de la Información*: de entre sus páginas cayó un disco compacto en el que alguien había escrito con rotulador indeleble «Sol 1». Eva no comprendió muy bien a qué se refería con el 1, pero estaba tan ansiosa por ver su contenido que lo dejó estar por el momento.

Metió el CD-ROM en el ordenador y esperó pacientemente a que en el escritorio se abriera una carpeta con el contenido del disco. Era un vídeo.

—Ponlo —la animó Darío, cogiéndola suavemente por los hombros para reconfortarla. —Estoy aquí contigo, ¿vale?

Eva asintió. La pantalla se oscureció mientras el vídeo se cargaba. Comenzó la reproducción.

Leandro les miró con seriedad desde el otro lado. Estaba sentado frente al ordenador contigoo, en la misma silla que ahora ocupaba Darío, apoyando los pies en una de las patas. Llevaba puesta su camiseta negra preferida, el pelo un poco revuelto y estaba pálido. Empezó a hablar en el segundo siete, pero Eva no prestó atención a lo que decía.

Solo se fijó en sus ojos. Eran azules, como siempre, pero parecía que habían perdido el brillo, como si alguien se hubiera llevado parte de su alma. Parecían tan vacíos...

El vídeo apenas duraba cuatro minutos y veintinueve segundos. Darío resopló.

—Qué fuerte, ¿verdad? Es increíble cómo se pueden decir tantas cosas en tan poco tiempo.

—Sí —musitó Eva.

«Mira dos veces bajo el sol». ¿Por qué le venía la frase a la cabeza? Porque sabía que algo no encajaba. Estaba pasando por alto algo importante. La mirada de Leandro la había puesto sobre la pista. Y luego estaba lo del maldito limón.

«Mira dos veces bajo el sol».

«Mira *dos veces* bajo el sol»...

—¿En qué piensas? —preguntó Darío, intrigado—. Se te ve muy concentrada.

—Es que... creo que grabó este vídeo con una segunda intención —mintió—. Pero verle otra vez... me ha alterado más de lo que pensaba... —Giró la cabeza y sollozó—. Perdona, soy una llorona. Voy un momento al baño.

—Claro, tranquila. Estaré aquí.

Eva se levantó y cruzó la puerta, pero no fue más allá del pasillo. Tras asegurarse de que Darío no la miraba, cogió el libro en el que habían encontrado el disco y se alejó del laboratorio apresuradamente.

Darío se quedó mirando la imagen congelada de su antiguo compañero. «¿Por qué creerá Eva que hay otro mensaje en el vídeo? ¿Quizá porque Leandro palmea las manos con las rodillas? No, qué absurdo: los dos sabemos que era una manía que tenía al hablar en público».

Empezaba a atardecer cuando terminó de comerse el sándwich. Desde la pantalla, Leandro le miró con reprobación. «Siento que las cosas hayan terminado así» pensó Darío, «pero ya te avisé que esto sucedería. Solo lamentamente habértelo dicho demasiado tarde. Lo único que puedo hacer por ti es detenerla cuanto antes».

Oyó pasos que se acercaban. La puerta del laboratorio se cerró.

—¿Estás mejor, Eva?

Clic.

—¿Eva?

Se giró. La joven le estaba apuntando con una pistola. Darío se levantó de un salto y caminó hacia atrás.

—¡Eva! ¿¡Qué haces!?! ¿¡Te has vuelto loca!?

Extendió las manos en ademán de protección. Ella le miraba con los ojos entrecerrados.

—Sabías lo de nuestro proyecto. Sabías que Leandro había conseguido descifrar el manuscrito Voynich durante este mes y querías quedarte con toda la gloria, maldito chupasangre.

—Sabía que lo había descifrado —confesó Darío, aterrado. Dio otro paso atrás y su espalda chocó contra la pared con un golpe sordo—. Pero no quería llevarme el mérito. Créeme, por favor.

—¿Que te crea? —Eva escupió las palabras—. ¿Tienes la menor idea de lo que nos costó que la Universidad de Yale nos permitiera hacer una copia? ¿Sabes la cantidad de años que estuvimos estudiando ese libro, buscando y rebuscando todos los métodos criptográficos existentes a pesar de que todos los que lo habían intentado fracasaron? El libro indescifrable, lo llaman. El único texto que ningún criptógrafo ha sido capaz de decodificar jamás, ni con la ayuda de un ordenador. El reto que ha traído de cabeza a los humanos desde hace siglos. Pero Leandro y yo lo hemos conseguido. Leandro encontró la clave definitiva.

Le tiró un libro. Darío lo cogió al vuelo; Eva le había quitado la cubierta, pero suponía que era *Actas de la V Reunión Española de Criptología y Seguridad de la Información*. En la portada blanca alguien había escrito a mano:

SOL 2: LO HE CONSEGUIDO. DARÍO LO SABE TODO,  
NO DIFUNDAS EL LIBRO.

Se hizo el silencio.

Lentamente, Darío sonrió.

—Así que te dejó un mensaje con limón. Qué inteligente.

«Mira dos veces bajo el sol» quería decir que tenía que mirar el libro dos veces: una de ellas para encontrar el testamento en vídeo y la otra para leer la advertencia.

—Me dijo hace tiempo que había encontrado una pistola en tu cuarto —dijo ella sin dejar de apuntarle—. No sé cómo conseguiste colarla aquí ni si la tienes solo para defensa personal, pero enseguida sospechamos que no tenías buenas intenciones. Lo último que me esperaba de ti era que quisieras quitarnos algo tan grande. Eres despreciable.

Para sorpresa de Eva, Darío se echó a reír a carcajadas. Y, para cuando quiso darse cuenta, la pistola estaba en manos del joven.

—¿Pero cómo...? —Eva retrocedió—. ¿Cómo has hecho eso?

Darío se quitó las gafas con parsimonia y las guardó en el bolsillo de su chaqueta. No parecía alegre, enfadado ni asustado. No parecía que sintiera nada en ese momento.

—Claro que sabía que lo descifraría —delató. Hablaba con un tono extraño, exótico, como si se tratara de otra persona—. Precisamente vine aquí por eso. ¿Acaso creíais que habíais sido los primeros en conseguirlo, criatura? Te equivocas. Varias personas lo lograron antes que vosotros. Aunque hace muchos siglos de eso.

Eva tragó saliva.

—¿Quién eres? ¿Por qué haces esto?

Darío quitó el seguro. Eva contuvo un grito.

—Llevamos años ocultándonos en las sombras —continuó, sin responder a sus preguntas—. Vigilándoos para que no desveléis los secretos que vuestros antepasados quisieron haceros llegar.

—Os hemos permitido conocer algunos de ellos, pero los otros romperían el equilibrio del universo. Por eso nunca podréis leer el manuscrito

Voynich: eso os destruiría. ¿Por qué crees que Leandro te pide en la nota que no lo difundas? ¿Por qué crees que se suicidó? No pudo soportar lo que vio en esas páginas y se quitó la vida...

—¡Cállate! —chilló Eva llevándose las manos a los oídos. Chocó contra la mesa auxiliar; varios sobres, un abrecartas, el estuche de Leandro y un diccionario cayeron al suelo—. ¡Todo esto es absurdo! —Tropezó con sus propias piernas y cayó al suelo con un grito—. ¡No tiene sentido! No tiene sentido, es una locura...

Darío se puso en cuclillas frente a ella. Le pasó una mano por el pelo con ternura.

—Lo sé, pero ya no hace falta que lo entiendas.

Eva no tuvo tiempo de reaccionar. Darío la apuntó con el arma y disparó. La sangre cubrió las paredes de arriba abajo, salpicándole la cara, los brazos y parte de los pantalones... o eso es lo que habría pasado si la bala hubiera salido del cañón.

Lo que sucedió fue que Eva cogió el abrecartas que había en el suelo y lo clavó en el pecho de su atacante con toda la fuerza que pudo. Darío boqueó, confuso. La chica se inclinó un poco hacia delante para susurrarle con una media sonrisa victoriosa:

—Le he quitado las balas, estúpido.

Darío soltó el arma, cayó hacia atrás y se llevó una mano al cuello, tratando de coger aire. Eva se levantó y se peinó el pelo con los dedos.

—No sabía que esto llegaría a tanto —le dijo mientras se sentaba frente al portátil de Leandro y quitaba los papeles que Darío había dejado antes; el corazón le latía a mil por hora—, pero has intentado acabar con el proyecto de mi vida. Quiero saber, y no serás tú quien me lo impida.

Buscó la carpeta en la que Leandro guardaba todo lo relacionado con el manuscrito. Allí, en un océano de archivos digitales, encontró un documento de texto con el nombre «DECODIFICADO». Intentó abrirlo, pero estaba protegido con una contraseña. «Sol2», escribió sin dudar.

Darío le musitó al oído con tono compasivo:



—No sabes lo que has desencadenado, criatura...

Eva se giró, alarmada, pero allí no había nadie, ni siquiera el cuerpo sin vida del chico... o lo que quiera que fuese. Quizá no pudiera morir. No lo sabía, pero tampoco le importaba: lo que pudiera suceder no le preocupaba en ese momento. Tenía una sed tremenda que solo Voynich podía saciar.

Volvió a mirar la pantalla y pulsó «Enter» para introducir la contraseña. El documento se abrió. Se inclinó para leerlo mejor. El manuscrito se desnudó para ella sin resistirse, con delicadeza, revelándole todos los enigmas que los siglos habían maltratado en un intento de hacerles caer en el olvido.

—Es... increíble...

Estuvo leyendo cuatro horas, treinta y cinco minutos y doce segundos. Cuando más enfrascada estaba en la lectura, alguien llamó a la puerta. Eva no contestó hasta que los golpes se repitieron seis veces y una voz dijo:

—¿Eva? ¿Darío? ¿Están ahí? Me han dicho que suelen trabajar a esta hora, ¿sería posible hacerles algunas preguntas más? No les robaré mucho tiempo.

La chica reconoció la voz: era el policía que les había interrogado por la mañana. Con gesto enojado, se alejó del ordenador y abrió la puerta.

—En realidad hace media hora que hemos terminado —mintió—, pero pase, por favor.

El hombre, que estaba apuntando algo en su libreta de interrogatorios, alzó la cabeza y abrió la boca para decir algo... pero se quedó mirándola como si fuera la primera vez que la veía y dio un paso atrás, intimidado.

Eva se giró rápidamente, temiendo que el cuerpo de Darío hubiese reaparecido en el suelo. Pero en el laboratorio no había nada fuera de lo normal salvo las cosas que habían caído durante la pelea (varios sobres, el estuche de Leandro, un diccionario y... ¡Espera! ¡El abrecartas ya no estaba!).

Cuando volvió a mirar al policía, en su lugar encontró a un ser de otro mundo, de cuerpo alto y fibroso, brazos retorcidos y ojos rojos como brasas candentes. Era una visión espeluznante, pero Eva no tuvo miedo; después de lo que Voynich le había revelado, nunca más volvería a tenerlo.

El recién llegado se acercó tanto que ni el filo de una hoja podría interponerse entre ellos. No guardaba ninguna similitud con el chico, pero Eva supo que se trataba de Darío: aún llevaba el abrecartas clavado en el pecho, aunque no mostraba signos de dolor.

—¿Has venido para matarme? —preguntó la joven.

El ser puso un espejo de mano frente a ella. Su piel cerúlea se ondulaba como si estuviera hecha de agua.

—No será necesario —contestó con voz metálica, desapasionada y defraudada—. He vuelto a llegar demasiado tarde.

Observó cómo Eva cogía el espejo con ambas manos para contemplar su reflejo, embelesada. El chico había hecho exactamente lo mismo la noche anterior; de hecho, tenía su misma mirada vacía, por eso sabía lo que ocurriría a continuación.

El rostro fascinado de Eva se iluminó tenuemente mientras leía el enigmático manuscrito que llevaba grabado en el alma, pero en sus ojos se reflejó una extraña oscuridad que poco a poco fue envolviéndola por completo...

## **Confesión**

*Daniel Merayo Pérez*

[Laboratorios de Biotecnología. UAM. 19:45 de 2015].

*M*i nombre es Antonio. Investigador adjunto al departamento de Biología molecular de la Universidad Autónoma de Málaga. Llevo mucho tiempo detrás de un sueño. Tanto, que es ahora cuando quiero creer que por fin lo he conseguido. No pretendo excusar con esta carta todos aquellos actos que me han llevado a la conclusión de mis investigaciones. Tampoco espero la comprensión de quienes me escuchen y se atrevan a juzgarme. Sed libres para hacerlo y no mostréis reparo en declarar vuestro veredicto. Espero que entendáis que para mí el fin sí justifica los medios y quisiera, al menos, que mi esfuerzo y dedicación sea reconocido. Mi nombre es lo único que me queda y desearía su permanencia en el tiempo cuando me abandone la carne. No estará en mis manos, pero recordadme cuando tengáis que darme las gracias por ello. Cuando la vida fluya de nuevo y la esperanza del futuro os abrace con fuerza.

Hace diez años era tan solo uno más entre los estudiantes de esta institución. Como muchos, tuve que esforzarme para sacar adelante mi sueño y promocionarme entre los mejores. Conseguí superar las notas más altas de su historia y no fueron pocos los que desearon estrecharme la mano. Era un joven investigador con un futuro prometedor e inmerso ya en aquel tiempo en uno de mis más importantes descubrimientos: la regeneración molecular vegetal en tejidos de vertebrados. Un nuevo y vasto mundo por conocer al que solo las mentes mundiales más eminentes tuvieron la valentía de asomarse. Nuestro código genético estaba en boca de todos, pero jamás entendí cómo es que nunca nadie antes se percató de ello. Los datos siempre estuvieron ahí y solo hizo falta que alguien recogiera el testigo de miles de millones de años atrás.

La idea surgió entre amigos y colegas de profesión charlando una tarde al salir de la facultad. Siempre nos habíamos parado en la más que aparente

correlación del ser humano con nuestros más cercanos parientes directos, los primates. Complejas cadenas de ADN que representaban la punta de lanza de todo lo que nos quedaba por descubrir. El origen de la vida: una sucesión de casualidades encadenadas y ceñidas a un preludeo terrestre. Quizás porque era más obvio así, tratar de darle forma a nuestra evolución como ser hace más de cuatro mil millones de años y dejando de lado la teoría panspérmica por la cual nuestra génesis llegaría directamente del universo. Eso explicaría nuestro ancestral seguimiento de los astros y la vigía del firmamento. ¿Por qué nosotros y no ningún otro ser para encumbrar la pirámide con tan clara diferencia?, ¿qué nos impide pensar que, si el origen de todo era uno, no alberguemos en nuestro mapa genético las mismas características que nos hacen tan diferentes a todos?, ¿necesitamos entonces una llave maestra que descifre la contraseña?

Sabemos que algunas especies animales segregan una sustancia parecida a la celulosa con unas propiedades no tan diferentes. Es la pared que recubre las células de las plantas y, al igual que ellas, nosotros puede que guardemos en nuestros genes esa capacidad. Solo debemos encontrar ese intermedio y averiguar en qué momento la dejamos de producir. Quizás no fuimos tan diferentes...

Ana fue la primera en comenzar aquella interesante conversación. Le resultaban poco claras mis anotaciones sobre organogénesis, en las que hacía coincidir mis experimentos en vegetales con los realizados por algunos médicos alemanes durante la Segunda Guerra Mundial. Se sabía que, si la sección del corte no era muy grande y eran amputadas las yemas de sus dedos, los pequeños judíos volvían de manera sorprendente a recuperar el tejido sustraído.

Armando por su parte, sopesaba las notables diferencias existentes entre vegetales y animales. Por un lado los primeros carecían de una constitución ósea que frenase su capacidad autoregenerativa, y por el otro, el estrés al que nos veríamos sometidos la mayoría de los vertebrados sería tan alto, que en cualquier caso acabaría con nuestra vida. Un tema fascinante que les resultaba tan interesante como incómodo.

Había aprendido mucho mientras formaba parte del equipo de investigación residente en la Universidad. Cualquiera que haya leído *Uciencia* tendrá una ligera idea de en qué andábamos metidos: cultivos propios, especímenes genéticamente más fuertes que los individuos originales, nuevas variedades que ensombrecerían a las existentes en el mercado, semillas y esquejes alterados como nueva alternativa a los métodos convencionales, y frutos cada vez más grandes, más sanos y sabrosos. Si más de uno tuviera el conocimiento de qué es lo que come estoy seguro de que instantáneamente dejaría de hacerlo. Un gran equipo en definitiva, de compañeros y amigos al que estaba dispuesto a dejar de lado ante las posibilidades de lo que se abría ante mis ojos. Un estudio paralelo que me debía a mí mismo. Algo de lo que no se hablaba en los libros y que jamás se contemplaría por la utopía que representaba. Un sueño que tendría que hacerse realidad costara lo que costara. Millones de personas en el mundo perderían un miembro de su cuerpo por enfermedad o algún accidente. Gangrena, cáncer, desgarros, etc: gente de todas las condiciones que pasarían el resto de su vida enfrentándose a una minusvalía sin solución. Sería un trabajo muy duro pero tenía que intentarlo. Cuando el hombre ha imaginado algo finalmente ha terminado por convertirlo en realidad. Bastaba con soñarlo. Era mi sueño. Aquello por lo que existía. Fue entonces en ese instante cuando supe que encontraría un remedio al problema.

Si a un árbol le cortamos una rama, con toda probabilidad acabará regenerándose en el ciclo de un año o de unos pocos meses. Genéticamente idéntica como parte prolongada de su organismo. Esto es lo que conocemos como regeneración biológica y en principio la tenemos todos los seres vivos... sin excepción: un lagarto regenerará, aunque solo por una vez en su vida, la cola en caso de que esta sea atrapada por un depredador. Una esponja de mar resultará prácticamente indestructible al disociarse sus células logrando crear con ello nuevos y similares individuos. Incluso algunos peces adultos tienen la capacidad de recuperar su nervio óptico. Y así hasta un largo etcétera de animales. Pero... ¿y nosotros?, ¿y si pudiéramos reconstruir un órgano deteriorado?, ¿por qué no devolverle la vista a las personas privadas de esta? ¿no valdría la pena intentarlo? Estas preguntas serían el cometido de mi trabajo.

Todo está aquí. Sin fisuras y con transparencia. Lo necesario para que otros puedan continuar mi labor en el futuro.

Al principio intenté continuar con mis pesquisas en la unidad de quemados del hospital de la ciudad. Decenas de formularios pasaban por mis manos en lo que creía se trataba otro paso burocrático más. La administración había sido generosa ofreciendo fondos y ayudas para continuar con nuestras investigaciones de un modo «oficial», y hasta ese punto mis compañeros y yo estábamos bastante contentos. Pero esa era la parte fácil. Cuando los intereses son otros, sus reglas estaban ahí para detenerte. Uno se siente impotente cuando se da de bruces contra las decisiones de algunas personas y organismos: entidades que por lo general no saben ni siquiera de qué les están hablando. Es inútil tratar de mostrar algo a quien no desea ver.

Pedí ayuda a mis colegas aún sabiendo que evitarían en medida de lo posible dedicar su tiempo libre a algo que se consideraría ilegal. Separarlos y obligarles a participar en otra línea de investigación, aún cuando su analogía era patente, era jugar con la mía y con su posición. Pero no me rendí y aproveché mi tiempo para cuando todo el mundo se había ido a sus casas. Allí, en la soledad de los pasillos y oculto en las innumerables habitaciones más alejadas de los puntos de entrada, obtuve el lugar idóneo para dar rienda suelta a mis inquietudes.

Los escasos escrúpulos de algunos funcionarios de la morgue, permitieron suministrarme, bajo precio, los elementos necesarios para empezar con mis investigaciones. Las células, aunque siempre dependiendo de diversos factores, solían tardar en morir entre unos minutos y unas horas. Por ello era de urgente importancia actuar de la forma más temprana y directa sobre los cadáveres. Cuanto más frescos, calientes y jóvenes, más me aseguraría la demora en su deterioro.

En unos días llegué a reunir cientos de miles de líneas de datos. El avance era vertiginoso, pero los tejidos se corrompían con tanta rapidez que la carne sobrecongelada imposibilitaba que fuera más rápido en el proyecto.

Decidí entonces que la mejor manera de conseguir materia imperecedera sería tratar con tejidos vivos: insectos recogidos en las inmediaciones o en mis

visitas próximas al campo. Por fin los resultados comenzaban a ser óptimos y el experimento comenzaba a ir por el buen camino. Apenas dormía y trataba de trabajar de forma paralela sin que ninguno de mis compañeros se percatara. Pero era tal la emoción de poder comprobar en vivo cómo algunas especies restauraban con éxito algún miembro perdido, que actuaba e insuflaba fuerzas en mí como un maravilloso bálsamo. Pensar en todas aquellas células simbióticas, reuniéndose y configurando pequeñas celdillas para regenerar cualquier parte perdida, era algo impagable por lo que merecía la pena sufrir.

Pero yo necesitaba innovar. Pensar a lo grande y subir un poco más en mis pretensiones. Quise pasar a los animales más grandes.

Criaturas tan inmensas como un elefante o cualquier otra bestia más poderosa que el propio hombre era algo que no me podía permitir en una ciudad como Málaga. Así que fui consecuente y me ceñí a lo que más tenía a mano: perros y gatos callejeros a los cuales con el tiempo ratas y pájaros acabarían uniéndose. Un ejército de criaturas involuntarias para la mayor de las glorias de la humanidad. Pero aunque mejoraban mis investigaciones y me había procurado grandes progresos, aquella crueldad no satisfacía del todo mis pretensiones. Faltaba el componente principal y el motivo por el cual me hallaba metido en todo aquello: un ser humano. Vivito y coleando.

Fue como una revelación. De camino a casa y metiendo la llave en mi portal, pude notar un gran bulto encorvado a las puertas del edificio de enfrente. Un vagabundo. Una persona sin recursos al que la mala fortuna o el destino privaría de una familia y amigos a los que aferrarse en los momentos más duros. Cualquiera puede acabar así. Es una lotería. La mayoría borrachos, otros toxicómanos y algunos pocos, respetables padres de familia y personas que un buen día se levantaron perdiéndolo todo.

Por suerte para, mí yo me hallaba al otro lado y aquel desgraciado sería la solución a todos mis problemas. ¿Para qué perder el tiempo experimentando con inocentes animales cuando el camino más corto lo tenía ante mis propias narices? Raptar a una persona no podría ser mucho más complicado que capturar a un indefenso animal. Lo difícil sería ocultarlo durante unos días, convencerlo para que me acompañase y sin que nadie me viera.

En mi cabeza empezaron a conformarse todo tipo de planes que hacían que me estremeciera. Me veía a mí mismo maquillando todos y cada uno de los pormenores y aspectos. Debía escoger pacientemente a la víctima adecuada: sin amigos y sin nadie que los echara de menos. Todo debería de estar plenamente milimetrado y sin un mínimo error.

Reuní escrupulosamente todos los informes sobre mis primeros posibles candidatos. Mendigos solitarios, alcohólicos y con una vida tan insulsa y vacía como su necesidad en la sociedad. Los preparativos me obligaron a posponer durante una semana todos mis progresos. Necesitaba pensar detenidamente en las probabilidades de que alguno cediera amablemente a acompañarme. Les ofrecería dinero, comida o quién sabe si algún tipo de depravación sexual. Todo era válido y cualquier vía posible para mis intereses sería poco si con ello lograba mi objetivo.

Dispuse con todo el orden posible aquellos datos que había recogido desde que era estudiante. La velocidad y dimensión de crecimiento anual en los árboles y sus posibilidades de regeneración en comparación con los organismos animales. Estudios sobre la médula ósea y su capacidad para regenerar tejidos y sus aplicaciones contra la leucemia. Nada sobraba y prefería estar bien pertrecho de la información y recursos necesarios. Tendría entre mis manos la posibilidad de dar un paso de gigante en la ciencia. Recuperar una lesión por muy grave que fuera, un miembro, un pulmón enfermo, un riñón deteriorado, la ceguera, la vejez... disfrutar la inmortalidad. ¿Es que nadie se ha dado cuenta de todas las posibilidades que un descubrimiento así nos brindaría?

La primera semana dibujé una ruta con la que allanar la confianza en mí con uno de los mendigos. A veces le daba una moneda y otras me quedaba a charlar unos segundos. El plan estaba surtiendo efecto; Bernardo, que así se llamaba, se sentía cada vez más cómodo y confiado con mi presencia. Era como un ratón dejándose llevar por el queso antes de caer en una mortal trampa. No había vuelta atrás.

Era un miércoles cuando se lo propuse por primera vez. Le había invitado a un buen whisky en los laboratorios de la facultad donde trabajaba.



Bernardo, me miró de reojo rompiendo unos segundos después a reír como si le hubieran contado la más ridícula de las ocurrencias. Así que lentamente y de forma inteligente fui subiendo el precio por dejarse llevar. Ropa limpia, una cena caliente todos los días, mi amistad: lo suficiente para que bajara la guardia.

Dos días después, Bernardo caminaba a mis espaldas por los pasillos de la Universidad. Era crucial apurar el paso mientras el vigilante se ausentaba de la puerta principal. Este cruzaría los laboratorios cada hora durante varias rondas y hacía precisamente unos 15 minutos que no estaba en su silla. Lo difícil, sin embargo, sería tratar de ocultar la fisonomía y el aspecto descuidado del vagabundo entre los pocos que quedaban en el edificio.

Vestido para la ocasión con una bata blanca, Bernardo se mostraba algo reticente a adentrarse en el ala del departamento, ya que yo siempre trabajaba al fondo de uno de los pasillos menos iluminados y más lóbregos de la Facultad. Pero todos tenemos nuestras debilidades, y Bernardo tenía la suya esperándole con forma de botella. No hizo falta mucha entrega por mi parte cuando le propuse bajar ávidamente una de las que guardaba en la nevera.

A los 20 minutos aquel hombre ya estaba postrado sobre la mesa de operaciones. Un potente sedante con una base de cloroformo, lograba tumbarlo a través de una pequeña incisión en el brazo. No pensaba que fuera tan fácil, pero cuando vi a aquel tipejo cayendo redondo sobre el piso, lo tuve del todo claro. Aquel sería el método y el inicio de una larga colaboración.

No había tiempo que perder. Tendría que hacer uso de todo un fin de semana para finiquitar cuanto antes la operación y avanzar de forma progresiva en el experimento. Amordazado e inmovilizado de forma minuciosa, estaría a mi completa y absoluta merced hasta que el efecto narcótico cesara en su aplicación.

Despertándose como tras una alucinación, Bernardo lo hizo de una forma tan violenta que me vi obligado a de nuevo sedarlo en contra de su voluntad. Era poco conveniente abusar de una sustancia somnífera como aquella, ya que los daños al cerebro podrían en un corto plazo resultar irreparables, pero no podía arriesgarme a que alguien nos descubriera. ¿Qué pasaría si se

sabía que guardaba a un hombre maniatado en la universidad? Sabía que lo que estaba haciendo ni era lícito ni apropiado, aunque mis remordimientos se excusaban en que todo era por la ciencia.

Las prácticas en cirugía del pasado y las anteriores intervenciones dieron su mejor resultado. Sin muchas complicaciones, logré cercenar la punta de los dedos de aquel hombre al igual que los nazis hacían con los infantes judíos. Tenía preparado, y ya desde hacía varias semanas, una solución de ADN modificado a base de plantas la cual haría el resto. Aquel hombre me estaría por siempre agradecido. Sería un hombre nuevo. El primero y el más famoso de todos mis pacientes. Con todos sus defectos adquiridos en vida superados y subsanados. Todo gracias a la reconstrucción de órganos y tejidos nuevos.

Las siguientes 24 horas serían cruciales. Cualquier respuesta, por mínima que fuera, sería suficiente como para considerarla un éxito. El principio de una nueva etapa para el hombre y la consecución de innumerables horas de investigación. Estaba convencido de que saldría por la puerta grande.

Los efectos y resultados no pudieron ser mejores. La solución genética funcionaba. Entre un sueño infundido por los efectos del cloroformo y la vigilia acuciada por el incesante dolor, las células de su cuerpo sufrían una sinergia temperamental junto a las de origen vegetal. Bernardo se estaba transformando en el primero de los humanos mejorados. Se estaban reconstituyendo, como en un archivo guardado en su memoria genética, todos los tejidos que habían formado parte de la yema de su dedo. Un éxito absoluto que se hizo patente en la mitad de tiempo esperado.

No podía parar y necesitaba más. Quería continuar regocijándome como nunca antes lo había hecho mientras soñaba en un reconocimiento merecido por todo el mundo. Lo medité, aunque solo unos instantes, los suficientes para que mi ego obrase por mí. Estaba decidido: mi siguiente paso amputaría sus dedos.

Otra vez, y contra todo pronóstico, la solución era completamente eficiente. Mucho más rápido que con anterioridad. Sus extremos tomaban forma e incluso unas leves deformaciones conservadas por su mala vida estaban

siendo reparadas. Era increíble. La mejora era evidente en todos los aspectos. Y una nueva luz volvió a iluminar mis pensamientos. El deseo de muchos accidentados: recuperar su cara.

Por fin Dios me ofrecía su mejor regalo. Aunque yo no era creyente, aquella era la conclusión de todas mis plegarias. Y pese a que estaba borracho de egoísmo y de emoción, ver a aquel hombre tumbado sobre la camilla, no evitó que sintiera cierto apego y lástima por su vida. No tenía ningún derecho. Me estaba comportando como un auténtico psicópata. Todos aquellos animales maltratados descubrieron mi repulsiva personalidad, pero aquella escena era un plato demasiado fuerte que lo confirmaba. Pero... ¿cómo dejarlo escapar? Un dedo, una mano... ¿por qué no continuar?, ¿hasta dónde ayudaría a aquel desdichado mi líquido regenerativo?

Era un nuevo reto. Si casi todos los animales habían fallecido en el trance, ninguno llegaba a pesar más de 20 kilogramos. Deleznable sí, pero gran parte de mis progresos se basaban más en los experimentos con insectos, que en cuerpos más voluminosos. Bernardo sería, a su pesar, el objetivo claro para lo que me proponía. Y llegaría hasta el final si es que era posible.

Seccionar todos sus miembros me supuso algo más de esfuerzo. Las sierras comenzaban a desgastarse y aunque procuraba cortarlo en varias pasadas, el agotamiento y la falta de sueño comenzaba a pasarme factura. Con madera era diferente, pero con un tejido vivo que no paraba de emanar sangre, por mucho que lo cauterizara... la cosa cambiaba sustancialmente.

Ajeno a mis preocupaciones y al destrozo que le estaba causando, Bernardo seguía durmiendo plácidamente. Mis métodos eran rudimentarios pero igualmente satisfactorios como si se tratase de un especialista. La seguridad de que su cuerpo cobraría de nuevo sus miembros me tranquilizaba. Así que, sin brazos y sin piernas, el mendigo se estiraba en la camilla como un vulgar muñeco de trapo. A través de una mezcla gelatinosa compuesta de piel, plaquetas y otros elementos, se formarían los muñones. Poco después una baba encarnada iría dándole forma al igual que un escultor, al resto de los tejidos.

Mis estimaciones habían resultado mucho mejor de lo esperado. La potenciación con hormonas era increíblemente rápida e infinitamente más re-

solutiva que en cualquier experimento realizado con un esqueje vegetal. No daba crédito. Bernardo había superado todas mis expectativas más realistas. Soñaba con realizarlo, pero verlo en vivo y en directo era otra cosa que no se podría explicar con palabras. Lo que estaban viendo mis ojos. Lo estaba sintiendo. Decidí entonces, y por última vez, pasar al momento más arriesgado de todo el experimento. Pero había un problema: Bernardo se estaba muriendo.

Privado de su sangre, y por mucho que detuviese a tiempo la hemorragia, los continuos cortes y el gasto energético que le procuraba, estaban a punto de crearle una parada cardiorrespiratoria de la que seguramente no podría salir. La renovación celular que mi solución aportaba era muchísimo más agresiva de lo que pensaba. Ni siquiera hacía falta que le diera puntos de sutura. Su cuerpo asimilaba con total normalidad el compuesto genético y lo absorbía como si siempre hubiera formado parte de él. Cada vez más rápido. Cada vez mejor. Pero aunque esto afectaba a tejidos, hueso, piel y cualquier otro elemento de su cuerpo, los niveles de su sangre permanecían como al principio. Tenía que dar con una solución. Bernardo se iba, y una hora más tarde, con solo parte de sus miembros reconstruidos, murió. Eran las 20:35 del domingo.

Su fallecimiento supuso un duro golpe y el inicio de otra caza de brujas a la cual nunca me acostumbraría. Después de Bernardo vinieron muchos otros: Hipólito, Isidro, Roberto, Jacobo, Andrés... perdí la cuenta de cuantos morirían del mismo modo que lo hizo el primero. Someterles a la última prueba, más dura que cualquiera de las anteriores, y sobrevivir a esta, suponía una barrera infranqueable por el momento. Pero tenía ante mí la posibilidad de crear un superhombre invencible, un hombre que sanara de las más graves heridas. Y sería recuperar la confianza en mí mismo después de todas aquellas vidas perdidas, y aquel reto, mi siguiente movimiento.

El culmen de lo imposible llegó meses después de la última víctima. Pese a que todo aquello me provocaba un profundo abatimiento, la transgénesis seguía siendo un rotundo éxito. Le faltaba algo para ser perfecta y hasta ese momento había conseguido aislar el gen responsable de la regeneración

molecular. Los fallecidos recuperaban sin problema alguno dedos, manos, miembros y a gran velocidad. Pero no lograba dar con el talón de Aquiles del experimento: el aumento instantáneo de fluido vital. La cantidad de sangre almacenada se perdía al mismo ritmo que las amputaciones y, pese a mis esfuerzos, los cuerpos acababan debilitándose y muriendo por un infarto de corazón. Tenía que dar con la solución. Repasaba mis datos, las grabaciones, todo el material acumulado, pero no acertaba a saber cuál era el remedio.

Mientras tanto, y siguiendo con mi labor como investigador remunerado, el equipo continuaba clonando especies vegetales durante las fases *in vitro*. Pequeñeces que no ensombrecerían mi grandeza, pero que, sin embargo, y entre los mediocres, procurarían que estos se sintieran preocupados. Fiel a su estilo, Ana llevaba días preocupada por la falta de materiales y la extraña desaparición sin motivo de algunas cajas con cubetas especiales para electroporación. Mi confidencialidad corría el peligro de ser revelada. No podía permitirme que se hicieran tantas preguntas y que el jefe del Departamento comenzara a hacer averiguaciones. Traté de escabullir el bulto preocupándome por otros intereses de menor, aunque suma importancia. De pronto, y nuevamente como si la respuesta a todas mis preguntas se esbozara como una señal divina, Ana acordó en vaciar algunas cubetas con savia ya malograda.

Savia... el líquido vital de esos seres vivos conocidos como plantas... ¿Cómo algo tan sencillo se me había pasado por alto? Quizás la transgénesis tan abusiva a la que los cuerpos se veían sometidos había derivado también en una necesidad de esta. Pudiera ser que los vasos conductores de las plantas actuaran como la sangre una vez cruzados los genes para su persistencia. ¿Y si una transfusión a tiempo de esta solucionaría sus muertes? Habría que probarlo, pero ¿con quién? Los horarios cada vez más ajustados y el volumen de trabajo apremiaba a mis compañeros forzándoles a permanecer hasta horas intempestivas en el laboratorio. Ni los fines de semana, ni el resto de los días como objetivo en mis maquinaciones. Estaba tan cerca y al tiempo tan lejos que tendría que hacer uso de mi ingenio.

Con la imperiosa necesidad de llevar a cabo mi idea, no encontraba momento para desahogarme. Buscaba excusas para quedarme algunas horas más

aún cuando ya era bien entrada la madrugada. Esta vez no había sujetos pero sí muchas pruebas a vista de microscopio. Podía observar como plaquetas y savia envueltas en solución parecían comportarse en una perfecta simbiosis. Ayudándose. Estaba, posiblemente, al borde del posiblemente definitivo paso. Solo tendría que encontrar a la víctima perfecta para llevarme a la meta.

La ocasión me vino de la mano como si se lo hubiera pedido al cielo. Estaba claro que alguien allí arriba deseaba mi complacencia. Ana me acompañaría unas horas antes de irse a casa un viernes por la tarde. Era mi momento. La dormiría y probaría con ella la última versión del compuesto al cual todavía no le había puesto nombre. Podía sentirme como un Dios, como seguramente se habrían sentido aquellos hipotéticos seres que un día plantaron sobre el planeta nuestra semilla.

Todo estaba dispuesto para el momento final. Templé mis nervios evitando que mi compañera notara algo extraño y, si acaso me preguntaba, le espetaba que no había dormido lo suficientemente bien. Aunque era diferente y a ella la conocía desde que habíamos entrado en la facultad, su creciente afán por meterse en todo y la rabia que algunas actuaciones suyas me producían, eran motivos suficientes para tratarla como al resto. Sin embargo, trataría de ser lo más cuidadoso posible. Jamás había dejado que ninguna de mis víctimas sufrieran más de lo debido. Y con ella, especialmente, no iba a ser menos.

El momento llegó cuando ella me ofreció su espalda para escribir en una pizarra. Era sin duda una mente brillante a la que le nublaba cualquiera de sus otros defectos. Me hablaba sin atender a mi atención. Tenía todo a mano y era mi oportunidad para anestésicarla.

No le dejé opción. Ana se desvaneció inerte sobre mis brazos como una hoja de otoño. Nunca antes había tenido algún sentimiento por ella que no fuera el rencor profesional, pero verla así, tan frágil y a mi merced, me hacía pensar que quizás aquel hubiera sido un buen momento para decirle lo que pensaba.

Sin embargo, tuve miedo de hacerle daño. Por primera vez no estaba seguro de lo que estaba haciendo. Las pruebas estaban allí. Había muchí-

simas posibilidades. La savia respondía bien a la mezcla formando parte y actuando como un todo en el individuo. Una nueva forma de sangre. Ella no era como aquellos mendigos a los que a nadie le importaba. Era pese a todo mi amiga y con quien pasaba largas horas trabajando. Y aún así no podía recular. La suerte estaba echada: privaría a mi compañera de su voluntad. Una pierna, dos, tres... casi no podía soportarlo, pero acababa de seccionarle sus miembros mientras me preparaba para el momento decisivo. La savia sería inoculada en medio de la solución y lo siguiente sería sentarme y esperar a ver los efectos.

Tal y como esperaba, el fluido comenzó a multiplicarse por su cuerpo. Se equilibraban los niveles como si nunca la hubiera intervenido. La velocidad de regeneración permanecía constante y aquellos miembros separados comenzaron a brotar.

En poco más de un día, Ana se encontraba totalmente despierta aunque algo aturdida por la anestesia. Estaba hecha una furia, aunque no tenía ni idea de qué era lo que había pasado. No me creyó cuando le dije lo que había hecho con ella y me trató como un loco. Había dado un paso de gigante en algo tan grande que me encumbraría como el científico más importante de todos los tiempos, por encima de los demás. Pero aquella mujer me tildaba como un demente.

Dejé que se marchara con el beneplácito de que todo había salido bien y que finalmente mis deseos estaban cumplidos. Nadie lo hubiera hecho mejor y quería dejarlo todo bien resuelto para por fin darlo a conocer. El más grande de los avances médicos y científicos de la historia.

El lunes siguiente Ana no apareció por el departamento. No podía creer que el enfado le durase tanto, pero al cabo de unas horas, viendo que no daba señales de vida y que siempre saltaba al llamarla su contestador, una incontinente duda comenzó a surgir en mi interior. ¿Y si le había pasado algo? ¿Y si los efectos a medio plazo no habían sido todo lo halagüeños que cabría esperar?

Salí como una exhalación y me dirigí al piso de soltera donde vivía. Allí, mientras llamaba de manera insistente a su timbre, el portero me avisó

de que no la había visto salir. Estaba seguro de que a Ana le ocurría algo y lo tenía que descubrir.

Al abrir la puerta lo que más me impactó fue el silencio y la oscuridad. Las ventanas permanecían cerradas como si Ana nunca hubiera dormido allí. Deambulé con su nombre en los labios, por uno y otro lado de la casa, pero fue cuando me decidí a entrar en su dormitorio cuando realmente se me heló el corazón.

A voces y como un desesperado, el portero profería todo tipo de improperios, ¿a quién se le había ocurrido llenar con todo aquello la cama y las paredes de su habitación? No podía creerlo. Al entrar en el cuarto el mundo se derrumbó bajo mis pies. No había terminado, no habría reconocimiento, nada de lo que quisiera sucedería. Estaba como al principio. Sin saber hacia dónde tirar. De arriba a abajo, recubriendo techo, suelo y paredes, una enorme masa vegetal se arrastraba desde la cama. Sus enormes y maderados brazos abiertos en cruz y sus pies clavados al suelo como una raíz. Aquel ser, un árbol viviente, no era otra cosa que Ana.





Publicaciones y  
Divulgación Científica

